

TIEMPO DE CAMBIOS



Robert Silverberg



Robert Silverberg

Titulo original: A time of changes

Traducción: Ariel Bignami

© 1971 by Robert Silverberg

© 1976, Ediciones Tiempo Cero

Rivadavia 1711 - Buenos Aires

Edición electrónica: Somellier

R6 10/01

Para Terry y Carol Carr

Soy Kinnall Darival, y voy a contártelo todo sobre mí.

Es una declaración que me resulta extraña. Observo la página y reconozco mi escritura - letras estrechas, rojas, verticales, sobre el áspero papel gris -, y veo mi nombre, y oigo en mi mente los ecos del impulso cerebral que engendró esas palabras. «Soy Kinnall Darival, y voy a contártelo todo sobre mí.» Increíble.

Esto será lo que el terrestre Schweiz llamaría una autobiografía. Es decir, un relato de la persona y acciones de uno, escrito por uno mismo. No es una forma literaria que entendamos en nuestro mundo; debo inventar mi propio método narrativo, ya que no tengo precedentes que me guíen. Pero es lo que debe ser. En este planeta mío ahora estoy solo. En cierto sentido he inventado un nuevo modo de vida, seguramente puedo inventar un nuevo tipo de literatura. Siempre me han dicho que tengo talento para las palabras.

Me hallo en una choza de tablas, en las Tierras Bajas Abrasadas, escribiendo obscenidades mientras aguardo la muerte, y alabándome por mi talento literario.

«Soy Kinnall Darival.»

¡Obsceno! ¡Obsceno! En esta página ya he utilizado el pronombre «yo» casi veinte veces, creo. Soltando también, descuidadamente, palabras tales como «mi», «mí», «me», tantas veces que no quiero ni contarlas. Un torrente de desvergüenza. Yo yo yo yo yo. Aunque expusiera mi virilidad en la Capilla de Piedra de Manneran el Día de la Elección del Nombre, no estaría haciendo algo tan detestable como lo que ahora hago aquí. Casi podría reírme. Kinnall Darival practicando un vicio solitario. En este sitio desgraciado y desierto se frota su apestoso ego y grita al viento cálido pronombres ofensivos, con la esperanza de que serán llevados por las ráfagas y ensuciarán a sus semejantes. Anota frase tras frase en la desnuda sintaxis de la locura. Si pudiera, te sujetaría por la muñeca y te vertería cascadas de basura en la oreja, aunque no quisieras. ¿Y por qué? ¿Está de veras demente el orgulloso Darival? ¿Su vigoroso espíritu se ha derrumbado del todo bajo las dentelladas de serpientes mentales? ¿No queda más que su cáscara, sentada en esta mísera choza, haciéndose cosquillas obsesivamente con palabras vergonzosas, murmurando «yo» y «mí» y «me», amenazando turbiamente con revelar las intimidades de su alma?

No. Es Darival quien está cuerdo, y vosotros los que están enfermos, y aunque sé lo descabellado que esto suena, no lo cambiaré. No soy ningún lunático que murmura obscenidades para sacar un poco de placer a un frío universo. He pasado por un tiempo de cambios y he sido curado de la enfermedad que afecta a quienes habitan mi mundo, y escribiendo lo que me propongo escribir tengo la esperanza de curarte a ti también, aunque sé que estás en camino hacia las Tierras Bajas Abrasadas para matarme por mis esperanzas.

Sea, pues.

Soy Kinnall Darival, y voy a contártelo todo sobre mí.

Aún me acosan persistentes vestigios de las costumbres contra las cuales me rebelo. Tal vez puedas empezar a comprender cuánto me cuesta encuadrar mis frases en este estilo, retorcer mis verbos para que correspondan a la construcción en primera persona. Hace diez minutos que escribo, y tengo el cuerpo cubierto de sudor, no el sudor caliente del aire abrasador que me rodea, sino el sudor húmedo y pegajoso del esfuerzo mental. Conozco el estilo que debo usar, pero los músculos de mi brazo se rebelan contra mí, y luchan por escribir las palabras al viejo estilo, diciendo: «Hace diez minutos que uno

escribe y tiene el cuerpo cubierto de sudor»; diciendo: «Uno ha pasado por un tiempo de cambios, y ha quedado curado de la enfermedad que afecta a quienes habitan su mundo». Supongo que gran parte de lo que escribí podría haber sido expresado al modo antiguo sin problemas; pero estoy en guerra contra la gramática de mi mundo, negadora del yo, y si fuese necesario defenderé con mis propios músculos el derecho de ordenar mis palabras de acuerdo con mis actuales ideas filosóficas.

En todo caso, aunque mis anteriores hábitos me traicionen haciéndome construir erróneamente mis frases, lo que quiero decir traspasará el telón de palabras. Tal vez diga: «Soy Kinnall Darival, y voy a contártelo todo sobre mí», o tal vez diga: «Uno se llama Kinnall Darival y va a contártelo todo sobre él». pero no hay verdadera diferencia. De un modo u otro, el contenido de la declaración de Kinnall Darival es - según tus normas, según las normas que yo quiero destruir - repugnante, despreciable, obsceno.

3

También me inquieta, por lo menos en estas primeras páginas, la identidad de mi público. Supongo, porque debo hacerlo, que tendré lectores. Pero ¿quiénes son esos lectores? ¿Quiénes son ustedes? Acaso hombres y mujeres de mi planeta natal que vuelven furtivamente mis páginas a la luz de una antorcha, temerosos de la llamada a la puerta. O quizá habitantes de otros mundos que leen por diversión, escudriñando mi libro en busca de la percepción que pueda darles de una sociedad extraña y repelente. No lo sé. No puedo establecer ninguna relación fácil contigo, mi lector desconocido. Cuando concebí por vez primera mi plan de poner mi alma sobre papel, creí que sería sencillo, una mera confesión, nada más que una prolongada sesión con un drenador imaginario que escucharía interminablemente y al final me absolvería. Pero ahora advierto que debo adoptar otro enfoque. Si no eres de mi mundo, o si eres de mi mundo pero no de mi época, es posible que encuentres aquí muchas cosas incomprensibles.

Por lo tanto debo explicar. Quizá explique demasiado, y te ahuyente machacándote lo obvio. Perdóname si te instruyo sobre lo que ya sabes. Perdóname si mi tono y modo de ataque presentan incoherencias, y parezco estar hablándole a otro. Es que no serás para mí una figura inmóvil, lector desconocido. Para mí tendrás muchas caras. Ahora veo la nariz ganchuda de Judd el drenador, y ahora la afable sonrisa de mi hermano vincular Noim Condorit, y ahora la suavidad de mi hermana vincular Halum, y ahora eres el tentador Schweiz, de la pobre Tierra, y ahora el hijo del hijo del hijo del hijo de mi hijo, que nacerás dentro de muchos años y ansiarás saber qué clase de hombre era tu antepasado, y ahora eres algún forastero de otro planeta, para quien nosotros, los de Borthan, somos grotescos, misteriosos y desconcertantes. No te conozco, por eso seré torpe al tratar de hablar contigo.

¡Pero, por la Puerta de Salla, antes de que termine este relato me conocerás como nunca ha conocido nadie a un hombre de Borthan!

4

Soy un hombre de edad mediana. Desde el día en que nací, Borthan ha viajado treinta veces alrededor de nuestro sol verdedorado, y en nuestro mundo se considera viejo a un hombre si ha vivido durante cincuenta de esas vueltas, mientras que el más anciano de que he oído hablar murió casi en la octogésima. Acaso eso te permita calcular la duración de nuestras Vidas, en función de la tuya, si resultas ser de otro mundo. El terrestre Schweiz se atribuía una edad de cuarenta y tres años según cálculos de su planeta; sin embargo, no parecía mayor.

Mi cuerpo es fuerte. Aquí cometeré un doble pecado, ya que no sólo hablaré de mí sin avergonzarme, sino que mostraré orgullo y placer por mi yo físico. Soy alto: una mujer de

estatura normal apenas me llega a la bóveda inferior del pecho. Mi pelo, que es negro y largo, me cae sobre los hombros. Recientemente han aparecido en él hebras grises, como así también en mi barba, que es abundante y apretada, y me cubre gran parte de la cara. Mi nariz es prominente y recta, con puente ancho y ventanas amplias; mis labios son carnosos y me dan, se dice, un aspecto sensual; mis ojos son de un color pardo oscuro, y están bastante separados. Según me han dado a entender, parecen los ojos de alguien que ha estado habituado durante toda su vida a dar órdenes a otros.

Mi espalda es ancha, y mi pecho amplio. En casi todas partes me crece un denso felpudo de pelo oscuro y áspero. Tengo brazos largos y manos grandes. Mis músculos están bien desarrollados y sobresalen bajo mi piel. Me muevo con soltura para mi tamaño, con ágil coordinación; me destaco en deportes, y siendo más joven arrojé la vara emplumada hasta el otro lado del Estadio Manneran, una proeza que nadie había logrado hasta aquel entonces.

En su mayoría, las mujeres me consideran atractivo; todas menos aquellas que prefieren un tipo de hombre más endeble y las que temen la fuerza, el tamaño y la virilidad. Seguramente el poder político que antes poseí me ayudó a llevar a mi lecho muchas compañeras, pero no hay duda de que las atraje tanto por el aspecto de mi cuerpo como por alguna otra cosa más sutil. La mayoría quedó decepcionada conmigo. Músculos abultados y piel hirsuta no hacen un amante experto, ni un miembro genital voluminoso como el mío es garantía alguna de éxtasis. No soy ningún campeón de la cópula. Ya ves no te oculto nada. Hay en mí cierta impaciencia constitucional que sólo se expresa exteriormente durante el acto carnal; cuando penetro en una mujer me veo velozmente arrastrado, y pocas veces puedo mantener la proeza hasta que llega el placer de ella. A nadie, ni siquiera a un drenador, he confesado antes esta deficiencia, ni preví jamás que lo haría. Pero muchas mujeres de Borthan se han enterado de esta gran falla mía del modo más inmediato posible, en su propio perjuicio, y sin duda algunas de ellas, rencorosas, han hecho circular la noticia para disfrutar de una broma mezquina a expensas mías. Por eso lo hago constar aquí, en aras de la perspectiva. No quisiera que pienses en mí como un gigante hirsuto y potente, sin que también sepas con qué frecuencia mi carne ha traicionado mis deseos. Quizá esta deficiencia mía haya sido una de las fuerzas que moldeó mis destinos hacia este día en las Tierras Bajas Abrasadas, y tú debes conocerla.

5

Mi padre era septarca hereditario de la provincia de Salla en nuestra costa oriental. Mi madre era la hija de un septarca de Glin; él la conoció en una misión diplomática, y según se dijo, el acoplamiento de ambos quedó determinado desde el momento en que se miraron. El primer hijo que les nació fue mi hermano Stirron, ahora septarca de Salla en el sitio de nuestro padre. Yo le seguí dos años más tarde, después de mí hubo tres más, todas niñas. Dos de éstas viven todavía. Mi hermana menor fue muerta por invasores de Glin, hace veinte lunas.

Conocí poco a mi padre. En Borthan, cada cual es un desconocido para cada cual, pero habitualmente uno está menos alejado de su padre que de los demás; no así en el caso del anciano septarca. Entre nosotros se alzaba un muro impenetrable de formalidad. Al hablar con él utilizábamos las mismas fórmulas de respeto que otros súbditos empleaban. Sus sonrisas eran tan infrecuentes que creo poder recordar cada una de ellas. Una vez, y esto fue inolvidable, me alzó a su lado en su tosco trono de madera negra, me dejó tocar el viejo almohadón amarillo y me llamó por mi nombre infantil; fue el día en que murió mi madre. Por lo demás, me ignoraba. Yo lo temía y lo amaba, y me agazapaba temblando detrás de las columnas de la corte, mirando cómo impartía justicia,

pensando que si me veía allí me haría destruir, y sin embargo incapaz de privarme del espectáculo de mi padre en su majestuosidad.

Extrañamente, era un hombre de cuerpo delgado y modesta estatura, a quien mi hermano y yo sobrepasábamos ya siendo muchachos. Pero en él había una terrible fuerza de voluntad que lo conducía a superar todos los obstáculos. Una vez, siendo yo niño, llegó a la septarquía cierto embajador, un hombre del oeste, corpulento y ennegrecido por el sol, que en mi memoria parece tan grande como la montaña Kongoroi; probablemente fuera alto y ancho como yo lo soy ahora. Durante el banquete, este embajador tragó demasiado vino azul, y dijo ante mi padre, sus cortesanos y su familia:

- Uno quisiera mostrar su fuerza a los hombres de Salla, a quienes quizá pueda enseñar algo de lucha cuerpo a cuerpo.

- Aquí hay uno a quien quizá no haya que enseñar nada - replicó mi padre con súbita furia.

- Que se presente - dijo el enorme extranjero, levantándose y quitándose la capa.

Pero mi padre, sonriendo - y al ver esa sonrisa sus cortesanos temblaron -, dijo al jactancioso visitante que no sería justo hacerle competir mientras el vino le nublabla la mente, lo cual, por supuesto, enfureció al embajador de manera indecible. Los músicos intervinieron para aliviar la tensión, pero la cólera de nuestro visitante no disminuyó, y al cabo de una hora, cuando se le hubo disipado un poco la borrachera, insistió de nuevo en conocer al paladín de mi padre. Ningún hombre de Salla sería capaz de resistir su fuerza, decía nuestro huésped.

Entonces el septarca dijo:

- Yo, yo mismo pelearé contigo.

Esa noche, mi hermano y yo estábamos sentados en el extremo opuesto de la larga mesa, entre las mujeres. Desde el trono llegó la brutal palabra «yo», en la voz de mi padre, y un instante más tarde, «yo mismo». Éstas eran obscenidades que Stirron y yo habíamos susurrado con frecuencia, entre risas contenidas, en la oscuridad de nuestro dormitorio, pero nunca habíamos imaginado oír las lanzadas por los propios labios del septarca en la sala de banquetes. Escandalizados, reaccionamos de modo diferente; Stirron se sacudió convulsivamente y volcó su copa; yo solté una aguda risita de turbación y deleite sólo contenida a medias, que me valió un instantáneo bofetón de una camarera. Mi risa no era más que la máscara de mi horror interior. Apenas podía creer que mi padre supiera estas palabras, y mucho menos que las dijera en esa augusta compañía. «Yo, yo mismo pelearé contigo.» Y mientras me mareaban aún las reverberaciones de las formas prohibidas de hablar, mi padre se adelantó velozmente, dejando caer su capa se enfrentó con el corpulento embajador, y se trabó en lucha con él, y lo sujetó por un codo y una cadera en una diestra llave sallana, y lo hizo rodar casi de inmediato sobre el pulido suelo de piedra gris. El embajador lanzó un grito terrible, porque una pierna le salía extrañamente de la cadera, en un ángulo aterrador, y dolorido y humillado golpeó el suelo una y otra vez con la palma de la mano. Tal vez ahora la diplomacia se practique de modos más refinados en el palacio de mi hermano Stirron.

El septarca murió cuando yo tenía doce años y empezaba a sentir la primera arremetida de mi virilidad. Yo estaba a su lado cuando le llegó la muerte. Para eludir la época de las lluvias en Salla, solía ir todos los años a cazar el ave-punzón en las Tierras Bajas Abrasadas, en este mismo distrito donde ahora me oculto y espero. Nunca había ido con él, pero en esa ocasión se me permitió acompañar a la partida de caza, porque ya era un joven príncipe y debía aprender las destrezas correspondientes a mi clase. Stirron, que como futuro septarca tenía que dominar otras habilidades, quedó como regente, en ausencia de nuestro padre de la capital. Bajo un cielo lúgubre y pesado, cargado con nubes de lluvia, la expedición de unos veinte terramóviles salió de la Ciudad de Salla rumbo al oeste, cruzando la campiña, empapada, chata, de invernal desnudez. Ese año las lluvias fueron implacables; desgastaron la valiosa y delgada capa fértil de tierra y

dejaron al aire los pétreos huesos de nuestra provincia. En todas partes los agricultores reparaban sus diques, pero en vano; yo veía correr los hinchidos ríos, a los que la perdida riqueza de Salla coloreaba de un pardo amarillento, y casi lloré al ver que un tesoro tan grande era arrastrado al mar. Cuando nos internamos en Salla Occidental, el angosto camino empezó a trepar por las laderas de la cordillera de Huishtor, y pronto estuvimos en un territorio más seco y más frío. donde los cielos daban nieve y no lluvia, y los árboles eran meros manojos de varas sobre la deslumbrante blancura. Subimos penetrando en las Huishtor, siguiendo el camino a Kongoroi. A nuestro paso, los lugareños salían a entonar bienvenidas al septarca. Ahora las desnudas montañas se alzaban como dientes purpúreos desgarrando el cielo gris, y hasta en nuestros terramóviles herméticamente cerrados temblábamos, aunque la belleza de aquel tempestuoso lugar me distraía de mis incomodidades. Grandes escudos chatos de piedra leonada, con estrías, flanqueaban el escarpado camino, y apenas si había tierra, ni crecían árboles o arbustos, salvo en sitios protegidos. Mirábamos atrás y veíamos allá abajo toda Salla, como su propio mapa, la blancura de los distritos occidentales, el oscuro racimo de la populosa costa oriental, todo reducido, irreal. Nunca había estado antes tan lejos de mi casa. Aunque ahora nos habíamos internado en las tierras altas, como a mitad de camino entre el mar y el cielo, aún teníamos por delante los picos interiores de las Huishtor, que para mis ojos formaban una ininterrumpida muralla de piedra que abarcaba el continente de norte a sur. Las nevadas cimas sobresalían escabrosas sobre aquel continuo parapeto elevado de roca desnuda: ¿debíamos pasar por encima, o habría algún camino para atravesarlas? Conocía la Puerta de Salla, y nuestra ruta iba en esa dirección, pero de algún modo la puerta me parecía puro mito en ese momento.

Subimos y subimos y subimos, hasta que los generadores de nuestros terramóviles jadearon en el aire frío y tuvimos que detenernos con frecuencia para deshelar los conductos de energía, y la cabeza nos dio vueltas por falta de oxígeno. Cada noche descansábamos en uno de los campamentos mantenidos para el uso de septarcas viajeros, pero los alojamientos no eran regios ni mucho menos, y en uno de ellos, donde todo el personal de sirvientes había perecido unas semanas antes en un alud, tuvimos que abrirnos paso cavando montículos de hielo para entrar. Todos los de la partida éramos gente de la nobleza, y todos cavamos menos el septarca mismo, para quien trabajar con las manos habría sido pecaminoso. Por ser uno de los más corpulentos y fuertes, cavé más vigorosamente que nadie, y por ser joven y temerario me esforcé más de lo que podía, y me desplomé sobre mi pala y quedé tendido en la nieve medio muerto durante una hora, hasta que me encontraron. Mi padre vino a verme cuando me estaban curando, y me miró con una de sus escasas sonrisas. Entonces creí que era un gesto de cariño, y esto aceleró mucho mi recuperación, pero después llegué a comprender que lo más verosímil era que fuese un signo de desprecio.

Esa sonrisa me alentó durante todo el resto de nuestra subida a las Huishtor. Ya no me inquieté más por pasar la montaña, pues sabía que lo haría, y del otro lado mi padre y yo cazaríamos juntos el ave-punzón en las Tierras Bajas Abrasadas saliendo juntos, protegiéndonos mutuamente del peligro, colaborando en el rastreo y en el ataque final, conociendo una intimidad que nunca había existido entre nosotros durante mi niñez. De eso hablé una noche a mi hermano vincular, Noim Condorit, que iba conmigo en mi terramóvil, y que era la única persona en el universo a quien podía decir tales cosas.

- Uno espera ser elegido para el grupo de caza del propio septarca - dije -. Uno tiene motivos para pensar que se le pedirá. Y que se terminará con la distancia entre padre e hijo.

- Sueñas - respondió Noim Condorit -. Vives en fantasías.

- Uno podría desear más estímulo de su hermano vincular - repliqué.

Noim siempre fue un pesimista; ignoré su acritud y conté los días que faltaban para llegar a la Puerta de Salla. Cuando llegamos a ella, el esplendor del lugar me tomó por

sorpresa. Toda la mañana y media tarde habíamos estado subiendo el amplio pecho de la montaña Kongoroi, una cuesta de treinta grados, envueltos en la sombra de la gran cúspide doble. Me parecía que ascenderíamos eternamente, y que la Kongoroi seguiría cerniéndose sobre nosotros. Entonces nuestra caravana viro a la izquierda, y los vehículos desaparecieron uno a uno al otro lado de un nevado pilón a la orilla del camino; llegó el turno de nuestro coche, y cuando pasamos el recodo vi algo asombroso: una amplia brecha en la pared de la montaña, como si una mano cósmica hubiera arrancado una esquina de la Kongoroi. Por esa abertura entraba la luz del día en un estallido resplandeciente. Esa era la Puerta de Salla, el milagroso paso por donde llegaron nuestros antepasados cuando entraron por vez primera en nuestra provincia, tantos cientos de años atrás después de vagabundear por las Tierras Bajas Abrasadas. Hacia allí nos lanzamos jubilosamente, avanzando de a dos y hasta de a tres coches por la nieve compacta, y antes de acampar para la noche vimos el extraño esplendor de las Tierras Bajas. Abrasadas, extendido asombrosamente allá abajo.

Todo el día siguiente, y el que vino después, bajamos la cuesta occidental de la Kongoroi, arrastrándonos con una lentitud cósmica por un camino que poco espacio nos podía ofrecer: si uno se descuidaba al mover la palanca, su coche caería en un abismo infinito. En esa faz de las Huishtor no había nieve, y la roca viva, azotada por el sol, tenía un aspecto entumecedor, opresivo. Adelante todo era tierra roja. Hacia el desierto bajamos, dejando el invierno y entrando en un mundo sofocante donde cada aliento hormigueaba en los pulmones, donde unos secos vientos levantaban el suelo en nubes, donde extraños animales de aspecto deforme huían aterrados al paso de nuestra cabalgata. Al sexto día llegamos a los cazaderos, un paraje de ásperas escarpas muy por debajo del nivel del mar. Ahora no estoy a más de un día de viaje de ese sitio. Aquí anidan las aves-punzón; durante todo el día recorren las ardientes llanuras, buscando carne, y al crepúsculo regresan, dejándose caer a tierra en extraño vuelo espiral para penetrar en sus casi inaccesibles madrigueras.

Al ser distribuido el personal, fui uno de los trece elegidos para acompañar al septarca.

- Uno comparte tu alegría - me dijo solemnemente Noim, con tantas lágrimas en sus ojos como yo en los míos, pues él sabía del dolor que la frialdad de mi padre me había causado.

Al amanecer partieron los grupos de caza, nueve, en nueve direcciones.

Se considera vergonzoso matar un ave-punzón cerca de su nido. El pájaro, cuando regresa, suele ir cargado de carne para sus pichones, por lo tanto es torpe y vulnerable, privado de toda su soltura y potencia. Matar uno cuando cae a plomo no cuesta mucho, pero solamente un cobarde exhibicionista lo intentaría. (¡Exhibicionista! ¡Miren cómo se me burla mi propia pluma! ¡Yo, que he revelado más de mí que diez hombres de Borthan juntos, sigo usando inconscientemente la palabra como un insulto! Pero dejémoslo así.) Quiero decir que la virtud de cazar reside en los riesgos y dificultades de la persecución, no en el logro del trofeo, y nosotros cazamos el ave-punzón como un reto a nuestra habilidad, no por su mísera carne.

Por eso salen los cazadores a las Tierras Bajas Abrasadas, donde aun en invierno el sol es devastador, donde no hay árboles que den sombra ni arroyuelos que alivien la sed. Se dispersan, un hombre aquí, dos allá, apostándose en esa lisa extensión de estéril tierra roja, ofreciéndose como presa al ave-punzón. El ave-punzón vuela a inconcebibles alturas se eleva tanto que sólo se ve como un negro rasguño en la brillante cúpula del cielo; hace falta una vista muy penetrante para divisarla aunque la extensión de sus alas duplica el largo de un cuerpo humano. Desde tan alto sitio, el ave-punzón explora el desierto en busca de animales incautos. Nada, por pequeño que sea, escapa a sus relucientes ojos, y cuando descubre una buena presa, desciende entre el aire turbulento hasta detenerse sobre el suelo a la altura de una casa. Entonces inicia su vuelo mortal, volando bajo, lanzándose en una serie de violentos círculos, trenzando un nudo de muerte

alrededor de su víctima, que todavía no sospecha nada. Tal vez el primer vaivén abarque una extensión equivalente a media provincia, pero cada vuelta sucesiva es más y más reducida, mientras aumenta la aceleración, hasta que al final el ave-punzón se ha convertido en un - terrible motor fatal que llega rugiendo desde el horizonte a una velocidad de pesadilla. Entonces la presa se entera de la verdad, pero no es un saber que guarde durante mucho tiempo: un batir de potentes alas, el silbido de una forma vigorosa y esbelta que atraviesa el aire caliente y pesado, y luego esa única lanza mortífera y larga que brota de la huesuda frente del pájaro, llega al blanco y la víctima cae, envuelta en las negras y agitadas alas. El cazador confía en derribar su ave-punzón mientras ésta vuela casi en los límites de la visión humana; lleva consigo un arma diseñada para tiro de largo alcance, y es puesto a prueba al apuntar: debe ser capaz de calcular la interacción de trayectorias a tan grandes distancias. El peligro de cazar aves-punzón reside en que no se sabe jamás si se caza o se es cazado, ya que no se puede divisar a un ave-punzón en su vuelo mortal hasta que asesta su golpe.

Así que seguí adelante. Así que estuve de pie desde el amanecer hasta el mediodía. El sol hizo lo que quiso con mi piel pálida de invierno, con la parte que me atreví a descubrir; estaba casi todo envuelto en ropas de caza de blando cuero carmesí, dentro de las cuales hervía. Bebía de la cantimplora no más a menudo de lo que exigía la supervivencia, pues imaginaba tener encima las miradas de mis compañeros, y no quería revelarles ninguna debilidad. Estábamos dispuestos en un doble hexágono, con mi padre solo entre ambos grupos. La casualidad quiso que yo ocupara la punta del hexágono más cercana a él, pero su lugar estaba separado del mío por una distancia mayor que la recorrida por una lanza emplumada cuando la arroja un hombre, y en toda la mañana el septarca y yo no cambiamos una sola sílaba. Los pies plantados firmes, él observaba el cielo, con el arma lista. Si alguna vez bebió mientras esperaba, no lo vi hacerlo. Yo también examinaba el cielo hasta que me dolieron los ojos, hasta que sentí que unas hebras gemelas de ardiente luz me perforaban el cerebro y martilleaban el fondo del cráneo. Más de una vez imaginé ver que en lo alto aparecía a la vista la oscura astilla de la silueta de un ave-punzón, y en una ocasión, apresurado y sudoroso, estuve a punto de levantar mi arma, lo cual me habría traído vergüenza, ya que no se debe disparar hasta que se ha establecido prioridad para apuntar, anunciando con un grito ese derecho de propiedad. No disparé, y después de pestañear y abrir los ojos nada vi en el cielo. Esa mañana las aves-punzón parecían hallarse en otra. A mediodía mi padre dio una señal, y nos separamos más en el llano, manteniendo la formación. Tal vez las aves-punzón nos veían demasiado juntos y por eso no se acercaban. Mi nueva posición era sobre un pequeño montículo de tierra, casi en forma de seno de mujer, y al situarme allí me dominó el miedo. Me suponía terriblemente expuesto y en inminente peligro de ser atacado por un ave-punzón. A medida que el temor penetraba en mi espíritu, me convencí de que un ave-punzón describía en ese mismo instante círculos fatales alrededor de mi mogote, y que en cualquier momento su arpón me perforaría los riñones mientras yo contemplaba estúpidamente el metálico cielo. Tan fuerte se hizo esta premonición que tuve que esforzarme para no ceder terreno; me estremecía, lanzaba miradas rápidas y furtivas por encima de los hombros, procuraba tranquilizarme apretando la culata del arma, aguzaba los oídos para sentir cómo se acercaba mi enemigo, en la esperanza de girar y hacer fuego antes de que me atravesara. Por esta cobardía me reprochaba severamente, al punto de agradecer que Stirron hubiera nacido antes que yo, puesto que evidentemente yo era inepto para heredar la septarquía. Me recordaba que ningún cazador había muerto así desde hacía tres años. Me preguntaba si era verosímil que muriera tan joven, durante mi primera cacería, cuando otros, como mi padre, cazaban desde hacía treinta temporadas y estaban indemnes. Quería saber por qué sentía ese miedo avasallador, cuando todos mis tutores habían procurado enseñarme que el yo es un vacío, y la inquietud por la propia persona un pecado de maldad. ¿Acaso mi padre no corría igual

riesgo allá lejos, al otro lado de la llanura herida por el sol? Y ¿no arriesgaba él mucho más que yo siendo como era un septarca y nada menos que un septarca pnnapal, mientras que yo era sólo un muchacho? Así acorralé al miedo hasta expulsarlo de mi húmeda lanza, y examiné el cielo sin pensar en la lanza que podía apuntarme a la espalda, y en pocos minutos mi anterior inquietud me pareció un absurdo. Allí permanecería de pie durante días, si hacía falta, sin temor. De inmediato tuve la recompensa por este triunfo sobre mí mismo: en el brillante resplandor del cielo distinguí una oscura forma flotante, una muesca en el firmamento, y esta vez no era ilusión, ya que mis jóvenes ojos divisaron alas y punzón. ¿La veían los demás? ¿Me correspondía tratar de cazarla? Si la mataba yo, ¿me palmearía el septarca, llamándome su hijo preferido? Entre los demás cazadores, todo era silencio.

- ¡Uno reclama propiedad! - grité jubiloso, y levanté el arma, y puse el ojo en la mira recordando lo que se me había enseñado: dejar que la mente interior hiciese los cálculos apuntar y disparar en un solo y rápido impulso, antes de que el intelecto, con sus subterfugios, pudiese malograr las órdenes de la Intuición.

Y un instante antes de que lanzara a lo alto la saeta, oí a mi izquierda unos gritos espantosos, y disparé sin apuntar nada simultáneamente me volví hacia el sitio de mi padre, y lo vi semioculto bajo la forma furiosa y aleteante de otra ave-punzón que lo había traspasado desde el espinazo al vientre. Alrededor de ellos había una nube de arena roja, producida por el frenético batir de las alas del monstruo contra el suelo, el pájaro se esforzaba por alzar vuelo, pero un ave-punzón no puede levantar el peso de un hombre, lo que no impide que nos ataquen. Corrí en ayuda del septarca. Todavía gritaba, y vi que manoteaba tratando de asir el flaco pescuezo del ave, pero ahora en sus gritos había algo de líquido, un tono borboteante y cuando llegué al sitio - fui el primero en hacerlo -, el septarca estaba tendido e inmóvil, traspasado aún por el pájaro que le cubría el cuerpo como una negra capa. Con el cuchillo que empuñaba corté el cuello del ave-punzón como si fuera un trozo de manguera; aparté de un puntapié el cuerpo, me puse a tirar desesperadamente de la cabeza demoníaca, tan horriblemente apretada contra la espalda vuelta del septarca. Entonces llegaron los demás y me apartaron; alguien me sujetó por los hombros, y me sacudió hasta que me calmé. Cuando de nuevo me volví hacia allí, cerraron filas para impedirme que viera el cadáver de mi padre, y después, para mi consternación, se arrodillaron ante mí para rendirme homenaje.

Pero, por supuesto, fue Stirron y no yo quien pasó a ser septarca de Salla. Su coronación fue un gran acontecimiento, ya que, pese a su juventud, sería primer septarca de la provincia. Los otros seis septarcas de Salla vinieron a la capital - únicamente en una ocasión como esa se los encontraba juntos en la misma ciudad -, y por un tiempo todo fue banquetes, estandartes y sonar de trompetas. Stirron estaba en el centro de todas esas cosas, y yo en los márgenes, como correspondía, aunque así terminé sintiéndome más como un mozo de cuadra que como un príncipe. Una vez en el trono, Stirron me ofreció distinciones y tierras y poder, pero en realidad no esperaba que yo aceptara, y no acepté. A menos que un septarca sea un timorato, a sus hermanos menores les conviene no quedarse cerca para ayudarlo a gobernar, ya que no es frecuente que esa ayuda sea bienvenida. Yo no había tenido tíos vivos por el lado paterno de mi familia, y no deseaba que los hijos de Stirron pudieran declarar lo mismo; por lo tanto abandoné Salla con rapidez, una vez concluido el período de luto.

Fui a Glin, la tierra de mi madre. Allí, no obstante, las cosas fueron insatisfactorias para mí, y al cabo de unos pocos años me trasladé a la brumosa provincia de Manneran, donde conquisté a mi esposa y engendré a mis hijos y llegué a ser príncipe no sólo de nombre, y viví feliz y vigorosamente hasta que empezó mi tiempo de cambios.

Quizá debiera escribir algo acerca de la geografía de mi mundo.

En nuestro planeta de Borthan hay cinco continentes. En este hemisferio hay dos. Velada Borthan y Sumara Borthan, es decir el Mundo del Norte y el Mundo del Sur. Hay un largo viaje por mar desde cualquier costa de estos continentes hasta los continentes del hemisferio opuesto, que han sido denominados simplemente Umbis, Dabis, Tibis, o sea Uno, Dos, Tres.

De esas tres tierras distantes, muy poco puedo decirte. Las exploré por vez primera un septarca de Glin, hace unos setecientos años. La curiosidad le costó la vida a ese septarca, y desde entonces no las visitaron ni siquiera cinco partidas de exploradores. Ningún ser humano mora en ese hemisferio. Se dice que Umbis es muy parecido a las Tierras Bajas Abrasadas, pero peor, con llamas doradas que brotan de la atormentada tierra en muchos sitios. Dabis es junglas y pantanos infestados de fiebre, y algún día la colmará nuestra gente, esperando demostrar su virilidad, ya que, según tengo entendido, en ella pululan animales peligrosos. Tibis está cubierto de hielo.

No somos una raza angustiada por el afán de viajar. Yo mismo no fui nunca viajero hasta que las circunstancias me lo impusieron. Aunque por nuestras venas corre la sangre de los antiguos terrestres, que eran seres errabundos cuyos demonios los impulsaron a vagar entre las estrellas, los de Borthan no nos alejamos mucho de casa. Ni siquiera yo, que soy un poco diferente de mis camaradas en el modo de pensar, ansié nunca ver los campos nevados de Tibis ni los pantanos de Umbis, salvo tal vez cuando era niño y anhelaba tragarme todo el universo. Entre nosotros se considera gran cosa viajar simplemente de Salla a Glin, y es en verdad excepcional el hombre que ha cruzado el continente, no hablemos ya de quien se aventuró hasta Sumara Borthan, como yo.

Como yo.

Velada Borthan es la cuna de nuestra civilización. El arte de la cartografía nos muestra que es una gran masa terrestre cuadrada, con puntas redondeadas. Dos grandes muescas en forma de Y le perforan la periferia: en la costa norte, a medio camino entre las puntas este y oeste, está el golfo Polar; y directamente hacia el sur, en la costa opuesta, está el golfo de Sumar. Entre estas dos extensiones acuáticas se extienden las Tierras Bajas, un canal que recorre todo el continente de norte a sur. En las Tierras Bajas ningún punto se eleva más sobre el nivel del mar que la altura de cinco hombres, y muchos sitios, especialmente en las Tierras Bajas Abrasadas, están bajo el nivel del mar.

Sobre la forma de Velada Borthan hay un cuento popular que relatamos a nuestros hijos. Decimos que la gran lombriz del hielo, Hrungrir, nacida en las aguas del mar Polar del Norte, se movió y despertó un día con súbito apetito, y comenzó a mordisquear la costa norte de Velada Borthan. La lombriz masticó durante mil miles de años, hasta que comiendo dejó abierto el golfo Polar. Entonces, un poco enferma por tanta voracidad, subió a tierra para descansar y digerir lo que había devorado. Con malestares estomacales, Hrungrir serpenteó hacia el sur, hundiendo la tierra bajo su enorme peso, y haciendo que las montañas subiesen en compensación, al este y al oeste de su cuerpo. La lombriz descansó más tiempo en las Tierras Bajas Abrasadas que, en consecuencia, se hundieron más que cualquier otra región. Con el tiempo renació el apetito de la lombriz, que volvió a reptar hacia el sur, hasta llegar por fin a un sitio donde una cordillera que corría de este a oeste le impedía avanzar. Entonces masticó las montañas, creando la Quebrada de Stroin, y siguió camino hacia nuestra costa sur. En otro acceso de hambre, la lombriz abrió a mordiscos el golfo de Sumar. Las aguas del estrecho de Sumar se precipitaron a llenar el sitio donde había estado la tierra, y la creciente llevó a Hrungrir al continente de Sumara Borthan, donde ahora vive la lombriz del hielo, enroscada bajo el volcán Vashnir y lanzando humaredas venenosas. Eso dice la fábula.

La cuenca larga y estrecha que imaginamos como la huella de Hrungrir se divide en tres distritos. Al extremo norte se encuentran las Tierras Bajas Heladas, un paraje de hielos perpetuos donde nunca se ve a nadie. Según la leyenda, el aire es tan seco y frío que

basta con que un hombre lo aspire una vez para que sus pulmones se conviertan en cuero. Sin embargo, la influencia polar llega apenas a una corta distancia en nuestro continente. Al sur de las Tierras Bajas Heladas se extienden las inmensas Tierras Bajas Abrasadas, que carecen casi totalmente de agua, y sobre las cuales cae constantemente la furia del sol. Nuestras dos elevadas cordilleras montañosas, de norte a sur, impiden que entre ni una sola gota de lluvia en las Tierras Bajas Abrasadas; tampoco llega a ese sitio ningún río ni arroyo. La tierra es de un color rojo brillante, con algunas vetas amarillas, eso se lo atribuimos al calor del vientre de Hrungrir, aunque nuestros geólogos lo cuentan de otra manera. En las Tierras Bajas Abrasadas viven unas plantas pequeñas que extraen su alimento no sé de dónde, y hay muchos tipos de animales, todos extraños, deformes y desagradables. En el extremo sur de las Tierras Bajas Abrasadas hay un profundo valle que va de este a oeste y mide a lo ancho varios días de viaje, y en cuyo extremo opuesto está situado el pequeño distrito llamado Tierras Bajas Húmedas. Brisas septentrionales que vienen del golfo de Sumar llevan humedad a través de la Quebrada de Stroin; esos vientos chocan con las furiosas ráfagas calientes que salen de las Tierras Bajas Abrasadas y son obligados a soltar su carga a no mucha altura sobre la Quebrada creando una zona de vegetación densa y exuberante. Las brisas del sur, cargadas de agua, nunca consiguen llegar al norte de las Tierras Bajas Abrasadas para bañar la zona de tierra roja. Como ya dije, las Tierras Bajas Heladas no son visitadas nunca, y en las Tierras Bajas Abrasadas penetran solamente los cazadores y quienes tienen que viajar entre las costas este y oeste; pero las Tierras Bajas Húmedas son habitadas por varios miles de agricultores que cultivan frutos exóticos para la gente de la ciudad. Me han dicho que esa lluvia constante les pudre el alma, que no tienen forma alguna de gobierno y que acatan imperfectamente nuestras costumbres de autonegación. Entre ellos estaría yo ahora, para averiguar directamente cómo son, si pudiera esquivar el cordón que han establecido mis enemigos al sur de este lugar.

Flanquean las Tierras Bajas dos inmensas cordilleras: las Huishtor al este, las Threishtor al oeste. Estas montañas empiezan en la costa norte de Velada Borthan virtualmente a orillas del mar Polar del Norte, y siguen hacia el sur, curvándose gradualmente hacia el interior; ambas cordilleras se unirían no lejos del golfo de Sumar si no las separara la Quebrada de Stroin. Son tan altas que interceptan todos los vientos. Por lo tanto, sus laderas internas son estériles, pero las laderas que dan a los océanos gozan de fertilidad.

En Velada Borthan el género humano ha excavado su dominio en dos fajas costeras, entre los océanos y las montañas. En la mayoría de los sitios la tierra es, a lo sumo, marginal, de modo que nos cuesta mucho conseguir todos los alimentos que necesitamos, y la vida es una lucha constante contra el hambre. Uno suele preguntarse por qué nuestros antepasados, cuando llegaron a ese planeta, hace tantas generaciones, eligieron a Velada Borthan para instalarse; habría sido mucho más fácil cultivar en el continente vecino de Sumara Borthan y tal vez hasta el pantanoso Dabis habría ofrecido más satisfacción. La explicación que se nos da es que nuestros antepasados eran personas severas y diligentes, que gustaban de las dificultades, y temían dejar que sus hijos moraran en un sitio donde la vida pudiera ser insuficientemente dura. Las costas de Velada Borthan no eran inhabitables ni demasiado cómodas, por lo tanto, se adecuaban a dichos fines. Creo que esto es verdad, ya que sin duda la principal herencia que tenemos de esos antiguos es la idea de que la comodidad es pecado, y la facilidad perversión. Sin embargo, mi hermano vincular, Noim, comentó una vez que los primeros pobladores eligieron Velada Borthan porque allí descendió su astronave, y habiendo recorrido las inmensidades del espacio les faltaba energía para atravesar aunque fuera un solo continente más en busca de un hogar mejor. Yo lo dudo, pero el tono burlón de esta idea es característico del gusto de mi hermano vincular por la ironía.

Los primeros en llegar establecieron su colonia inicial en la costa occidental, en el paraje que llamamos Threish, es decir el sitio del Pacto. Se multiplicaron con rapidez, y como eran una tribu empecinada y pendenciera, se dividieron pronto, yendo tal y cual grupo a vivir aparte. Así se originaron las nueve provincias occidentales. Todavía sigue habiendo acerbos disputas fronterizas entre ellas.

A su tiempo se agotaron los limitados recursos del oeste, y los emigrantes buscaron la costa oriental. Entonces no teníamos transporte aéreo; y no es que ahora tengamos mucho: no somos gente aficionada a la mecánica, y carecemos de recursos naturales utilizables como combustible. Por eso fueron hacia el oeste en terramóviles o en lo que entonces hacía las veces del terramóvil. Fueron descubiertos los tres pasos de las Threishtor, y los audaces entraron valerosamente en las Tierras Bajas Abrasadas. Solemos cantar largas epopeyas míticas acerca de las penurias de esas travesías. Subir a las Threishtor para llegar a las Tierras Bajas era difícil, pero salir por el otro lado era casi imposible, ya que el ser humano desde la región de tierra roja tiene una sola ruta para cruzar las Huishtor: la Puerta de Salla, que costó no poco encontrar. Pero la encontraron, e irrumpieron por ella, y establecieron mi país de Salla. Cuando empezaron las reyertas, muchos fueron al norte y fundaron Glin; y más tarde otros fueron al sur para instalarse en la sagrada Manneran. Durante mil años bastó tener sólo tres provincias en el este, hasta que en una nueva disputa se formó el pequeño pero próspero reino marítimo de Krell con una punta de Glin y otra de Salla.

Hubo también algunos que no toleraron la vida en Velada Borthan y se hicieron a la mar desde Manneran para ir a establecerse en Sumara Borthan. Pero no es necesario hablar de ellos en una lección de geografía; mucho tendré que decir sobre Sumara Borthan y su gente cuando empiece a explicar los cambios que entraron en mi vida.

7

Qué miserable es esta cabaña donde ahora me oculto. Las paredes de tablas fueron armadas ya como al descuido, y ahora están torcidas, de modo que se abren huecos en las juntas y ningún ángulo está bien. El viento del desierto pasa por aquí sin encontrar obstáculo. Una fina capa de tierra roja cubre la hoja donde escribo; tengo las ropas apelmazadas, hasta mi pelo tiene un tinte rojizo. Criaturas de las Tierras Bajas reptan libremente junto a mí: veo ahora dos que se mueven por el piso de tierra; una cosa con muchas patas, del tamaño de mi dedo pulgar, y una lerda serpiente de dos colas, más corta que mi pie. Han pasado horas enteras girando ociosamente una alrededor de la otra, como si quisieran ser enemigos mortales pero no pudieran decidir cuál de ellas va a comer a la otra. Acompañantes aburridos para horas de calor.

Pero no debería burlarme de este sitio. Alguien se molestó en arrastrar hasta aquí los materiales para que los cazadores fatigados pudiesen refugiarse en esta inhóspita tierra. Alguien la construyó, sin duda con más cariño que habilidad, y la dejó aquí para mí, y me es útil. Acaso no sea un hogar adecuado para el hijo de un septarca, pero he conocido bastantes palacios y ya no necesito muros de piedra y cielos rasos con aristas. Este es un sitio tranquilo. Estoy lejos de los pescadores y los drenadores y los vendedores de vino, y las canciones de los mercaderes que resuenan en las calles de las ciudades. Aquí un hombre puede pensar; un hombre puede mirar dentro de su alma y encontrar esas cosas que lo han moldeado, y sacarlas afuera, y examinarlas, y llegar a conocerse. En este mundo nuestro la costumbre nos prohíbe dar a conocer nuestras almas a otras personas, sí, pero ¿por qué nadie antes de mí ha observado que esa misma costumbre, sin proponérselo, nos impide llegar a conocernos a nosotros mismos? Casi toda mi vida mantuve las murallas sociales apropiadas entre mí y los demás, mientras esas murallas no cayeron no advertí que también me había aislado de mí mismo. Pero aquí en las Tierras Bajas Abrasadas he tenido tiempo de reflexionar sobre estas cuestiones, y de

llegar a comprenderlas. No es este el lugar que yo hubiese elegido, pero no soy desdichado aquí.

No creo que me encuentren, al menos por algún tiempo.

Ya está demasiado oscuro aquí dentro para escribir. Saldré a la puerta de la cabaña y miraré cómo llega la noche volando por las Tierras Bajas hacia las Huishtor. Tal vez atraviesen el crepúsculo algunas aves-punzón que regresan después de una cacería infructuosa. Las estrellas resplandecerán. Una vez Schweiz trató de mostrarme el sol de la Tierra desde una cima en Sumara Borthan, e insistió en que podía verlo, y me rogó mientras señalaba, que siguiera la mano con la mirada, pero creo que estaba jugando conmigo. Pienso que no se puede ver ese sol desde nuestro sector de la galaxia. Schweiz jugaba muchas veces conmigo cuando viajábamos juntos, y tal vez lo vuelva a hacer algún día, si llegamos a encontrarnos de nuevo, si todavía vive.

8

Anoche, en un sueño, mi hermana vincular Halum Helam vino a mí.

Con ella nunca podrá haber más juegos, y sólo conseguirá llegar a mí a través del resbaladizo túnel de los sueños. Por eso, mientras dormía, Halum brilló más en mi mente que cualquiera de las estrellas que iluminan este desierto; pero el despertar me trajo tristeza y vergüenza, y el recuerdo de haberla perdido a ella, que es irremplazable.

La Halum de mi sueño no vestía más que un tenue velo, a través del cual le asomaban los pequeños pechos de puntas rosadas, y los esbeltos muslos, y el chato vientre, el vientre de una mujer que no ha tenido hijos. No era así como solía vestirse en vida, especialmente cuando visitaba a su hermano vincular, pero ésta era la Halum de mi sueño, a la que mi alma solitaria y turbada volvía atrevida. La sonrisa de Halum era cálida y tierna, y los ojos relucientes y oscuros le brillaban de amor.

Mientras sueña, nuestra mente vive en muchos niveles. En un nivel yo era un observador objetivo que flotaba en un halo de luz lunar cerca del techo de la choza, contemplando mi propio cuerpo dormido. En otro nivel yo dormía. El yo soñado que dormía no notaba la presencia de Halum, pero el yo soñado que observaba la advertía, y yo, el verdadero soñador, los advertía a los dos, y también advertía que todo lo que estabaviendo me llegaba en una visión. Pero inevitablemente estos niveles de la realidad se mezclaban un poco, de modo que no podía estar seguro de quién era el soñador y quién el soñado, ni tampoco lo estaba de que la Halum que se me presentaba con tal resplandor fuese un producto de mi fantasía y no la Halum viva a quien había conocido.

- Kinnall - susurró ella, y en el sueño imaginé que el yo soñado que dormía despertaba y se alzaba sobre los codos, con Halum arrodillada junto al camastro. Halum se inclinó hasta con los senos el hirsuto pecho de aquel hombre que era y me toco los labios con los suyos en una fugaz caricia, y dijo: - Pareces muy cansado, Kinnall.

- No debiste venir aquí.

- Una hacía falta y vino.

- No está bien Entrar sola en las Tierras Bajas Abrasadas en busca de quien te ha traído sólo daño...

- El vínculo que la liga a una contigo es sagrado.

- Bastante has sufrido por ese vínculo, Halum

- Una no ha sufrido nada - dijo ella, y me besó la sudorosa frente -. ¡Cómo debes de sufrir tú, escondido en este lúgubre horno!

- Es lo que uno se ganó, nada más - repuse

Hasta en el sueño le hablé a Halum en la forma gramatical cortés. Nunca me había resultado fácil usar la primera persona con ella; por cierto que nunca la usé antes de mis cambios, y después, cuando no quedaba motivo alguno para que fuera casto con ella,

seguí sin poder hacerlo. Mi alma y mi corazón habían anhelado decir «yo» a Halum, y el decoro puso un candado a mi lengua y mis labios.

- Mereces mucho más que este lugar - dijo ella -. Debes salir del exilio. Debes guiarnos, Kinnall, hacia un nuevo Pacto un Pacto de amor, de confianza mutua

- Uno teme haber fracasado como profeta. Uno duda de que valga la pena insistir en estos esfuerzos.

- ¡Todo era tan extraño para ti, tan nuevo! - exclamó Halum -. Pero fuiste capaz de cambiar, Kinnall, y de llevar cambios a otros...

- De causar dolor a otros y a uno mismo

- No. No. Lo que trataste de hacer estaba bien. ¿Cómo puedes darte por vencido ahora? ¿Cómo puedes resignarte a la muerte. ¡Afuera hay un mundo que necesita ser liberado, Kinnall

- Uno esta atrapado en este lugar. Su captura es inevitable.

- El desierto es ancho. Puedes escabullirte

- El desierto es ancho, pero las puertas son pocas, y todas están vigiladas. No hay salida.

La muchacha sacudió la cabeza y sonrió, y apretó con urgencia las manos contra mis caderas, y dijo con voz cargada de esperanza:

- Yo te pondré a salvo. Ven conmigo, Kinnall.

El sonido de ese «yo», y luego del «conmigo», saliendo de la imaginada boca de Halum, cayó sobre mi alma que soñaba con una lluvia de clavos herrumbrados, y la impresión de oír esas obscenidades en su dulce voz casi me despertó. Les digo esto para dejar en claro que no estoy plenamente convertido a mi propio modo de vida cambiado, que los reflejos de mi crianza me gobiernan todavía en los rincones más hondos de mi alma. En sueños revelamos nuestro yo verdadero, y mi reacción de entumecida consternación ante las palabras que yo había puesto (porque ¿quién otro pudo haberlo hecho?) en labios de la Halum de mi sueño me decían mucho acerca de mis actitudes más recónditas. Lo que ocurrió después fue también revelador, aunque mucho menos sutil. Para apremiarme a que abandonara el lecho, Halum deslizó las manos por mi cuerpo, abriéndose paso entre la enredada mata que me cubría el vientre, y sus frescos dedos asieron la tesa vara de mi sexo. Instantáneamente mi corazón retumbó, y la simiente me saltó a chorros, y el suelo se agitó como si las Tierras Bajas se estuviesen partiendo, y Halum lanzó un gritito de miedo. Quise sujetarla, pero se estaba volviendo nebulosa e insustancial, y en una terrible convulsión del planeta la perdí de vista y ya no la encontré más. Había querido decirle tantas cosas, hacerle tantas preguntas. Desperté, atravesando los niveles del sueño. Me encontré, por supuesto, solo en la choza, con la piel pegajosa a causa de mis efusiones, y asqueado por las maldades que había urdido mi vergonzosa mente durante la noche, mientras podía vagar sin trabas.

- ¡Halum! - grité -. ¡Halum, Halum, Halum!

Mi voz hizo temblar la cabaña, pero Halum no volvió. Y lentamente mi cerebro nublado por el sueño entendió la verdad: que la Halum que me había visitado era irreal.

Sin embargo, los de Borthan no tomamos esas visiones con ligereza. Me levanté, salí de la cabaña a la oscuridad exterior y me paseé de un lado a otro, arrastrando los pies descalzos en la arena mientras me esforzaba por justificar esas invenciones ante mí mismo. Lentamente me tranquilicé. Lentamente logré un equilibrio. Sin embargo, pasé horas sentado junto al umbral sin dormir, hasta que me tocaron los primeros dedos verdes de la aurora.

Sin duda alguna, convendrán conmigo en que un hombre que ha estado un tiempo lejos de las mujeres, viviendo bajo las tensiones que he conocido desde mi fuga a las Tierras Bajas Abrasadas experimentará ocasionalmente ese tipo de erupciones sexuales mientras duerme, y en ellas no hay nada antinatural. Debo afirmar también, aunque muy pocas pruebas tengo para demostrarlo, que muchos hombres de Borthan se sorprenden

abandonándose en el sueño a expresiones de deseo hacia sus hermanas vinculares, simplemente por estar dichos deseos tan rígidamente reprimidos durante la vigilia. Y además, aunque Halum y yo disfrutamos de intimidades espirituales mucho mayores de las que suelen disfrutar los hombres con sus hermanas vinculares, ni una sola vez la busqué físicamente, ni tuvo lugar nunca tal unión. Da crédito a mi palabra, si quieres: en estas páginas te contaré tantas cosas deshonorosas para mi, sin tratar de ocultar lo vergonzoso, que si hubiera violado el vínculo de Halum te lo contaría también. Por eso debes creer que no hice tal cosa. No puedes declararme culpable de pecados cometidos en sueños.

Yo, sin embargo, me sentí culpable mientras la noche se disipaba y comenzaba la mañana, y sólo al purgarme ahora, poniendo por escrito el incidente, abandona mi espíritu la oscuridad. Creo que lo que realmente me ha turbado estas últimas horas no es tanto mi pequeña y sórdida fantasía sexual, por lo cual probablemente hasta mis enemigos me perdonarían, como mi convicción de ser responsable de la muerte de Halum, por la cual no puedo perdonarme yo mismo.

9

Quizá debiera explicar que cada hombre de Borthan, y lo mismo cada mujer, son prometidos al nacer o poco después a una hermana vincular y un hermano vincular. Ningún miembro de una de esas triples uniones puede ser pariente consanguíneo de ningún otro. Los vínculos son dispuestos poco después de ser concebido un niño, y suelen ser motivo de intrincadas negociaciones, ya que habitualmente se tiene más intimidad con un hermano vincular y una hermana vincular que con la propia familia de sangre; por eso un padre tiene hacia su hijo la obligación de establecer los vínculos con cuidado

Como yo era segundo hijo de un septarca, disponer mis vínculos fue cuestión de gran ceremonia. Habría sido muy democrático, pero poco sensato, vincularme con la hija de un campesino, ya que uno debe criarse en el mismo plano social que su pariente vincular para que la relación produzca algún beneficio. Por otro lado, no se me podía vincular con pariente de algún otro septarca, ya que algún día el destino podía elevarme al trono de mi padre, y un septarca no debe enredarse en lazos vinculares con la familia real de otro distrito, so pena de que su libertad de decisión quede restringida. Era necesario entonces vincularme con hijos de nobles, pero no de reyes.

El proyecto fue manipulado por el hermano vincular de mi padre. Ulman Kotril; fue la última ayuda que proporcionó mi padre, ya que no mucho después de mi nacimiento lo mataron unos bandidos de Krell. En busca de una hermana vincular para mí, Ulman bajó a Manneran y obtuvo vínculo con el hijo aún no nacido de Segvord Helalam, Gran Juez del Puerto. Se había determinado que el hijo de Helalam sería mujer; por consiguiente, el hermano vincular de mi padre volvió a Salla y completó la triple unión pactando con Luinn Condorit, un general de la patrulla norteña, por su próximo hijo.

Noim, Halum y yo nacimos la misma semana, y mi padre. realizó en persona la ceremonia del vínculo. (Entonces, por supuesto, se nos llamaba por nuestros nombres infantiles, pero aquí lo omito para simplificar.) La ceremonia tuvo lugar en el palacio del septarca, con representantes de Noim y Halum; más tarde, cuando fuimos mayores y pudimos viajar, volvimos a jurar nuestros vínculos en presencia de los demás; yo fui a Manneran para vincularme con Halum. De allí en adelante nos separamos con escasa frecuencia. Segvord Helalam no puso objeciones a que su hija se criara en Salla, pues tenía esperanzas de que lograra una brillante boda con algún príncipe de la corte de mi padre. En esto sufriría una desilusión, ya que Halum fue a la tumba soltera y, por cuanto sé, virgen.

Esta trama vincular nos ofrece una pequeña escapatoria de la opresiva soledad en que se espera que vivamos los habitantes de Borthan. Ya debes de saber - aunque quien lee esto sea forastero en nuestro planeta - que la costumbre nos prohíbe desde hace mucho abrir nuestras almas a los demás. Nuestros antepasados creían que hablar excesivamente de uno mismo conduce inevitablemente a la autocomplacencia, la autocompasión y la autocorrupción; por consiguiente, se nos educa para mantenernos encerrados en nosotros mismos, y para que las ligaduras del hábito sean más resistentes se nos prohíbe incluso utilizar palabras tales como «yo» o «mí» en el habla cortés. Si tenemos problemas, los resolvemos en silencio; si tenemos ambiciones, las colmamos sin anunciar nuestras esperanzas; si tenemos deseos, los perseguimos de un modo abnegado e impersonal. Sólo dos excepciones se hacen a estas duras reglas. Podemos hablar libremente de lo que sentimos a nuestros drenadores, que son funcionarios religiosos y meros asalariados; y dentro de ciertos límites, podemos abrirnos a nuestros parientes vinculares. Éstas son las reglas del Pacto.

Es permisible confiar casi cualquier cosa a una hermana vincular o un hermano vincular; pero se nos enseña a observar la etiqueta al hacerlo. Por ejemplo, la gente correcta considera impropio hablar en primera persona incluso a un pariente vincular. No se debe hacer, jamás. Por íntima que sea la confesión debemos expresarla en gramática aceptable, no con las vulgaridades de un simple exhibicionista.

(En nuestro idioma, un exhibicionista es alguien que se descubre ante otros, lo cual quiere decir que descubre su alma, no su carne. Es una acción considerada grosera, y castigada con el ostracismo social o algo peor. Los exhibicionistas utilizan los pronombres censurados del vocabulario bajo, como yo lo he hecho en todo lo que tú lees ahora. Aunque está permitido mostrarse ante un pariente vincular, no se es un exhibicionista a menos que se lo haga en procaces barboteos de «yo» y «mí».)

Se nos enseña además a observar reciprocidad en nuestros tratos con parientes vinculares. Es decir que no podemos sobrecargarlos con nuestros infortunios omitiendo aliviarlos de sus propios pesares. Esto es pura cortesía: la relación depende de su carácter mutuo, y podemos utilizar a esos parientes únicamente si tenemos cuidado de dejar que ellos nos utilicen. A menudo los niños son unilaterales en sus tratos con parientes vinculares; tal vez uno domine a su hermano vincular y le hable incesantemente, sin detenerse a escuchar las penas del otro. Pero habitualmente esas cosas se equilibran pronto. Es una imperdonable falta de decoro mostrar insuficiente preocupación por un pariente vincular; no conozco a nadie, ni siquiera al más débil y descuidado de todos nosotros, que sea culpable de ese pecado.

De todas las prohibiciones relacionadas con el vínculo, la más severa es la que proscribe tener relaciones físicas con un pariente vincular. En asuntos sexuales somos generalmente bastante libres; pero en ese caso especial no nos atrevemos a hacer nada, lo cual me ha causado mucho dolor. No es que anhelara a Noim, ya que nunca tuve esas inclinaciones, ni son habituales entre nosotros; pero mi alma deseaba a Halum que nunca podría consolarme como esposa ni como amante. Pasamos largas horas sentados juntos, su mano en la mía, diciéndonos cosas que no diríamos a nadie más, y qué fácil me habría sido atraerla hacia mí, y abrir sus vestiduras, y deslizar mi carne vibrante en la suya. Yo no lo intentaría. Mi condicionamiento se mantuvo firme, y - espero sobrevivir lo suficiente como para contártelo - aun después de que Schweiz y su poción cambiaron mi alma, seguí respetando la santidad del cuerpo de Halum, si bien pude penetrarla de otros modos. Pero no negaré que la deseaba. Tampoco puedo olvidar la impresión: que sentí cuando, siendo muchacho, me enteré de que, entre todas las mujeres de Borthan, sólo me estaba negada Halum, mi amada Halum.

Estuve extraordinariamente cerca de Halum en todos los aspectos, salvo el físico; y ella fue para mí la hermana vincular ideal: abierta, generosa, cariñosa, serena, radiante, adaptable. No sólo era hermosa - piel suave, ojos y pelo oscuros, delgada y grácil -, sino

que también era notable por dentro, ya que su alma era dulce, suave y dócil, una mezcla maravillosa de pureza y sabiduría. Pensando en ella veo la imagen del claro de un bosque en la montaña, con árboles perennes de hojas negras que brotan juntos, apretados, como espadas sombrías, de un lecho de nieve recién caída, y un chispeante arroyo que danza entre peñascos salpicados de sol, todo limpio, incorrupto y completo. A veces, cuando estaba con ella, me sentía imposiblemente tosco y torpe, con un cuerpo feo y velludo, y músculos estúpidamente pesados; pero Halum tenía la habilidad de mostrarme, con una palabra, con una risa, que yo era injusto conmigo mismo cuando permitía que su levedad y su belleza me llevaran a desear ser suave y etéreo como una mujer.

Por otro lado, yo estaba igualmente cerca a Noim. Noim contrastaba conmigo en muchos aspectos: él delgado y yo robusto; él mañoso y yo directo; él cauteloso y calculador y yo temerario; él de aspecto frío y yo risueño. Con él, como con Halum, me sentía torpe muchas veces; no en ningún sentido corporal, en realidad, ya que, como dije, me muevo bien para mi tamaño, sino en mi naturaleza interior. Noim, más jovial que yo, más vivaz, de ingenio más rápido, parecía saltar y brincar mientras yo avanzaba con pesadez y, sin embargo, el pesimismo que predominaba en su espíritu lo hacía aparecer más profundo que yo, y más alegre. Para hacerme justicia, diré que Noim me miraba con envidia, tanto como yo a él. Tenía celos de mi gran fortaleza, y además confesaba sentirse mezquino de alma e insignificante cuando me miraba a los ojos.

- Uno ve allí sencillez y potencia - admitía -, y se da cuenta de que uno suele hacer trampas, es perezoso, falta a su palabra, hace diariamente una docena de maldades, y para ti ninguna de estas cosas es más natural que comer tu propia carne.

Comprenderás que Halum y Noim no eran parientes vinculares entre sí, y que solamente los ligaba su común relación conmigo. Noim tenía una hermana vincular propia, una tal Thirga, y Halum estaba vinculada con una muchacha de Manneran, llamada Nald. Mediante estos lazos, el Pacto crea una cadena que une nuestra sociedad, ya que Thirga tenía también una hermana vincular, y Nald un hermano vincular, que a su vez estaban vinculados por el otro lado, y así sucesivamente hasta formar una serie vasta, si no infinita. Como es obvio, uno entra a menudo en contacto con los parientes vinculares de los suyos propios, aunque uno no está en libertad de disfrutar con ellos de los mismos privilegios que tiene con los de su propio vínculo. Yo veía con frecuencia a la Thirga de Noim y a la Nald de Halum, así como Halum veía a mi Noim y Noim a mi Halum; pero entre yo y Thirga o yo y Nald nunca hubo más que una amistad superficial, mientras que Noim y Halum se atrajeron con afecto inmediato. En verdad, por un tiempo sospeché que se casarían, lo cual habría sido poco habitual, aunque no ilegal. Pero Noim advirtió que me perturbaría que mi hermano vincular compartiese la cama con mi hermana vincular, y se cuidó de no permitir que la amistad madurara en un amor de ese tipo.

Ahora Halum duerme para siempre bajo una lápida en Manneran, y Noim se ha convertido en un extraño para mí, tal vez hasta en un enemigo mío, y la arena roja de las Tierras Bajas Abrasadas me vuela a la cara mientras escribo estas líneas.

10

Después que mi hermano Stirron llegó a septarca de Salla yo me fui, como ya sabes, a la provincia de Glin. No diré que huí a Glin, ya que nadie me obligó abiertamente a salir de mi país natal; pero digamos que mi partida fue cuestión de tacto. Salí para evitarle a Stirron el eventual problema de eliminarme, cosa que habría sido un gran peso para su alma. Una sola provincia no puede contener sin peligro a los dos hijos de un septarca difunto.

Elegí a Glin porque era costumbre que los exiliados de Salla fueran a Glin, y también porque la familia de mi madre tenía allí riqueza y poder. Pensé - erróneamente, como lo descubriría después - que podría obtener algún beneficio de ese parentesco.

Me faltaban unas tres lunas para la edad de trece cuando me despedí de Salla. Entre nosotros ése es el umbral de la adultez; había llegado casi a mi estatura actual, aunque era mucho más delgado y mucho menos fuerte de lo que pronto llegaría a ser, y hacía poco que la barba me había empezado a crecer en abundancia. Sabía algo de historia y de gobierno, algo de las artes bélicas, algo del oficio de cazador, y había recibido alguna preparación en la práctica del derecho. Ya me había acostado por lo menos con una docena de muchachas, y tres veces había conocido brevemente las tempestades del amor desdichado. Durante toda mi vida había acatado el Pacto; tenía el alma limpia y estaba en paz con nuestros dioses y con nuestros antepasados. En esa época debo haber parecido, ante mis propios ojos, animoso, arrojado, capaz, honorable y resistente, con todo el mundo por delante como un camino luminoso, y el futuro en mis manos para moldearlo. La perspectiva de treinta años me dice que el joven que partió entonces de Salla era también ingenuo, crédulo, romántico, demasiado serio, y de criterio convencional y torpe: de hecho, un jovencito muy común, que podía haber estado despellejando cachorros marinos en alguna aldea pesquera de no haber tenido la gran suerte de haber nacido príncipe.

Partí a principios de otoño, después de una primavera en que toda Salla había llorado a mi padre y de un verano en que toda Salla había aclamado a mi hermano. La cosecha había sido pobre - algo nada extraño en Salla, donde los campos dan guijarros y piedras con más generosidad que cereal - y Ciudad de Salla estaba atestada de agricultores arruinados que esperaban recibir alguna dádiva del nuevo septarca. Una neblina opaca y calurosa cubría la capital día tras día, y sobre ella se extendían las primeras nubes densas de otoño, que llegaban flotando puntualmente desde el mar oriental. Las calles estaban polvorientas; los árboles, incluso los majestuosos espinos de fuego junto al palacio del septarca, habían empezado temprano a soltar las hojas; los excrementos de los animales de los granjeros obstruían las alcantarillas. Éstos eran malos augurios para Salla, al iniciarse el reinado de un septarca; por eso me pareció sensato partir en esa estación. Ya entonces el buen talante de Stirron comenzaba a desgastarse, y algunos desdichados consejeros de estado habían ido a parar a las mazmorras. Yo todavía era querido en la corte, mimado y halagado, obsequiado con capas de piel y promesas de baronías en las montañas, pero ¿por cuánto, por cuánto tiempo? En ese momento Stirron se sentía culpable porque había heredado el trono y yo no tenía nada, por eso me trataba con suavidad; pero que tras el seco verano viniese un duro invierno de hambre, y quizá los platillos de la balanza se movieran; era muy posible que, envidiándome por estar libre de responsabilidades, se volviese contra mí. Yo había estudiado bien las crónicas de las casas reales; no era la primera vez que esas cosas ocurrían.

Me preparé, entonces, para abandonar el sitio de prisa. Solamente Noim y Halum conocían mis planes. Junté las pocas propiedades que no quería dejar, tales como un anillo de ceremonia legado por mi padre, un jubón de caza favorito, de cuero amarillo, y un amuleto que era un camafeo doble con los retratos de mi hermana vincular y mi hermano vincular; me deshice de todos mis libros, ya que uno puede conseguir más libros dondequiera que vaya, y ni siquiera me llevé la lanza para cazar aves-punzón, mi trofeo del día en que murió mi padre, que colgaba en mi dormitorio del palacio. Tenía a mi nombre una suma de dinero bastante grande, que manipulé de un modo que creí sagaz. Estaba todo depositado en el Banco Real de Salla. Primero transferí el grueso de mis fondos a los seis bancos provinciales menores durante muchos días. Estas nuevas cuentas eran conjuntas con Halum y Noim. Halum procedió entonces a retirar dinero, solicitando que fuera pagado al Banco Comercial y Marítimo de Manneran, para la cuenta de su padre, Sevgord Helalam. Si esta transferencia nuestra era detectada, Halum declarararía que su padre había sufrido reveses financieros y había solicitado un préstamo de corta duración. Una vez que mis bienes se hallaron a salvo depositados en Manneran, Halum pidió a su padre que volviera a transferir el dinero, esta vez en una cuenta a mi

nombre en el Banco del Pacto, en Glin. De este modo sinuoso llevé mi dinero de Salla a Glin sin despertar las sospechas de nuestros funcionarios de Hacienda, a quienes podía extrañar que un príncipe del reino enviara su patrimonio a la provincia norteña, rival nuestra. El defecto fatal en todo esto, señaló Halum, era que si Hacienda se sorprendía por el flujo de capital a Manneran, interrogaba a Halum y luego hacía averiguaciones sobre su padre, saldría a luz la verdad: que Segvord era próspero y no tenía necesidad del «préstamo»; todo eso habría conducido a más preguntas y, probablemente, a que me descubrieran. Pero mis maniobras pasaron inadvertidas.

Por último me presenté a mi hermano, a pedirle autorización para salir de la capital, como lo exigía la etiqueta cortesana.

Ésta era una cuestión difícil, ya que el honor no me permitía mentirle a Stirron, y sin embargo no me atrevía a decirle la verdad. Primero pasé largas horas con Noim, ensayando mis engaños. Como embustero, yo era un discípulo lento; Noim escupía, maldecía, lloraba, batía las palmas, penetrando de vez en cuando mi guardia con alguna pregunta aguda.

- No naciste para mentiroso - me decía, desalentado.

- No - admitía yo -; uno no nació para mentiroso.

Stirron me recibió en la sala de ceremonias del norte, una habitación oscura y sombría, de ásperas paredes de piedra y angostas ventanas, utilizada principalmente para audiencias con caciques de aldea. No creo que haya querido ofenderme con eso; no era sino el lugar donde se encontraba por casualidad cuando envié a mi caballero con el mensaje de que deseaba una entrevista. Eran las últimas horas de la tarde; afuera caía una lluvia grasienta y tenue; en alguna torre lejana del palacio un carillonero instruía a sus aprendices, y a través de las agrietadas paredes llegaba el pesado zumbido de las campanadas, escandalosamente erróneas. Stirron vestía formalmente: un voluminoso manto negro de pieles protectoras, apretadas polainas rojas de lana, botas altas de cuero verde. Llevaba colgada al costado la espada del Pacto, sobre el pecho el pesado y reluciente medallón que indicaba su cargo, tenía los dedos cubiertos de anillos de nobleza, y si la memoria no me engaña, alrededor del antebrazo derecho lucía otro emblema de poder. De los símbolos reales sólo faltaba la corona misma. En los últimos tiempos había visto a Stirron así ataviado con bastante frecuencia, en ceremonias y reuniones de Estado, pero encontrarlo tan envuelto en insignias en una tarde común me resultó casi cómico. ¿Tan inseguro estaba que necesitaba cargarse constantemente con esas cosas para asegurarse de que era de veras septarca? ¿Sentía que tenía que impresionar a su hermano menor? ¿O se complacía infantilmente en esos ornamentos por el placer mismo? Fuera como fuese, esto revelaba alguna falla en el carácter de Stirron, alguna necedad interior. Me asombró que me pudiera resultar más divertido que imponente. Quizá el génesis de mi definitiva rebelión resida en ese momento en que, al entrar, vi a Stirron en todo su esplendor, y tuve que esforzarme para contener la risa.

Medio año en la septarquía había dejado huellas en él. Tea la cara gris y el párpado izquierdo caído, supongo que de agotamiento. Mantenía los labios muy apretados y estaba rígido, con un hombro más alto que el otro. Aunque sólo dos años nos separaban en edad, me sentí un muchacho a su lado, y me sorprendió cómo pueden grabarse en el rostro de un joven las preocupaciones de un alto cargo. Parecían haber pasado siglos desde que Stirron y yo habíamos reído juntos en nuestros dormitorios, susurrando todas las palabras prohibidas y desnudando uno ante el otro nuestros cuerpos en maduración para hacer las nerviosas comparaciones de la adolescencia. Ahora ofrecí a mi hermano verdadero un homenaje formal, cruzando los brazos sobre el pecho, doblando las rodillas e inclinando la cabeza mientras murmuraba:

- Lord septarca, que tu vida sea larga.

Stirron era lo bastante hombre como para desviar mi formalidad con una sonrisa fraternal. Respondió a mi saludo correctamente, sí, con los brazos levantados y las

palmas hacia afuera, pero después convirtió eso en un abrazo, acercándose rápidamente a través de la sala. Sin embargo, en su actitud hubo algo de artificial, como si hubiese estado estudiando cómo demostrar afecto al hermano, y pronto me soltó. Se alejó de mí, volviendo la vista hacia una ventana próxima, y sus primeras palabras para mí fueron:

- Qué día horrible. Qué año brutal.

- ¿Te pesa la corona, lord septarca?

- Tienes licencia para llamar a tu hermano por su nombre.

- Se te nota tenso, Stirron. Quizá tomes demasiado a pecho los problemas de Salla.

- El pueblo pasa hambre - dijo -. ¿Debe uno fingir que eso es algo sin importancia?

- El pueblo siempre pasó hambre, año tras año - contesté -. Pero si el septarca vacía su alma preocupándose por el pueblo...

- Basta, Kinnall. Estás abusando.

Ahora el tono de Stirron nada tenía de fraternal; le costaba mucho ocultar su irritación conmigo. Evidentemente le encolerizaba que yo hubiera notado siquiera su fatiga, aunque era él quien había iniciado la conversación lamentándose. La conversación se había desviado demasiado hacia lo íntimo. El estado nervioso de Stirron no era asunto mío: no me correspondía consolarlo, para eso tenía un hermano vincular. Mi bondadoso intento había sido incorrecto e inadecuado.

- ¿Qué buscas aquí? - preguntó con aspereza.

- Permiso del lord septarca para salir de la capital.

Stirron se apartó de la ventana bruscamente y me miró ceñudo. Los ojos, opacos e indolentes hasta ese momento, se le volvieron brillantes y duros, y oscilaron de un lado a otro de manera inquietante.

- ¿Salir? ¿Para ir a dónde?

- Uno desea acompañar a su hermano vincular Noim hasta la frontera del norte - dije con toda la soltura que me fue posible -. Noim visitará el cuartel central de su padre, el general Luinn Condorit, a quien no ha visto este año desde la coronación de su señoría, y le ha pedido a uno que viaje al norte con él, por cariño vincular y amistad.

- ¿Cuándo partirías?

- Dentro de tres días, si place al septarca.

- ¿Y por cuánto tiempo?

Stirron me ladraba prácticamente estas preguntas.

- Hasta que caiga la primera nieve del invierno.

- Demasiado tiempo. Demasiado tiempo.

- Uno podría entonces ausentarse por un lapso menor - dije.

- Pero ¿tienes que ir?

La pierna derecha me temblaba vergonzosamente en la rodilla. Meforcé por serenarme.

- Stirron, piensa que uno no ha salido de Ciudad de Salla ni por un día entero desde que tú asumiste el trono. Piensa que uno no tiene derecho a pedirle a su hermano vincular que cruce solo las montañas del norte.

- Piensa que eres heredero de la primera septarquía de Salla - replicó Stirron -, y que si tu hermano sufre una desgracia mientras estás en el norte, nuestra dinastía se pierde.

La frialdad de su voz, y la ferocidad con que me había interrogado un momento antes, me provocaron pánico. ¿Se opondría a mi partida? Mi mente febril inventó una docena de razones para explicar esa hostilidad. Sabía de mis transferencias de fondos, y había inferido que me disponía a marcharme a Glin; o se imaginaba que Noim y yo, y el padre de Noim con sus tropas, promoveríamos una insurrección en el norte, con el objetivo de instalarme en el trono; o ya había decidido arrestarme y destruirme, pero no era todavía el momento adecuado para hacerlo, y no quería dejarme llegar lejos antes de que él pudiera pasar al ataque; o..., pero no hace falta que multiplique hipótesis. En Borthan somos suspicaces, y nadie es menos confiado que quien lleva corona. Si Stirron se negaba a

dejarme salir de la capital, como todo parecía indicar, tendría que hacerlo subrepticamente, y tal vez no lo consiguiese.

- No es probable que haya desgracias, Stirron - dije -, y aunque así fuera, no costaría demasiado volver desde el norte si te sucediese algo. ¿Tan seriamente temes la usurpación?

- Uno teme todo, Kinnall, y deja poco a la suerte.

Pasó entonces a sermonearme sobre la necesidad de cautela, y sobre las ambiciones de quienes rodeaban el trono, mencionando como posibles traidores a unos cuantos lords que yo habría situado entre los pilares del reino. Mientras hablaba, excediendo en mucho las normas del Pacto al revelarme sus inseguridades, vi con asombro en qué hombre torturado y aterrado se había convertido mi hermano en ese breve período como septarca; y comprendí también que no se me autorizaría a partir. Stirron habló y habló, moviéndose de un lado a otro, frotándose los talismanes de autoridad, recogiendo varias veces el cetro de una vieja mesa de madera, yendo hasta la ventana y volviendo, subiendo y bajando la voz, como si buscara las mejores resonancias septárquicas. Me asusté por él. Era un hombre de considerable tamaño, como yo, y en esa época mucho más robusto y fuerte que yo, y toda mi vida lo había adorado y me había inspirado en él; y allí estaba corroído de terror y cometiendo el pecado de contármelo. ¿Esas pocas lunas de poder supremo habían llevado a Stirron a semejante colapso? ¿Tan terrible era para él la soledad de la septarquía? En Borthan nacemos solitarios, y solitarios vivimos, y solitarios morimos; ¿por qué llevar la corona tenía que ser tanto más difícil que sobrellevar las cargas que nos infligimos cada día? Stirron me habló de complots criminales y de revolución fermentando entre los agricultores que atestaban la ciudad; y hasta insinuó que la muerte de nuestro padre no había sido accidental. Yo intenté convencerme de que se podía entrenar a un ave-punzón para que matara a un hombre determinado en un grupo de trece, y no logré aceptar esa idea. Al parecer, las responsabilidades del reino habían enloquecido a Stirron. Recordé a un duque, algunos años atrás, que había disgustado a mi padre, y que fue enviado a una mazmorra por medio año, y torturado todos los días en que se podía ver el sol. Al entrar en prisión era una figura robusta y vigorosa, y cuando salió estaba tan arruinado que se ensuciaba las ropas con los excrementos y no se daba cuenta. ¿Cuándo llegaría Stirron a eso? Pensé que acaso era mejor que me negara permiso para irme, ya que tal vez fuera preferible que me quedara en la capital, listo para ocupar su sitio si se desmoronaba de manera irreparable.

Pero al final de las divagaciones - lo habían llevado al otro lado de la sala, hasta una trasalcoba donde colgaban unas cadenas de plata - me asombró; juntando súbitamente las cadenas y arrancando una docena de ellas, se volvió hacia mí y gritó con voz ronca:

- ¡Jura, Kinnall, que volverás del norte a tiempo para asistir a la boda real!

Quedé doblemente atónito. Desde hacía varios minutos había empezado a planear sobre la base de quedarme en Ciudad de Salla; ahora descubría que podía irme al fin y al cabo, y no estaba seguro de que debiese hacerlo, teniendo en cuenta el deterioro de Stirron. Y además él me exigía la promesa de volver pronto, y ¿cómo podía prometer eso al septarca sin mentirle, un pecado que no estaba dispuesto a cometer? Hasta entonces, cuanto le había dicho era la verdad, aunque sólo parte de la verdad; era cierto que planeaba viajar al norte con Noim para visitar a su padre, era cierto que me quedaría en Salla del norte hasta la primera nieve de invierno. Pero ¿cómo podía fijar una fecha para mi regreso a la capital?

Mi hermano debía casarse cuarenta días más tarde con la hermana menor de Bryggil, septarca del distrito sureste de Salla. Era una unión astuta. En cuanto se refería al orden de primacía tradicional, Bryggil ocupaba el séptimo y más bajo lugar de la jerarquía de septarcas de Salla; pero era el más viejo, el más hábil y respetado de los siete, ahora que ya no estaba mi padre. Combinar la sagacidad y jerarquía de Bryggil con el prestigio que correspondía a Stirron en virtud de su rango como primer septarca sería consolidar en el

trono la dinastía de nuestra familia. Y sin duda pronto saldrían hijos de las entrañas de la hija de Bryggil, aliviándome de mi posición como heredero forzoso: su fertilidad debía haber pasado las pruebas necesarias, y en cuanto a Stirron no podía haber problemas, puesto que ya había repartido una camada de bastardos por toda Salla. Seguramente yo tendría que cumplir ciertas funciones ceremoniales en la boda, como hermano del septarca.

Había olvidado totalmente la boda. Si me fugaba de Salla antes del acontecimiento, lastimaría a mi hermano de un modo que me entristecía. Pero si me quedaba allí, con un Stirron tan inestable, no tenía garantías de estar en libertad cuando llegase el día nupcial, ni siquiera de conservar todavía la cabeza. Tampoco tenía ningún sentido ir al norte con Noim si me comprometía a volver en cuarenta días. Era una elección difícil: postergar la partida y arriesgarme a los caprichos reales de mi hermano, o partir ya, sabiendo que me echaba encima la mancha de violar un juramento hecho a mi septarca.

El Pacto nos enseña que debemos recibir con agrado los dilemas, ya que enfrentar lo insoluble y hallar una solución fortalece el carácter. En este caso, los hechos burlaban las elevadas enseñanzas morales del Pacto. Mientras yo vacilaba, angustiado, sonó el teléfono de Stirron; mi hermano levantó bruscamente el auricular y escuchó cinco minutos de parloteo, mientras se le oscurecía el rostro y se le encendían los ojos. Al final cortó la comunicación y me miró como si yo fuera un extraño para él.

- En Spoksa se comen la carne de los que acaban de morir - murmuró -. En las laderas de la Kongoroi danzan para los demonios con la esperanza de encontrar alimento. ¡Locura! ¡Locura!

Apretó los puños, fue a la ventana y apoyó en ella la cara, cerrando los ojos, y creo que por un momento olvidó mi presencia. El teléfono volvió a reclamarlo. Stirron se estremeció, como quien ha sido apuñalado, y fue hacia el aparato. Al verme paralizado junto a la puerta movió impaciente las manos hacia mí y dijo:

- Vete, ¿quieres? Anda con tu hermano vincular a donde sea. ¡Qué provincia! ¡Qué hambruna! ¡Padre, padre, padre!

Y tomó el auricular. Yo empecé a ofrecerle una genuflexión de despedida, pero Stirron me echó de la sala con ademanes furiosos, enviándome sin juramento ni ataduras hacia las fronteras de su reino.

11

Noim y yo partimos tres días después, los dos solos con un pequeño contingente de criados. El tiempo era malo, ya que la sequía estival había dado paso no simplemente a las densas nubes grises y monótonas del otoño, sino a una muestra anticipada de las fuertes lluvias invernales.

- Morirán enmohecidos antes de ver Glin - nos dijo Halum, risueña -. Si es que no se ahogan en el lodo de la Gran Ruta de Salla.

La víspera de nuestra partida se quedó con nosotros en casa de Noim, durmiendo castamente sola en la pequeña habitación cerca del techo, y nos acompañó en el desayuno, mientras nos preparábamos para partir. Nunca la había visto más encantadora; esa mañana la envolvía una resplandeciente belleza que atravesaba la penumbra del alba lluviosa como una antorcha en una caverna. Acaso lo que le daba entonces tanto realce era que estaba a punto de salir de mi vida por un período desconocido, y yo, consciente de la pérdida que yo mismo me infligía, magnificaba su atractivo. Tenía puesto un vestido de delicada malla metálica dorada, bajo la cual sólo una finísima tela le ocultaba la forma desnuda, y el cuerpo, al moverse a un lado y otro bajo esa tenue envoltura, despertaba en mí pensamientos que me dejaban abrumado de vergüenza. Halum estaba entonces en la plenitud de la primera madurez, y lo estaba desde hacía varios años; ya había empezado a extrañarme que aún se mantuviese soltera. Aunque tenía la misma edad que Noim y yo,

había salido rápidamente de la infancia antes que nosotros, como hacen las niñas, y yo había llegado a pensar en ella como mayor que nosotros dos, porque hacía un año que tenía senos y el flujo menstrual, en tanto que Noim y yo aún no teníamos vello en la cara ni en el cuerpo. Y si bien la habíamos alcanzado en cuanto a madurez física, ella seguía siendo más adulta de aspecto que mi hermano vincular y yo; modulaba más suavemente la voz, era más aplomada, y yo no podía dejar de pensar que ella era nuestra hermana mayor, que pronto debería aceptar algún cortejante, para no madurar demasiado y agriarse en la virginidad; de pronto tuve la certeza de que Halum se casaría mientras yo me ocultaba lejos, en Glin; y la idea de que algún sudoroso desconocido le plantara bebés entre los muslos me asqueó tanto que me aparté de ella y de la mesa, y me tambaleé hasta la ventana para llenarme de aire húmedo los pulmones.

- ¿Te sientes mal? - preguntó Halum.

- Uno siente cierta tensión, hermana vincular.

- Sin duda no habrá peligro. Ha sido concedida la autorización del septarca para que vayas al norte.

- Ningún documento lo prueba - señaló Noim.

- ¡Eres hijo de un septarca! - exclamó Halum -. ¿Qué guardián de los caminos se atrevería a interponerse ante ti?

- Exacto - dije -. No hay motivo de temor. Sólo que uno tiene una sensación de incertidumbre. Uno comienza una nueva vida, Halum - continué, con una tenue sonrisa forzada -. Ya debe ser hora de partir.

- Quedaos un poco más - imploró Halum.

Pero no lo hicimos. En la calle esperaban los criados. Los terramóviles estaban listos. Halum nos abrazó, estrechando primero a Noim, después a mí, porque era yo el que no volvería, y eso requería una despedida más larga. Cuando vino a mis brazos me aturdió la intensidad con que se ofreció: sus labios a mis labios, su vientre a mi vientre, sus senos aplastados contra mi pecho. De puntillas se esforzó por apretar su cuerpo contra el mío, y por un momento la sentí temblar, hasta que yo mismo empecé a temblar. No era un beso de hermana, y no, por cierto, un beso de hermana vincular; era el beso apasionado de una novia despidiendo a su joven marido, que parte para una guerra de la cual sabe que no volverá. El súbito fuego de Halum me abrasó. Sentí como si se hubiera descorrido un velo, y se hubiera lanzado contra mí una Halum a quien antes no conocía, una Halum que ardía con las apetencias de la carne, una Halum a quien no le importaba revelar su prohibido anhelo por el cuerpo de un hermano vincular. ¿O acaso mi imaginación le atribuía estas cosas? Me pareció que, por un solo y prolongado instante, Halum no reprimía nada y dejaba que sus brazos y sus labios me dijeran la verdad de sus sentimientos; pero yo no pude responder en la misma moneda; había ensayado demasiado bien las actitudes correctas hacia la propia hermana vincular, y fui distante y frío al abrazarla. Es posible que hasta la haya repelido un poco, escandalizado por tanto descaro. Y como digo, es posible que no haya habido descaro alguno, salvo en mi mente sobreexcitada, sino nada más que auténtico pesar ante la despedida. Comoquiera que fuese, la intensidad abandonó pronto a Halum, que aflojó el brazo y me soltó; la vi cabizbaja y desalentada, como si yo - tan almidonado cuando ella ofrecía tanto - la hubiera desairado cruelmente.

- Vamos ya - dijo Noim impaciente.

Yo, tratando de salvar la situación de algún modo, levanté la mano de Halum y le toqué levemente la fresca palma con la mía, y le sonreí con timidez, y ella sonrió con más timidez aún, y tal vez habríamos dicho una o dos palabras vacilantes, pero Noim me tomó por el codo y me llevó estólidamente afuera para iniciar el viaje que me alejaría de mi patria.

Insistí en abrirme a un drenador antes de salir de Ciudad de Salla. No había planeado hacerlo, y esa pérdida de tiempo irritó a Noim; pero una necesidad incontrolable de los consuelos; de la religión me dominó cuando nos acercábamos a las afueras de la capital.

Hacia casi una hora que viajábamos. La lluvia había arreciado, y vientos tempestuosos la arrojaban contra los parabrisas de nuestros terramóviles, de modo que se imponía conducir con cautela. Las calles de adoquines estaban resbaladizas. Noim conducía uno de los coches, conmigo sentado al lado, taciturno; el otro, con nuestros criados, nos seguía de cerca. La mañana era joven y la ciudad aún dormía. Cada calle que atravesábamos era para mí una amputación, porque me arrancaba un segmento de mi vida: allá va el palacio y sus dependencias; allá van las torres de la Casa de Justicia; allá los grandes edificios cúbicos y grises de la universidad; allí el sagrario donde mi padre me hizo entrar en el Pacto; allí el Museo de la Humanidad, que visité tan a menudo con mi madre para contemplar los tesoros traídos de las estrellas. Al rodear el bello distrito residencial que bordea el Canal de Skangen, espí incluso el ornado Ayuntamiento del Duque de Kongoroi, sobre las sedosas sábanas de cuya hermosa hija había dejado mi virginidad en un pegajoso charco, no tantos años atrás. En esa ciudad había vivido toda mi vida, y quizá no volviera a verla nunca; el agua se llevaba mis ayer: como el filo de las lluvias invernales, que todos los años roba una capa de tierra a las granjas de Salla. Desde niño había sabido que algún día mi hermano sería septarca y esa ciudad dejaría de tener sitio para mí, pero sin embargo me había negado a reconocerlo, diciendo: «No sucederá pronto, quizá no suceda nunca». Y mi padre yacía muerto en el ataúd de espino de fuego, y mi hermano sostenía el peso terrible de la corona, y yo huía de Salla cuando mi vida apenas comenzaba. Me dominó tal compasión por mí mismo, que ni siquiera me atreví a hablarle a Noim, aunque ¿para qué está un hermano vincular sino para aliviar el alma de uno? Y cuando íbamos por las destrozadas calles de Salla Vieja, llegando a las murallas de la ciudad, divisé un sagrario en ruinas y dije a Noim:

- Para en esta esquina. Uno debe entrar a vaciarse.

Noim, nervioso, no quería perder tiempo e intentó seguir adelante.

- ¿Vas a negarle a uno el derecho sacro? - le pregunté, acalorado.

Y sólo entonces, irritado y molesto, detuvo el vehículo y lo hizo retroceder para dejarme frente al sagrario.

La fachada del edificio estaba rota y descascarada. Junto a la puerta había una inscripción ilegible. Delante, el pavimento estaba agrietado y torcido. Salla Vieja tenía un linaje de más de mil años; algunos de los edificios habían estado continuamente habitados desde la fundación de la ciudad, aunque la mayoría se encuentra en ruinas, ya que la vida de ese distrito terminó, en realidad, cuando uno de los septarcas medievales decidió trasladar su corte a nuestro actual palacio en la cima de la Colina de Skangen, muy al sur de allí. De noche dan vida a Salla Vieja los buscadores de placer, que beben ávidamente el vino azul en cabarets instalados en sótanos, pero a esa hora brumosa era un sitio lúgubre. Desde cada edificio me miraban paredes lisas de piedra: en Salla tenemos el hábito de utilizar meras hendeduras como ventanas, pero aquí llevaban esa tendencia al extremo. Me pregunté si en el sagrario podía haber en funcionamiento una máquina de observar que detectase mi llegada. Resultó que sí. Cuando me acerqué a la puerta del sagrario, ésta se abrió parcialmente, y asomó la cabeza un hombre huesudo, en ropas de drenador. Era feo, por supuesto. ¿Quién vio jamás un drenador bien parecido? Es una profesión para los desfavorecidos. Éste tenía piel verdosa, muy picada de viruela, y un hocico gomoso por nariz, y uno ojo opacado: algo común en su oficio. Me miró con turbia intensidad y, a juzgar por su desconfianza, pareció arrepentirse de haber abierto la puerta.

- La paz de todos los dioses sea contigo - dije -. Aquí hay uno que necesita de tu arte.

Miró mi costosa vestimenta, mi jubón de cuero y mis pesadas joyas, y estudió mi corpulencia y mi porte, y evidentemente dedujo que yo era algún joven rufián de la aristocracia que buscaba pendencia en los suburbios.

- Es demasiado temprano - respondió con inquietud -. Vienes demasiado pronto en busca de consuelo.

- ¡No vas a rechazar a un doliente!

- Es demasiado temprano.

- Vamos, deja entrar a uno. Aquí hay un alma turbada.

Cedió, como yo sabía que tendría que hacerlo, y con muchos temblores de su nariguda cara me dejó pasar. Adentro hedía a podredumbre. El viejo maderaje estaba impregnado de humedad, los cortinados se deshacían, los muebles estaban mordisqueados por insectos. La iluminación era mortecina. La mujer del drenador, tan fea como el drenador mismo, se movía en las sombras. El hombre me condujo a la capilla, un cuarto pequeño y sudado, contiguo a la vivienda, y me dejó arrodillado junto al espejo agrietado y amarillento mientras encendía las velas. Se puso el manto y finalmente se acercó a donde yo estaba.

Cuando mencionó su tarifa, ahogué una exclamación.

- Es demasiado - dije.

La rebajó en un quinto. Cuando seguí negándome, me dijo que fuera a buscar sacerdocio en otra parte, pero no me levanté y él, a regañadientes, redujo un poco más el precio de sus servicios. Aun así, probablemente fuera cinco veces lo que cobraba a la gente de Salla Vieja por igual beneficio, pero sabía que yo tenía dinero y, pensando en Noim que esperaba en el coche echando pestes, no pude regatear.

- De acuerdo - dije.

Entonces me llevó el contrato. Ya dije que los de Borthan somos desconfiados; ¿he indicado cuánto confiamos en los contratos? La palabra de un hombre no es más que aire impuro. Antes de acostarse un soldado con una prostituta, acuerdan los términos del negocio y los garrapatean en un papel. El drenador me dio un formulario común, donde se prometía que lo que yo dijera sería mantenido en estricto secreto, actuando el drenador únicamente como intermediario entre yo y el dios por mí elegido, mientras yo, por mi parte, juraba que no atribuiría responsabilidad alguna al drenador por lo que sabría de mí, que no lo convocaría como testigo en un juicio ni haría de él mi coartada ante alguna acusación, etcétera. Yo firmé. Él firmó. Intercambiamos copias y yo le di su dinero.

- ¿Qué dios quieres que presida aquí? - preguntó.

- El dios que protege a los viajeros - contesté.

No llamamos a nuestros dioses por sus nombres en voz alta.

Encendió una vela del color adecuado - rosado - y la puso junto al espejo. Con eso se entendía que el dios elegido aceptaría mis palabras.

- Mira tu rostro - dijo el drenador -. Pon tus ojos en tus ojos.

Miré con fijeza el espejo. Como evitamos la vanidad, no es habitual examinar el propio rostro, salvo en estas ocasiones religiosas.

- Abre ahora tu alma - ordenó el drenador -. Que surjan tus pesares y sueños, tus apetitos y dolores.

- Es el hijo de un septarca quien huye de su patria - comencé.

El drenador se sobresaltó, prestando en seguida atención, asombrado por mis noticias. Aunque no aparté los ojos del espejo, adiviné que manoteaba en busca del contrato para leerlo y ver quién lo había firmado. Yo continué:

- El miedo a su hermano le lleva a irse a otro país, pero sin embargo, le duele el alma al partir.

En ese tono seguí un rato. El drenador hacía las habituales intervenciones cada vez que yo vacilaba, sonsacándome palabras a la manera astuta de su oficio, y pronto no hizo falta ese ardid, ya que las palabras brotaban libremente. Le hablé de cómo había deseado

a mi hermana, y cómo su abrazo me había trastornado; le conté cuán cerca había estado de mentir a Stirron; confesé que no estaría para la boda real y con ello heriría a mi hermano; admití varios pequeños pecados de autoestima, tales como los que cualquiera comete diariamente. El drenador escuchaba.

Les pagamos para que escuchen y no hagan otra cosa que escuchar, hasta que quedamos drenados y curados. Tal es nuestra santa comunión: sacamos a estos sapos del barro, los instalamos en sus sagrarios y compramos su paciencia con nuestro dinero. Bajo el Pacto se permite decir cualquier cosa a un drenador, aunque sean idioteces, aunque sea un vergonzoso catálogo de lujurias reprimidas y suciedad oculta. Podemos aburrir a un drenador como no tenemos derecho a aburrir a nuestros parientes vinculados, ya que el contrato obliga al drenador a escuchar sentado con la paciencia de las montañas mientras hablamos sobre nosotros mismos. No hace falta que nos preocupemos por cosas tales como los problemas que pueda tener el drenador, lo que piensa de nosotros o si sería más feliz haciendo otra cosa. Tiene su profesión, cobra sus honorarios y debe servir a quienes le necesitan. Hubo un tiempo en que pensaba que darnos drenadores para poder librar del dolor a nuestro corazón era un sistema milagrosamente bueno. Transcurrió una parte demasiado grande de mi vida antes de que advirtiera que abrirse a un drenador es tan poco reconfortante como hacer el amor a la propia mano; hay mejores modos de amar, hay modos más felices de abrirse.

Pero entonces no lo sabía, y seguí en cuclillas frente al espejo, recibiendo la mejor curación que se podía comprar con dinero. Así brotaron todos los residuos de maldad que había en mi alma, sílaba tras sílaba, con soltura; como el dulce licor que sale cuando perforamos los flancos espinosos de los retorcidos y repelentes árboles de carne que crecen junto al golfo de Sumar. Mientras hablaba, las velas me enredaban en su hechizo, y su brillo vacilante me atraía a la superficie curva del espejo de tal modo que era arrastrado fuera de mí mismo; el drenador no era más que un manchón en la oscuridad, irreal, insignificante, y ahora yo hablaba directamente al dios de los viajeros, que me curaría y me pondría en camino. Creía firmemente en ello. No diré que imaginaba un lugar santo literal, donde nuestras deidades aguardan para servirnos, pero tenía entonces una interpretación abstracta y metafórica de nuestra religión, según la cual ésta parecía, a su modo, tan real como mi brazo derecho.

Mi flujo de palabras se detuvo y el drenador no hizo ningún intento de renovar la efusión. Murmuró las frases de absolución. Había terminado. Apagó la vela sacra con dos dedos y se levantó para quitarse las vestiduras. Yo seguía sentado, débil y tembloroso, sumido en mis ensueños. Me sentía purificado, libre de polvo y escombros espirituales, y en la música de ese momento apenas percibía la suciedad que me rodeaba. La capilla era un lugar mágico, y el drenador ardía en divina belleza.

- Arriba - me dijo, empujándome con la punta de la sandalia -. Sal. Ponte en camino.

El sonido de aquella voz chirriante apagó todo el encanto. Me levanté, sacudiendo la cabeza para curarla de su nueva liviandad, mientras el drenador casi me empujaba al corredor. Aquel hombre feo ya no me temía, aunque yo pudiera ser hijo de un septarca y matarle con un escupitajo, porque yo le había hablado de mi cobardía, de mis ansias prohibidas por Halum, de todas las miserias de mi espíritu, y eso disminuía mi imagen ante sus ojos; ningún hombre que acaba de ser drenado puede impresionar a su drenador.

Cuando salí del edificio llovía con más fuerza aún. Noim esperaba en el coche, ceñudo, la frente apoyada en la palanca de dirección. Alzando la vista, se tocó la muñeca para indicarme que me había demorado demasiado en el sagrario.

- ¿Te sientes mejor ahora, con la vejiga vacía? - preguntó.

- ¿Cómo?

- Digo si has echado una buena meada espiritual ahí dentro.

- Qué frase más sucia, Noim...

- Uno se vuelve blasfemo cuando su paciencia se estira demasiado.

Pateó el acelerador y nos pusimos en marcha. No tardamos en llegar a los antiguos muros de Ciudad de Salla, a la noble abertura engalanada con torres y conocida como Puerta de Glin, custodiada por dos guerreros desapacibles y soñolientos en uniformes empapados. Los guerreros ni siquiera nos miraron. El coche de Noim traspuso la barrera y pasó frente a un cartel que nos daba la bienvenida a la carretera Principal de Salla. A nuestras espaldas, Ciudad de Salla se empequeñecía con rapidez; seguimos velozmente rumbo al norte, hacia Glin.

13

La Carretera Principal de Salla atraviesa uno de nuestros mejores distritos agrícolas, la rica y fértil Llanura de Nand, que recibe cada primavera un regalo de capa superficial arrancada de la piel de Salla Occidental por nuestros bulliciosos ríos. En aquella época, el septarca del distrito de Nand era un avaro notorio, y gracias a su mezquindad la carretera se encontraba en malas condiciones, de modo que, como predijera en broma Halum, nos costó mucho atravesar el barro que obstruía la ruta. Fue un alivio terminar con Nand y entrar en Salla Norte, donde la tierra es una mezcla de piedra y arena, y la gente vive de hierbas y de unas cosas escurridizas que sacan del mar. Un terramóvil constituye un espectáculo insólito en Salla Norte, y dos veces nos apedrearon pobladores hambrientos y hoscos, que consideraban un insulto nuestro mero paso por su desdichado territorio. Pero al menos no había barro en el camino.

Las tropas del padre de Noim se hallaban apostadas en el extremo de Salla Norte, sobre la ribera más baja del Río Huish. Éste es el río más importante de Velada Borthan. Comienza en cien arroyos insignificantes, que gotean por las cuevas orientales de las Huishtor en la parte norte de Salla Occidental; los arroyos se juntan al pie de las colinas, transformándose en un veloz torrente, gris y turbulento, que irrumpe por un estrecho cañón de granito, jalonado por seis grandes saltos en escalera. Al brotar de esas cascadas salvajes sobre la llanura aluvional, el Huish continúa más serenamente rumbo al nordeste, hacia el mar, ensanchándose cada vez más en los llanos y dividiéndose al final, de modo que, en su amplio delta, se entrega al océano por ocho bocas. En su tempestuosa parte occidental, el Huish forma los límites entre Salla y Glin; en su plácido extremo oriental, separa a Glin de Krell.

No hay puentes que atraviesen el gran río, a pesar de su extremada longitud, y se podría pensar que resulta innecesario fortificar las riberas contra invasores que pudieran llegar desde el otro lado. Pero muchas veces en la historia de Salla los hombres de Glin han cruzado el Huish en botes para guerrear, y otras tantas veces hemos ido los de Salla a devastar Glin; no son más felices los antecedentes de buena vecindad entre Glin y Krell. Por eso brotan puestos militares a todo lo largo del Huish, y generales como Luinn Condorit consumen sus vidas estudiando las nieblas del río, tratando de divisar al enemigo.

Permanecí corto tiempo en el campamento del padre de Noim. El general no se parecía mucho a Noim, pues era un hombre corpulento, de facciones grandes, cuya cara, desgastada por el tiempo y la frustración, se parecía a un plano lineal de la rocosa Salla Norte. Ni una sola vez en quince años había tenido lugar un choque importante a lo largo de la frontera que custodiaba, y creo que la inactividad le había helado el alma: hablaba poco, fruncía el entrecejo con frecuencia, hacía de cada declaración un amargo gruñido y se apresuraba a abandonar la conversación para refugiarse en sus sueños privados. Debía de tratarse de sueños bélicos; sin duda no podía mirar el río sin desear que en él hormigearan embarcaciones invasoras. Dado que seguramente hombres como él patrullaban el río del lado de Glin, es asombroso que las guardias fronterizas no se

agredan mutuamente por simple hastío, cada pocos años, enredando a nuestras provincias en conflictos inútiles.

Allí nos aburrimos. Los lazos filiales obligaban a Noim a visitar a su padre, pero no tenían nada que decirse, y para mí el general era un extraño. Yo había dicho a Stirron que permanecería junto al padre de Noim hasta que cayera la primera nieve invernal, y lo cumplí, pero afortunadamente mi visita no fue prolongada: en el norte, el invierno llega pronto. El quinto día que pasé allí bajaron revoloteando unos copos blancos, y quedé libre del juramento que yo mismo me había impuesto.

Salla y Glin se comunican mediante balsas que unen estaciones terminales en tres lugares, salvo cuando hay guerra. Una negra mañana, Noim me llevó a la terminal más próxima, donde solemnemente nos abrazamos y despedimos. Le dije que le enviaría mi dirección en Glin cuando la tuviera, para que él pudiese mantenerme informado de lo que pasaba en Salla. Noim prometió cuidar a Halum. Hablamos vagamente de cuándo volveríamos a encontrarnos los tres; tal vez me visitaran en Glin el año siguiente - tal vez nos fuéramos de vacaciones a Manneran. Hicimos planes con poca convicción en la voz.

- Esta separación nunca debió llegar - dijo Noim.

- Las separaciones no llevan sino a reencuentros - respondí animosamente.

- Quizá habrías podido llegar a un entendimiento con tu hermano, Kinnall...

- Nunca hubo esperanzas de eso.

- Stirron ha hablado de ti con afecto. ¿Es insincero, entonces?

- En este momento su afecto es sincero. Pero el hecho de tener a un hermano viviendo a su lado no tardaría en hacerse inconveniente, luego embarazoso, y por fin imposible. Un septarca duerme mejor cuando no tiene cerca ningún probable émulo de sangre real.

La balsa me llamó con un bramido de bocina.

Apreté el brazo de Noim y volvimos a despedirnos apresuradamente. Lo último que le dije fue:

- Cuando veas al septarca, dile que su hermano le ama

Después subí a bordo.

El cruce fue demasiado rápido. Menos de una hora y me encontré en el extraño suelo de Glin. Los funcionarios de inmigración me examinaron rudamente, pero se ablandaron al ver el pasaporte rojo vivo que denotaba mi origen noble. Y la faja dorada que indicaba que yo pertenecía a la familia del septarca. En seguida tuve mi visado válido para una estancia indefinida. Esos funcionarios son gente chismosa; no me cabe la menor duda de que en cuanto les dejé acudieron al teléfono para avisar a su gobierno de que había un príncipe de Salla en el país, y supongo que no mucho más tarde esa información estaba en manos de representantes diplomáticos de Salla en Glin, quienes la transmitirían a mi hermano, para su disgusto.

Frente al cobertizo de la Aduana encontré una sucursal del Banco del Pacto de Glin, donde cambié mi dinero de Salla por la moneda de los norteños. Con el nuevo dinero pagué a un chofer para que me llevase a la capital, a la que llaman Glam, situada a medio día de viaje hacia el norte de la frontera.

El camino era estrecho y sinuoso, y atravesaba una campiña lúgubre, donde la mano del invierno había arrancado las hojas de los árboles mucho tiempo atrás. La nieve sucia se acumulaba en altos montones. Glin es una provincia fría. Fue colonizada por hombres de índole puritana, que consideraban demasiado fácil la vida en Salla y pensaban que si se quedaban allí podrían ser tentados a abandonar el Pacto; cuando no lograron reformar a nuestros antepasados volviéndoles más piadosos, se marcharon, cruzando el Huish en armadías, para ganarse esforzadamente el sustento en el norte. Gente dura para una tierra dura; por pobres que sean los cultivos en Salla, son doblemente improductivos en Glin, donde viven principalmente de la pesca, la manufactura, las transacciones comerciales y la piratería. Si mi madre no hubiera nacido en Glin, yo nunca habría elegido

ese sitio como lugar de exilio. Y no es que mis vínculos familiares me hayan beneficiado en algo.

14

Al caer la noche llegué a Glain. Es una ciudad amurallada, como la capital de Salla, pero por lo demás no se le parece mucho. Ciudad de Salla tiene elegancia y poderío; sus edificios están hechos con grandes bloques de piedra sólida, basalto negro y granito rosado extraídos de las montañas, y sus calles son anchas y extensas, proporcionando nobles panoramas y espléndidos paseos. Aparte de nuestra costumbre de reemplazar auténticas ventanas por estrechas hendiduras, Ciudad de Salla es un lugar abierto, invitador, cuya arquitectura anuncia al mundo la audacia y la autosuficiencia de sus ciudadanos. Pero ¡qué horrible es Glain!

Glain está hecha de sucio ladrillo amarillo, aderezado aquí y allá con mísera piedra arenisca rosada, que se deshace en partículas en cuanto se la toca con un dedo. No tiene calles, solamente callejuelas; las casas se apretujan como temerosas de que algún intruso pueda tratar de deslizarse entre ellas si aflojan la guardia. Una avenida de Glain no impresionaría a una zanja de Salla. De hecho, los arquitectos de Glain han creado una ciudad adecuada solamente para una nación de drenadores, ya que todo es asimétrico, torcido, irregular y tosco. Mi hermano, que había ido una vez a Glain en misión diplomática, me la había descrito, pero yo atribuí sus duras palabras a mero prejuicio patriótico; ahora veía que Stirron había sido demasiado tolerante.

En cuanto a la gente de Glain, no era más atractiva que su ciudad. En un mundo donde la sospecha y el sigilo son virtudes divinas, es previsible hallar escasez de encanto personal, pero los glaineses me resultaron mucho más virtuosos de lo necesario. Ropas oscuras, ceños oscuros, almas oscuras, corazones cerrados y encogidos. Hasta su manera de hablar evidencia un estreñimiento espiritual. En Glain se habla el mismo lenguaje que en Salla, aunque los norteños tienen acentos pronunciados, abrevian las sílabas y alteran las vocales. Eso no me molestó, pero sí su sintaxis autonegadora. Mi chofer, que no era de la ciudad y por lo tanto parecía casi cordial, me dejó en una posada donde pensó que se me trataría con amabilidad. Yo entré y dije:

- Uno quisiera una habitación para esta noche, y quizá para algunos días más.

El posadero me miró con enojo, como si le hubiera dicho «yo quiero una habitación», o algo igualmente repulsivo. Más tarde descubrí que hasta nuestro habitual circunloquio cortés parece demasiado vanidoso para un norteño; no debía haber dicho «uno quisiera una habitación», sino «¿hay habitación disponible?». En un restaurante no se dice «uno comerá esto y aquello», sino «éstos son los platos elegidos». Y así sucesivamente, reduciéndolo todo a una incómoda forma pasiva para evitar el pecado de admitir la propia existencia.

A causa de mi ignorancia, el posadero me asignó la peor habitación y me cobró el doble de la tarifa habitual. Mi modo de hablar me había delatado como natural de Salla, ¿para qué iba a ser amable? No obstante, al firmar mi contrato por ese hospedaje nocturno tuve que mostrarle mi pasaporte, que le hizo lanzar una exclamación ahogada al ver que su huésped era un príncipe. Entonces se suavizó bastante, y me preguntó si quería que enviara vino a mi habitación o acaso a una opulenta moza glainesa. Acepté el vino, pero rechacé a la mujer, porque yo era muy joven y temía demasiado a las enfermedades que podían acecharme en el cuerpo de una extranjera. Pasé esa noche solo en mi habitación, mirando cómo los copos de nieve se ahogaban en un turbio canal debajo de la ventana, y sintiéndome más aislado de la humanidad que nunca.

15

Transcurrió una semana hasta que reuní valor para visitar a los parientes de mi madre. Todos los días me paseaba por la ciudad durante horas, bien envuelto en mi capa para protegerme del viento, y asombrado por la fealdad de cuanto contemplaba, gente y edificios. Encontré la embajada de Salla y espí por allí cerca, sin deseos de entrar simplemente acariciando el vínculo con mi patria que aquel sombrío y chato edificio me proporcionaba. Compré montones de libros baratos, y leí hasta entrada la noche para aprender algo acerca de mi provincia adoptiva. Tenía una historia de Glin, y una guía turística de la Ciudad de Glain, y un interminable poema épico referente a la fundación de las primeras colonias al norte del Huish, y muchas otras cosas. Disolvía mi soledad en vino; no vino de Glin, porque allí no se fabrica, sino el buen vino dulce y dorado de Manneran, que es importado en toneles gigantes. Dormía mal. Una noche soñé que Stirron había muerto de un ataque y que me buscaban. Varias veces en el sueño vi cómo el ave-punzón mataba a mi padre; se trata de un sueño que todavía me atormenta dos o tres veces al año. Escribí largas cartas a Halum y Noim y las rompí, porque apestaban a autocompasión. Escribí una a Stirron, implorándole que me perdonara por huir, y la rompí también. Cuando todo lo demás falló, pedí al posadero que mandase llamar a una ramera. Me envió a una muchacha flaca, un año o dos mayor que yo, con pechos raros y grandes que pendían flojos como bolsas de goma infladas.

- Se dice que eres un príncipe de Salla - declaró tímidamente, acostándose y separando los muslos.

Sin contestar, la cubrí y penetré en ella; el tamaño de mi órgano la hizo chillar tanto de miedo como de placer, y movió las caderas con tal violencia que en un instante mi simiente brotó a chorros. Furioso conmigo mismo, desvié mi cólera hacia ella, apartándome y gritando:

- ¿Quién te dijo que empezaras a moverte? ¡Yo no estaba preparado para que te movieras! ¡No quería que lo hicieras!

La muchacha huyó corriendo de la habitación, todavía desnuda, más aterrada por mis obscenidades, creo, que por mi cólera. Era la primera vez que decía «yo» ante una mujer. Pero al fin y al cabo no era más que una prostituta. Después pasé una hora enjabonándome. Era tal mi ingenuidad que temí que el posadero me echase por hablarle con tanta vulgaridad a la mujer, pero nada dijo. Ni siquiera en Glin hace falta ser cortés con las prostitutas.

Me di cuenta de que me había producido un extraño placer gritarle esas palabras. Me entregué a curiosos ensueños fantásticos: imaginaba a la mujerzuela pechugona desnuda en mi cama, mientras yo, alzándome sobre ella, gritaba «¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!». Los ensueños tenían la facultad de hacer que mi masculinidad se irguiera. Pensé en ir a un drenador para librarme de tan sucia idea, pero en vez de ello, dos noches más tarde pedí al posadero que me enviase otra ramera, y cada vez que echaba adelante el cuerpo gritaba silenciosamente «¡Yo! ¡Mí! ¡Yo! ¡Mí!».

Así gasté mi patrimonio en la capital de la puritana Glin, con rameras, bebiendo y holgazaneando. Cuando me ofendió el hedor de mi propio ocio, dejé a un lado mi timidez y fui a ver a mis parientes glaineses.

Mi madre era hija del septarca principal de Glin, que había muerto, al igual que su hijo y sucesor; ahora el hijo de su hijo, Truis, sobrino de mi madre, ocupaba el trono. Me parecía demasiada audacia ir a buscar protección directamente de mi primo real. Truis de Glin tendría que sopesar tanto cuestiones de estado como de parentesco, y acaso no quisiera ayudar al hermano fugitivo del primer septarca de Salla, para que eso no le llevara a tener roces con Stirron. Pero yo tenía una tía, Nioll, hermana menor de mi madre, que había estado a menudo en Salla en vida de ésta y me había acunado cariñosamente siendo yo bebé. ¿No me auxiliaría ella?

Esa tía había unido poder con poder. Su marido era el marqués de Huish, quien tenía gran influencia en la corte del septarca, y además, como en Glin no se consideraba

indecoroso que la nobleza se entretenga comerciando, controlaba la más rica agencia de la provincia. Estas agencias son algo parecido a los bancos, pero de otra especie; prestan dinero a bandidos, mercaderes y señores de la industria, únicamente a intereses desorbitados, y siempre adueñándose de una parte de la propiedad en cualquier empresa a la que ayudan. Así introducen tentáculos en cien organizaciones y logran una enorme influencia en asuntos económicos. En Salla las agencias fueron prohibidas hace un siglo, pero en Glin prosperan casi como un segundo gobierno. No me gustaba el sistema, pero prefería ingresar en él antes que mendigar.

Preguntando en la posada logré averiguar cómo se llegaba al palacio del marqués. Para los cánones glaineses, era un imponente edificio de tres alas entrelazadas, junto a un lago artificial liso como un espejo, en el sector aristocrático de la ciudad. No intenté convencerles de que me dejaran entrar; había ido preparado con una nota, informando a la marquesa de que su sobrino Kinnall, el hijo del septarca de Salla, estaba en Glain y pedía el favor de una audiencia; se le podía encontrar en tal posada. Volví a mi alojamiento y esperé, y al tercer día el posadero, con ojos desorbitados por el asombro, fue a mi habitación a decirme que tenía un visitante, vestido con la librea del marqués de Huish. Nioll había enviado un coche a buscarme. Fui llevado a su palacio, mucho más lujoso por dentro que por fuera, y ella me recibió en un gran salón ingeniosamente adornado con espejos puestos en ángulo para crear una ilusión de infinito.

Había envejecido mucho en los seis o siete años transcurridos desde nuestro último encuentro, pero mi sorpresa al ver su pelo blanco y su arrugado rostro desapareció ante su asombro por mi transformación de niño pequeño en hombre corpulento en tan poco tiempo. Nos saludamos al estilo de Glin, tocándonos las puntas de los dedos. Nioll expresó sus condolencias por la muerte de mi padre, y disculpas por no haber asistido a la coronación de Stirron. Después me preguntó qué me había traído a Glin, y cuando se lo expliqué, no demostró sorpresa. ¿Me proponía habitar allí de modo permanente? Contesté que sí. ¿Y cómo pensaba mantenerme? Trabajando en la agencia de su marido, le expliqué, si se me podía conseguir ese puesto. No pareció encontrar irrazonable mi ambición, sino que me preguntó simplemente si tenía alguna especialización que permitiera recomendarme al marqués. Repuse que había sido educado en los códigos jurídicos de Salla (sin mencionar lo incompleta que era mi educación) y podría ser útil en los tratos de la agencia con esa provincia. Además, dije, tenía conexiones vinculares con Segvord Helalam, Gran Juez del Puerto de Manneran, y podría servir bien a la compañía en sus negocios con Manneran. Por último, señalé, era joven, fuerte y ambicioso, y me pondría enteramente al servicio de los intereses de la agencia para nuestro mutuo beneficio. Estas declaraciones parecieron complacer a mi tía, que prometió obtenerme una entrevista con el marqués en persona. Salí de su palacio muy satisfecho con las perspectivas.

Varios días más tarde llegó a la posada el mensaje de que debía presentarme en las oficinas de la agencia. Mi cita no era, sin embargo con el marqués de Huish; debía ver a uno de sus ejecutivos, un tal Sisgar. Debí haber interpretado esta noticia como un mal presagio. Aquel individuo era suave hasta lo untuoso, barbilampiño y sin cejas, con una cabeza calva que parecía encerada, y un manto verde oscuro que era al mismo tiempo adecuadamente austero y sutilmente ostentoso. Me interrogó brevemente sobre mi preparación y experiencia, descubriendo con unas diez preguntas que tenía poco de la primera y nada de la segunda, pero aludió a ello de modo benévolo y amable, y yo presumí que, pese a mi ignorancia, obtendría un puesto gracias a mi alta cuna y mi parentesco con la marquesa. ¡Ay de la complacencia! Había empezado a maquinarse el sueño de alcanzar grandes responsabilidades en aquella agencia, cuando, con sólo medio oído, capté las palabras de Sisgar, que me decía:

- Los tiempos son difíciles, como sin duda comprenderá su gracia, y es lamentable que haya acudido a nosotros en un momento en que hace falta reducir gastos. Las ventajas

de darle empleo son muchas, pero los problemas son graves. El marqués quiere que sepa que su ofrecimiento de servicios fue sumamente apreciado, y espera incorporarle a la compañía cuando las condiciones económicas lo permitan.

Con muchas reverencias y una complacida sonrisa de despedida me condujo fuera de su oficina, y me encontré en la calle antes de darme cuenta de cuán aniquilado me sentía. ¡No podían ofrecerme nada, ni siquiera una quinta ayudantía en alguna oficina de pueblo! ¿Cómo era posible? Estuve a punto de precipitarme de nuevo adentro, decidido a gritar: «¡Es un error, están tratando con el primo del septarca, rechazan al sobrino de la marquesa!». Pero ellos sabían todo eso, y sin embargo me cerraban las puertas. Cuando telefoneé a mi tía para expresarle mi sorpresa, se me dijo que había ido a pasar el invierno en la frondosa Manneran.

16

Terminé por comprender lo sucedido. Mi tía había hablado de mí al marqués, y éste había consultado al septarca Truis quien, deduciendo que facilitarme cualquier tipo de empleo podía indisponerle con Stirron, indicó al marqués que me rechazara. Furioso, pensé en ir a protestar directamente a Truis, pero pronto vi que eso no serviría para nada, y como evidentemente mi protectora Nioll había salido de Glin para librarse de mí, sabía que no había esperanzas por ese lado. Estaba solo en Glain, con el invierno cerca, y sin trabajo en aquel sitio extraño, y mi elevada cuna era más un estorbo que una ventaja.

Luego vinieron golpes más duros.

Al presentarme una mañana en el Banco del Pacto de Glin a fin de retirar fondos para gastos de subsistencia, me enteré de que mi cuenta había sido congelada a petición del Tesoro Mayor de Salla, que investigaba la posibilidad de una transferencia ilegal de capital desde esa provincia. Con jactancias, y exhibiendo mi pasaporte real, conseguí dinero suficiente para comer y alojarme siete días, pero perdí el resto de mis ahorros, pues no tenía estómago para el tipo de recursos y maniobras que quizá me permitieran recobrarlos.

Después me visitó en la posada un diplomático de Salla, un chacal que me recordó, entre muchas genuflexiones y fórmulas de respeto, que pronto tendría lugar la boda de mi hermano y se esperaba de mí que volviera para officiar de eslabonador de anillos. Sabiendo que nunca volvería a salir de Ciudad de Salla si me ponía en manos de Stirron, expliqué que unos asuntos urgentes me exigían quedarme en Glain durante la temporada nupcial, y pedí que se transmitiera al septarca mi profundo pesar. El subsecretario recibió esto con amabilidad profesional, pero no me fue difícil detectar, bajo la máscara exterior, el salvaje brillo de placer: yo me buscaba líos, - se estaba diciendo -, y él me ayudaría con gusto a encontrarlos.

Al cuarto día de esta visita el posadero vino a decirme que ya no podía quedarme en la posada, porque mi pasaporte había sido anulado y mi situación en Glin era ilegal.

Eso era imposible. Un pasaporte real como el que yo llevaba es vitalicio, y válido en todas las provincias de Velada Borthan, salvo en tiempos de guerra, y en ese momento no había guerra entre Salla y Glin. El posadero respondió a mis palabras encogiéndose de hombros. Me mostró la notificación policial ordenándole que expulsara a su huésped extranjero ilegal, y sugirió que si tenía objeciones llevara la cuestión a la oficina correspondiente del servicio oficial glinés, ya que él nada tenía que ver en el asunto. Presentar tal apelación me pareció poco aconsejable. Que me hubiesen desahuciado no era un accidente, y si me presentaba en cualquier oficina gubernamental era probable que me arrestaran y me llevaran al otro lado del Huish para entregarme sin demora en manos de Stirron.

Considerando ese arresto como el paso siguiente más probable, me pregunté cómo eludir a los agentes del gobierno. Ahora sentía dolorosamente la ausencia de mi hermano

y mi hermana vinculares, porque ¿a quién más podía recurrir en busca de ayuda y consejo? En ninguna parte de Glin había nadie a quien pudiera decir: «Uno tiene miedo, uno está en grave peligro, uno te pide auxilio». La pétrea costumbre impedía como un muro que se me acercasen otras almas. En todo el mundo sólo había dos personas a quienes podía considerar confidentes, y estaban muy lejos. Tenía que hallar mi propia salvación.

Decidí ocultarme. El posadero me concedió unas pocas horas para prepararme. Me afeité la barba, cambié mi capa real por las pobres vestimentas de otro inquilino de mi estatura, y dispuse el empeño de mi anillo ceremonial. Con mis pertenencias restantes hice un atado para que me hiciese de joroba en la espalda, y salí de la posada cojeando y encorvado, con un ojo cerrado y la boca muy torcida hacia un lado. No podía decir si aquel disfraz lograría engañar a alguien, pero nadie esperaba para arrestarme, y afeado de este modo salí de Glain bajo una lluvia fría y tenue que pronto se convirtió en nieve.

17

Junto a la entrada noroeste de la ciudad (porque allí era donde me habían llevado mis pies), pasó velozmente a mi lado un pesado camión, cuyas ruedas, al atravesar un charco de nieve semicongelada, me rociaron en abundancia. Cuando me detuve a limpiar aquel helado material de mis polainas, el camión se detuvo también, y de él bajó el conductor exclamando:

- Esto merece una disculpa. ¡No ha sido intencionado!

Tanto me sorprendió su cortesía que me erguí en toda mi estatura y dejé que mis rasgos perdieran sus distorsiones. El conductor, que evidentemente me había creído un anciano enclenque y encorvado, mostró asombro ante mi transformación y se echó a reír. Yo no sabía qué decir. Ante mi boquiabierto silencio, declaró:

- Hay lugar para que viaje uno, si lo necesita o quiere hacerlo.

En mi mente brotó una alegre fantasía: me llevaría hacia la costa, donde yo me emplearía a bordo de un barco mercante rumbo a Manneran, y en esa feliz tierra tropical me encomendaría al favor del padre de mi hermana vincular, escapando así a tanta persecución.

- ¿Adónde se dirige? - pregunté.

- Hacia el oeste, a las montañas.

Nada de Manneran... Acepté ir con él de todos modos. No me ofreció ningún contrato de obligaciones definidas, pero lo dejé pasar. Durante algunos minutos guardamos silencio; me bastaba con escuchar el chasquido de las ruedas sobre el camino nevado, y pensar en la distancia cada vez mayor que me separaba de la policía de Glain.

- Forastero, ¿verdad? - preguntó al fin.

- En efecto.

Temeroso de que se hubiera dado alguna alarma referente a un sallano, decidí adoptar, con retraso, el habla suave y balbuceante de la gente del sur, que había aprendido de Halum, con la esperanza de que él llegara a convencerse de que no le había hablado primero con acento sallano.

- Viaja usted con un nativo de Manneran - dije -, para quien su invierno resulta algo extraño y molesto.

- ¿Qué le trajo al norte? - preguntó.

- El ajuste de la herencia de la madre de uno, que era de Glain.

- ¿Y le trataron bien los abogados?

- Disolvieron el dinero de ella entre los dedos sin dejar nada.

- Lo de siempre... Anda escaso de efectivo, ¿eh?

- Indigente - admití.

- Bueno, bueno, uno comprende su situación, ya que a uno le ha ocurrido lo mismo. Tal vez pueda hacer algo por usted.

Me di cuenta por el hecho de que no utilizaba la construcción pasiva glinesa de que también él debía de ser forastero. Me volví hacia él y le pregunté:

- ¿Acierta uno al pensar que también usted es de otra parte?

- Así es.

- No conozco su acento. ¿Alguna provincia del oeste?

- Oh, no, no.

- ¿No de Salla, entonces?

- De Manneran - repuso, y estalló en una risa espontánea, luego disimuló mi vergüenza y confusión diciéndome -: Imita bien el acento, amigo. Pero no hace falta que siga haciendo ese esfuerzo.

- No se reconoce a Manneran en su voz - murmuré.

- Uno vive desde hace mucho en Glin, y su voz es una mezcla de inflexiones - respondió.

No le había engañado ni por un momento, pero no intentó discernir mi identidad ni pareció importarle quién podía ser yo ni de dónde venía. Hablamos un rato con desenvoltura. Me contó que era dueño de un aserradero en Glin occidental, en la ladera de las Huishtor, donde crecen los altos árboles meleros de hojas amarillas; antes de que llegáramos mucho más lejos me estaba ofreciendo trabajo como hachero en su campamento. Se pagaba poco, dijo, pero allí se respiraba aire puro, y nunca aparecían funcionarios del gobierno, y cosas tales como pasaportes y certificados de rango no tenían ningún valor.

Acepté, naturalmente. El campamento estaba situado en un hermoso lugar, sobre un rutilante lago montañoso que nunca se helaba, ya que lo alimentaba un cálido manantial cuya fuente, se decía, estaba debajo de las Tierras Bajas Abrasadas. Sobre nosotros pendían los enormes picos de las Huishtor con las cimas heladas, y no muy lejos estaba la Puerta de Glin, el paso por el cual se va de Glin a las Tierras Bajas Abrasadas, atravesando de paso una inhóspita punta de las Tierras Bajas Heladas. Trabajaban allí cien hombres rudos y mal hablados, que todo el tiempo gritaban «yo» y «mí» sin avergonzarse, pero eran honestos y trabajadores, y yo nunca había estado cerca de gente como ellos. Mi intención era quedarme allí todo el invierno, ahorrando mi sueldo, y salir para Manneran cuando hubiera ganado el precio de mi pasaje. Pero de vez en cuando llegaban al campamento algunas noticias del mundo exterior, y así me enteré de que las autoridades glinesas buscaban a cierto joven príncipe de Salla que, según se creía, había enloquecido y vagabundeaba por alguna parte de Glin. El septarca Stirron deseaba con urgencia que el desdichado joven fuera devuelto a su patria para recibir los cuidados médicos que tan desesperadamente necesitaba. Sospechando que los caminos y puertos estarían vigilados, prolongué mi permanencia en las montañas durante la primavera, y luego, cada vez más cauteloso, me quedé también el verano. Al final pasé allí más de un año.

Fue un año que me cambió mucho. Trabajábamos duro, derribando los enormes árboles con buen y mal tiempo, quitándoles las ramas, llevándolos al aserradero. La jornada era larga y fría, pero de noche había vino caliente de sobra, y cada diez días traían de un poblado cercano un pelotón de mujeres para entretenernos. Mi peso aumentó en un cincuenta por ciento, todo músculos duros, y crecí en estatura hasta sobrepasar al hachero más alto del campamento. Mi corpulencia era objeto de bromas. Me salió toda la barba, y los rasgos de mi cara cambiaron al perder las redondeces juveniles. Los hacheros me resultaban más simpáticos que los cortesanos entre quienes había pasado todos mis días anteriores. Pocos de ellos eran siquiera capaces de leer, y de etiqueta cortés nada sabían; pero eran hombres alegres y bien dispuestos, que se sentían cómodos en sus propios cuerpos. No hay que creer que porque dijeran «yo» y «mí» eran

francos y propensos a compartir confidencias; a ese respecto acataban el Pacto, y quizá fueran todavía más reservados que la gente culta en cuanto a ciertas cosas. Sin embargo, parecían más risueños que quienes hablan en pasiva y con pronombres impersonales, y quizá fuera la permanencia entre ellos lo que implantó en mí esa semilla de subversión, esa comprensión de la injusticia fundamental del Pacto que más tarde el terrestre Schweiz hizo florecer plenamente.

Nada les dije de mi rango y origen. Ellos mismos podían ver, por la suavidad de mi piel, que no había hecho muchos trabajos pesados en mi vida, y mi modo de hablar me señalaba como un hombre culto, si no necesariamente de elevado origen. Pero no hice revelaciones sobre mi pasado, ni fueron buscadas. Sólo dije que venía de Salla, ya que de todos modos mi acento me delataba como sallano. Ellos respetaron el secreto de mi historia. Creo que mi patrón no tardó en adivinar que yo debía de ser el príncipe fugitivo a quien Stirron buscaba, pero nunca me interrogó al respecto. Por primera vez en mi vida, tenía una identidad aparte de mi jerarquía real. Dejé de ser lord Kinnall, el segundo hijo del septarca, y fui sólo Darival, el corpulento hachero que venía de Salla.

De esa transformación aprendí mucho. Nunca había representado el papel de uno de esos jóvenes nobles fanfarrones y prepotentes: ser segundo hijo infunde cierta humildad hasta en un aristócrata. Sin embargo, no podía evitar sentirme apartado de los hombres comunes. Era servido, reverenciado, acatado y mimado; los demás me hablaban con suavidad y en actitudes formales de respeto aun siendo niño. Después de todo, era hijo de un septarca, es decir de un rey, ya que los septarcas son gobernantes hereditarios, y por consiguiente, forman parte de la procesión de reyes humanos, una línea que se remonta a la aurora de la colonización de Borthan por los hombres, y más allá a través de las estrellas, hasta la Tierra misma, hasta las dinastías perdidas y olvidadas de sus antiguas naciones; en definitiva, hasta los caciques enmascarados y pintados, sentados en sus tronos de las cavernas prehistóricas. Y yo era parte de ese linaje, un hombre de sangre noble, superior de algún modo por circunstancias de nacimiento.

Pero en aquel campamento maderero de las montañas llegué a comprender que los reyes no son más que hombres ocupando una alta posición. No les ungen dioses, sino la voluntad de los hombres, y éstos pueden despojarles de su elevado rango. Si Stirron fuera derrocado mediante una insurrección, y aquel detestable drenador de Salla Vieja se hiciera septarca en su lugar, ¿no ingresaría entonces el drenador en esa mística procesión de reyes, quedando Stirron relegado al polvo? Y ¿no se volverían sus hijos orgullosos de su sangre, como yo, aunque su padre no hubiera sido nada durante casi toda su vida, y su abuelo menos todavía? Ya sé, ya sé; los sabios dirían que el beso de los dioses había caído sobre ese drenador, elevándole a él y a toda su progenie, y haciéndoles sagrados para siempre. Sin embargo, mientras derribaba árboles en las laderas de las Huishtor, veía con más claridad a la realeza. Y habiendo sido derribado yo mismo por los acontecimientos, comprendí que sólo era un hombre entre los hombres, y siempre lo había sido. Lo que hiciera de mí mismo dependía de mis dones y ambiciones naturales, no del rango accidental.

Tan gratificante fue este conocimiento, y el nuevo concepto de mí mismo que me aportó, que mi estancia en las montañas dejó de parecerme un exilio y se asemejó más a una vocación. Mis sueños de huir a una vida fácil en Manneran se disiparon, y aun después de haber ahorrado más de lo suficiente para pagar mi pasaje a esas tierras, descubrí que nada me impulsaba a seguir adelante. No fue únicamente el temor al arresto lo que me mantuvo entre los hacheros, sino también el amor por el aire frío, claro y estimulante de las Huishtor, y por los hombres rudos pero auténticos entre quienes vivía. Por consiguiente, me quedé el verano y el otoño, y recibí complacido la llegada de otro invierno, sin pensar siquiera en irme.

Acaso estaría allí todavía, si no me hubiese visto obligado a huir. Una triste tarde invernal, con un cielo de hierro y la amenaza de una ventisca sobre nosotros, como un

puño, trajeron a las prostitutas del poblado para la noche regularmente establecida de jolgorio, y esta vez venía entre ellas una recién llegada cuya voz la anunciaba como nacida en Salla. La oí instantáneamente cuando las mujeres entraron saltando en nuestra sala de deportes, y quise esconderme, pero ella me descubrió, lanzó una exclamación ahogada y en seguida gritó:

- ¡Miren! ¡Sin duda es nuestro príncipe desaparecido!

Reí y traté de convencer a todos de que estaba ebria o loca, pero mis mejillas escarlata me desmentían, y los hacheros me miraron de otra manera. ¿Un príncipe? ¿Era cierto? Se hablaban en susurros, entre codazos y guiños. Advirtiendo el peligro que corría, reclamé a aquella mujer para mí y, cuando estuvimos solos, insistí en que estaba equivocada.

- No soy ningún príncipe - le dije -, sino sólo un simple hachero.

No me hizo ningún caso.

- Lord Kinnall desfiló en la procesión fúnebre del septarca - dijo -, y ésta lo vio con estos ojos. ¡Y tú eres él!

Cuanto más protestaba yo, más convencida quedaba ella.

No hubo manera de hacerle cambiar de idea. Aun cuando la abracé, estaba tan apabullada por abrirse al hijo de un septarca que sus entrañas permanecieron secas, y la lastimé al penetrarla.

Esa noche, más tarde, cuando había finalizado la orgía, fue a verme mi patrón, solemne e inquieto, diciendo:

- Una de las muchachas dijo cosas extrañas sobre ti esta noche. Si lo que dijo es cierto, estás en peligro, porque cuando vuelva a su aldea difundirá la noticia, y muy pronto estará aquí la policía.

- ¿Debe uno huir, entonces? - pregunté.

- Tuya es la decisión. Todavía está en pie la alarma por ese príncipe; si eres él, aquí nadie puede protegerte contra las autoridades.

- Entonces uno debe huir. Al amanecer...

- Ahora - dijo él -. Cuando la muchacha todavía duerme.

Me puso dinero de Glin en la mano, más de lo que me debía en jornales pendientes; recogí mis pocas pertenencias y salimos juntos. Era una noche sin luna y de salvaje viento invernal. A la luz de las estrellas vi el resplandor de la nieve que caía. En silencio, mi patrón me llevó en su camión cuesta abajo, pasando por la aldea - al pie de las montañas - de donde venían las prostitutas, y saliendo por un camino avanzamos durante algunas horas. Cuando nos encontró la madrugada, estábamos en Glin sur - central, no demasiado lejos del río Huish. Por fin mi patrón se detuvo en una aldea que se anunciaba como Klaek, un lugar invernal de pequeñas casas de piedra lindantes con vastos campos nevados. Me dejó en el camión y entró en la primera casa, de donde salió un momento más tarde acompañado de un hombre arrugado que lanzó un torrente de instrucciones y gesticulaciones; con ayuda de sus indicaciones encontramos el camino hasta el sitio que buscaba mi patrón, la cabaña de cierto agricultor llamado Stumwill. Este Stumwill era un hombre rubio más o menos de mi estatura, con ojos azules desvaídos y una sonrisa tímida. Tal vez fuera algún pariente de mi patrón o, más probablemente, tuviera alguna deuda con él. Comoquiera que fuese, el agricultor accedió en seguida a la petición de mi patrón, y me aceptó como inquilino. Tras abrazarme, mi patrón se marchó entre la nieve cada vez más alta; nunca le he vuelto a ver. Ojalá los dioses hayan sido bondadosos con él, como él lo fue conmigo.

La cabaña consistía en una sola habitación grande dividida en sectores mediante endeables cortinas. Stumwill colocó una nueva, me dio paja para mi colchón y ya tuve

apuesto. Éramos siete bajo ese techo: Stumwill, yo, la mujer de Stumwill, una ramera cansada a quien podría haber tomado por su madre, tres de sus hijos - dos varones a quienes les faltaban unos años para la virilidad y una muchacha en plena adolescencia - y la hermana vincular de la muchacha, que aquel año se alojaba en casa de ellos. Eran gente alegre, inocente, confiada. Aunque nada sabían de mí, todos me adoptaron de inmediato como un miembro de la familia, algún tío desconocido que regresaba inesperadamente de viajes lejanos. No estaba preparado para la facilidad con que me aceptaron, y al principio la atribuí a alguna obligación con la cual mi ex patrón les había atado a mí; pero no, eran bondadosos por naturaleza, sin preguntas ni sospechas. Comí en su mesa, me senté con ellos frente a su chimenea, participé en sus juegos. Cada cinco noches Stumwill llevaba una enorme bañera abollada con agua caliente para toda la familia, y yo me bañaba con ellos, dos o tres a la vez en la bañera, aunque por dentro me turbaba frotarme contra los cuerpos desnudos y regordetes de la hija de Stumwill y su hermana vincular. Supongo que podría haber tenido a una u otra de haberlo querido, pero me mantuve apartado de ellas, creyendo que semejante seducción sería un abuso de hospitalidad. Más tarde, cuando entendí mejor a los campesinos, comprendí que era mi abstinencia lo que había constituido un abuso de hospitalidad, ya que las muchachas eran mayores y seguramente dispuestas, y yo las había desdeñado. Pero eso lo vi justo después de haber dejado la casa de Stumwill. Ahora esas jóvenes tienen hijos adultos. Supongo que ya me habrán perdonado mi falta de galantería.

Pagaba por mi hospedaje y también ayudaba en los quehaceres, aunque en invierno había poco que hacer, salvo palear nieve y alimentar el fuego. Ninguno de ellos mostró curiosidad por mi identidad o mi historia. No me hicieron preguntas, y creo que ninguna pasó jamás por sus mentes. Tampoco se entremetieron los demás pobladores, aunque me dedicaron el escrutinio que cualquier desconocido habría recibido. A veces llegaban periódicos a la aldea, y pasaban de mano en mano hasta que todos los habían leído; entonces, quedaban depositados en la vinatería situada al comienzo de la vía principal. Consultando allí ese archivo de hojas manchadas y rotas, averigüé lo que pude acerca de lo sucedido el año anterior. Comprobé que la boda de mi hermano Stirron había tenido lugar en la fecha fijada, con adecuada pompa real. Su rostro enjuto y preocupado me miró desde un pedazo borroso y grasiento de papel viejo, y junto a él estaba su radiante novia, pero no pude distinguir sus rasgos. Había tensión entre Glin y Krell respecto a los derechos de pesca en una zona costera disputada, y algunos hombres habían muerto en escaramuzas fronterizas. Compadecí al general Condorit, cuyo sector de patrullaje estaba casi en el extremo opuesto de la frontera, y por consiguiente se había perdido la diversión de involucrar de algún modo a Salla en el tiroteo. Un monstruo marino, sinuoso y de doradas escamas, diez veces más largo que un hombre, había sido avistado en el Golfo de Sumar por una partida de pescadores mannerangueses, quienes habían pronunciado en la Capilla de Piedra un solemne juramento en cuanto a la autenticidad de lo que habían visto. El septarca principal de Threish, un viejo y sangriento bandido, si es cierto lo que cuentan de él, había abdicado, y vivía en un sagrario en las montañas del oeste, no lejos de la Quebrada de Stroin, oficiando de drenador para los peregrinos que iban hacia Manneran. Ésas eran las noticias. No encontré mención alguna de mí. Acaso Stirron había perdido interés en hacerme capturar y llevarme de vuelta a Salla.

Por lo tanto, quizá pudiese tratar de abandonar Glin.

Pese a mi ansiedad por salir de aquella gélida provincia, donde mis propios parientes me desairaban y solamente los extraños me demostraban afecto, dos cosas me retenían. Primero, me proponía quedarme con Stumwill hasta que pudiera ayudarlo en la siembra de primavera, en retribución de su bondad. Segundo, no quería iniciar un viaje tan peligroso sin drenarme, temiendo que en algún percance mi alma fuera a los dioses todavía llena de venenos. El poblado de Klaek no tenía drenador propio, sino que dependía, para su consuelo, de drenadores ambulantes que pasaban de vez en cuando

por la campiña. En invierno, esos vagabundos desaparecían, y yo había tenido que prescindir de drenajes desde el verano anterior, cuando un miembro de esa profesión había visitado el campamento maderero.

Llegó una nevada de invierno tardío, una tempestad de maravillas que cubrió cada rama con una ardiente piel blanca e inmediatamente después hubo un deshielo. El mundo se disolvió. Klaek quedó rodeada por océanos de barro. Cruzando este resbaladizo mar llegó, conduciendo un terramóvil viejo y destartado, un drenador que instaló su tienda en una vieja choza, haciendo muy buenos negocios entre los pobladores. Acudí a él el quinto día de su visita, cuando la cala era más corta, y me alivié durante dos horas, sin ahorrarle nada, ni la verdad acerca de mi identidad, ni mi nueva filosofía subversiva sobre la realeza, ni los pequeños y sucios deseos y orgullos reprimidos. Evidentemente, era una dosis mayor de la que esperaba recibir un drenador rural, y éste parecía inflarse a medida que yo vertía mis palabras; al final temblaba tanto como yo, y apenas podía hablar. Me pregunté dónde irían a descargar los drenadores todos los pecados y penas que absorbían de sus clientes. Se les prohíbe hablar con hombres comunes de cualquier cosa de la que se hayan enterado en el confesionario; ¿tenían entonces drenadores de drenadores, sirvientes de los sirvientes, a quienes pudieran transmitir lo que no podían mencionar a nadie más? No veía cómo podía un drenador cargar durante mucho tiempo, sin ayuda, con un fardo de tristezas como el que recibía de una docena de clientes en un día de audiencia.

Una vez limpia mi alma, sólo me quedaba esperar el tiempo de siembra, que no tardó en llegar. La temporada de cultivo en Glin es corta; echan las semillas a tierra antes de que haya cedido del todo la opresión del invierno, para que puedan recibir cada rayo del sol primaveral. Stumwill esperó hasta asegurarse de que el deshielo no sería seguido por un último tumulto de nieve, y después, cuando la tierra era todavía un cenagal absorbente, él y su familiar salieron al campo a plantar semillas de pan, flor de especias y globoazul.

La costumbre era ir a la siembra desnudos. La primera mañana me asomé desde la cabaña de Stumwill, y vi a los vecinos que de todos los lados caminaban desnudos hacia los surcos, niños, padres y abuelos totalmente en cueros, con bolsas de semillas sobre los hombros: una procesión de rodillas nudosas vientres colgantes, pechos resecos, nalgas arrugadas, iluminada aquí y allá por los cuerpos lisos y firmes de los jóvenes. Creyendo que soñaba despierto, miré a mi alrededor y vi a Stumwill, su esposa e hija ya desvestidos, y haciéndome señas de que les imitara. Tomaron las bolsas y salieron de la cabaña. Los dos hijos corrieron tras ellos, dejándome con la hermana vincular de la hija de Stumwill, que se había quedado dormida y acababa de aparecer. También ella se quitó las ropas; tenía un cuerpo flexible y gracioso, con pechos altos de oscuros pezones y muslos esbeltos y musculosos. Mientras me quitaba las ropas le pregunté:

- ¿Por qué se sale desnudo con tanto frío?

- El barro hace resbalar, y es más fácil lavar la piel que la ropa - explicó.

En eso había bastante de cierto, ya que la siembra fue un espectáculo cómico: los campesinos resbalaban en el traicionero fango cada diez pasos que daban. Al suelo iban, aterrizando sobre la cadera o las nalgas y levantándose embarrados. Era una cuestión de pericia sujetar el cuello de la bolsa al caer, para que no se dispersaran las valiosas semillas. Yo caí como los demás, acostumbrándome con rapidez, y en verdad había placer en resbalar, ya que el contacto con el barro provocaba una sensación voluptuosa. Así avanzábamos, entre tambaleos y tropezones, golpeando la carne contra el barro una y otra vez, riendo, cantando, introduciendo las semillas en el suelo frío y blando, y en pocos minutos no quedó uno de nosotros que no estuviera cubierto de barro del cráneo al trasero. Al principio yo temblaba miserablemente, pero pronto la risa y las caídas me dieron calor, y cuando terminó la faena del día nos reunimos desvergonzadamente desnudos frente a la cabaña de Stumwill y nos empapamos unos a otros con baldes de

agua. Me parecía razonable que prefirieran exponer la piel antes que la ropa en semejante jornada, pero de hecho la explicación que me había dado la muchacha era incorrecta: más tarde, esa misma semana, supe por Stumwill que la desnudez era una cuestión religiosa, un signo de humildad ante los dioses de las cosechas, y nada más.

Ocho días llevó terminar la siembra. Al noveno, deseando a Stumwill y a los suyos una cosecha abundante, me despedí del poblado de Klaek e inicié mi viaje hacia la costa.

19

Un vecino de Stumwill me llevó hacia el este en su carro el primer día. Caminé la mayor parte del segundo, conseguí transporte el tercero y cuarto, y volví a caminar el quinto y el sexto. El aire era fresco, pero llevaba consigo una crepitación primaveral, entre el abrirse de capullos y el regreso de las aves. Esquivé la ciudad de Glain, que podría haber sido peligrosa para mí, y sin ningún acontecimiento digno de mención llegué rápidamente a Biumar, principal puerto marino de Glin y su segunda ciudad en cuanto a población.

Era un sitio más amplio que Glain, aunque de ningún modo hermoso: un pueblo demasiado grande, extendido, grasiento y gns, reclinado sobre un océano gris y amenazante. El primer día que pasé allí me enteré de que todo el servicio de pasajeros entre Glin y las provincias del sur había sido suspendido tres lunas atrás, debido a las peligrosas actividades de los piratas que operaban desde Krell, ya que Glin y Krell estaban trabadas ahora en una guerra no declarada. El único modo en que podría llegar a Manneran parecía ser por tierra, a través de Salla, y no deseaba hacer eso, claro está. Sin embargo, yo era emprendedor. Encontré una habitación en una taberna cercana a los muelles, y pasé algunos días reuniendo chismografía marítima. Tal vez el servicio de pasajeros estuviera suspendido, pero la navegación marítima, según descubrí, no lo estaba, ya que de ella dependía la prosperidad de Glin; en fechas regulares partían convoyes de naves mercantes bien armadas. Cuando estuvo bastante aceitado con vino azul de Salla, un marinero cojo que se alojaba en la misma taberna me contó que un convoy mercante de este tipo partiría en una semana, y que él tenía empleo en uno de los barcos. Pensé en drogarle la víspera de la partida y adoptar su identidad, como se hace en los cuentos de piratas para niños, pero se me ocurrió un método menos dramático: le compré los papeles de embarque. Como la suma que le ofrecí era más de lo que habría ganado en un viaje de ida y vuelta a Manneran, aceptó gustoso mi dinero, dejándome ir en su lugar. Pasamos una larga noche de borrachera hablando de sus tareas en el barco, ya que yo no sabía nada de marinería. Cuando llegó la aurora seguía sin saber nada, pero imaginaba maneras de fingir un mínimo de competencia.

Subí a bordo del navío sin que me detuvieran. Era una embarcación de eslinga baja, impulsada por el viento estaba pesadamente cargada de mercancías glinesas. La verificación de documentos fue hecha a la ligera. Me instalé en el camarote y luego me presenté a cumplir con mi trabajo. Imitando y experimentando logré llevar a cabo razonablemente bien más o menos la mitad de las tareas que me encomendaron los primeros días; en las otras apenas salí del paso, y los demás marineros no tardaron en reconocerme como chapucero, pero ocultaron esa información a los oficiales. En los rangos inferiores imperaba una especie de solidaridad. Una vez más advertí que mi sombría visión de la humanidad había estado demasiado teñida por mi adolescencia entre aristócratas; entre aquellos marinos, como entre los hacheros o los agricultores, reinaba un tipo de sana camaradería que nunca había encontrado entre los más estrictos adherentes al Pacto. Hacían en mi lugar las tareas que yo no podía hacer, y yo los relevaba de trabajos aburridos que estaban dentro de mi limitada habilidad, y así todo iba bien. Fregaba la cubierta, limpiaba filtros y pasaba horas interminables preparando los cañones contra ataques piratas. Pero pasamos la temida costa pirata de Krell sin

incidentes, y nos deslizamos con facilidad por la costa de Salla, que ya estaba verde por la primavera.

Nuestra primera escala era Cofalon, el principal puerto marino de Salla, donde pasaríamos cinco días vendiendo y comprando. Eso me alarmó, porque no sabía que planeáramos detenernos en ninguna parte de mi tierra natal. Al principio pensé en declararme enfermo y ocultarme bajo cubierta todo el tiempo que estuviéramos en Cofalon; pero después rechacé este plan por cobarde, diciéndome que un hombre debe ponerse a prueba con frecuencia ante el peligro, si quiere conservar su virilidad. De modo que fui audazmente al pueblo con mis compañeros de a bordo, en busca de mujeres y vino, confiando en que el tiempo hubiera cambiado mi rostro, y que nadie previera encontrar al hermano perdido de lord Stirron, envuelto en las toscas ropas de un marinero y en una población como aquella. Tuve éxito en la jugada: nadie me molestó en los cinco días. En los periódicos, y escuchando cuidadosamente, averigüé todo lo que pude sobre lo sucedido en Salla en el año y medio transcurrido desde mi partida. Según deduje, Stirron era popularmente considerado un buen gobernante. Había logrado que la provincia superara el invierno de hambruna comprando alimentos excedentes a Manneran en condiciones favorables, y desde entonces nuestras granjas tenían mejor suerte. Se habían reducido los impuestos. El pueblo estaba satisfecho. La esposa de Stirron había dado a luz un hijo, lord Dariv, que ahora era heredero de la septarquía principal, y había otro hijo en camino. En cuanto a lord Kinnall, hermano del septarca, nada se decía de él; había sido olvidado, como si nunca hubiera existido.

Hicimos otras paradas aquí y allá costa abajo, varias en Salla sur, varias en Manneran norte. Y finalmente llegamos a ese gran puerto marítimo en la punta sureste de nuestro continente, la ciudad santa de Manneran, capital de la provincia que lleva el mismo nombre. Fue en Manneran donde recomenzó mi vida.

20

La provincia de Manneran ha sido favorecida por los dioses. El aire es suave y dulce, colmado todo el año por la fragancia de las flores. El invierno no llega tan al sur, y los mannerangueses, cuando quieren ver nieve, van como turistas a los picos de las Huishtor y contemplan boquiabiertos la extraña capa fría de blancura que en otras tierras hace las veces de agua. El cálido mar que bordea Manneran al este y al sur proporciona alimentos suficientes para nutrir a medio continente y al suroeste está también el golfo de Sumar, con más riquezas. La guerra ha llegado pocas veces a Manneran, protegida de los pobladores de las tierras occidentales por un escudo de montañas, y separada de su vecino del norte, Salla, por el inmenso torrente del río Woyn. De vez en cuando hemos intentado invadir Manneran por mar, pero nunca en convicción de que tendríamos éxito, como de hecho así ha sido, cuando Salla emprende seriamente la guerra, el enemigo es siempre Glin.

La ciudad de Manneran debe de haber disfrutado también de factores divinos especiales. Está situada en el mejor puerto natural de toda Velada Borthan, una profunda bahía enmarcada por dos dedos opuestos de tierra, que se tuercen el uno hacia el otro de tal modo que allí no hacen falta rompeolas, y los barcos anclan sin dificultad. Este puerto es una poderosa fuente de prosperidad para la provincia. Constituye el eslabón fundamental entre las provincias oriental y occidental, ya que es poco el comercio terrestre que cruza el continente a través de las Tierras Bajas Abrasadas, y como nuestro mundo carece de combustibles naturales, por cuanto sabemos, es improbable que el tráfico aéreo llegue a tener mucha importancia aquí. Por eso barcos de las nueve provincias occidentales viajan hacia el este a través del Estrecho de Sumar hasta el puerto de Manneran, y naves de Manneran hacen visitas regulares a la costa occidental. Después los mannerangueses revenden las mercancías del oeste a Salla, Glin y Krell en

sus propios navíos cosechando las habituales ganancias de los intermediarios. El puerto de Manneran es el único sitio de nuestro mundo donde alternan hombres de las trece provincias, y donde pueden verse al mismo tiempo las trece banderas; y este afanoso comercio vuelca un flujo incesante de riqueza en los cofres de los mannerangueses. Además, los distritos interiores son muy fértiles, incluso las laderas de las Huishtor, que en esas latitudes no están heladas, salvo en las cimas. Las granjas de Manneran dan dos o tres cosechas al año, y a través de la Quebrada de Stroin, los mannerangueses tienen acceso a las Tierras Bajas Húmedas y a todos los extraños y valiosos frutos y especias que allí se producen. No es de extrañar, pues, que quienes aman el lujo busquen fortuna en Manneran.

Como si tanta buena suerte no bastara, los mannerangueses han persuadido al mundo de que viven en el sitio más santo de Borthan, y multiplican sus ingresos manteniendo altares sagrados como imanes para peregrinos. Podría creerse que Threish, en la costa oeste, donde se establecieron al principio nuestros antepasados y se decretó el Pacto, se destacaría como el principal sitio de peregrinación. Es cierto que hay algún tipo de altar en Threish, y que los pobladores del oeste que son demasiado pobres para viajar a Manneran lo visitan. Pero Manneran se ha establecido como sanctasanctórum. Y es la más joven de todas nuestras provincias, salvo el reino disidente de Krell; sin embargo, con un alarde de convicción interior y enérgica publicidad, Manneran ha logrado hacerse sagrada. No obstante, resulta irónico, ya que ahora los mannerangueses son más flexibles con el Pacto que cualquiera de los que vivimos en las otras trece provincias; la vida tropical les ha ablandado un poco, y abren sus almas unos a otros en un grado que, como exhibicionistas, les costaría el ostracismo en Glin o en Salla. Con todo, tienen la Capilla de Piedra, donde, según informes dignos de confianza, han sucedido milagros y se supone que los dioses se aparecían en carne y hueso hace apenas setecientos años. Todos tienen la esperanza de que sus hijos reciban el nombre de adulto en la Capilla de Piedra el Día de la Elección del Nombre. Gente de todo el continente acude a ese festival, con gran beneficio de los hoteleros mannerangueses. Baste decir que yo mismo fui nombrado en la Capilla de Piedra.

21

Cuando estuvimos anclados en el muelle de Manneran, y los estibadores en plena labor desembarcando el cargamento, yo cobré mi paga y bajé del barco para entrar en la ciudad. Al pie del embarcadero me detuve para recibir un pase a tierra de los funcionarios de inmigración mannerangueses. Cuando me preguntaron cuánto tiempo permanecería en la ciudad, contesté impávido que pensaba quedarme entre ellos tres días, aunque mi verdadera intención era instalarme allí para el resto de mi vida.

Ya había estado en Manneran dos veces: una al salir de la infancia, para ser vinculado a Halum, y otra a los siete años para mi Día del Nombre. Mis recuerdos de la ciudad se limitaban a vagos y casuales esquemas cromáticos: los tonos rosado claro, verde y azul de los edificios; las oscuras masas verdes de la densa vegetación; el negro y solemne interior de la Capilla de Piedra. Al alejarme del puerto esos colores volvieron a bombardearme, y ante mis ojos deslumbrados resplandecieron brillantes imágenes de mi niñez. Manneran no está construida con piedra, como nuestras ciudades norteñas, sino con una especie de yeso artificial, que pintan en leves tonos pastel, de modo que cada pared y cada fachada cantan jubilosamente y ondulan como una cortina al sol. Era un día luminoso, y los rayos de luz rebotaban alegremente por todos lados, incendiando las calles y obligándome a protegerme los ojos.

Me asombró también la complejidad de las calles. Los arquitectos mannerangueses confían mucho en el ornamento, los edificios se engalanan con ornados balcones de herraje, caprichosas volutas, ostentosas tejas, chillones cortinajes, de modo que el ojo

norteño ve en un primer momento un desorden monstruoso y desconcertante, que sólo gradualmente se resuelve en un panorama de elegancia, gracia y proporción. Por todas partes hay también plantas: árboles que bordean ambos lados de la calle, enredaderas que bajan en cascada desde macetas en las ventanas, flores que brotan impetuosas en jardines callejeros, y la sugerencia de una frondosa vegetación en los ocultos patios de las casas. El efecto es refinado y sofisticado, una interacción de profusión selvática y disciplinadas texturas urbanas. Manneran es una ciudad extraordinaria: sutil, sensual, lánguida, opulenta.

Mis recuerdos infantiles no me prepararon para el calor. Una bruma vaporosa envolvía las calles. El aire era húmedo y pesado. Sentí que casi podía tocar el calor, asirlo y apretarlo, retorcerlo como un trapo mojado. Llovía calor y yo estaba empapado. Llevaba puesto un uniforme gris, tosco y pesado, el atavío habitual en invierno a bordo de un barco mercante glinés. y aquella era una sofocante mañana de primavera en Manneran; veinticinco pasos en aquella humedad asfixiante y tuve ganas de arrancarme las irritantes ropas y andar desnudo.

Una guía telefónica me proporcionó la dirección de Segvord Helalam, el padre de mi hermana vincular. Paré un taxi y fui allí. Helalam vivía en las afueras de la ciudad, en un suburbio fresco y frondoso de casas lujosas y relucientes lagos; una alta pared de ladrillos protegía su casa de la vista de los transeúntes. Llamé a la puerta y esperé a que me observaran. El taxi esperaba también, como si el conductor supiera con certeza que no me recibirían. Desde dentro de la casa una voz, sin duda de algún mayordomo, me interrogó por la línea de observación.

- Kinnall Darival de Salla - respondí -, hermano vincular de la hija del Gran Juez Helalam, desea visitar al padre de su hermana vincular.

- Lord Kinnall está muerto - se me informó fríamente -, y por lo tanto usted es algún impostor.

Volví a llamar.

- Observe esto, y juzgue si está muerto - dije, sosteniendo ante el ojo de la máquina mi pasaporte real, que había ocultado tanto tiempo -. ¡Es Kinnall Darival quien tiene delante, y no lo pasará muy bien si le niega su acceso al Gran Juez!

- Los pasaportes pueden ser robados. Los pasaportes pueden ser falsificados.

- ¡Abra la puerta!

No hubo respuesta. Llamé por tercera vez, y en esta ocasión el invisible mayordomo me dijo que llamaría a la policía si no me marchaba de inmediato. El conductor del taxi, estacionado al otro lado de la calle, tosió cortésmente. Yo no había previsto nada de eso. ¿Tendría que volver a la ciudad y buscar hospedaje, y escribir a Segvord Helalam pidiéndole una cita, ofreciéndole pruebas de que seguía vivo?

Por suerte se me ahorraron estas molestias. Apareció un suntuoso terramóvil negro, del tipo que generalmente sólo utilizaba la más alta aristocracia, y de él descendió Segvord Helalam, Gran Juez del Puerto de Manneran. Helalam estaba entonces en la cima de su carrera, y mostraba el porte de un rey; era un hombre bajo, pero bien formado, con una hermosa cabeza, una cara rubicunda, una noble cabellera blanca y aspecto vigoroso y decidido. Los ojos, de un azul intenso, eran capaces de lanzar fuego, y la nariz era un corvo pico imperial, pero borraba todo ese aire de ferocidad con una sonrisa cálida y fácil. En Manneran se le tenía por un hombre sabio y moderado. Fui inmediatamente hacia él, gritándole con alegría:

- ¡Padre vincular!

Helalam se volvió rápidamente y me miró con fijeza y perplejidad; dos jóvenes corpulentos que le acompañaban en el terramóvil se colocaron entre el Juez Supremo y yo, como si me creyeran un asesino.

- Sus guardaespaldas pueden tranquilizarse - dije -. ¿Es incapaz de reconocer a Kinnall de Salla?

- Lord Kinnall murió el año pasado - respondió Segvord con rapidez

- Esa es una dolorosa noticia para el mismo Kinnall - dije

Me erguí, reasumiendo una actitud principesca por primera vez desde mi triste salida de la ciudad de Glin, y me enfrenté con ademanes tan furiosos a los protectores del Gran Juez que éstos retrocedieron, deslizándose al lado de su amo. Segvord me examinó minuciosamente. Me había visto por última vez en la coronación de mi hermano; desde entonces habían transcurrido dos años, y yo había perdido mis últimos restos de blandura infantil. Mi año cortando troncos se me notaba en el cuerpo, mi invierno entre los agricultores me había curtido el rostro, y mis semanas como marinero me habían dejado sucio y desaseado, con el pelo enmarañado y una barba hirsuta. La mirada de Segvord se abrió paso gradualmente entre estas transformaciones hasta que se convenció de mi identidad, entonces se precipitó rápidamente a mi encuentro, abrazándome con tanto fervor que casi perdí pie por la sorpresa. Gritó mi nombre, y yo el suyo; después la puerta se abrió, y él me llevó adentro de prisa. La alta mansión color crema, meta de todos mis vagabundeos y afanes, se alzaba ante mí.

22

Fui conducido a una bonita habitación, y se me dijo que era mía, y vinieron a mí dos jóvenes criadas que me quitaron la sudada vestimenta de marinero; me llevaron, entre incesantes risitas, a una enorme bañera embaldosada y me bañaron y perfumaron, me recortaron algo el pelo y la barba, y me dejaron que las pellizcara y las tumbara un poco. Me trajeron ropas de buena tela, de un tipo que no usaba desde mis días de personaje real, ligeras, blancas, holgadas y frescas. Y me ofrecieron joyas, un juego de tres anillos con - más tarde lo supe - un trocito del suelo de la Capilla de Piedra, y también un pendiente fulgurante, un cristal arbóreo del país de Threish, en una correa de cuero. Finalmente, después de pulirme durante varias horas, se me consideró apto para presentarme ante el Gran Juez. Segvord me recibió en la habitación que llamaba su estudio, que en realidad era un gran salón digno del palacio de un septarca, donde estaba entronizado como un gobernante. Recuerdo que sentí cierto fastidio ante tantas pretensiones, ya que Segvord no sólo no era de linaje real, sino que pertenecía a la aristocracia inferior de Manneran, y no había tenido ninguna jerarquía hasta que su designación para tan alto cargo le puso en camino a la fama y la riqueza.

En seguida pregunté por mi hermana vincular Halum.

- Está bien - respondió -, aunque las noticias de tu supuesta muerte le oscurecieron el alma.

- ¿Dónde está ahora?

- De vacaciones en el golfo de Sumar, en una isla donde tenemos otra casa.

Sentí un escalofrío.

- ¿Se ha casado?

- Para el pesar de cuantos la quieren, no.

- Pero ¿hay alguien?

- No - repuso Segvord -. Parece preferir la castidad. Claro que es muy joven... Cuando ella vuelva, Kinnall, tal vez puedas hablarle, indicándole que podría pensar en buscar pareja, porque ahora podría conseguir algún noble honrado, mientras que dentro de pocos años tendrá nuevas doncellas delante.

- ¿Cuándo volverá de esa isla?

- En cualquier momento - repuso el Gran Juez -. ¡Qué sorpresa se llevará al encontrarte aquí!

Le pregunté por mi muerte. Me contestó que dos años antes había llegado la noticia de que yo estaba loco y, vagabundeando alucinado e indefenso, había llegado a Glin.

Segvord sonrió como diciéndome que sabía muy bien por qué había abandonado Salla, y que en mis motivos no había ninguna demencia.

- Después - continuó - hubo informes de que lord Stirron había enviado agentes a Glin para buscarte y llevarte de vuelta. En esa época Halum temió mucho por tu seguridad. Y por último, este verano pasado, uno de los ministros de tu hermano reveló que habías ido a caminar por las Huishtor glinesas en pleno invierno y te habías perdido en la nieve, en una tormenta a la que nadie pudo haber sobrevivido.

- Pero, por supuesto, el cadáver de lord Kinnall no fue rescatado en los meses cálidos del año que pasó; fue abandonado en las Huishtor, a fin de que se pudriese, en vez de ser llevado de vuelta a Salla para un entierro adecuado.

- No, no hubo noticias de que alguien encontrase el cadáver.

- Es obvio, entonces - repuse -, que el cadáver de lord Kinnall despertó en primavera, emprendió un paseo fantasmagórico hacia el sur, y ahora se ha presentado por fin en casa del Gran Juez del Puerto de Manneran.

- ¡Saludable fantasma! - comentó Segvord, riendo.

- Y cansado también.

- ¿Qué tal te fue en Glin?

- Pasé frío, de varios tipos...

Le conté el desaire sufrido con los parientes de mi madre mi estancia en las montañas y todo lo demás. Tras escucharme, quiso saber qué planes tenía en Manneran; yo le respondí que no tenía otros planes que encontrar una profesión honorable, triunfar en ella, casarme y establecerme, porque Salla me estaba vedada y Glin no encerraba tentaciones para mí. Segvord asintió gravemente. Había, dijo, un empleo vacante en su oficina en ese mismo momento. El sueldo para ese puesto era poco y el prestigio menos, y era absurdo pedir a un príncipe de linaje real sallano que lo aceptara, pero era trabajo limpio, con excelentes posibilidades de ascenso, y tal vez me sirviera como punto de apoyo mientras me aclimatava al modo de vida mannerangués. Como pensaba desde el principio en alguna oportunidad de ese tipo, le contesté en seguida que aceptaba gustoso el empleo, sin pensar en mi sangre real, ya que ahora dejaba todo eso a mis espaldas, pues, además, era imaginario.

- Lo que uno haga de sí mismo aquí dependerá totalmente de sus méritos - dije sobriamente -, no de las circunstancias de rango e influencia.

Lo cual era, por supuesto, pura palabrería: en vez de usar mi alta cuna, aquí capitalizaría el hecho de ser hermano vincular de la hija del Gran Juez del Puerto, una relación que sólo provenía de mi alta cuna. ¿Qué tenía que ver el mérito en todo eso?

23

Los buscadores se me acercan constantemente. Ayer, en una de mis largas caminatas por esta zona de las Tierras Bajas Abrasadas, encontré muy al sur de aquí, la huella reciente de un terramóvil, hondamente impresa en la seca y frágil capa de arena roja. Y esta mañana, mientras me paseaba ociosamente por el sitio donde se reúnen las aves-punzón - ¿acaso atraídas allí por algún impulso suicida? -, oí un zumbido en el cielo, y al levantar la vista divisé un avión del ejército sallano. No es frecuente ver vehículos aéreos por aquí. Éste bajaba y volaba en círculos, como un ave-punzón, pero yo me acurruqué contra una deformación del terreno, causada por la erosión, y creo que pasé inadvertido.

Tal vez me equivoque en cuanto a estas intrusiones; el terramóvil podría ser alguna partida de caza que pasa casualmente por la región, y el avión, un vuelo de entrenamiento. Pero no lo creo. Si hay cazadores aquí, es a mí a quien cazan. La red se cerrará a mi alrededor. Debo tratar de escribir más rápido y ser más conciso; todavía no he relatado mucho de lo que quiero decir, y temo ser interrumpido antes de que pueda terminar. ¡Stirron, déjame tranquilo unas pocas semanas más!

El Gran Juez del Puerto es uno de los funcionarios supremos de Manneran. Posee jurisdicción sobre todos los asuntos comerciales de la capital; si hay disputas entre mercaderes, son tratadas en su tribunal, y por tanto tiene autoridad sobre personas oriundas de todas las provincias, de modo que un capitán marítimo de Glin o Krell, un sallano o un occidental, cuando es convocado ante el Gran Juez está sujeto a sus veredictos, sin derecho de apelación a los tribunales de su país natal. Ésta es la antigua función del Gran Juez, pero si no fuera más que un árbitro de reyertas mercantiles, difícilmente tendría la jerarquía que tiene. Con el correr de los siglos, ha adquirido otras responsabilidades. Sólo él regula el flujo de navegación extranjera al puerto de Manneran, concediendo permisos comerciales para tantos navíos glineses al año, tantos de Threish, tantos de Salla. La prosperidad de una docena de provincias depende de sus decisiones. Por consiguiente, es cortejado por septarcas, inundado de regalos, enterrado en alabanzas y amabilidades. con la esperanza de que conceda a tal o cual país un barco extra el año venidero. El Gran Juez es, pues, el filtro económico de Velada Borthan, que abre y cierra cauces económicos a su antojo; no lo hace según su capricho, sino teniendo en cuenta el flujo y reflujo de riqueza en todo el continente, y es imposible exagerar su importancia en nuestra sociedad.

El cargo no es hereditario, pero el nombramiento es vitalicio, y no se puede reemplazar a un Gran Juez sino mediante procedimientos intrincados y casi impracticables. Así puede ocurrir que un Gran Juez vigoroso, tal como Segvord Helalam, llegue a ser más poderoso en Manneran que el mismo septarca principal. En cualquier caso, la septarquía de Manneran está en decadencia: dos de las siete sillas han quedado vacías desde hace cien años o más, y los ocupantes de las cinco restantes han cedido tanto de su autoridad a funcionarios estatales que son poco más que figuras ceremoniales. El septarca principal conserva todavía algunos restos de majestad, pero tiene que consultar con el Gran Juez del Puerto sobre toda cuestión de interés económico, y el Gran Juez se ha introducido tan inextricablemente en la maquinaria gubernamental de Manneran que resulta difícil decir con certeza quién es el gobernante y quién el funcionario.

En mi tercer día en Manneran, Segvord me llevó a su palacio de justicia para firmar el contrato e incorporarme a mi puesto. Yo, que me crié en un palacio, quedé atónito al ver el edificio central de la Magistratura del Puerto; lo que me asombró no fue la opulencia (no la tenía), sino el gran tamaño. Vi una ancha construcción de ladrillo pintada de amarillo, de cuatro pisos de altura, sólida y maciza, que parecía abarcar todo el puerto, de lado a lado, a dos manzanas de los embarcaderos. Dentro, en oficinas de techo alto, sentados ante escritorios gastados, ejércitos de afanosos oficinistas movían papeles y sellaban recibos, y mi alma tembló al pensar que así pasaría mis días. Segvord me llevó en un recorrido interminable a través del edificio, recibiendo el homenaje de los empleados al pasar por sus oficinas húmedas y calurosas; se detenía aquí y allá para saludar a alguien, para ojear de paso algún informe a medio redactar, para estudiar un tablero donde, aparentemente, estaban trazados los movimientos de todos los navíos que se encontraban dentro de un radio de tres días de viaje de Manneran. Por fin entramos en una noble serie de habitaciones, lejos del trajín y la prisa que acababa de ver. Allí presidía el Gran Juez en persona. Mostrándome un cuarto fresco y espléndidamente amueblado, contiguo a su propia sala, Segvord me dijo que yo trabajaría allí.

El contrato que firmé era como el de un drenador: me comprometía a no revelar ningún dato del que pudiera enterarme en el curso de mis obligaciones, so pena de terribles castigos. Por su parte, la Magistratura del Puerto me prometía ocupación vitalicia, continuos aumentos de salario y otros varios privilegios del tipo que no suele preocupar normalmente a los príncipes.

No tardé en descubrir que no sería ningún humilde oficinista entintado. Tal como me advirtiera Segvord, mi sueldo era bajo y mi categoría en la burocracia casi inexistente, pero mis responsabilidades resultaron ser grandes; de hecho, era su secretario particular. Todo informe confidencial destinado al Gran Juez pasaría antes por mi escritorio. Mi tarea consistía en descartar los más triviales y preparar resúmenes de los demás, todos menos los informes que considerara de la mayor importancia, que iban a él completos. Si el Gran Juez era el filtro económico de Velada Borthan, yo sería el filtro del filtro, ya que él leería solamente lo que yo desease que leyera, y tomaría sus decisiones sobre la base de lo que yo le proporcionase. Cuando vi claro todo esto, supe que Segvord me había puesto en camino de obtener un gran poder en Manneran.

25

Esperaba impaciente el retorno de Halum de su isla en el golfo de Sumar. Hacía más de dos años que no tenía hermana vincular ni hermano vincular, y los drenadores no podían sustituirles; anhelaba quedarme hasta altas horas de la noche con Halum o Noim, como antes, abriendo un yo a otro yo. Suponía que Noim estaba en alguna parte de Salla, pero ignoraba dónde, y Halum, aunque se decía que su vuelta de las vacaciones era inminente, no apareció en mi primera semana en Manneran, ni la segunda. Durante la tercera, un día salí temprano de mi oficina en la Magistratura, sintiéndome mal por la humedad y las tensiones de mi nueva función, y fui conducido a la residencia de Segvord. Al entrar en el palacio central, rumbo a mi habitación, divisé en el otro extremo a una joven alta y esbelta que cortaba una flor dorada de una enredadera para ponérsela en la cabellera oscura y lustrosa. No le pude ver la cara, pero su figura y su porte no me dejaban dudas; jubiloso exclamé «¡Halum!», y eché a correr a través del patio. La muchacha se volvió hacia mí, frunciendo el entrecejo; yo me detuve. Tenía la frente arrugada y los labios apretados; su mirada era fría y lejana. ¿Qué significaba esa mirada? Su rostro era el de Halum ojos negros, bella nariz recta y orgullosa, pómulos marcados -, y sin embargo su cara me era extraña. ¿Tanto podían haber cambiado dos años a mi hermana vincular? Las principales diferencias entre la Halum que yo recordaba y la mujer que ahora veía eran sutiles; diferencias de expresión, una posición de las cejas, un temblor de las ventanas de la nariz, un trazo de la boca, como si el alma se le hubiese transformado adentro. Vi además, al acercarme, que había algunas diferencias faciales secundarias, pero podía atribuir las al paso del tiempo o a un fallo de la memoria. Mi corazón se lanzó a la carrera, mis dedos temblaron, y un extraño calor de confusión se me extendió por los hombros y la espalda. Habría querido ir hacia ella y abrazarla, pero de pronto la temí por esas transformaciones.

- ¿Halum? - pregunté, indeciso, la voz ronca, la garganta seca.

- No ha llegado todavía.

Una voz como nieve que cae, más profunda que la de Halum, más resonante, más fría.

Me quedé pasmado. ¡Se parecía tanto a Halum que podía ser su hermana gemela! Conocía a una sola hermana de Halum, que entonces era apenas una niña a quien todavía no le retoñaban los pechos. No era posible que me hubiese ocultado durante toda su vida a una melliza, o una hermana un poco mayor que ella. Pero la semejanza era extraordinaria e inquietante. He leído que en la vieja Tierra tenían la manera de hacer, con sustancias químicas, seres artificiales que podían engañar hasta a una madre o a un amante, tal era su parecido a las personas verdaderas, y en aquel momento me habría dejado convencer de que ese proceso había llegado a nosotros a través de los siglos, a través del abismo de la noche, y que la falsa Halum a quien tenía delante era una imagen sintética, diabólicamente ingeniosa, de mi auténtica hermana vincular.

- Disculpe este estúpido error - dije -. Uno la confunde con Halum.

- Sucede a menudo.

- ¿Es usted pariente de ella?
- Hija del hermano del Gran Juez Segvord.

Dijo llamarse Loimel Helalam. Halum jamás me había hablado de esta prima, o si lo había hecho yo no lo recordaba.

¡Qué raro que me hubiese ocultado la existencia de esta imitación de Halum que vivía en Manneran! Le dije mi nombre, y Loimel reconoció en él el nombre del hermano vincular de Halum, acerca de quien evidentemente había oído hablar mucho; suavizó un poco su actitud, y entonces algo del hielo que la rodeaba se disolvió. Por mi parte, se me había pasado la impresión sufrida al descubrir que la supuesta Halum era otra, y comenzaba a interesarme Loimel, pues era hermosa y deseable, y - a diferencia de Halum - estaba disponible. Mirándola con un solo ojo podía engañarme y pensar que era en verdad Halum, y aceptar su voz como la de mi hermana vincular. Juntos paseamos por el patio, conversando. Me enteré de que Halum llegaría esa tarde y Loimel había venido a organizar una entusiasta recepción para ella; también me enteré de algunas cosas acerca de Loimel, pues ésta, al modo imprudente de muchos mannerangueses, era menos severa que un norteño en vigilar su intimidad. Me dijo su edad: un año más que Halum (y que yo). Me contó que era soltera, y que acababa de poner fin a un poco prometedor noviazgo con un príncipe de una familia antigua pero lamentablemente empobrecida de la nobleza manneranguesa. Explicó su parecido con Halum diciendo que su madre y la de Halum eran primas, así como su padre era hermano del de Halum, y cinco minutos más tarde, cuando caminábamos del brazo, sugirió escandalosamente que, en realidad, el Gran Juez había invadido el lecho nupcial de su hermano mayor hacía mucho tiempo, y por lo tanto ella era en realidad medio hermana de Halum, no prima. Y me contó mucho más.

Yo no podía pensar más que en Halum, Halum, Halum. Loimel existía para mí únicamente como reflejo de mi hermana vincular. Una hora después de conocernos, Loimel y yo estábamos juntos en mi dormitorio, y cuando se quitó el vestido, me dije que la piel de Halum debía de ser cremosa como aquélla, que los pechos de Halum debían de parecerse mucho a aquellos, que los muslos de Halum no podían ser menos suaves, que los pezones de Halum también se convertirían en torrecillas cuando los dedos de un hombre les acariciaran las puntas. Después me tendí desnudo junto a Loimel, y la preparé con muchas hábiles caricias; pronto jadeó, agitó las caderas y gritó, y yo la cubrí con mi cuerpo, mas un segundo antes de penetrarla me vino fríamente una idea: «Pero si esto está prohibido poseer a la propia hermana vincular», y mi arma quedó floja como un trozo de cuerda. No fue más que una turbación momentánea: mirándole a la cara, me dije bruscamente que aquélla era Loimel y no Halum, que esperaba mi embestida, y mi virilidad revivió, y nuestros cuerpos se unieron. Pero me esperaba otra humillación. En el momento de entrar en ella, mi mente traidora me dijo: «Hiendes la carne de Halum» y mi cuerpo traidor reaccionó con la instantánea explosión de mis pasiones. ¡Qué intrincadamente ligados están nuestros miembros con nuestra mente, y qué complicado es cuando abrazamos a una mujer simulando que es otra! Me desplomé sobre Loimel avergonzado y furioso, ocultando mi cara en la almohada; pero ella, presa de urgentes necesidades, se meneó contra mi cuerpo hasta que encontré nuevo vigor, y esta vez la llevé al éxtasis que ella buscaba.

Esa noche mi hermana vincular Halum regresó por fin de sus vacaciones en el golfo de Sumar, y lloró de felicidad y sorpresa al verme vivo y en Manneran. Cuando la vi junto a Loimel, quedé más asombrado aún por su parecido, casi de hermanas gemelas; la cintura de Halum era más esbelta, el pecho de Loimel más abundante, pero se encuentran estas variaciones hasta en hermanas verdaderas, y en la mayoría de los rasgos corporales Halum y su prima parecían haber sido fabricadas con el mismo molde. Sin embargo, me llamó también la atención una diferencia profunda y sutil, visible sobre todo en los ojos, a través de los cuales, como dice el poema, brilla la luz interior del alma. El resplandor que

Halum despedía era tierno, suave y dulce, como los primeros rayos de sol que flotan a través de la niebla en un amanecer de estío; los ojos de Loimel lanzaban un brillo más frío, más duro, el de una sombría tarde invernal. Mirando de una joven a la otra, me formé un rápido juicio intuitivo: «Halum es puro amor, y Loimel es puro yo». Pero retrocedí ante ese veredicto, apenas nació. No conocía a Loimel. Hasta entonces no había comprobado que fuera otra cosa que franca y generosa; no tenía derecho a menospreciarla de ese modo. Por otra parte, descubrí que más que agregar edad a Halum, esos dos años la habían bruñido, y ella había alcanzado el pleno brillo de su belleza. Estaba muy tostada, y en su corto vestido blanco parecía una bronceada estatua de sí misma; los rasgos de su rostro eran más angulosos que antes, dándole un delicado aspecto de encanto casi varonil. Además se movía con flotante soltura. La casa estaba llena de desconocidos para su fiesta de bienvenida, y después de nuestro primer abrazo la arrancaron de mi lado, y quedé con Loimel. Pero hacia el final de la velada apelé a mis derechos vinculares y llevé a Halum a mi habitación, diciendo:

- Hay dos años de conversación esperando.

Los pensamientos se atropellaban caóticamente en mi cerebro: ¿cómo podía decirle todo lo que me había pasado, cómo podía saber por ella qué había hecho, todo en las primeras y apresuradas palabras? No podía poner en orden mis pensamientos. Nos sentamos uno frente al otro a decorosa distancia, Halum en el sofá donde apenas unas horas antes yo había copulado con su prima, imaginando que era Halum. Una tensa sonrisa se cruzó entre nosotros.

- ¿Por dónde puede uno empezar? - dije, y en el mismo instante Halum pronunció las mismas palabras.

Eso nos hizo reír y disolvió la tensión. Y entonces oí mi propia voz que preguntaba, sin preámbulos, si Halum creía que Loimel me aceptaría por mando.

26

Loimel y yo fuimos casados por Segvord Helalam en la Capilla de Piedra en pleno verano, después de meses de rituales y purificaciones preparatorias. Cumplimos estas ceremonias a petición del padre de Loimel, hombre muy devoto. Para complacerle emprendimos una rigurosa serie de drenajes; día tras día me arrodillé y entregué todo lo que contenía mi alma a un tal Jidd, el drenador más famoso y caro de Manneran. Luego Loimel y yo fuimos en peregrinación a los nueve altares de Manneran, y yo dilapidé mi escaso salario en velas e incienso. Efectuamos incluso la arcaica ceremonia denominada la Mostración, en la cual ella y yo bajamos una madrugada a una apartada playa, acompañados por Halum y Segvord, y ocultos a los ojos de ellos por un complicado dosel, nos revelamos mutua y formalmente nuestra desnudez, para que después ninguno de nosotros pudiera decir que habíamos llegado al matrimonio ocultándonos defectos.

El rito de unión fue un grandioso acontecimiento, con músicos y cantantes. Mi hermano vincular Noim, hecho llamar desde Salla, fue mi juramentero, e hizo la unión de los anillos. El primer septarca de Manneran, un viejo apergaminado, asistió a la boda, como casi toda la nobleza local. Los regalos que recibimos fueron de inmenso valor. Entre ellos hubo un cuenco de oro con extrañas joyas incrustadas, fabricado en algún otro mundo, y que nos envió mi hermano Stirron, junto con un cordial mensaje expresando pesar porque los asuntos de estado le exigían permanecer en Salla. Puesto que yo había desairado su boda, no fue ninguna sorpresa que él desairara la mía. Lo que sí me sorprendió fue el tono amistoso de su carta. Sin hacer referencia a las circunstancias de mi desaparición de Salla, pero agradeciendo que el rumor de mi muerte hubiera resultado falso, Stirron me daba su bendición y me pedía que fuera a su capital con mi esposa para una visita ceremonial en cuanto pudiéramos. Aparentemente se había enterado de que yo me

proponía establecerme de modo permanente en Manneran, de modo que no sería rival por su trono; en consecuencia podía pensar de nuevo en mí con afecto.

Muchas veces me pregunté, y después de tantos años sigo preguntándomelo, por qué Loimel me aceptó. Acababa de rechazar a un príncipe de su propio reino porque era pobre; y allí estaba yo, también príncipe, pero exiliado, y más pobre todavía. ¿Por qué aceptarme? ¿Por mi encanto al cortejarla? De eso tenía poco; aún era joven y torpe de lengua. ¿Por mis perspectivas de riqueza y poder? En ese entonces tales perspectivas parecían de veras escasas. ¿Por mi atractivo físico? Algo de eso había, sin duda, pero Loimel era demasiado sagaz para casarse solamente por unos hombros anchos y unos músculos potentes. Además, en nuestro primer abrazo había demostrado mis insuficiencias como amante, y pocas veces superé ese empeño chapucero en las cópulas posteriores. Finalmente deduje que Loimel me había aceptado por dos motivos. Primero estaba sola y afligida después de romper su otro noviazgo, y buscando el primer puerto que se presentara, acudió a mí pues yo era fuerte, atractivo y de sangre real. Segundo, Loimei envidiaba a Halum en todo, y sabía que casándose conmigo se adueñaría de lo único que Halum jamás podría tener.

No hace falta indagar mucho para descubrir qué motivación me impulsó a mí a buscar la mano de Loimel. Era a Halum a quien amaba. Loimel era la imagen de Halum. Halum me era negada, por lo tanto tomaba a Loimel. Mirando a Loimel, era libre de pensar que miraba a Halum. Abrazando a Loimel, podía decirme que abrazaba a Halum. Cuando me ofrecí a Loimel como marido, no sentía ningún amor especial por ella, y tenía razones para pensar que tal vez ni siquiera me gustara; sin embargo, me sentí atraído hacia ella porque ella era el sustituto más cercano de mi verdadero deseo.

Los matrimonios contraídos por motivos como los de Loimel y los míos no suelen ir bien. El nuestro prosperó poco; empezamos como extraños y nos alejamos cada vez más. A decir verdad, yo me había casado con una fantasía secreta, no con una mujer. Pero tenemos que conducir nuestro matrimonio en el mundo de la realidad, y en ese mundo mi mujer era Loimel.

27

Mientras tanto, en mi oficina de la Magistratura del Puerto, me esforzaba por hacer el trabajo que mi padre vincular me había encomendado. Cada día llegaba a mi escritorio una pila formidable de informes y memorándums; cada día yo procuraba decidir cuáles debían llegar al Gran Juez y cuáles debían ser ignorados. Al principio, naturalmente, no tenía base alguna para juzgar. Sin embargo, Segvord me ayudó, como lo hicieron varios funcionarios antiguos de la Magistratura, quienes advirtieron con razón que se beneficiarían más sirviéndome que tratando de bloquear mi inevitable ascenso. Entendí rápidamente la índole de mi trabajo, y antes de que todo el calor del verano reinara sobre Manneran yo ya actuaba con seguridad, como si hubiera pasado los últimos veinte años en esa tarea.

La mayor parte del material presentado para que el Gran Juez decidiera eran tonterías. Pronto aprendí a detectar ese tipo mediante un rápido examen, a menudo mirando apenas una sola página. El estilo en que estaba escrito me decía mucho; descubrí que quien no puede expresar sus pensamientos limpiamente por escrito es probable que no tenga ideas dignas de atención. El estilo es el hombre. Si la prosa es desmañada y torpe, lo más seguro es que también lo sea la mente del autor, y en tal caso, ¿qué valen sus ideas sobre el funcionamiento de la Magistratura del Puerto? Una mente grosera y vulgar ofrece percepciones groseras y vulgares. Yo mismo tuve que escribir mucho, resumiendo y condensando los informes de mediano valor, y todo lo que he aprendido del arte literario se remonta a los años en que estuve al servicio del Gran Juez. También mi estilo refleja al hombre, ya que me consta que soy serio, solemne, afecto a los gestos cortesanos, y

propenso a comunicar quizá más de lo que los demás quieren realmente saber; todos estos rasgos los encuentro en mi prosa. Tiene sus defectos, pero estoy satisfecho con ella; yo tengo mis defectos, pero estoy satisfecho conmigo mismo.

No tardé en darme cuenta de que el hombre más poderoso de Manneran era una marioneta cuyos hilos yo controlaba. Yo decidía qué casos debía tratar el Gran Juez, yo elegía las solicitudes de favor especial que él leería, yo le proporcionaba los comentarios resumidos en los cuales se basaban sus veredictos. Segvord no me había permitido alcanzar tal poder accidentalmente. Era necesario que alguien efectuara el tamizado en que yo ahora me ocupaba, y hasta mi llegada a Manneran esa tarea había estado en manos de un comité de tres, todos con la ambición de ocupar el cargo de Segvord algún día. Temiendo a esos hombres, Segvord había tomado medidas para ascenderles a puestos de mayor esplendor pero menor responsabilidad. Después me deslizó en el lugar de ellos. Su único hijo había muerto siendo niño; por lo tanto, toda su protección se volcó hacia mí. Por cariño a Halum había decidido tranquilamente convertir a un príncipe sallano desposeído en una de las figuras dominantes de Manneran.

La importancia que yo llegaría a tener fue algo ampliamente sobreentendido, por muchos otros antes que por mí. Los príncipes que asistieron a mi boda no lo hicieron por respeto hacia la familia de Loimel, sino para congraciarse conmigo. Las suaves palabras de Stirron estaban destinadas a lograr que yo no mostrara hostilidad hacia Salla en mis decisiones. Sin duda mi real primo Truis de Glin se estaría preguntando ahora, preocupado, si yo sabía que era por obra suya que las puertas de su provincia se habían cerrado en mi cara; también él envió un hermoso regalo para mi casamiento. Y la afluencia de obsequios no cesó con la ceremonia nupcial. Constantemente me llegaban cosas bellas de aquellos cuyos intereses estaban ligados con lo que ocurría en la Magistratura del Puerto. En Salla daríamos a esos regalos su verdadero nombre, es decir sobornos; pero Segvord me aseguró que en Manneran yo no perjudicaba a nadie aceptándolos, mientras no los dejara interferir en la objetividad de mi juicio. Ahora comprendía cómo Segvord había llegado a vivir con un estilo tan principesco con el modesto salario de un juez. En honor a la verdad, yo procuré apartar de mi mente todos esos sobornos mientras desempeñaba mis obligaciones oficiales, y pesar cada caso según sus méritos y nada más.

Así encontré mi lugar en Manneran. Dominé los secretos de la Magistratura del Puerto, desarrollé una intuición para los ritmos del comercio marítimo, y serví con habilidad al Gran Juez. Me movía entre príncipes, jueces y hombres adinerados. Compré una casa pequeña pero suntuosa cerca de la de Segvord, y pronto hice que los constructores la ampliaran. Rendía culto en la mismísima Capilla de Piedra, como solamente lo hacen los poderosos, y para mis drenajes acudía al célebre Jidd. Fui aceptado en una selecta sociedad deportiva y exhibí mi pericia con la lanza emplumada en el Estadio de Manneran. Cuando visité Salla con mi esposa la primavera siguiente a nuestra boda, Stirron me recibió como si yo fuera el septarca mannerangués, haciéndome desfilar por la capital entre las aclamaciones de la multitud y agasajándome como a un rey en el palacio. No dijo una palabra acerca de mi fuga de Salla; por el contrario, fue cabalmente amable, de un modo reservado y distante. Di su nombre a mi primer hijo, que nació ese otoño.

Luego vinieron otros dos hijos, Noim y Kinnall, y dos hijas llamadas Halum y Loimel. Los varones eran altos y fuertes; las niñas prometían mostrar igual belleza que sus homónimas. Yo encontraba gran placer en ser padre de familia. Anhelaba el momento en que mis hijos pudieran acompañarme a cazar en las Tierras Bajas Abrasadas, o a navegar por los rápidos del Río Woyn. Mientras tanto iba a cazar sin ellos, y las lanzas de muchas aves-punzón pasaron a decorar mi casa.

Como ya dije, Loimel continuó siendo una desconocida para mí. Uno no espera penetrar en el alma de su esposa tan profundamente como en la de su hermana vincular, pero no obstante, pese a las costumbres de reserva que observamos, sí cabe alcanzar

cierta comunión con la persona con la que se vive. Yo nunca penetré en nada de Loimel, salvo en su cuerpo. La calidez y la franqueza que me había mostrado en nuestro primer encuentro se extinguieron con rapidez, y se volvió tan distante como cualquier esposa vientrefrío de Glin. Una vez, en pleno ardor amoroso, le dije «yo», como había hecho a veces con ramerías, y ella me abofeteó y retorció las caderas para expulsarme de sus entrañas. Nos alejamos. Ella tenía su vida, yo la mía, al cabo de un tiempo ya no intentábamos alcanzarnos mutuamente por encima del abismo. Ella dedicaba su tiempo a la música, a bañarse, dormir al sol y ejercitar su devoción; yo a cazar, jugar, criar a mis hijos y hacer mi trabajo. Ella tomó amantes y yo también. Era un matrimonio indiferente. Apenas reñíamos; no estábamos lo bastante cerca ni siquiera para eso.

Noim y Halum me acompañaban gran parte del tiempo. Eran un gran consuelo para mí.

En la Magistratura mi autoridad y responsabilidad crecían año tras año. No fui ascendido de mi puesto como empleado del Gran Juez, ni tampoco aumentó mucho mi salario; sin embargo, todos sabían en Manneran que era yo quien gobernaba las decisiones de Segvord, y disfrutaba de una renta señorial de «regalos». Gradualmente Segvord abandonó la mayor parte de sus tareas, dejándomelas a mí. Pasaba semanas enteras en su refugio de la isla en el Golfo de Sumar, mientras yo firmaba con su inicial y sellaba documentos en su nombre. En mi vigesimocuarto año, que fue su quincuagésimo, dejó totalmente su oficina. Como yo no era mannerangués de nacimiento, me era imposible llegar a ser Gran Juez en su lugar; pero Segvord tomó medidas para que fuera designado sucesor suyo una amable nulidad, un tal Noldo Kalimol, con el acuerdo de que éste me mantendría en mi sitial de poder.

No iría errado quien pensara que mi vida en Manneran era una vida de comodidad y seguridad, de riqueza y autoridad. Las semanas transcurrían serenamente, y aunque no hay felicidad perfecta para ningún hombre, yo tenía pocos motivos de insatisfacción. Aceptaba plácidamente el fracaso de mi matrimonio, ya que en nuestro tipo de sociedad no se encuentra a menudo un amor profundo entre marido y mujer. En cuanto a mi otro pesar, mi amor sin esperanzas hacia Halum, lo mantenía muy oculto en mi interior, y cuando subía dolorosamente cerca de la superficie de mi alma me aliviaba con una visita al drenador Jidd. Así podría haber seguido, sin novedades, hasta el fin de mis días, si no hubiera llegado a mi vida el terrestre Schweiz.

28

Pocas veces vienen terrestres a Borthan. Antes de Schweiz había visto sólo a dos, ambos en la época en que mi padre ocupaba la septarquía. El primero fue un hombre alto, de barba roja, que visitó Salla cuando yo tenía unos cinco años; era un viajero que andaba de un mundo a otro por diversión, y acababa de cruzar las Tierras Bajas Abrasadas solo y a pie. Recuerdo haber escrutado su rostro con intensa concentración, buscando las señales de su origen en otro mundo; tal vez un ojo adicional, cuernos, tentáculos, colmillos.

Como no tenía nada de eso, por supuesto, dudé abiertamente de su relato, según el cual venía de la Tierra. Stirron beneficiado por dos años más de escuela que yo, fue quien me dijo, en tono burlón, que todos los mundos del cielo, incluyendo el nuestro, habían sido colonizados por gente venida de la Tierra, motivo por el cual un terrestre se parecía a cualquiera de nosotros. Sin embargo, cuando otro terrestre apareció en la corte unos años más tarde, yo seguía buscando colmillos y tentáculos. Éste era un hombre robusto y alegre, de piel parda clara, un científico que coleccionaba muestras de nuestra naturaleza para alguna universidad en un sitio lejano de la galaxia. Mi padre le llevó a las Tierras Bajas Abrasadas a buscar aves-punzón; yo rogué que me dejaran ir con ellos. Soñaba con la Tierra. Buscándola en los libros, vi el retrato de una planeta azul con muchos continentes, y una enorme luna picada de viruela que giraba a su alrededor, y pensé: «De

aquí vinimos todos. Éste es el comienzo de todo». Leía sobre los reinados y naciones de la vieja Tierra, las guerras y devastaciones, los monumentos, las tragedias. La salida al espacio, la llegada a las estrellas. Hubo un tiempo en que incluso imaginaba que yo mismo era un terrestre, nacido en el antiguo planeta de las maravillas, y traído a Borthan durante mi infancia para ser cambiado por el verdadero hijo de un septarca. Me decía que cuando creciera viajaría a la Tierra y caminaría por ciudades de diez mil años, desandando la línea de migración que habían seguido los antepasados de mis antepasados de la Tierra a Borthan. Quería también poseer un trozo de la Tierra; algún cacharro, algún pedazo de piedra, alguna moneda abollada, como vínculo tangible con el mundo situado en el corazón de los vagabundeos del hombre. Y ansiaba que algún otro terrestre llegara a Borthan para poder hacerle un millón de preguntas, para poder implorarle un trozo de la Tierra para mí. Pero ninguno vino, y yo crecí, y mi obsesión por el primer planeta del hombre se desvaneció.

Entonces Schweiz se cruzó en mi camino.

Schweiz se dedicaba al comercio. Muchos terrestres lo hacen. Cuando le conocí, hacía un par de años que se hallaba en Borthan como representante de una compañía exportadora con base en un sistema solar no lejano del nuestro. Traficaba en mercancías manufacturadas y buscaba a cambio nuestras pieles y especias. Durante su estancia en Manneran se había trabado en controversia con un importador local respecto de un cargamento de pieles proveniente de la costa noroeste. Este individuo intentó dar a Schweiz calidad inferior a un precio superior al acordado, Schweiz le demandó y el caso llegó a la Magistratura del Puerto. Eso fue hace unos tres años, y poco más de tres después del retiro de Segvord Helalam.

Los hechos del caso eran inequívocos, y no cabían dudas en cuanto a la decisión. Uno de los jueces inferiores aprobó el alegato de Schweiz y ordenó al importador que cumpliera su contrato con el terrestre estafado. Por lo común yo no habría intervenido en el asunto. Pero cuando los papeles referentes al caso llegaron al Gran Juez Kalimol para su revisión de rutina antes de ser confirmado el veredicto, yo los ojeé y vi que el demandante era un terrestre.

Me aguijoneó la tentación. Mi antigua fascinación por esa raza - mis delirios sobre colmillos, tentáculos y ojos adicionales - volvió a dominarme. Tenía que hablarle. ¿Qué esperaba obtener de él? ¿Las respuestas a las preguntas que habían quedado sin respuesta cuando yo era un niño? ¿Algún indicio sobre la naturaleza de las fuerzas que habían impulsado hacia las estrellas al género humano? ¿O simple entretenimiento, un momento de diversión en una vida demasiado plácida?

Pedí a Schweiz que se presentara en mi oficina.

Llegó casi corriendo; una figura impetuosa, enérgica, en ropas de estilo y tono ostentosos. Sonriendo con júbilo frenético me palmeó la mano, estrechándomela, clavó los nudillos en mi escritorio, se retiró unos pasos y empezó a pasearse por la habitación.

- ¡Los dioses le guarden, su señoría! - exclamó.

Pensé que su extraño proceder, su elasticidad de resorte y su desorbitada intensidad nacían de su temor hacia mí, pues motivos de preocupación no le faltaban: acababa de ser citado por un poderoso funcionario para discutir un caso que creía haber ganado. Pero más tarde comprobé que ese comportamiento de Schweiz era una expresión de su propia naturaleza bulliciosa, y no de alguna tensión momentánea y específica.

Schweiz era un hombre de estatura mediana y muy enjuto sin rastros de grasa sobre el esqueleto. Tenía piel leonada, y el pelo, color miel oscuro, le caía lacio hasta los hombros. Sus ojos eran brillantes y traviosos, su sonrisa rápida y socarrona, e irradiaba un vigor juvenil, un entusiasmo dinámico, que en aquel momento me cautivó, aunque más tarde le convertiría en una compañía agotadora para mí. Con todo, no era ningún muchacho: su cara mostraba las primeras arrugas de la vejez, y el pelo, pese a ser abundante, comenzaba a ralearle encima de la frente.

- Siéntese - le dije, porque sus cabriolas me estaban inquietando.

No sabía bien cómo iniciar la conversación. ¿Cuánto podría preguntarle antes de que se amparase en el Pacto y sellase los labios? ¿Habría de sí mismo y de su mundo? ¿Tenía yo algún derecho a inmiscuirme en el alma de un extranjero, lo que no me atrevería a hacer con un habitante de Borthan? Ya vería. La curiosidad me empujaba. Al ver que miraba con tristeza el legajo, tomé los documentos relativos a su caso y se los tendí, diciendo:

- Uno pone primero lo primero... Su veredicto ha sido confirmado. Hoy el Gran Juez Kalimol estampará su sello, y antes de que salga la luna tendrá usted su dinero.

- Auspiciosas palabras, su señoría.

- Con esto concluye el asunto legal...

- ¿Una entrevista tan breve? No parece necesario haber hecho esta visita sólo para conversar un momento, su señoría.

- Uno debe admitir que usted fue citado aquí para discutir otras cosas que su demanda.

- ¿Cómo, su señoría? - preguntó el terrestre, evidenciando desconcierto y alarma.

- Para hablar de la Tierra - dije -. Para satisfacer la ociosa curiosidad de un burócrata aburrido. ¿No tiene inconveniente? ¿Está dispuesto a hablar un poco, ahora que ha sido atraído aquí so pretexto de negocios? Sabrá usted, Schweiz, que a uno le ha fascinado siempre la Tierra y los terrestres.

Para lograr alguna comunicación con él, pues seguía ceñudo y desconfiado, le conté la historia de los otros dos terrestres a quienes había conocido, y de mi convicción infantil de que tendrían una forma extraña. Se tranquilizó y escuchó con agrado, y antes de que yo terminara Schweiz reía de buena gana.

- ¡Colmillos! - exclamaba -. ¡Tentáculos! - Se pasó las manos por la cara -. ¿Realmente creía eso, su señoría? ¿Qué los terrestres eran seres tan grotescos? ¡Por todos los dioses, su señoría, ojalá en mi cuerpo hubiera algo extraño, para poder divertirme!

Cada vez que Schweiz hablaba de sí mismo en primera persona, yo me sobresaltaba. Sus obscenidades indiferentes destruían el estado de ánimo que yo había procurado establecer. Aunque traté de fingir que nada malo pasaba, Schweiz advirtió instantáneamente su desatino e, incorporándose de un salto con obvia aflicción dijo:

- ¡Mil perdones! Uno tiende a olvidar su gramática a veces, cuando no está acostumbrado a...

- No hay ofensa - me apresuré a decir.

- Debe comprender, su señoría, que los viejos hábitos de lenguaje son persistentes, y al usar su idioma uno cae a veces en el modo que le es más natural, aun cuando...

- Por supuesto, Schweiz. Un desliz imperdonable - dije. El terrestre temblaba -. Además - agregué con un guiño -, soy un hombre adulto. ¿Cree que yo me escandalizo con tanta facilidad?

Usé estas vulgaridades de modo deliberado, para tranquilizarle. La táctica dio resultado, ya que se apaciguó, calmándose. Pero no se aprovechó el incidente para volver a utilizar palabras soeces conmigo esa mañana, y a decir verdad tuvo cuidado de observar las sutilezas de la etiqueta gramatical durante mucho tiempo, hasta que esas cosas dejaron de importar entre nosotros.

De nuevo le pedí que me hablara de la Tierra, la madre de todos nosotros.

- Un pequeño planeta - dijo -. Lejos. Ahogado en sus propios y viejos desechos; los venenos de dos mil años de descuido y superpoblación ensucian sus cielos, sus mares y su tierra. Un feo lugar.

- ¿Feo de veras?

- Todavía quedan algunos distritos atractivos. No son muchos ni dan motivo para jactarse. Algunos árboles aquí y allá. Un poco de césped. Un lago. Una cascada. Un valle. En su mayor parte, el planeta es un estercolero. Los terrestres suelen decirse que ojalá pudieran desenterrar a sus primeros antepasados, devolverles la vida y luego

estrangularles. Por su egoísmo. Por su despreocupación hacia las generaciones posteriores. Llenaron el mundo consigo mismos, y gastaron todo.

- ¿Por qué los terrestres construyeron imperios en el cielo? ¿Para escapar de la suciedad de su mundo natal?

- Sí, en parte es eso - repuso Schweiz -. Eran tantos miles de millones de personas... Y todos los que tenían vigor para irse se marcharon. Pero no fue sólo por huir, ¿sabe? Fue un ansia de ver cosas extrañas, un ansia de emprender viajes, un ansia de recomenzar. De crear nuevos y mejores mundos del hombre. Una cadena de Tierras en el firmamento.

- ¿Y los que no se fueron? - pregunté -. ¿Sigue habiendo en la Tierra esos otros miles de millones de personas?

Pensaba en Velada Borthan y en sus escasos cuarenta o cincuenta millones.

- Oh, no, no. Ahora está casi vacía, es un mundo fantasmagórico; ciudades en ruinas, carreteras agrietadas... Ya pocos viven allí. Cada año nacen menos.

- Pero ¿usted nació allí?

- Sí, en el continente llamado Europa. Pero hace casi treinta años que uno no ve la Tierra. Desde que tenía catorce.

- No parece usted tan viejo - comenté.

- Uno calcula el tiempo en años de duración terrestre - explicó Schweiz -. De acuerdo con vuestros cálculos, uno se acerca ahora a la edad de treinta.

- Uno lo mismo - dije -. Y he aquí también a uno que abandonó su país natal antes de llegar a la edad adulta.

Hablaba libremente, mucho más libremente de lo correcto; sin embargo, no podía detenerme. Había hecho hablar a Schweiz, y sentía el impulso de ofrecer algo propio a cambio.

- Que salió de Salla siendo muchacho para buscar fortuna en Glin - agregué -, y al cabo de un tiempo encontró mejor suerte en Manneran... Un vagabundo como usted, Schweiz.

- En tal caso, hay un vínculo entre nosotros.

¿Podía abusar de este vínculo? Le pregunté:

- ¿Por qué abandonó la Tierra?

- Por igual motivo que todos los demás. Para ir donde el aire es limpio y un hombre tiene alguna posibilidad de llegar a ser algo... Los únicos que pasan allí toda su vida son los que no tienen más remedio que quedarse.

- ¡Y ése es el planeta que toda la galaxia venera! - dije extrañado -. ¡El origen de tantos mitos! ¡El planeta con que sueñan los muchachos! El centro del universo..., ¡un grano, un absceso!

- Lo expresa usted muy bien.

- Sin embargo, se le venera.

- ¡Oh, venérenlo, venérenlo! - exclamó Schweiz; los ojos le relucían -. ¡Los cimientos del género humano! ¡El gran originador de la especie! ¿Por qué no venerarlo, su señoría? Veneren los audaces comienzos que allí se hicieron. Veneren las elevadas ambiciones que surgieron de su barro. Y veneren también los terribles errores. La antigua Tierra cometió una equivocación tras otra, y se ahogó en el error, para que ustedes se salvaran de tener que pasar por las mismas hogueras y tormentos. - Schweiz rió ásperamente -. La Tierra murió para redimirlos del pecado a ustedes, los pobladores de las estrellas. ¿Qué le parece eso como idea religiosa? Alrededor de esa idea se podría componer toda una liturgia. Un sacerdocio de la Tierra redentora. - De pronto se inclinó hacia mí, diciendo -: Su señoría, ¿es usted religioso?

Aunque me desconcertó la impetuosa intimidación de la pregunta, no levanté ninguna barrera.

- Desde luego - repuse.

- ¿Va al sagrario, habla con los drenadores, todo eso?

Estaba atrapado; tenía que contestar.

- Sí. ¿Le sorprende eso? - dije.

- De ninguna manera. En Borthan todos parecen ser auténticamente religiosos. Y eso me asombra. Es que uno mismo no es religioso en lo más mínimo, su señoría. Uno lo intenta, lo ha intentado siempre, se ha esforzado tanto por convencerse de que allá arriba hay seres superiores que guían el destino... Y a veces uno casi lo consigue, su señoría, casi cree, se acerca a la fe, pero entonces el escepticismo lo anula todo cada vez. Y uno termina diciendo: no, no es posible, no puede ser, desafía la lógica y el sentido común. ¡La lógica y el sentido común!

- Pero, ¿cómo puede vivir todos sus días sin una proximidad con algo sagrado?

- Uno se arregla bastante bien la mayoría de las veces. La mayoría de las veces.

- ¿Y en las demás ocasiones?

- Es entonces cuando uno siente el impacto de saber que está totalmente solo en el universo. Desnudo bajo los astros, y la luz de las estrellas cae sobre la piel descubierta, abrasándola; un fuego frío, y no hay nadie que le proteja a uno, nadie que ofrezca un escondite, nadie a quien rezar. ¿Se da cuenta? El cielo es hielo, y el suelo es hielo, y el alma es hielo, y ¿quién la calentará? No hay nadie. Uno se ha convencido de que no existe nadie que pueda dar consuelo. Uno quiere algún sistema de creencias, quiere someterse, humillarse y caer de rodillas, gobernado por la metafísica, ¿comprende? ¡Creer, tener fe! Pero no puede. Y es entonces cuando viene el terror. Los secos sollozos. Las noches de insomnio.

Schweiz tenía el rostro encendido y desencajado de excitación; me pregunté si estaría totalmente cuerdo. Inclinandose sobre el escritorio, cerró su mano sobre la mía (un ademán que me azoró, aunque no me aparté) y dijo con voz ronca:

- Su señoría, ¿cree usted en dioses?

- Claro está.

- ¿De un modo literal? ¿Cree que hay un dios de los viajeros, y un dios de los pescadores, y un dios de los agricultores, y uno que vela sobre los septarcas, y...?

- Hay una fuerza que da orden y forma al universo - repuse -. Esta fuerza se manifiesta de diversos modos, y para cerrar la brecha entre nosotros y esa fuerza, consideramos cada una de sus manifestaciones como un «dios», sí, y extendemos nuestras almas hacia esta o aquella manifestación, según lo exijan nuestras necesidades. Aquellos de entre nosotros que carecen de educación aceptan esos dioses literalmente, como si tuvieran caras y personalidades. Otros comprenden que son metáforas de los aspectos de la fuerza divina, y no una tribu de potentes espíritus que viven en las alturas. Pero no hay nadie en Velada Borthan que niegue la existencia de la fuerza misma.

- Uno siente tan ardiente envidia de eso... - dijo Schweiz -. Criarse en una cultura que posee coherencia y estructura, tener tal seguridad de verdades definitivas, sentirse parte de un plan divino..., ¡qué maravilloso debe de ser! Entrar en un sistema de creencias... Casi valdría la pena soportar los grandes defectos de esta sociedad para tener algo así.

- ¿Defectos? - De pronto me encontré a la defensiva -. ¿Qué defectos?

Schweiz entrecerró los ojos y se mojó los labios. Quizá estuviera calculando si lo que se proponía decir me lastimaría o me enojaría.

- Posiblemente «defectos» sea una palabra demasiado fuerte - replicó -. Uno podría decir, en cambio, los límites de esta sociedad, su..., bueno, su estrechez. Uno se refiere ahora a la necesidad de proteger al propio yo de los demás congéneres, eso que ustedes imponen. Los tabúes que impiden referirse al yo, expresarse con franqueza, abrir el alma...

- ¿Acaso uno no abrió su alma ante usted hoy en esta misma habitación?

- ¡Ah, pero ha estado hablando con un extraño, con alguien que no forma parte de su cultura, con alguien de quien sospecha secretamente que tiene tentáculos y colmillos! ¿Sería tan libre con un ciudadano de Manneran?

- Nadie en Manneran habría hecho preguntas como las que usted hizo.

- Es posible. A uno le falta el entrenamiento de los nativos en cuanto a autorrepresión. ¿Quiere decir que esas preguntas acerca de su filosofía religiosa violan su intimidad espiritual? ¿Son ofensivas para usted?

- Uno no tiene objeción en hablar de esas cosas - dije sin mucha convicción.

- Pero es una conversación tabú, ¿verdad? No estábamos utilizando palabras atrevidas, salvo esa vez en que cometí un desliz, pero estábamos abordando ideas atrevidas, estableciendo una relación atrevida. Usted bajó un poco su barrera, ¿eh? Uno se lo agradece. Hace tanto que uno está aquí, años ya, y jamás ha hablado libremente con un hombre de Borthan, ¡ni una sola vez! Hasta que hoy uno intuyó que usted estaba dispuesto a sincerarse un poco. Ésta ha sido una experiencia extraordinaria, su señoría. - Otra vez con su sonrisa de maníaco, Schweiz se movió espasmódicamente por la oficina - . Uno no quiso criticar el modo de vida que tiene aquí - continuó -. A decir verdad, quiso elogiar ciertos aspectos de él, tratando al mismo tiempo de comprender otros.

- ¿Cuáles elogiar, cuáles comprender?

- Comprender el hábito de ustedes de levantar murallas a su alrededor. Elogiar la facilidad con que aceptan la presencia divina. Uno les envidia por eso. Como uno ha dicho, no fue criado en ningún sistema de creencias, y es incapaz de dejarse alcanzar por la fe; tiene siempre la cabeza llena de insidiosas preguntas escépticas. Uno es constitucionalmente incapaz de aceptar lo que no puede ver o sentir, y por eso debe estar siempre solo, y anda por la galaxia buscando la puerta de la creencia, probando esto, probando aquello, pero nunca encuentra... - Schweiz se interrumpió, sonrojado y sudoroso -. Ya ve, pues, - su señoría, que aquí tienen algo valioso, la capacidad de dejarse convertir en parte de un poder mayor. Uno quisiera aprenderlo de ustedes. Por supuesto, es una cuestión de condicionamiento cultural. Borthan todavía conoce a los dioses, la Tierra les ha sobrevivido. En este planeta la civilización es joven. El impulso religioso tarda miles de años en desgastarse.

- Además - dije -, este planeta fue colonizado por hombres de fuertes convicciones religiosas, que vinieron aquí específicamente para preservarlas, y que se esforzaron mucho por infundirlas a sus descendientes.

- También eso. Su Pacto. Sin embargo, eso fue... ¿hace cuánto? ¿Mil quinientos, dos mil años? Todo eso podría haberse derrumbado ya, pero no lo ha hecho. Es más fuerte que nunca. La devoción, la humildad, la autonegación de ustedes...

- Los que no pudieron aceptar y transmitir los ideales de los primeros colonizadores no fueron autorizados a quedarse entre ellos - señalé -. Eso ha tenido su efecto en las pautas culturales, si usted acepta que características tales como la rebeldía y el ateísmo pueden ser eliminados de una raza. Los que aceptaban se quedaron; los que rechazaban se fueron.

- ¿Se refiere usted a los exiliados que se fueron a Sumara Borthan?

- ¿Conoce usted la anécdota?

- Naturalmente. Uno aprende la historia de cualquier planeta al que es asignado... Sumara Borthan, sí. ¿Estuvo alguna vez allí, su señoría?

- Pocos de nosotros visitan ese continente - dije.

- ¿Alguna vez pensó en ir?

- Nunca.

- Hay quienes van - dijo Schweiz, y me miró con una extraña sonrisa.

Iba a interrogarle al respecto, pero en ese momento entró un secretario con una pila de documentos, y Schweiz se levantó de prisa.

- Uno no desea consumir demasiado del valioso tiempo de su señoría... - dijo -. ¿Tal vez podría continuarse esta conversación en otro momento?

- Uno espera tener ese placer - le contesté.

Cuando Schweiz se hubo marchado, estuve largo rato sentado de espaldas a mi escritorio, cerrando los ojos y repasando mentalmente las cosas que acabábamos de decirnos. ¡Cuán fácilmente había esquivado mi guardia! ¡Qué pronto habíamos empezado a hablar de cuestiones íntimas! Es cierto que él no era de nuestro mundo, y por lo tanto con él no me sentía totalmente obligado por nuestras costumbres. Sin embargo, habíamos intimado tanto con tan extraordinaria rapidez... Diez minutos más y yo podría haber sido con él, y él conmigo, tan abierto como un hermano vincular. Quedé azorado y consternado por la facilidad con que yo había abandonado el decoro, por el modo en que él me había conducido astutamente a tanta intimidad.

¿Era todo obra suya? Yo le había mandado buscar, y había sido el primero en hacer las preguntas íntimas. Yo había establecido el tono. Él había intuido a partir de eso alguna inestabilidad en mí y la había aprovechado, dando un giro a la conversación, de modo que yo fuera el interrogado y él el interrogador. Y yo lo había aceptado. Con renuencia, pero al mismo tiempo de buena gana, me había abierto a él. Fui atraído hacia él. y él hacia mí. ¡Schweiz el tentador! ¡Schweiz el que explotaba mis debilidades tanto tiempo ocultas hasta para mí mismo! ¿Cómo podía haber sabido que estaba preparado para abrirme?

Su voz rápida y aflautada parecía resonar todavía en la habitación. Preguntando. Preguntando. Preguntando. Y después revelando. ¿Es usted religioso? ¿Cree en dioses literales? ¡Ojalá pudiese hallar fe! Cómo les envidio. Pero los defectos de su mundo... La autonegación. ¿Sería usted igualmente libre con un ciudadano de Manneran? Hábleme, su señoría. Ábrase a mí. Hace tanto que estoy solo aquí...

¿Cómo pudo haberlo sabido, cuando yo mismo no lo sabía?

Había nacido una extraña amistad. Invité a Schweiz a cenar conmigo en casa. Comimos y charlamos, y corrió el vino azul de Salla, y el vino dorado de Manneran, y cuando estuvimos bien engrasados, discutimos una vez más de religión, de las dificultades de Schweiz con la fe, de mis convicciones respecto a que los dioses eran reales. Vino Halum y se quedó con nosotros una hora, y más tarde me hizo un comentario acerca del poder que tenía Schweiz para hacer soltar las lenguas.

- Parecía más ebrio que nunca, Kinnall - dijo -. Y sin embargo, sólo habíais compartido tres botellas de vino, así que debe de haber sido otra cosa lo que te ponía tan brillantes los ojos y te hacía tan fácil hablar.

Me reí y le dije que cuando estaba con el terrestre me atolondraba; me resultaba difícil atenerme a las costumbres con él.

En nuestro siguiente encuentro, en una taberna junto a la Magistratura, Schweiz dijo:

- Usted ama a su hermana vincular, ¿eh?

- Claro que uno ama a su hermana vincular.

- Pero lo que uno quiere decir es que usted la ama - insistió con una risita intencionada. Tenso, me aparté.

- ¿Estaba uno pues tan completamente ebrio la otra noche? ¿Qué le dijo uno sobre ella?

- Nada - replicó -. Todo se lo dijo usted a ella. Con la mirada, con la sonrisa. Y sin cambiar palabra.

- ¿Podemos hablar de otra cosa?

- Si su señoría lo desea...

- Éste es un tema doloroso.

- Perdón entonces, su señoría. Uno sólo quiso confirmar su presunción.

- Tal amor está prohibido entre nosotros.

- Lo cual no quiere decir que no exista a veces, ¿eh? - preguntó Schweiz, e hizo tintinear su copa contra la mía.

En ese momento decidí no volver a reunirme con él nunca más. Miraba demasiado a lo hondo, y hablaba con demasiada libertad de lo que veía. Pero cuatro días más tarde, al

encontrarme con él en un embarcadero, le invité a cenar por segunda vez. A Loimel le disgustó la invitación. Halum se negó a venir, aduciendo otra invitación; cuando la apremié dijo que Schweiz la ponía incómoda. Pero Noim estaba en Manneran y compartió nuestra mesa. Todos bebimos poco, y la conversación fue formal e impersonal hasta que, sin un cambio perceptible de tono, nos encontramos relatando a Schweiz mi huida de Salla por temor a los celos de mi hermano, y Schweiz nos contó su partida de la Tierra; esa noche, cuando el terrestre se marchó, Noim me dijo, no con total desaprobación:

- En ese hombre hay demonios, Kinnall.

30

- Ese tabú respecto de la autoexpresión... - me dijo Schweiz en otra ocasión, estando juntos -. ¿Puede explicarlo, su señoría?

- ¿Se refiere a la prohibición de decir «yo» y «mí»?

- No tanto eso como la pauta de pensamiento que los hace negar que hay cosas tales como «yo» y «mí» - repuso -. El mandamiento según el cual deben guardarse los asuntos privados en todo momento, salvo con parientes vinculares y drenadores. La costumbre de levantar muros alrededor de uno mismo, que afecta incluso a su gramática.

- ¿Quiere decir el Pacto?

- El Pacto - asintió Schweiz.

- ¿Dice usted conocer nuestra historia?

- Gran parte.

- ¿Sabe que nuestros antepasados eran gente severa, que venía de un clima norteño, habituada a las penurias, que desconfiaba del lujo y la comodidad, y vino a Borthan para evitar lo que consideraba la contagiosa decadencia de su mundo natal?

- ¿Fue así? Uno creía que tan sólo se trataba de refugiados de la persecución religiosa.

- Refugiados de la pereza y la autoindulgencia - dije -. Y al venir aquí, establecieron un código de conducta para proteger a los hijos de sus hijos contra la corrupción.

- El Pacto.

- El Pacto, sí. El juramento que cada uno de ellos hizo a los demás, el juramento que cada uno de nosotros hace a todos sus semejantes en su Día de la Elección del Nombre. Cuando juramos no imponer jamás nuestro desorden a otro, cuando prometemos tener fuerza de voluntad y firmeza de espíritu, para que los dioses nos sigan sonriendo. Etcétera, etcétera. Se nos entrena para abominar del demonio que es el yo.

- ¿Demonio?

- Así lo vemos. Un demonio tentador, que nos incita a usar a los demás en vez de confiar en las propias fuerzas.

- Donde no hay amor por uno mismo, no hay amistad ni comunidad - dijo Schweiz.

- Tal vez.

- Y por lo tanto, no hay confianza.

- Especificamos áreas de responsabilidad por contrato - dije -. Donde rige la ley, no hace falta conocer el alma de otros. Y en Velada Borthan nadie cuestiona el imperio de la ley.

- Dice usted que abominan del yo - dijo Schweiz -. En cambio parecen glorificarlo.

- ¿De qué manera?

- Viviendo apartados unos de otros, cada uno en el castillo de su cráneo. Orgullosos. Inflexibles. Distantes. ¡El reinado del yo, por cierto, y no su abominación!

- Plantea singularmente las cosas. Invierte nuestras costumbres y cree hablar sabiamente.

- ¿Siempre ha sido así, desde los comienzos de la colonización de Velada Borthan? - inquirió Schweiz.

- Sí - repuse -. Salvo entre esos descontentos que usted sabe, esos que huyeron al continente sur. Los demás acatamos el Pacto. Y nuestras costumbres se endurecieron; así, no podemos hablar de nosotros mismos en primera persona del singular, ya que eso es mostrar el yo en carne viva, pero en épocas medievales se podía hacer. Por otra parte, algunas cosas se suavizaron. Antes nos cuidábamos incluso de dar nuestros nombres a desconocidos. Nos hablábamos sólo cuando era absolutamente necesario. En la actualidad mostramos más confianza.

- Pero no mucha.

- Pero no mucha - admití.

- ¿Y eso no les produce dolor? ¿Cada hombre cerrado a todos los demás? ¿Nunca se dicen que debe de haber un modo de vida más feliz para los humanos?

- Acatamos el Pacto.

- ¿Con facilidad o con dificultad?

- Con facilidad - repuse -. El dolor no es tan grande, si considera que tenemos parientes vinculares, con quienes estamos exentos de la regla de autonegación. Y lo mismo con nuestros drenadores.

- Pero ante otros no pueden quejarse, no pueden aliviar un alma apenada, no pueden buscar consejo, no pueden revelar sus deseos y necesidades, no pueden hablar de sueños, fantasías y romances, no pueden hablar de nada sino de cosas frías, impersonales. - Schweiz se estremeció -. Discúlpeme, su señoría, pero a uno esa forma de vivir le resulta dura. Uno ha buscado constantemente afecto, amor y contacto humano, comunión, apertura, y este mundo parece elevar lo contrario de lo que uno más aprecia.

- ¿Ha tenido mucha suerte en encontrar afecto, amor y contacto humano?

Schweiz se encogió de hombros.

- No siempre ha sido fácil.

- Para nosotros nunca hay soledad, ya que tenemos parientes vinculares. Con Halum, con Noim, con personas como ellos para ofrecer consuelo, ¿qué falta le hace a uno un mundo de extraños?

- ¿Y si sus parientes vinculares no están a mano? ¿Si uno anda errante lejos de ellos, por ejemplo en las nieves de Glin?

- Entonces uno sufre. Y el carácter se fortalece. Pero ésa es una situación excepcional. Quizá nuestro sistema nos obligue al aislamiento, Schweiz, pero también nos garantiza amor.

- Pero no el amor del marido hacia la mujer. No el amor del padre hacia el hijo.

- Tal vez no.

- Y hasta el amor de un pariente vincular es limitado... Porque usted mismo ha admitido sentir un anhelo imposible por su hermana vincular Halum...

Le interrumpí, diciéndole con vehemencia:

- ¡Hable de otras cosas!

El color me encendió las mejillas; sentí una hoguera en la piel.

Schweiz asintió con la cabeza y sonrió azorado.

- Perdón, su señoría. La conversación se ha hecho demasiado intensa; ha habido pérdida de control, pero no intención de ofender.

- Está bien.

- La referencia ha sido demasiado personal. Uno se avergüenza.

- Usted no quiso ofender - dije, sintiéndome culpable por mi estallido, sabiendo que Schweiz me había tocado un punto vulnerable y que yo había reaccionado a la punzada de la verdad.

Serví más vino y bebimos un rato en silencio. Luego Schweiz dijo:

- ¿Puede uno proponer algo, su señoría? ¿Puede uno invitarle a participar en un experimento que acaso resulte interesante y valioso para usted?

- Siga - respondí, ceñudo e inquieto.

- Usted sabe que desde hace mucho uno se siente incómodamente consciente de su situación solitaria en el universo, y que ha buscado sin éxito algún medio de comprender su relación con dicho universo. Para ustedes el método reside en la fe religiosa; pero uno no ha logrado alcanzar esa fe debido a su desdichada compulsión hacia el racionalismo total. Uno no puede llegar a esa sensación más vasta de pertenecer solamente con palabras, solamente con oraciones, solamente con ritual. Esto es posible para ustedes, y uno les envidia. Uno se encuentra atrapado, aislado, encerrado dentro de su cráneo, condenado a la soledad metafísica: un hombre aparte, un hombre librado a sí mismo. Esta situación de descreimiento no le resulta agradable ni deseable. Ustedes, los de Borthan, pueden tolerar el tipo de aislamiento emocional que se imponen ya que tienen los consuelos de su religión, tienen drenadores, y esas fusiones místicas con los dioses que el acto del drenaje les proporciona; pero quien ahora habla con usted no goza de esas ventajas.

- Todo eso lo hemos discutido muchas veces - dije -. Usted ha hablado de una propuesta, un experimento.

- Tenga paciencia, su señoría. Uno debe explicarse plenamente, paso a paso.

Schweiz me lanzó su más cautivadora sonrisa, y me clavó una mirada que relucía de planes visionarios. Sus manos recorrieron el aire expresivamente, conjurando un drama invisible mientras decía:

- Tal vez su señoría sepa que hay ciertas sustancias químicas..., drogas, sí, llámelas drogas. que permiten lograr una apertura hacia el infinito, o por lo menos tener la ilusión de que se ha logrado esa apertura..., alcanzar un fugaz atisbo de los ámbitos místicos de lo intangible. Esas drogas se conocen desde hace miles de años, eran usadas antes de que los terrestres viajasen a las estrellas. Se utilizaban en antiguos ritos religiosos. Otros se servían de ellas como un sustituto de la religión, como un medio secular para encontrar la fe, la vía hacia el infinito para personas como ésta, que no puede llegar de ninguna otra manera.

- Tales drogas están prohibidas en Velada Borthan - observé.

- ¡Por supuesto, por supuesto! Para ustedes suponen un medio de eludir los procesos de la religión formal. ¿Para qué perder tiempo con un drenador si pueden expandir su alma con una píldora? Su ley es sabia a este respecto. Su Pacto no podría sobrevivir si permitieran aquí el uso de esas sustancias químicas.

- Su propuesta, Schweiz - le apremié.

- Antes uno debe contarle que él mismo ha usado esas drogas y no le han resultado enteramente satisfactorias. Es cierto que abren el infinito. Es cierto que permiten fundirse con la Divinidad. Pero sólo por unos instantes; unas pocas horas a lo sumo. Y al final de todo, uno queda tan solo como antes. Es la ilusión de la apertura del alma, no la apertura misma. En cambio, este planeta produce una droga que puede proporcionar la experiencia auténtica.

- ¿Qué?

- En Sumara Borthan moran aquellos que huyeron del dominio del Pacto. Uno tiene entendido que son salvajes que van desnudos y se alimentan de raíces, semillas y peces; han perdido el manto de la civilización y recaído en la barbarie. Esto supo uno por un viajero que había visitado este continente no hace mucho. Supo también que en Sumara Borthan usan una droga hecha con cierta raíz pulverizada, que tiene la facultad de abrir una mente a otra, de modo que cada uno puede leer los más recónditos pensamientos del otro. Es todo lo contrario de su Pacto, ¿se da cuenta? Se conocen uno al otro del alma hacia afuera, mediante esa droga que comen.

- Uno ha oído hablar del salvajismo de esa gente - dije.

Schweiz acercó su rostro al mío.

- Uno se confiesa tentado por la droga sumarana. Tiene la esperanza de que, si alguna vez logra entrar en otra mente, pueda encontrar esa comunidad del alma que busca

desde hace tanto tiempo. Podría ser el puente hacia el infinito que busca, la transformación espiritual. En busca de revelaciones, uno ha probado muchas sustancias. ¿Por qué no ésta?

- Si existe.

- Existe, su señoría. Ese viajero que llegó de Sumara Borthan trajo un poco de ella consigo a Manneran, y vendió una parte al terrestre curioso. - Sacó de un bolsillo un sobrecito brillante y me lo ofreció; contenía una pequeña cantidad de algún polvo blanco que podía haber sido azúcar -. Aquí está - dijo.

Miré aquello como si Schweiz hubiera sacado un frasco de veneno.

- ¿Cuál es su propuesta? - pregunté -. ¿Cuál es su experimento, Schweiz?

- Compartamos la droga sumarana - contestó.

31

Pude haberle hecho caer el polvo de la mano y ordenado su arresto. Pude haberle exigido que se alejase de mí y no volviese a acercarse nunca más. Por lo menos pude haber exclamado que era imposible que yo tocara alguna vez semejante sustancia. Pero no hice nada de eso. Decidí en cambio ser fríamente intelectual, mostrar una curiosidad indiferente, conservar la calma y utilizar juegos verbales con él. Así, le alenté a que me llevase un poco más adentro de la ciénaga.

- ¿Cree que uno ansía tanto contravenir el Pacto? - pregunté.

- Uno cree que usted es un hombre de firme voluntad y mente inquisitiva, que no querría perder una oportunidad de esclarecerse.

- ¿Esclarecerse ilegalmente?

- Todo esclarecimiento auténtico es ilegal al principio, dentro de su contexto. Hasta la religión del Pacto: ¿acaso sus antepasados no fueron expulsados de otros mundos por practicarla?

- Uno desconfía de tales analogías. Ahora no hablamos de religión. Hablamos de una droga peligrosa. Usted pide a uno que renuncie a toda la preparación de su vida, y se abra a usted como nunca lo ha hecho ni siquiera con un pariente vincular, ni siquiera con un drenador.

- Sí.

- ¿E imagina que uno podría estar dispuesto a hacerlo?

- Uno imagina que acaso usted saliera transformado y depurado, si se decidiera a probar - dijo Schweiz.

- Uno también podría salir marcado y deformado.

- Es dudoso. El saber nunca lastima el alma. Solamente elimina aquello que está incrustado en ella y la consume.

- ¡Qué locuaz es usted, Schweiz! Sin embargo, mire: ¿puede creer que sería posible entregar los secretos íntimos de uno a un desconocido, a un extranjero, a uno de otro mundo?

- ¿Por qué no? Mejor a un desconocido que a un amigo. Mejor a un terrestre que a un conciudadano. No tendría nada que temer: el terrestre jamás trataría de juzgarle según los cánones de Borthan. No habría críticas ni desaprobaciones de lo que usted tenga dentro del cráneo. Y en un año o dos el terrestre abandonará este planeta en un viaje de cientos de años luz, y ¿qué importará entonces que una vez su mente se haya fundido con la de él?

- ¿Por qué anhela tanto que esa fusión se cumpla?

- Hace ocho lunas que uno tiene esta droga en el bolsillo, mientras busca alguien con quien compartirla. Parecía que la búsqueda iba a ser vana. Entonces uno le conoció a usted y vio su potencial, su fuerza, su rebeldía oculta...

- Uno no advierte ninguna rebeldía, Schweiz. Uno acepta totalmente su mundo.

- ¿Puede uno suscitar la delicada cuestión de su actitud hacia su hermana vincular? Eso parece un síntoma de un descontento fundamental hacia las restricciones de su sociedad.

- Tal vez. Tal vez no.

- Se conocería mejor después de probar la droga sumarana. Tendría menos «tal vez» y más certezas.

- ¿Cómo puede decir eso, si usted mismo no ha tomado la droga?

- Me parece, simplemente.

- Es imposible - dije.

- Un experimento. Un pacto secreto. Nadie se enteraría jamás.

- Imposible.

- ¿Acaso teme compartir su alma?

- A uno se le enseña que esa comunión es impía.

- La enseñanza puede ser errónea - dijo -. ¿Nunca sintió la tentación? ¿Alguna vez saboreó tal éxtasis en un drenaje que deseó poder experimentar lo mismo con alguien a quien amara, su señoría?

Volvía a tocarme en un sitio vulnerable.

- Ocasionalmente uno ha sentido eso - admití -. Sentado frente a algún feo drenador, e imaginando que era en cambio Noim, o Halum, y el drenaje era un flujo recíproco...

- ¡Entonces ya ansía esta droga sin darse cuenta!

- No. No.

- Acaso le espanta la idea de abrirse a un desconocido, y no el concepto mismo de abrirse - sugirió Schweiz -. Quizá tomaría esta droga con otro que no fuera el terrestre, ¿eh? ¿Con su hermano vincular? ¿Con su hermana vincular?

Pensé en eso. Sentarme junto a Noim, que para mí era como un segundo yo, y llegar a su mente a niveles que nunca había conocido, y él llegar a la mía. O junto a Halum..., o junto a Halum...

¡Cómo me tentaba Schweiz!

Me dejó pensar un poco y luego dijo:

- ¿Le complace la idea? Tome entonces. Uno renunciará a su oportunidad de usar la droga. Llévseela, úsela, compártala con alguien a quien ame.

Me puso el sobre en la mano. Me asustó; lo dejé caer sobre la mesa como si quemara.

- Pero eso le privaría a usted de su anhelada realización - dije.

- No importa. Uno puede conseguir más droga. Uno quizá pueda encontrar otro socio para el experimento. Mientras tanto, usted, su señoría, habrá conocido el éxtasis. Hasta un terrestre puede ser altruista. Tómela, su señoría. Tómela.

Le miré con dureza.

- ¿Es posible, Schweiz, que sólo fingiera cuando habló de tomar usted mismo la droga? ¿Que en realidad buscaba a alguien que se ofreciera como sujeto experimental, para así estar seguro de que la droga es inofensiva antes de arriesgarse a tomarla?

- Me interpreta mal, su señoría.

- Tal vez no. Tal vez era eso lo que buscaba. - Me vi administrando la droga a Noim, le vi caer presa de convulsiones ante mis ojos mientras yo me disponía a llevarme a los labios mi propia dosis. Empujé el sobre de vuelta hacia Schweiz -. No. Se rechaza la oferta. Uno aprecia su generosidad, pero no experimentará sobre sus seres queridos, Schweiz.

La cara del terrestre enrojeció.

- Esa deducción es injusta, su señoría. El ofrecimiento de renunciar a la parte propia de la droga fue hecho de buena fe, y en no poco perjuicio de los planes de uno. Pero ya que la rechaza, volvamos a la propuesta inicial. Los dos probaremos la droga, en secreto. Descubramos juntos cuáles pueden ser sus

poderes y qué puertas puede abrimos. Uno está seguro de que en esta aventura tendríamos mucho que ganar.

- Uno ve lo que usted podría ganar - admití -. Pero ¿qué sentido tiene para...?

- ¿Para usted? - Schweiz rió suavemente; entonces me echó el anzuelo -. Haciendo este experimento, su señoría, usted comprobaría que la droga es inofensiva; descubriría la dosificación adecuada, perdería el temor a la apertura misma de la mente. Y luego, obtenida otra provisión de la droga, estaría convenientemente preparado para usarla con un fin del cual ahora le apartan sus temores. Tomaría la droga junto con la única persona a quien realmente ama. Podría utilizarla para abrir su mente ante su hermana vincular Halum, y para abrir la de ella ante usted.

32

A los niños que estudian el Pacto se les cuenta una historia referente a los días en que los dioses no habían dejado aún de andar por el mundo en forma humana, y los primeros hombres no habían llegado todavía a Borthan. En esa época los dioses ignoraban que eran divinos, ya que no tenían cerca mortales con quienes compararse, y por eso eran seres inocentes, que desconocían sus poderes y vivían de modo sencillo. Habitaban Manneran (aquí se origina la pretensión de santidad superior de Manneran, en la leyenda de que una vez fue el hogar de los dioses) y comían bayas y hojas, y andaban sin ropas, salvo en el suave invierno mannerangués, cuando se echaban mantones de cuero animal sueltos sobre los hombros. Y no había en ellos nada de divino.

Un día, dos de estos nada divinos dioses decidieron salir a ver algo del mundo. El primero que propuso la idea de hacer ese viaje fue el dios cuyo nombre secreto es Kinnall, ahora el dios que vela sobre los caminantes. (Sí, aquel cuyo nombre me fue dado.) Kinnall invitó a ir con él a la diosa Thirga, cuya responsabilidad es ahora proteger a los enamorados. Thirga compartía el desasosiego de Kinnall, y partieron.

Desde Manneran fueron hacia el oeste, siguiendo la costa sur, hasta que llegaron a orillas del golfo de Sumar. Después se dirigieron hacia el norte, y cruzando la Quebrada de Stroin llegaron al sitio exacto en que terminan las Montañas de Huishtor. Entraron en las Tierras Bajas Húmedas, que encontraron menos de su gusto, y finalmente se aventuraron en las Tierras Bajas Heladas, donde creyeron perecer de frío. Entonces fueron de nuevo hacia el sur, y esta vez caminaron también hacia el oeste, y no tardaron en hallarse contemplando las laderas internas de las Montañas de Threishtor. No parecían tener modo de atravesar esta imponente cordillera. Siguieron las colinas orientales hacia el sur, pero no pudieron salir de las Tierras Bajas Abrasadas, y sufrieron grandes penurias hasta que al fin tropezaron con la Puerta de Threish, y por ese difícil desfiladero consiguieron llegar hasta la fresca y brumosa provincia de Threish.

En el primer día en Threish, los dos dioses descubrieron en una ladera un sitio donde brotaba un manantial. La abertura en la ladera tenía nueve lados, y alrededor del hueco la roca brillaba tanto que deslumbraba la vista, pues lanzaba ondas e iridiscencias, y resplandecía con muchos colores que latían y cambiaban constantemente, rojo y verde y violeta y marfil y turquesa y muchos más. Y el agua que brotaba era de la misma índole resplandeciente, y en ella estaban todos los colores que uno había visto. El chorro manaba una corta distancia, pues inmediatamente se perdía en las aguas de un arroyo mucho mayor, en el cual desaparecían todos los maravillosos colores.

Dijo Kinnall:

- Hemos errado mucho tiempo por las Tierras Bajas Abrasadas, y tenemos la garganta seca de sed. ¿Bebemos?

Y Thirga dijo:

- Sí, bebamos.

Y se arrodilló junto a la abertura en la ladera. Ahuecó las manos y las llenó con el agua reluciente, y la llevó a la boca, y Kinnall bebió también, y tan dulce era el sabor del agua que metieron las caras en la corriente del manantial, tragando todo lo que podían.

Al hacerlo experimentaron extrañas sensaciones en sus cuerpos y mentes. Mirando a Thirga, Kinnall advirtió que podía verle los pensamientos dentro del alma, y eran pensamientos de amor hacia él. Y ella miró a Kinnall y le vio también los pensamientos.

- Ahora somos distintos - dijo Kinnall, y ni siquiera necesitó palabras para comunicar lo que quería decir, pues Thirga lo entendió en cuanto ese pensamiento tomó forma.

Y Thirga respondió:

- No, no somos distintos; simplemente podemos comprender el uso de los dones que siempre tuvimos.

Y era cierto. Porque tenían muchos dones, y nunca los habían usado hasta entonces. Podían elevarse en el aire y viajar como pájaros; podían modificar la forma de sus cuerpos; podían caminar por las Tierras Bajas Abrasadas o las Tierras Bajas Heladas sin sentirse incómodos; podían vivir sin alimentarse; podían detener el envejecimiento de su carne y rejuvenecer tanto como quisieran; podían hablar sin decir palabras. Todas esas cosas las podrían haber hecho antes de llegar al manantial, pero no habían sabido cómo, y ahora eran capaces de utilizar las habilidades con las que habían nacido. Bebiendo el agua del manantial luminoso habían aprendido a ser dioses.

Pese a todo, aún ignoraban que eran dioses.

Al cabo de algún tiempo recordaron a los demás que vivían en Manneran, y volaron de regreso para contarles lo del manantial. El viaje les llevó apenas un instante. Todos los amigos les rodearon cuando Kinnall y Thirga hablaron del milagro del manantial y demostraron los poderes que ahora dominaban. Cuando concluyeron, todos los de Manneran resolvieron ir al manantial, y partieron en una larga procesión a través de la Quebrada de Stroin y las Tierras Bajas Húmedas, y subiendo las laderas orientales de las Threishor hasta la Puerta de Threish. Kinnall y Thirga volaban sobre ellos, guiándoles día tras día. Por fin llegaron al sitio del manantial, y uno por uno bebieron de él y se volvieron como dioses. Después se dispersaron, volviendo algunos a Manneran, yendo otros a Salla, otros llegando incluso a Sumara Borthan o a los lejanos continentes de Umbis, Dabis y Tibis, ya que, ahora que eran dioses, la velocidad con que se trasladaban no tenía límites, y deseaban ver aquellos extraños lugares. Pero Kinnall y Thirga se establecieron junto al manantial, en Threish oriental, y les bastaba con explorar cada uno el alma del otro.

Muchos años pasaron, y entonces la astronave de nuestros antepasados descendió en Threish, cerca de la costa oeste. Por fin los hombres habían llegado a Borthan. Construyeron un pequeño poblado y se dieron a la tarea de reunir alimentos. Un tal Digant, que era uno de estos colonizadores, se aventuró en lo profundo del bosque en busca de animales comestibles, y se perdió, y anduvo errante hasta que finalmente llegó al sitio donde vivían Kinnall y Thirga. Nunca había visto antes a nadie como ellos, ni ellos a nadie como él.

- ¿Qué clase de seres son ustedes? - preguntó.

Kinnall respondió:

- Antes éramos muy comunes, pero ahora nos va bastante bien, pues nunca envejecemos y podemos volar más rápido que cualquier pájaro, y nuestras almas están mutuamente abiertas, y podemos adoptar cualquier forma que deseemos.

- ¡Pero entonces son dioses! - exclamó Digant.

- ¿Dioses? ¿Qué son dioses?

Y Digant explicó que él era un hombre, y no tenía poderes como los de ellos, porque los hombres tienen que utilizar palabras para hablar, y no pueden volar ni cambiar de forma, y envejecen con cada vuelta del mundo alrededor del sol, hasta que llega el momento de morir. Kinnall y Thirga escucharon con atención, comparándose con Digant,

y cuando éste hubo terminado de hablar sabían que era verdad; que él era un hombre y ellos dioses.

- Antes nosotros también éramos casi como hombres - admitió Thirga -. Sentíamos hambre y envejecíamos y hablábamos solamente por medio de palabras, y teníamos que poner un pie delante de otro para ir de un sitio a otro sitio. Vivíamos como hombres por ignorancia, pues desconocíamos nuestros poderes. Pero después las cosas cambiaron.

- ¿Y qué las cambió? - preguntó Digant.

- Pues bebimos de ese manantial resplandeciente - repuso Kinnall en su inocencia -, y el agua nos abrió los ojos para nuestros poderes y nos permitió volvernos como dioses. Eso fue todo.

Entonces el alma de Digant vibró de entusiasmo, porque se dijo que también él podía beber del manantial, y así sería un dios como aquella pareja. Después, cuando volviera a la costa junto a los colonizadores, no hablaría del manantial, y ellos le adorarían como a su dios viviente, y le tratarían con reverencia, o él les destruiría. Pero Digant no se atrevió a pedir a Kinnall y Thirga que le permitieran beber del manantial, pues temía que se lo negaran, celosos de su divinidad. Por eso urdió un plan para alejarlos de aquel lugar.

- ¿Es verdad que pueden viajar tan rápido que son capaces de visitar todas las partes de este mundo en un solo día? - les preguntó.

Kinnall le aseguró que era verdad.

- Parece difícil de creer - dijo Digant.

- Te lo probaremos - dijo Thirga.

Y con su mano tocó la de Kinnall, y los dos dioses se elevaron en el aire. Llegaron hasta el pico más alto de las Threishor y allí recogieron flores de nieve; bajaron a las Tierras Bajas Abrasadas y tomaron un puñado de tierra roja; en las Tierras Bajas Húmedas cogieron hierbas; junto al golfo de Sumar sacaron un poco de licor de un árbol de carne; en las costas del golfo Polar extrajeron una muestra de hielo eterno. Después saltaron sobre la cima del mundo hasta la helada Tibis, e iniciaron un viaje por los lejanos continentes, para poder llevar al suspicaz Digant algo de cada parte del mundo.

En cuanto Kinnall y Thirga partieron en esta empresa, Digant corrió al manantial de los milagros. Allí vaciló brevemente, temiendo que los dioses regresaran de pronto y le fulminaran por su audacia; pero no aparecieron, y Digant hundió la cara en la corriente y bebió en abundancia, pensando: Ahora yo también seré como un dios. Se llenó el vientre con el agua brillante, y se tambaleó y se mareó, y cayó al suelo. ¿Será ésta la sensación de ser dios?, se preguntó. Intentó cambiar de forma y no pudo. Intentó rejuvenecer y no pudo. Fracásó en todo esto porque en principio había sido un hombre, y no un dios, y el manantial no podía convertir a un hombre en dios; sólo podía ayudar a que un dios advirtiera todos sus poderes.

Pero el manantial concedió un don a Digant. Le permitió llegar a las mentes de los demás hombres que se habían establecido en Threish. Mientras yacía en tierra, aturdido por el engaño, oyó un ruido pequeño y cosquilleante en el centro de la mente, y prestó atención y se dio cuenta de que estaba escuchando las mentes de sus amigos. Y halló la manera de amplificar el sonido para poder oír todo con claridad: sí, aquélla era la mente de su mujer, aquella otra la mente de su hermana, y luego la del marido de su hermana. Digant pudo mirar dentro de cualquiera de esas mentes y de cualquier otra, y leer los pensamientos más recónditos. Esto es divinidad, se dijo. Y sondeó las mentes con intensidad, sacando a la luz todos los secretos. Aumentó constantemente el alcance del poder hasta que todas las mentes quedaron conectadas al mismo tiempo con la suya. Extrajo de ellas las intimidades de cada alma hasta que, embriagado con el nuevo poder, hinchado de orgullo por su divinidad, envió a todas esas mentes un mensaje desde la suya, diciendo: «OÍD LA VOZ DE DIGANT. ES DIGANT EL DIOS A QUIEN ADORARÉIS».

Cuando esta terrible voz les irrumpió en las mentes, muchos de los colonizadores de Threish cayeron muertos de la impresión y otros perdieron la cordura, y otros corrieron de un lado a otro enloquecidos de terror, gritando: «¡Digant ha invadido nuestras mentes! ¡Digant ha invadido nuestras mentes!».

Y las ondas de miedo y dolor que salían de ellos eran tan intensas que el mismo Digant sufrió mucho, cayendo presa de una parálisis y un estupor, aunque su mente aturdida seguía bramando

«OÍD LA VOZ DE DIGANT. ES DIGANT EL DIOS A QUIEN ADORARÉIS». Cada vez que emitía ese grito, morían más colonizadores y más perdían la razón, y Digant, respondiendo a los tumultos mentales que él había causado, se retorció y sacudía de dolor, totalmente incapaz de controlar los poderes de su cerebro.

Cuando esto ocurrió, Kinnall y Thirga estaban en Dabis, sacando de un pantano una lombriz tricéfala para mostrársela a Digant. Los alaridos de la mente de Digant dieron la vuelta al mundo, y llegaron incluso hasta Dabis, y al oír estos sonidos Kinnall y Thirga abandonaron lo que estaban haciendo y regresaron de prisa a Threish. Encontraron a Digant al borde de la muerte, con el cerebro casi abrasado, y encontraron a los colonizadores de Threish muertos o locos; y de inmediato comprendieron cómo había ocurrido aquello. Rápidamente pusieron fin a la vida de Digant, para que hubiera silencio en Threish. Luego fueron junto a las víctimas del pseudodios, y revivieron a todos los muertos y curaron a todos los heridos.

Por último, cerraron la abertura en la ladera con un sello indestructible, pues quedó claro para ellos que de ese manantial no podían beber los hombres, sino sólo los dioses, y todos los dioses ya habían abrevado en él. Las gentes de Threish cayeron de rodillas ante esos dos, y preguntaron reverentes:

- ¿Quiénes son ustedes?

Thirga replicó:

- Somos dioses, y ustedes son sólo hombres.

Y aquél fue el comienzo del fin de la inocencia de los dioses. Y desde entonces quedó prohibido entre los hombres buscar modos de hablarse de mente a mente, debido al daño que Digant había hecho, y en el Pacto quedó escrito que se debe mantener el alma de uno aparte de las almas de los demás, ya que solamente los dioses pueden mezclar sus almas sin destruirse unos a otros, y no somos dioses.

33

Por supuesto, encontré muchas razones para postergar el uso de la droga junto con Schweiz. Primero, el Gran Juez Kalimol partió en una cacería, y dije a Schweiz que las redobladas presiones de mi trabajo en ausencia de aquél me hacían imposible emprender entonces el experimento. Volvió Kalimol; Halum cayó enferma; usé como excusa siguiente mi preocupación por ella. Halum se recobró; Noim nos invitó a Loimel y a mí a pasar unas vacaciones en su casa de campo en Salla Sur. Regresamos a Salla; estalló la guerra entre Salla y Glin, creando complejos problemas marítimos para mí en la Magistratura. Y así pasaban las semanas. Schweiz se impacientó: ¿Pensaba yo tomar la droga alguna vez? No podía responderle. Realmente no lo sabía. Tenía miedo. Pero siempre ardía en mí la tentación que él había sembrado allí. Extender la mano como un dios y entrar en el alma de Halum...

Fui a la Capilla de Piedra, esperé hasta que Jidd pudiera recibirme y me hice drenar. Pero oculté a Jidd toda mención de Schweiz y su droga, temiendo revelar que jugaba con tan peligrosos entretenimientos. Por consiguiente, el drenaje fue un fracaso, ya que no había abierto plenamente mi alma al drenador, y salí de la Capilla de Piedra tenso y entristecido, con el espíritu congestionado. Ahora veía con claridad que inevitablemente debía ceder ante Schweiz; que lo que él ofrecía era una prueba por la cual debía pasar,

ya que no era posible eludirla. Él me había descubierto. Bajo mi devoción, yo era un traidor potencial al Pacto. Fui a verle.

- Hoy - le dije -. Ahora.

34

Necesitábamos soledad. La Magistratura del Puerto mantiene una residencia campestre en las colinas, dos horas al noroeste de la ciudad de Manneran, donde se agasaja a dignatarios de visita y se negocian tratados comerciales. Sabiendo que esta residencia no era utilizada en ese momento, la reservé para mí por un lapso de tres días. A mediodía pasé en busca de Schweiz en un coche de la Magistratura y salí rápidamente de la ciudad. Había tres criados de servicio en la residencia: un cocinero, una camarera, un jardinero. Les advertí que tendrían lugar discusiones delicadísimas, de modo que no debían causar interrupciones ni provocar distracciones por ningún motivo. Después, Schweiz y yo nos encerramos en las habitaciones interiores.

- Sería mejor no comer nada esta noche - dijo él -. También recomiendan que el cuerpo esté absolutamente limpio.

La residencia campestre tenía un excelente baño de vapor. Nos frotamos vigorosamente, y al salir nos cubrimos con mantos de seda sueltos y cómodos. Los ojos de Schweiz habían cobrado ese resplandor vidrioso que los cubría en momentos de suma excitación. Yo me sentía asustado e inquieto, y empezaba a pensar que sufriría algún perjuicio terrible por aquella noche. En ese momento me veía como alguien que está a punto de someterse a una intervención quirúrgica de la cual tiene pocas probabilidades de recuperarse. Mi estado de ánimo era de hosca resignación: estaba dispuesto, estaba allí, estaba ansioso por zambullirme y terminar de una vez.

- Su última oportunidad - dijo Schweiz con una amplia sonrisa -. Todavía puede echarse atrás.

- No.

- Pero, ¿comprende que hay riesgos? Somos igualmente inexpertos con esta droga. Hay peligros.

- Entiendo - dije.

- ¿Entendido también que participa en esto voluntariamente y sin coerción alguna?

- ¿Por qué esta demora, Schweiz? - dije -. Saque su poción.

- Uno quiere asegurarse de que su señoría está plenamente dispuesto a afrontar cualquier consecuencia.

En tono de pesado sarcasmo, le dije:

- Tal vez debería haber un contrato adecuado entre nosotros, liberándole de toda responsabilidad por si más tarde uno quiere presentar demanda por daños a la personalidad...

- Si usted lo desea, su señoría. Uno no lo considera necesario.

- Uno no hablaba en serio - dije, ya inquieto -. ¿Acaso también usted está nervioso por esto, Schweiz? ¿Tiene alguna duda?

- Damos un paso audaz.

- Démoslo entonces, antes de que pase el momento. Saque la poción, Schweiz. Saque la poción.

- Sí - respondió él.

Me lanzó una larga mirada, sus ojos en los míos, y palmoteó con júbilo infantil. Y rió triunfalmente. Vi cómo me había manejado: ¡ahora yo le mendigaba la droga! ¡Ah, demonio, demonio!

De su estuche de viaje sacó el paquete de polvo blanco. Me dijo que consiguiera vino, y yo pedí a la cocina dos frascos de dorado mannerangués helado, y él echó la mitad de lo que contenía el paquete en el mío, la otra mitad en el suyo. El polvo se disolvió casi

instantáneamente: por un momento dejó una estela gris, como una nube, y después no quedaron rastros. Levantamos nuestros frascos. Recuerdo haber mirado a Schweiz por encima de la mesa con una rápida sonrisa, que él me describió más tarde como el mohín leve y nervioso de una tímida virgen a punto de abrir las piernas.

- Hay que beberlo todo de golpe - dijo Schweiz.

Y tragó su vino, y yo tragué el mío, y después me recliné, esperando que la droga me afectara instantáneamente.

Sentí un leve mareo, pero no era más que el vino que obraba en mi estómago vacío.

- ¿Cuánto tarda en empezar? - pregunté.

Schweiz se encogió de hombros.

- Aún tardará un poco - replicó.

Aguardamos en silencio. Poniéndome a prueba, traté de obligar a mi mente a ir al encuentro de la suya, pero nada sentí. Los sonidos de esa habitación se magnificaron: el crujido del piso, el roce de los insectos del otro lado de la ventana, el minúsculo zumbido de la luz eléctrica.

- ¿Puede explicar cómo se piensa que actúa esta droga? - pregunté con voz ronca.

- Uno puede decirle únicamente lo que le han dicho - repuso Schweiz -. Es decir, que la facultad potencial de ligar una mente con otra existe en todos nosotros desde que nacemos, pero hemos elaborado una sustancia química en la sangre que inhibe esa facultad. Unos pocos nacen sin ese inhibidor, pero la mayoría estamos impedidos de lograr esta comunicación silenciosa, salvo cuando por algún motivo la producción de la hormona cesa por iniciativa propia y nuestras mentes se abren por un rato. Cuando esto sucede, se lo confunde a menudo con locura. Dicen que esta droga de Sumara Borthan neutraliza al inhibidor natural que tenemos en la sangre, al menos durante un corto tiempo, y nos permite establecer contacto unos con otros, como haríamos normalmente si no tuviéramos esa sustancia contrarrestante en la sangre. Es lo que uno oyó decir.

A eso contesté:

- ¿Entonces todos podríamos ser superhombres, pero nuestras propias glándulas nos invalidan?

Y Schweiz, con ademanes grandilocuentes, dijo:

- Tal vez haya habido buenas razones biológicas para desarrollar esta protección contra nuestras propias facultades. ¿Eh? O tal vez no - rió.

Se le había puesto muy roja la cara. Le pregunté si realmente creía esa versión sobre una hormona inhibitoria y una droga contrainhibitoria, y él dijo que no tenía base alguna para juzgar.

- ¿No siente nada todavía? - pregunté.

- Solamente el vino - repuso.

Esperamos. Esperamos. Acaso no haga nada, pensé, y tendré un respiro.

Esperamos. Por fin Schweiz dijo:

- Quizá esté empezando ahora.

35

Al principio me sentí muy consciente del funcionamiento de mi propio cuerpo: el pum-pum de mi corazón, el golpeteo de la sangre contra las paredes de las arterias, los movimientos de líquidos en el fondo de mis oídos, el paso de corpúsculos a través de mi campo visual. Me volví enormemente receptivo a los estímulos externos: corrientes de aires que me rozaban la mejilla, un pliegue de la bata que me tocaba el muslo, la presión del suelo contra la planta de mi pie. Oía un sonido poco familiar, como de agua que cae por un desfiladero distante. Perdí contacto con mi entorno, ya que al intensificarse mis percepciones también se redujo su alcance, y descubrí que no podía percibir la forma de la habitación, porque no veía nada con claridad, salvo en un túnel estrecho en cuya otra

punta se encontraba Schweiz; más allá del borde de este túnel había sólo penumbra. Ahora estaba asustado, y me esforcé por despejar mi mente, como cuando uno trata conscientemente de librar al cerebro de la confusión provocada por el exceso de vino; pero cuanto más forcejeaba por recobrar la percepción normal, más rápidamente se aceleraba el cambio. Entré en un estado de luminosa ebriedad, en el cual pasaban flotando ante mi rostro brillantes varas radiantes de luz colorida, y tuve la certeza de haber bebido del manantial de Digant. Experimenté una sensación de embestida como si el aire se moviera con rapidez contra mis oídos. Percibí un sonido agudo y quejumbroso, que al principio fue apenas audible, pero se elevó in crescendo hasta que cobró tangibilidad y pareció colmar la habitación hasta desbordarla; sin embargo, no causaba dolor. Debajo de mi cuerpo la silla palpitaba y vibraba en un latido constante que parecía armonizado con alguna paciente pulsación de nuestro propio planeta. Después, sin la sensación discernible de haber cruzado una frontera, advertí que desde hacía rato mis percepciones eran dobles: ahora advertía otro latido del corazón, otro paso de la sangre por mis venas, otro movimiento de mis intestinos. Pero no era una simple duplicación, ya que estos otros ritmos eran diferentes; establecían complejas interacciones sinfónicas con los ritmos de mi propio cuerpo, creaban tramas percusivas tan intrincadas que las fibras de mi mente se disolvían en el intento de seguirlas. Empecé a balancearme al compás de estos latidos, a darme palmadas en los muslos, a castañetear los dedos; y al mirar por mi túnel visual, vi que Schweiz también se balanceaba, palmeaba y castañeteaba, y comprendí de quién eran los ritmos corporales que recibía. Estábamos entrelazados. Ahora me resultaba difícil distinguir su latido del mío, y a veces, al mirarle del otro lado de la mesa, veía mi propia cara enrojecida y deformada. Experimentaba una licuefacción general de la realidad, una disgregación de muros y restricciones; era incapaz de mantener un sentido de Kinnall Darival como individuo; no pensaba en términos de «él» y «yo», sino de «nosotros». Había perdido no sólo mi identidad sino el concepto mismo del yo.

En ese nivel permanecí largo rato, hasta que empecé a pensar que el poder de la droga retrocedía. Los colores se volvieron menos brillantes, mi percepción del cuarto donde estábamos se hizo más convencional, y de nuevo pude distinguir el cuerpo y la mente de Schweiz de los míos. Sin embargo, en vez de sentirme aliviado porque había pasado lo peor, no sentí más que desilusión por no haber alcanzado el tipo de mezcla de conciencias que Schweiz había prometido.

Pero me equivocaba.

La primera embestida salvaje de la droga había pasado, sí; no obstante, sólo ahora entrábamos en la verdadera comunión. Schweiz y yo estábamos aparte, y sin embargo juntos. Ésta era la auténtica autorrevelación. Vi su alma extendida ante mí como sobre una mesa, y pude acercarme a la mesa y examinar lo que había sobre ella, levantando este utensilio, aquel jarrón, ese ornamento, y estudiándolos con toda la atención que deseaba.

Aquí estaba el rostro vislumbrado de la madre de Schweiz. Aquí había un seno pálido e hinchado, surcado de venas azules y con un enorme pezón rígido en la punta. Aquí había rabetas infantiles. Aquí había recuerdos de la Tierra. A través de los ojos de Schweiz vi a la madre de los mundos, mutilada y encadenada, desfigurada y descolorida. La belleza era un brillo mortecino entre la fealdad. Éste era el sitio donde había nacido, esta desgredada ciudad; éstas eran carreteras de diez mil años, éstos eran los muñones de antiguos templos. Aquí estaba el nudo del primer amor. Aquí había desengaños y partidas. Aquí traiciones. Aquí, confidencias compartidas. Crecimiento y cambio. Corrosión y desesperación. Viajes. Fracasos. Seducciones. Confesiones. Vi los soles de cien mundos.

Y atravesé los estratos del alma de Schweiz, inspeccionando las pedregosas capas de codicia y los peñascos de astucia los untuosos bolsones de malicia, el barro putrefacto del

oportunismo. Aquí estaba el yo encarnado; aquí estaba un hombre que había vivido solamente en su propio beneficio.

Sin embargo, no retrocedí ante la oscuridad de Schweiz.

Vi más allá de todo esto. Vi el anhelo, el hambre de dios en el hombre; Schweiz solo en una llanura lunar, de pie en una negra roca bajo un cielo purpúreo, tendiendo las manos, tentando sin asir nada. Tal vez fuera ladino y oportunista, sí; pero también vulnerable, apasionado, sincero bajo todas esas artimañas. No podía juzgar con dureza a Schweiz. Él era yo. Yo era él. Las mareas del yo nos cubrían a los dos. Para desechar a Schweiz, tenía que desechar también a Kinnall Darival. Mi alma estaba inundada de afecto hacia él.

Sentí que también él me sondeaba. No levanté barreras alrededor de mi espíritu cuando él vino a explorarlo. Y a través de mis propios ojos vi lo que él veía en mí. Mi temor hacia mi padre. Mi respeto hacia mi hermano. Mi amor por Halum. Mi fuga a Glin. Mi elección de Loimel. Mis insignificantes defectos y mis insignificantes virtudes. Todo, Schweiz. Mira. Mira. Mira. Y todo volvió reflejado a través de su alma, y observarlo no me resultó doloroso. Pensé de pronto que el amor hacia los otros empieza por el amor hacia sí mismo.

En ese instante, el Pacto cayó y se hizo añicos dentro de mí.

Gradualmente Schweiz y yo nos apartamos, aunque permanecimos un rato más en contacto, mientras la fuerza del vínculo disminuía constantemente. Cuando por fin se rompió sentí una resonancia temblorosa, como si se hubiera cortado un cordel tenso. Quedamos en silencio. Yo tenía los ojos cerrados. Sentía un malestar en la boca del estómago, y estaba consciente como nunca del abismo que nos mantiene a todos solos para siempre. Al cabo de mucho tiempo miré a Schweiz, al otro lado de la habitación.

Estaba observándome, esperándome. Tenía ese aspecto demoníaco suyo, una sonrisa demente, una reluciente mirada en los ojos, aunque ahora me pareció no tanto un aire de locura como un reflejo de alegría interior. Ahora parecía más joven. Aún tenía la cara enrojecida.

- Yo te amo - dijo con suavidad.

Las palabras inesperadas golpearon como garrotes. Crucé las muñecas ante la cara, las palmas hacia afuera, protegiéndome.

- ¿Qué te perturba? - inquirió -. ¿Mi gramática o el sentido de lo que digo?

- Lo uno y lo otro.

- ¿Puede ser tan terrible decir yo te amo?

- Uno nunca... uno no sabe cómo...

- ¿Reaccionar? ¿Responder? - rió Schweiz -. No quise decir «te amo» de ningún modo físico. Como si eso fuera tan horrible. Pero no. Quiero decir lo que digo, Kinnall. Estuve en tu mente y me gustó lo que vi en ella. Te amo.

- Hablas en «yo» - le recordé.

- ¿Por qué no? ¿Debo negarme aun ahora? Vamos, Kinnall, libérate. Sé lo que quieres. ¿Crees que lo que acabo de decirte es obsceno?

- Hay algo tan peculiar...

- En mi mundo, esas palabras son de una peculiaridad santa - dijo Schweiz -. Y aquí son una abominación. No poder decir nunca «te amo», ¿eh? Todo un planeta que se niega ese pequeño placer. Oh, no, Kinnall; ¡no, no, no!

- Por favor - dije débilmente -. Uno todavía no se ha adaptado del todo a lo que hizo la droga. Cuando le gritas así a uno...

Pero no se dejó apaciguar.

- Tú también estuviste en mi mente - dijo -. ¿Qué encontraste allí? ¿Tan aborrecible era yo? Suéltalo, Kinnall. Ahora no tienes secretos para mí. La verdad. ¡La verdad!

- Sabes entonces que uno te encontró más admirable de lo que preveía.

- ¡Y yo lo mismo! - rió Schweiz -. ¿Por qué nos tememos ahora, Kinnall? Te lo dije: ¡Yo te amo! Establecimos contacto. Vimos que había zonas de confianza. Ahora debemos

cambiar, Kinnall. Tú más que yo, porque tienes que recorrer un camino más largo. Vamos. Vamos. Pon palabras a tu corazón. Dilo.

- Uno no puede.

- Di «yo».

- Qué difícil es eso.

- Dilo. No como una obscenidad. Dilo como si te amaras a ti mismo.

- Por favor.

- Dilo.

- Yo - dije.

- ¿Es tan terrible? A ver ahora. Dime qué sientes por mí. La verdad. Desde los niveles más profundos.

- Un sentimiento de cariño..., de afecto, de confianza...

- ¿De amor?

- Sí, de amor - admití.

- Entonces dilo.

- Amor.

- No es eso lo que quiero que digas.

- ¿Y qué, pues?

- Algo que no se ha dicho en este planeta desde hace dos mil años, Kinnall. Ahora dilo.

Yo...

- Yo...

- Te amo.

- Te amo.

- Yo te amo.

- Yo... te... amo.

- Es un comienzo - dijo Schweiz. El sudor corría a chorros por su cara y por la mía -. Empezamos reconociendo que podemos amar. Empezamos reconociendo que tenemos yoes capaces de amar. Después empezamos a amar. ¿Eh? Empezamos a amar.

36

Más tarde dije:

- ¿Obtuviste de la droga lo que buscabas, Schweiz?

- En parte.

- ¿Cómo en parte?

- Buscaba a Dios, Kinnall, y no lo encontré del todo, pero ahora sé mejor dónde buscar.

Lo que sí encontré fue cómo no volver a estar solo. Cómo abrir toda mi mente a otro. Es el primer paso en el camino que quiero recorrer.

- Uno se alegra por ti, Schweiz.

- ¿Todavía tienes que hablarme en esa jerga?

- No puedo evitarlo - respondí.

Estaba terriblemente cansado. De nuevo comenzaba a temer a Schweiz. El amor que sentía por él aún estaba allí, pero ahora la sospecha regresaba furtivamente. ¿Me estaba explotando? ¿Estaba sacando un placer mezquino y sucio de nuestros mutuos desenmascaramientos? Me había obligado a convertirme en un exhibicionista. Su insistencia en que le hablara en «yo» y «mí», ¿era un símbolo de mi liberación, era algo bello y puro, como él afirmaba, o no era más que un deleitarse en la suciedad? Yo era demasiado nuevo en esto. No podía quedarme plácidamente sentado mientras un hombre decía «yo te amo».

- Prácticalo - decía Schweiz -. Yo. Yo. Yo. Yo.

- Basta, por favor.

- ¿Tan penoso es?

- Es nuevo y extraño para mí. Necesito..., ¿ves?, necesito deslizarme en esto más gradualmente.
- Tómate tiempo entonces. No permitas que te apremie. Pero nunca dejes de avanzar.
- Uno tratará. Trataré - dije.
- Muy bien. - Al cabo de un momento agregó -: ¿Volverías a probar alguna vez la droga?
- ¿Contigo?
- No creo que eso haga ninguna falta. Quiero decir, con alguien como tu hermana vincular. Si te ofreciera un poco, ¿la usarías con ella?
- No sé.
- ¿Temes ahora a la droga?
- Sacudí la cabeza.
- No me es fácil contestar a eso. Necesito tiempo para ajustar cuentas con toda esta experiencia. Tiempo para pensar antes de verme involucrado de nuevo, Schweiz.
- Has probado la experiencia. Has visto que sólo puede hacer bien.
- Tal vez. Tal vez.
- ¡Sin duda alguna!
- Su fervor era evangélico. Su celo volvió a tentarme.
- Cautelosamente, dije:
- Si se pudiera conseguir más, pensaría seriamente en probarla de nuevo. Quizá con Halum.
- ¡Muy bien!
- No inmediatamente. Pero sí a su tiempo. Dentro de dos, tres, cuatro lunas.
- Tendría que pasar más tiempo.
- ¿Por qué?
- Lo que hemos usado esta noche era toda mi provisión de droga. No tengo más - contestó Schweiz.
- Pero ¿podrías conseguir algo si lo intentaras?
- Oh, sí. Con toda seguridad.
- ¿Dónde?
- En Sumara Borthan - contestó.

37

Cuando uno es nuevo en los hábitos del placer, no es sorprendente encontrarse con que la indulgencia inicial es seguida por sentimientos de culpa y remordimiento. Así me ocurrió. La mañana de nuestro segundo día en la residencia campestre desperté tras un sueño, inquieto, sintiendo tanta vergüenza que imploré que la tierra me tragara. ¿Qué había hecho? ¿Por qué había permitido que Schweiz me indujera a cosa tan obscena? ¡Exhibicionismo! ¡Exhibicionismo! ¡Toda la noche sentado con él, diciendo «yo» y «mí» y «me», y felicitándome por haberme liberado de la mano asfixiante de las convenciones!

Con las nieblas diurnas llegó para mí un estado de ánimo de incredulidad. ¿Era posible que me hubiera abierto de esa manera? Sí, debía haberlo hecho, ya que ahora tenía dentro recuerdos del pasado de Schweiz a los que antes no había tenido acceso. Y yo dentro de él, entonces. Recé para encontrar un modo de deshacer lo que había hecho. Sentí que había perdido algo de mí mismo al renunciar a mi intimidad. Sabrás que ser un exhibicionista no es nada agradable entre nosotros, y quienes se descubren no obtienen del acto más que un placer sucio, un tipo furtivo de éxtasis. Insistí en decirme que no era eso lo que yo había hecho, sino que había emprendido más bien una búsqueda espiritual; pero ya al decirme esa frase me sonó pomposa e hipócrita, una endeble máscara de ruines motivos. Y me avergoncé de haber llegado a eso por mí, por mis hijos, por mi padre real y sus reales antepasados. Creo que fue el «yo te amo» de Schweiz lo que me

empujó a tal abismo de pesadumbre, más que cualquier otro aspecto de lo ocurrido esa noche, ya que para mi antiguo yo esas palabras eran doblemente obscenas, aunque mientras tanto el nuevo yo que procuraba surgir insistía en que el terrestre no había querido decir nada vergonzoso, ni con su «yo» ni con su «amo». Pero rechacé mi propio argumento y dejé que el remordimiento me inundara.

¿En qué me había convertido para cambiar palabras cariñosas con otro hombre, un mercader nacido en la Tierra, un lunático? ¿Cómo podía haberle entregado mi alma? ¿Cuál era mi situación, ahora que me veía tan totalmente vulnerable ante él? Por un momento pensé en matar a Schweiz como un modo de recobrar mi fuero íntimo. Me acerqué a él mientras dormía, y le vi una sonrisa en el rostro, y entonces no pude sentir odio hacia él.

Pasé ese día casi solo. Fui a la selva y me bañé en un estanque fresco; después me arrodillé ante un espino de fuego, simulé que era un drenador y me confesé a él en tímidos susurros, después crucé un bosque lleno de zarzas y volví a casa cubierto de espinas y suciedad. Schweiz me preguntó si me sentía mal. «No - le contesté -; no pasa nada.» Esa tarde hablé poco; pasé todo el tiempo acurrucado en un sillón flotante. El terrestre, más locuaz que nunca, un torrente de vivaces palabras, se lanzó a exponer los detalles de un grandioso plan para ir de expedición a Sumara Borthan a buscar bolsas de la droga, en cantidad suficiente para transformar todas las almas de Manneran, y yo le escuché sin hacer comentarios, porque todo se había vuelto irreal, y ese proyecto no parecía más extraño que todo lo demás.

Tenía la esperanza de que mi dolor espiritual se aliviaría cuando estuviera de vuelta en Manneran y detrás de mi escritorio en la Magistratura. Pero no. Cuando entré en mi casa Halum estaba allí con Loimel; las primas se intercambiaban ropas, y al verlas estuve a punto de volverme y huir. Me sonrieron con cálidas sonrisas de mujer, sonrisas secretas, símbolo de la alianza que habían formado una con otra toda la vida, y yo desesperado paseé la mirada de mi esposa a mi hermana vincular, de una prima a la otra, recibiendo la belleza gemela como una doble cuchillada en el vientre. ¡Esas sonrisas! ¡Esos ojos sagaces! No les hacía falta ninguna droga para arrancarme las verdades.

¿Dónde estuviste, Kinnall?

En una casa en el bosque, jugando a la exhibición con el terrestre.

¿Y le mostraste tu alma?

Oh, sí, y él mostró la suya.

¿Y después?

Después hablamos de amor. El dijo «yo te amo», y uno contestó «yo te amo».

¡Eres un niño perverso, Kinnall!

Sí. Sí. ¿Dónde puede uno ocultarse de su vergüenza?

Este diálogo silencioso pasó por mi cerebro en un instante como un remolino, mientras iba hacia el sitio donde estaban sentadas, junto a la fuente del patio. Formalmente, abracé a Loimel, y formalmente abracé a mi hermana vincular, pero no les miré a los ojos, tan agudo era mi remordimiento. Lo mismo me pasó en la Magistratura. Traduje como miradas furiosas y acusadoras las ojeadas casuales de los subordinados. Ése es Kinnall Darival, que reveló todos nuestros secretos al terrestre Schweiz. ¡Mirad cómo se escabulle ante nosotros el exhibicionista sallano! ¿Cómo soporta su propio hedor? Me mantuve apartado y trabajé mal. Un documento referente a cierta transacción de Schweiz, que pasó por mi escritorio, me dejó consternado. La idea de volver a enfrentarme con Schweiz me espantaba. No me habría costado mucho revocar su permiso de residencia en Manneran, utilizando la autoridad del Gran Juez; mal pago por la confianza que me demostraba, pero estuve a punto de hacerlo, y no me contuve sino por una vergüenza más honda que la que ya soportaba.

Al tercer día de mi regreso, cuando también mis hijos habían empezado a preguntarse qué me pasaba, fui a la Capilla de Piedra a buscar curación en el drenador Jidd.

Era un día húmedo, de pesado calor. El cielo suave y afelpado parecía pender en rizados pliegues sobre Manneran, y todo estaba cubierto por abalorios relucientes de brillante humedad. Ese día la luz del sol tenía un color extraño, casi blanco, y los antiguos bloques de piedra negra del edificio sagrado despedían reflejos cegadores, como si estuvieran bordeados de prismas; pero después de entrar en la capilla me encontré en recintos oscuros, frescos, silenciosos. La celda de Jidd ocupaba el sitio de honor en el ábside de la capilla, detrás del gran altar. Me esperaba ya ataviado; yo había reservado su tiempo con horas de anticipación. El contrato estaba listo. Rápidamente firmé y le pagué la tarifa. Este Jidd no era más atractivo que cualquiera de sus colegas, pero en ese momento casi me agradó su fealdad, su nariz nudosa y asimétrica y sus labios largos y finos, sus ojos velados por los párpados, sus lóbulos colgantes. ¿Por qué burlarse del rostro humano? De haber sido consultado, él habría elegido otro. Y me sentía bondadoso hacia él, porque tenía la esperanza de que me curara. Los curadores eran hombres santos. ¡Dame lo que necesito de ti, Jidd, y bendeciré tu fea cara!

- ¿Bajo qué auspicios drenarás? - preguntó.

- Los del dios del perdón.

Apretó un interruptor. Las simples velas eran demasiado vulgares para Jidd. La luz ámbar del perdón brotó de algún mechero de gas oculto e inundó la sala. Jidd orientó mi atención hacia el espejo, indicándome que mirara mi rostro y pusiera mis ojos en mis ojos. Los ojos de un desconocido me devolvieron la mirada. Gotas pequeñas de sudor se apiñaban en las raíces de mi barba, donde podía verse la carne de mis mejillas. Yo te amo, dije en silencio al desconocido rostro del espejo. El amor hacia los demás empieza por el amor hacia uno mismo. La capilla me pesaba; sentía terror de quedar aplastado bajo un bloque del cielo raso. Jidd pronunciaba las palabras preliminares. Nada de amor había en ellas. Me ordenó que le abriera mi alma.

Baluceé. La lengua se me dio vuelta y se anudó. Tuve arcadas, me faltaba el aliento; bajé la cabeza y la apreté contra el suelo frío. Jidd me tocó el hombro y murmuró fórmulas de consuelo hasta que conseguí dominarme un poco. De nuevo comenzamos el rito. Ahora recorrí los preliminares con más facilidad, y cuando me pidió que hablara, dije, como si recitara líneas escritas para mí por otra persona:

- Hace unos días, uno fue a un lugar secreto con otro, y compartimos cierta droga de Sumara Borthan que abre el alma, y juntos nos exhibimos, y ahora a uno le remuerde su pecado y busca perdón por él.

Jidd ahogó una exclamación, y asombrar a un drenador es no poca hazaña. Esa exclamación casi me quitó las ganas de confesar, pero Jidd recuperó hábilmente el control, incitándome a seguir con blandas frases sacerdotales, hasta que en pocos instantes las mandíbulas se me aflojaron y comencé a soltarlo todo. Mis primeras discusiones sobre la droga con Schweiz. (No nombré a Schweiz. Aunque confiaba en que Jidd guardara el secreto del drenaje, no vi ningún beneficio espiritual para mí en revelar a nadie el nombre de mi compañero en el pecado.) Cuando tomé la droga en la casa de campo. Lo que sentí al absorber la droga. Mi exploración del alma de Schweiz. Su entrada en la mía. El nacimiento de un hondo afecto entre nosotros al desarrollarse nuestra unión espiritual. Mi sentimiento de alienación hacia el Pacto mientras me hallaba bajo la influencia de la droga. Esa súbita convicción mía de que la autonegación que practicamos es un catastrófico error cultural. La comprensión intuitiva de que deberíamos negar en cambio nuestra soledad, y tratar de zanjar los abismos que nos separan de los demás, en lugar de complacernos en el aislamiento. Confesé también que había probado la droga con intención de llegar alguna vez al alma de Halum; oírme esta admisión de anhelo por mi hermana vincular era ya historia antigua para Jidd. Y después hablé de las dislocaciones que había experimentado desde que salí de mi trance con la droga: culpabilidad, vergüenza, duda. Por fin quedé en silencio. Ante mí flotaban, como un pálido globo incandescente en la penumbra los hechos de mis transgresiones, tangibles y

desnudos, y ya me sentía más limpio por haberlos revelado. Ahora estaba dispuesto a ser llevado de vuelta al Pacto. Quería purgarme de mis aberraciones de exhibicionismo. Ansiaba hacer penitencia y reanudar mi vida de probidad. Anhelaba curarme, imploraba ser absuelto y restituido a mi comunidad. Pero no sentía la presencia del dios. Al mirar fijamente el espejo, no veía más que mi propia cara, demacrada y pálida, la barba sin peinar. Cuando Jidd comenzó a recitar las fórmulas de absolución para mí fueron meras palabras; mi alma no se elevó. Estaba aislado de toda fe. La ironía que buscaba me aturdió: Schweiz que me envidiaba por mis creencias, que buscaba comprender mediante la droga el misterio de la sumisión a lo sobrenatural, me había despojado de mi acceso a los dioses. Allí estaba yo arrodillado, pétreas rodillas sobre el piso pétreo pronunciando frases huecas, deseando al mismo tiempo que Jidd y yo pudiésemos haber tomado juntos la droga para que hubiese podido existir comunión verdadera entre nosotros. Y supe que estaba perdido.

- La paz de los dioses sea contigo ahora - dijo Jidd.

- La paz de los dioses está sobre uno.

- No busques más falso socorro, y guarda tu yo para ti mismo, porque otros caminos conducen sólo a la vergüenza y a la corrupción.

- Uno no buscará otras sendas.

- Tienes hermana vincular y hermano vincular, tienes un drenador, tienes la merced de los dioses. No necesitas más.

- Uno no necesita más.

- Ve entonces en paz.

Me fui, pero no en el tipo de paz del drenador, porque el drenaje había sido una cosa lóbrega, fútil y sin sentido. Jidd no me había reconciliado con el Pacto: simplemente me había demostrado hasta qué punto me hallaba separado de él. Sin embargo, aunque el drenaje no me había conmovido, salí de la Capilla de Piedra purgado de culpa en cierto modo. Ya no me arrepentía de mi exhibicionismo. Acaso esta inversión de mi propósito al recurrir a Jidd fuera algún efecto residual del drenaje, pero no intenté analizarlo en profundidad. Me contenté con ser yo mismo y estar pensando esos pensamientos. En ese instante mi conversión fue completa. Schweiz me había quitado mi fe, pero me había dado otra en su lugar.

38

Esa tarde me presentaron un problema referente a un barco de Threish y ciertos manifiestos de cargamento falsos, y fui al embarcadero para verificar los hechos. Allí, por casualidad, me tropecé con Schweiz. Desde que nos separamos, unos días atrás, había temido volver a encontrarme con él; pensaba que sería intolerable mirar los ojos de aquel hombre que había contemplado todo mi ser. Sólo manteniéndome alejado de él podría llegar a convencerme de que, en realidad, no había hecho con él lo que había hecho. Pero entonces le vi cerca en el muelle. En una mano apretaba un grueso fajo de facturas y sacudía la otra furiosamente en la cara de no sé qué mercader de ojos acuosos vestido con ropas glinesas. Para mi sorpresa, no sentí nada de la turbación que había previsto, sino solamente afecto y placer de verlo. Me acerqué a él. Me palmeó el hombro; yo palmeé el suyo.

- Se te ve más animado ahora - dijo.

- Mucho más.

- Déjame terminar con este bribón y compartiremos una botella de dorado, ¿eh?

- Por supuesto.

Una hora más tarde, cuando estábamos juntos en una taberna portuaria, pregunté:

- ¿Cuándo podemos partir para Sumara Borthan?

El viaje al continente sur fue realizado como en un sueño. Ni una sola vez cuestioné la sensatez de emprenderlo, ni me detuve a preguntarme por qué me era necesario tomar parte en persona, en vez de dejar que Schweiz fuera solo, o enviar a algún mercenario a buscar la droga para nosotros. Simplemente me dediqué a resolver nuestro traslado.

No hay navegación comercial regular entre Velada Borthan y Sumara Borthan. Quienes desean viajar al continente sur deben fletar un barco. Así lo hice, por mediación de la Gran Magistratura, utilizando intermediarios y testaferros. La nave que elegí no era manneranguesa, pues no deseaba que me reconocieran al partir, sino un barco venido de la provincia occidental de Velis, al cual un pleito había mantenido casi un año inmovilizado en el Puerto de Manneran. Al parecer, en el puerto de origen del barco tenía lugar cierta disputa con respecto a su propiedad, y la maraña de demandas y contrademandas había logrado imposibilitar que la nave saliera del Puerto de Manneran después de su último viaje. El capitán y la tripulación, disgustados por esa inactividad forzosa, ya habían presentado una protesta ante la Magistratura, pero el Gran Juez no tenía jurisdicción alguna sobre un pleito que se libraba totalmente en los tribunales de Velis, y por lo tanto había tenido que seguir postergando la partida de la nave hasta que de Velis se avisara que los títulos de propiedad estaban aclarados. Sabiendo todo esto emití un decreto en nombre del Gran Juez, que permitiría a la infortunada embarcación aceptar temporalmente fletes para viajar a puntos situados «entre el Río Woyn y la costa oriental del golfo de Sumar». Esto era habitualmente interpretado como cualquier punto sobre la costa de Manneran pero yo especificué además que el capitán podría ser contratado para viajes a la costa norte de Sumara Borthan. Sin duda esa cláusula desconcertó al pobre hombre, quien se debió desconcertar aún más cuando, pocos días más tarde, mis agentes lo abordaron pidiéndole que hiciera un viaje precisamente a ese lugar.

No dije a dónde iba ni a Loimel, ni a Halum, ni a Noim, ni a nadie. Sólo dije que la Magistratura me pedía viajar al extranjero por corto tiempo. En la Magistratura fui menos específico todavía; me solicité una licencia, me la concedí de inmediato, y en el último momento posible informé al Gran Juez de que no estaría disponible en el futuro inmediato.

Para evitar complicaciones con los colaboradores aduaneros, entre otras cosas, elegí como puerto de embarque el pueblo de Hilminor, en Manneran sudoeste, sobre el Golfo de Sumar. Es una ciudad mediana, que depende principalmente del comercio pesquero, pero que también sirve como parada intermedia entre la ciudad de Manneran y las provincias occidentales. Dispuse encontrarnos con nuestro capitán contratado en Hilminor; entonces él partió hacia allí por mar, mientras Schweiz y yo lo hacíamos en un terramóvil.

Fue un viaje de dos días por la ruta costera, atravesando una campiña cada vez más lozana, cada vez más densamente tropical a medida que nos acercábamos al golfo de Sumar. Schweiz estaba cada vez más alegre, como lo estaba yo. Constantemente nos hablábamos en primera persona; para él no era nada, por supuesto, pero yo me sentía como un niño travieso que se escabulle para susurrar «yo» y «mí» al oído de un compañero de juegos. Él y yo especulamos sobre qué cantidad de droga podríamos obtener, y qué haríamos con ella. Ya no se trataba de que yo consiguiera un poco para usarla con Halum: ahora hablábamos de convertir a todos y producir la liberación completa de mis compatriotas, que se asfixiaban en la soledad. Esa actitud evangélica se había introducido gradualmente en nuestros planes casi sin que yo lo notara, y se había vuelto rápidamente dominante.

Llegamos a Hilminor un día tan caluroso que el cielo mismo parecía lleno de ampollas. Una reluciente cúpula de calor lo cubría todo, y el golfo de Sumar, ante nosotros, tenía una capa dorada bajo el ardiente sol. Bordea Hilminor una cadena de montañas bajas,

cubiertas por densos bosques hacia el mar y desiertas hacia el interior; la carretera describía una curva entre ellas, y nos detuvimos en un lugar para que yo pudiese mostrarle a Schweiz los árboles de carne que cubrían las reseca laderas internas. En un sitio se agrupaba una docena de esos árboles. Para llegar a ellos caminamos entre crujientes malezas, secas como yesca: tenían dos veces la altura de un hombre, con ramas retorcidas y una corteza pálida y gruesa, esponjosa al tacto como la carne de mujeres muy viejas. Los árboles estaban marcados por las repetidas sangrías de su savia, lo cual les daba un aspecto tanto más repugnante.

- ¿Podemos probar el fluido? - preguntó Schweiz.

No teníamos instrumentos para hacer la espita, pero en ese momento llegó una niña de la ciudad, de unos diez años, semidesnuda, tostada de un color pardo oscuro que le ocultaba la suciedad; llevaba consigo una barrena y un frasco, y evidentemente la había enviado su familia a buscar savia del árbol de carne. Nos miró con acritud. Yo saqué una moneda, diciendo:

- Uno quisiera mostrar a su amigo el sabor del árbol de carne.

Nos lanzó otra mirada agría, pero introdujo la barrena en el árbol más cercano con fuerza sorprendente, la retorció, la sacó y recogió el chorro de líquido claro y espeso. Hoscamente ofreció la botella a Schweiz, que la olfateó, la tocó cautelosamente con la lengua y finalmente bebió un trago. Y lanzó un grito de deleite.

- ¿Por qué no se vende esto en todo Velada Borthan? - preguntó.

- Todo el suministro proviene de una pequeña zona junto al golfo - le contesté -. La mayor parte se consume localmente, y mucha se envía a Threish, donde es casi un vicio. Eso no deja gran cosa para el resto del continente. Se la puede comprar en Manneran, por supuesto, pero hay que saber dónde buscarla.

- ¿Sabes qué quisiera hacer yo, Kinnall? Me gustaría iniciar una plantación de árboles de carne, cultivarlos por miles y hacer embotellar el jugo suficiente para que no sólo pudiéramos comercializarlo en todo Velada Borthan, sino establecer un acuerdo para su explotación. Yo...

- ¡Demonio! - gritó la niña, y agregó algo incomprensible en el dialecto costero, y le arrancó la botella de la mano.

Luego echó a correr atolondradamente, levantando las rodillas, sacando los codos, volviéndose varias veces para blandir un dedo hacia nosotros en señal de desprecio o desafío. Schweiz meneó la cabeza, perplejo.

- ¿Está loca? - preguntó.

- Dijiste «yo» dos veces - repuse -. Muy descuidado.

- He caído en malos hábitos, hablando contigo. Pero decir eso, ¿puede de veras ser una obscenidad tan grande?

- Más grande de lo que puedes imaginarte. Probablemente esa niña haya ido a contar a sus hermanos lo del viejo sucio que le dijo obscenidades en la ladera. Ven, vamos a la ciudad antes de que una turba nos persiga.

- Viejo sucio. ¡Yo! - murmuró Schweiz.

Le empujé hacia el terramóvil y partimos de prisa rumbo al puerto de Hilminor.

Nuestro barco esperaba anclado: una embarcación pequeña y rechoncha, con hélices gemelas, vela auxiliar, casco pintado de azul y oro. Nos presentamos al capitán - se llamaba Khrisch -, que nos saludó llamándonos sin inmutarse por los nombres que habíamos adoptado. Entrada la tarde, nos hicimos a la mar. En ningún momento del viaje el capitán Khrisch nos interrogó sobre nuestros propósitos; tampoco ninguno de sus diez tripulantes. Sin duda sentían una enorme curiosidad por los motivos de alguien que quería

ir a Sumara Borthan, pero tan agradecidos estaban por verse libres aunque fuese para tan corto viaje, que temían ofender a sus empleadores indagando demasiado.

La costa de Velada Borthan se perdió de vista a mis espaldas, y delante apareció solamente la grandiosa extensión abierta del Estrecho de Sumar. No se veía tierra ninguna, ni a popa ni a proa. Eso me asustaba. En mi breve carrera como marinero glinés, nunca había estado lejos de la costa, y durante los ratos de tormenta me había tranquilizado con el consolador embuste de que siempre podría nadar hasta la orilla si volcábamos. Allí, sin embargo, el universo parecía ser todo agua. A medida que se acercaba el anochecer, caía sobre nosotros un crepúsculo azulgrisáceo, que unía cielo y mar en un zurcido sin costuras, y para mí la situación empeoró: ahora no había más que nuestra pequeña nave, que se sacudía y vibraba, a la deriva y vulnerable en aquel vacío sin direcciones ni dimensiones, un trémulo antimundo donde todos los lugares se disolvían en una ausencia de lugar. No había previsto que el estrecho fuera tan extenso. En un mapa que había visto apenas unos días antes, el estrecho había sido menos ancho que mi dedo meñique; yo había presumido que los acantilados de Sumara Borthan serían visibles para nosotros desde las primeras horas del viaje; sin embargo, allí estábamos, en medio de la nada. A tropezones fui a mi camarote y me zambullí de cara en mi litera, y allí me quedé temblando, invocando al dios de los viajeros para que me protegiera. Poco a poco llegué a aborrecerme por esta debilidad. Me recordé que era hijo de un septarca y hermano de un septarca y primo de otro; que en Manneran era un hombre de la más alta autoridad, que era jefe de una familia y matador de aves-punzón. Todo esto no me hizo ningún bien. ¿De qué le sirve el linaje a un hombre que se ahoga? ¿De qué sirven los hombros anchos, los músculos vigorosos y la destreza para nadar, cuando la tierra misma ha sido devorada, de modo que un nadador no tendría destino? Temblé. Creo que quizá lloré. Sentí que me disolvía en aquel vacío azulgrisáceo. Entonces una mano me apretó levemente el hombro. Schweiz.

- El barco es sólido - susurró -. La travesía es breve. Calma. Calma. No va a pasar nada.

Si el que me encontró en ese estado hubiera sido cualquier otro hombre, salvo quizá Noim, tal vez le habría matado o me habría matado yo, para enterrar el secreto de mi vergüenza.

- Si así es cruzar el Estrecho de Sumar, ¿cómo se puede viajar entre las estrellas sin enloquecer? - dije.

- Uno se habitúa a viajar.

- El miedo... el vacío...

- Sube - me dijo con suavidad -. La noche es muy bella

Y no mentía. Había pasado el crepúsculo, y un negro tazón tachonado de joyas deslumbrantes nos cubría. Cerca de las ciudades uno no puede ver tan bien las estrellas debido a la luz y a la niebla. Yo había contemplado toda la gloria de los cielos mientras cazaba en las Tierras Bajas Abrasadas, sí, pero entonces desconocía los nombres de lo que veía. Ahora, Schweiz y el capitán Khrisch, a mi lado sobre cubierta, se turnaban para anunciar los nombres de estrellas y constelaciones, rivalizando para exhibir sus conocimientos, volcándome cada uno su astronomía en el oído como si yo fuera un niño aterrado que sólo dejaba de llorar ante un constante flujo de distracciones ¿Ves? ¿Ves? ¿Y ves allá? Yo veía. Una multitud de soles cercanos, y cuatro o cinco de los planetas vecinos de nuestro sistema, y hasta un cometa errante esa noche. Lo que me enseñaron se me quedó en la cabeza. Creo que ahora podría salir de mi cabaña, aquí en las Tierras Bajas Abrasadas, y nombrar las estrellas tal como Schweiz y el capitán me las nombraron a bordo de ese barco en el Estrecho de Sumar. ¿Cuántas noches más estaré libre para mirar las estrellas?

La mañana puso fin al miedo. El sol brillaba, en el cielo colgaban unas pocas nubes, el amplio estrecho estaba sereno y no me importaba que no se divisase tierra. Nos

deslizábamos hacia Sumara Borthan de modo casi imperceptible, tuve que estudiar con cuidado la superficie del mar para recordarme que estábamos en movimiento. Un día, una noche, un día, una noche, un día, y luego en el horizonte brotó una verde corteza pues allí estaba Sumara Borthan. Esto me proporcionó un punto fijo, salvo que el punto fijo éramos nosotros, y Sumara Borthan se dirigía hacia él. El continente sur se deslizaba hacia nosotros sin pausa, hasta que por fin vi un borde de lisa roca verdeamarillenta que se extendía de este a oeste, y en lo alto de esos desnudos acantilados se alzaba una gruesa capa de vegetación, elevados árboles entretejidos por densas enredaderas formando un dosel cerrado y debajo arbustos más cortos que se apiñaban en la oscuridad; todo concluía en un tajo, como para mostrarnos el borde de la jungla en corte transversal. Al ver la jungla no sentí temor sino admiración. Sabía que ninguno de esos árboles y plantas crecían en Velada Borthan; los animales, serpientes e insectos de aquel sitio no eran los del continente donde nací; lo que se extendía ante nosotros era extraño y acaso hostil, un mundo desconocido que aguardaba la primera pisada humana. En un torbellino de enmarañada imaginación, caí en el pozo del tiempo y me vi como un explorador que desvelaba el misterio de un planeta recién descubierto. Esos peñascos gigantescos, esos esbeltos árboles de elevada copa, esas enredaderas que pendían serpenteantes, eran producto de un misterio crudo y elemental, directamente salido del vientre de la evolución, que yo ahora me disponía a penetrar. Aunque pensé que esa oscura jungla era el portal de algo extraño y terrible, no estaba tan asustado como conmovido, y hondamente emocionado, por la visión de los lisos acantilados y las enmarañadas sendas. Éste era el mundo que existió antes de que llegara el hombre. Esto era lo que estaba cuando no había sagrarios, ni drenadores, ni Magistratura del Puerto: solamente los senderos callados y frondosos, y los ríos impetuosos atravesando los valles, y los estanques incontaminados, y las hojas largas y pesadas que las exhalaciones de la jungla hacían relucir, y los animales prehistóricos revolcándose en el limo sin temer a los cazadores, y las revoloteantes bestias aladas que no conocían el miedo, y las hermosas mesetas, y las vetas de metales preciosos; un reino virgen, y cerniéndose sobre todo eso la presencia de los dioses, del dios, del dios, esperando el momento de los adoradores. Los dioses solitarios que todavía ignoraban que eran divinos. El dios solitario.

La realidad, por supuesto, no era tan romántica. Había un sitio donde los acantilados descendían hasta el nivel del mar y dejaban entrar un puerto en forma de media luna, en el cual existía un escuálido caserío, las chozas de algunas docenas de sumaranos que habían optado por vivir allí para satisfacer las necesidades de los barcos que llegaban ocasionalmente desde el continente occidental. Yo había creído que todos los sumaranos vivían en alguna parte del interior, tribus de hombres desnudos acampando junto al pico volcánico Vashnir, y que Schweiz y yo tendríamos que abrirnos paso a través de toda la apocalíptica inmensidad de esta tierra misteriosa, sin guía ni certeza, hasta encontrar lo que pasaba por civilización y establecer contacto con quien pudiera vendernos lo que habíamos ido a buscar. En cambio, al capitán Khrisch llevó su barquito hasta la orilla limpiamente, anclando en un destartado muelle de madera, y cuando nos adelantamos, una pequeña delegación de sumaranos acudió a ofrecernos un taciturno recibimiento.

Ya conoces mi fantasía sobre terrestres grotescos y con colmillos. Así, también esperaba encontrar en esa gente del continente sur algún aspecto extraño. Sabía que esto era irracional: al fin y al cabo, habían brotado del mismo tronco que los ciudadanos de Salla, Manneran y Glin. Pero ¿no los habrían transformado esos siglos en la jungla? La negación del Pacto ¿no los habría expuesto a la infiltración de los vapores de la selva, transformándolos en cosas inhumanas? No y no. Me resultaban parecidos a campesinos de cualquier región apartada de una provincia. Ah, lucían adornos poco familiares, extraños colgantes y brazaletes enjoyados de un tipo distinto a los de Velada, pero nada había en ellos - ni tono de piel, ni forma de cara, ni color de pelo - que los diferenciase de los hombres a quienes había conocido siempre.

Eran ocho o nueve. Dos, evidentemente los líderes, hablaban el dialecto de Manneran, aunque con un acento difícil. Los demás no mostraban señales de entender el idioma norteño: se hablaban en un lenguaje de chasquidos y gruñidos. Schweiz, a quien le resultaba más fácil comunicarse que a mí, inició una larga conversación, tan difícil de seguir para mí que pronto dejé de prestar atención. Me alejé a inspeccionar el poblado, y a mi vez fui inspeccionado por niños que me miraban con ojos saltones - aquí las niñas andaban de un lado a otro desnudas aun después de haber llegado a la edad en que les brotaban los pechos -, y cuando volví Schweiz dijo:

- Todo está arreglado.

- ¿Cómo?

- Esta noche dormimos aquí. Mañana nos guiarán hasta una aldea donde se produce la droga. No garantizan que se nos permitirá comprarla.

- ¿Se vende únicamente en ciertos lugares?

- Evidentemente. Juran que aquí no se puede conseguir.

- ¿Cuánto durará el viaje? - pregunté.

- Cinco días. A pie. ¿Te gustan las junglas, Kinnall?

- Todavía no les conozco el sabor.

- Es un sabor que aprenderás - dijo Schweiz.

Y se volvió para consultar al capitán Khrisch, que planeaba efectuar no sé qué expedición propia siguiendo la costa sumarana. Schweiz dispuso que nuestro barco estuviera de vuelta en ese puerto, esperándonos, cuando volviéramos de nuestro viaje al interior de la jungla. Los marineros de Khrisch descargaron nuestro equipaje - principalmente mercancías para trueques; espejos, cuchillos y baratijas, ya que a los sumaranos no les servía la moneda veladana - y pusieron el barco a navegar por el estrecho antes de la caída de la noche.

Schweiz y yo tuvimos una choza para los dos, en un saliente rocoso sobre el puerto. Colchones de hojas, mantas de piel animal, una ventana torcida, ninguna instalación sanitaria: a esto nos han traído los miles de años de viaje del hombre entre las estrellas. Regateamos por el precio del alojamiento; finalmente llegamos a un acuerdo en cuchillos y varas caloríferas, y a la puesta del sol se nos sirvió la cena. Un guiso - sorprendentemente sabroso - de carnes sazonadas, unas angulosas frutas rojas, una olla de verduras a medio cocer, una jarra de algo que quizá fuera leche fermentada... Comimos lo que se nos dio, y lo disfrutamos más de lo que había previsto cualquiera de los dos, aunque hicimos bromas nerviosas acerca de las enfermedades que probablemente contraeríamos. Más por costumbre que por convicción, ofrecí una libación al dios de los viajeros. Schweiz preguntó:

- ¿Así que todavía crees, después de todo?

Yo contesté que no encontraba razón alguna para no creer en los dioses, aunque mi fe en las enseñanzas de los hombres se había debilitado mucho.

Tan cerca del Ecuador, la oscuridad llegaba con rapidez, un súbito telón negro. Nos quedamos un rato sentados afuera; Schweiz me obsequió con un poco más de astronomía y me puso a prueba respecto de lo que ya había aprendido. Después nos acostamos. Menos de una hora más tarde, dos figuras entraron en nuestra choza; yo, que aún estaba despierto, me senté instantáneamente, imaginando ladrones o asesinos, pero cuando buscaba a tientas un arma, un rayo de luna perdido me mostró el perfil de uno de los intrusos, y vi el balanceo de unos pechos pesados. Desde el oscuro rincón opuesto Schweiz dijo:

- Creo que están incluidas en el precio de esta noche.

Otro instante, y unas carnes desnudas y calientes se apretaron contra mi cuerpo. Aspiré un olor penetrante, y al tocar una gorda cadera la encontré cubierta por algún aceite picante: un cosmético sumarano, como descubrí más tarde. En mí, la curiosidad reñía con la cautela. Tal como cuando era muchacho y me hospedaba en Glain, temía

contagiarme alguna enfermedad en las entrañas de una mujer de una raza desconocida. Pero ¿no debía experimentar acaso el tipo sureño de amor? Desde donde estaba Schweiz llegó un chasquido de carne contra carne, alegres risas, líquidos sonidos labiales. La muchacha que estaba conmigo se agitó impaciente. Separándole los rollizos muslos, exploré, excité, penetré. La joven se retorció hasta lograr lo que era, supongo, la posición nativa correcta, tendida de costado, dándome la cara, una pierna echada sobre mi cuerpo y el talón apoyado con fuerza en mis nalgas. No había tenido una mujer desde mi última noche en Manneran eso y mi viejo problema de precipitación me perdieron, y me vacié en las habituales descargas prematuras. La muchacha gritó algo, probablemente burlándose de mi virilidad, a su compañera que gemía y suspiraba en el rincón de Schweiz, y obtuvo por respuesta unas risitas. Furioso y apesadumbrado me obligué a revivir, y moviéndome de arriba abajo lenta y ceñudamente, la volví a penetrar, aunque el hedor de su aliento casi me paralizaba, y su sudor, mezclado con el aceite, formaban una combinación nauseabunda. Por fin la conduje al placer, pero fue una triste faena, un trabajo agotador. Con todo hubo concluido, ella me mordisqueó el codo: creo que era un beso sumarano. Su agradecimiento. Su petición de disculpas. Después de todo, la había servido bien. Por la mañana observé a las doncellas de la aldea, preguntándome cuál era la que me había honrado con sus caricias. Todas tenían dientes de menos, pechos caídos, ojos de pescado: ojalá mi compañera de lecho no fuera ninguna de las que vi. Durante días vigilé inquieto mi órgano, esperando cada mañana verlo cubierto de manchas rojas o llagas supurantes; pero todo lo que recibí de la muchacha fue un desapego por el estilo sumarano de pasión.

41

Cinco días. En realidad, seis: Schweiz había entendido mal o el cacique sumarano contaba mal. Teníamos un guía y tres cazadores. Nunca había caminado tanto, desde el amanecer al crepúsculo, pisando un suelo dócil y flexible. La jungla se elevaba, una muralla verde, a ambos lados del estrecho sendero. Humedad asombrosa, tanto que nadábamos en el aire, peor que en el peor día en Manneran. Insectos con ojos enjoyados y aterradores agujones. Alimañas serpenteantes con muchas patas, que pasaban corriendo ante nosotros. Forcejeos y horribles gritos en la maleza, fuera de la vista. El sol que caía en chorros moteados, logrando apenas atravesar el alto dosel. Flores que estallaban en los troncos de los árboles; parásitos, dijo Schweiz. Una de esas flores era una cosa amarilla e hinchada con rostro humano, ojos saltones, una boca abierta manchada de polen. Y otra, más extravagante aún, pues entre los pétalos rojos y negros le brotaba una parodia de órganos genitales, un carnoso falo, dos esferas colgantes. Chillando de risa, Schweiz se apoderó de la primera que encontramos, envolvió con la mano el pene floral, picarescamente coqueteó con él y lo acarició. Los sumaranos murmuraron; quizá se preguntaban si habían hecho bien enviándonos mujeres a nuestra choza la noche anterior.

Nos arrastramos por la espina dorsal del continente, saliendo de la jungla durante un día y medio para trepar una montaña de regular tamaño, después más jungla del otro lado. Schweiz preguntó a nuestro guía por qué no habíamos rodeado la montaña en vez de subirla, y se le contestó que aquélla era la única ruta, pues todos los llanos circundantes estaban infestados de hormigas venenosas: muy alentador. Más allá de la montaña se extendía una cadena de lagos, arroyos y lagunas, muchos de los cuales hervían de grises hocicos dentados que apenas sobresalían de la superficie. Todo esto me parecía irreal. A pocos días de navegación hacia el norte se encontraba Velada Borthan, con sus casas bancarias y sus terramóviles, sus cobradores aduaneros y sus sagrarios. Aquél era un continente domado, salvo su inhabitable interior. En cambio, el hombre no había dejado ninguna huella en el paraje por donde marchábamos. Me oprimía

su desordenado salvajismo, así como el aire pesado, los ruidos nocturnos, las ininteligibles conversaciones de nuestros primitivos acompañantes.

Al sexto día llegamos al poblado nativo. Tal vez unas trescientas chozas de madera se distribuían sobre un vasto prado, en un sitio donde dos ríos de modesto tamaño corrían juntos. Tuve la impresión de que allí había existido antes una población más grande, posiblemente hasta una ciudad, ya que en los márgenes del caserío vi herbosos montículos y promontorios, muy posiblemente el emplazamiento de antiguas ruinas. ¿O sería simplemente una ilusión? ¿Tanto necesitaba convencerme de que los sumaranos habían retrocedido desde que salieron de nuestro continente que tenía que ver pruebas de declinación y decadencia dondequiera que mirara?

Los lugareños nos rodearon: no hostiles, sólo curiosos. No era común para ellos ver gente del norte. Algunos se acercaron y me tocaron, una tímida palmada en el antebrazo, un tímido apretón en la muñeca, acompañados invariablemente por una rápida sonrisita. Esta gente de la jungla no parecía tener la hosca acritud de los que vivían en las chozas cerca del puerto. Eran más mansos, más abiertos, más infantiles. La poca cantidad de civilización veladana que había contagiado a la gente del puerto, les había oscurecido los espíritus; no sucedía lo mismo aquí, donde el contacto con norteños era menos frecuente.

Comenzó un interminable conciliábulo entre Schweiz nuestro guía y tres de los patriarcas de la aldea. Después de los primeros momentos, Schweiz quedó excluido: el guía, complaciéndose en largas cascadas de adornos verbales complementados con frenéticas gesticulaciones, parecía explicar una y otra vez lo mismo a los lugareños, que constantemente le ofrecían la misma serie de réplicas. Ni Schweiz ni yo pudimos entender una sílaba. Por fin el guía, aparentemente agitado, se volvió hacia Schweiz y le soltó una andanada de mannerangués con acento sumaranano, que a mí me resultó casi totalmente impenetrable, pero que Schweiz, con su pericia de mercader para comunicarse con extraños, logró descifrar. Finalmente Schweiz me dijo:

- Están dispuestos a vendernos la droga, siempre que podamos demostrarles que somos dignos de tenerla.

- ¿Cómo lo haremos?

- Tomando un poco con ellos esta noche, en un ritual de amor. Nuestro guía ha estado tratando de disuadirlos, pero no ceden. Si no hay comunión, no hay mercancía.

- ¿Hay riesgos? - pregunté.

Schweiz meneó la cabeza.

- A mí no me lo parece. Pero el guía tiene la idea de que sólo buscamos ganancia con la droga, que no nos proponemos utilizarla nosotros mismos, sino volver a Manneran y vender la que consigamos por muchos espejos, muchas varas caloríferas y muchos cuchillos. Como cree que no somos adictos a la droga, está tratando de protegernos de su influencia. También los pobladores creen que no somos adictos, y no quieren saber nada de entregar ni una pizca a quien se proponga simplemente comerciarla. Sólo la entregarán a creyentes sinceros.

- Es que somos creyentes sinceros - dije.

- Lo sé, pero no puedo convencer de eso a nuestro hombre. Conoce lo suficiente sobre los norteños para saber que no abren la mente en ningún momento, y quiere protegernos por nuestra enfermedad espiritual. Pero probaré de nuevo.

Entonces fueron Schweiz y nuestro guía quienes parlamentaron, mientras los jefes del poblado guardaban silencio. Adoptando los gestos y hasta el acento del guía, de modo que ambas partes de la conversación se me hicieron ininteligibles, Schweiz insistió, insistió e insistió, y el guía resistía a todo lo que el terrestre le decía, y me dominó un sentimiento de desesperación; estuve a punto de sugerir que nos diéramos por vencidos y volviéramos a Manneran con las manos vacías. Entonces, no sé cómo, Schweiz se hizo entender. El guía, todavía desconfiado, preguntó evidentemente a Schweiz si en verdad quería lo que decía querer, y Schweiz respondió enfáticamente que sí, y el guía, con aire

escéptico, se volvió una vez más hacia los jefes del poblado. Esta vez habló sólo brevemente con ellos, y luego brevemente de nuevo con Schweiz.

- Ya está arreglado - me dijo Schweiz -. Esta noche tomamos la droga con ellos. - Incliniéndose hacia mí, me tocó el codo -. Debes recordar algo. Cuando caigas bajo la influencia de la droga, ama. Si no puedes amarles, todo está perdido.

Me ofendió que le hubiera parecido necesario prevenirme.

42

Diez lugareños vinieron a buscarnos a la puesta del sol y nos llevaron a la selva, al este del poblado. Entre ellos había tres caciques y otros dos hombres viejos, junto con dos hombres jóvenes y tres mujeres. Una de las mujeres era una muchacha hermosa, otra una muchacha fea, y la tercera bastante vieja. Nuestro guía no fue con nosotros; no sé con seguridad si no fue invitado a la ceremonia o simplemente no tuvo ganas de participar.

Recorrimos una distancia considerable. Ya no podíamos oír los gritos de los niños en la aldea ni el ladrido de los animales domésticos. El sitio donde nos detuvimos era un claro apartado, donde habían sido derribados cientos de árboles, y los troncos podados estaban dispuestos en cinco hileras para cumplir la función de bancos, formando un anfiteatro pentagonal. En medio del claro había un hoyo recubierto de arcilla, y al lado un gran montón de leña pulcramente apilada; en cuanto llegamos, los dos jóvenes comenzaron a hacer una enorme hoguera. Más allá del montón de leña vi otro hoyo recubierto de arcilla, más o menos el doble de ancho que el cuerpo de un hombre grande; penetraba diagonalmente en el suelo y tenía aspecto de ser un pasaje bastante hondo, un túnel que llevaba a las profundidades del mundo. Al resplandor del fuego traté de atisbar en su interior pero no pude ver nada de interés.

Con ademanes, el sumarano nos indicó dónde debíamos sentarnos: en la base del pentágono. La muchacha fea se sentó a nuestro lado. A nuestra izquierda, junto a la entrada del túnel, se sentaron los tres jefes. En el rincón derecho opuesto se sentaron el anciano y una de las viejas; el otro anciano y la joven bella fueron al rincón izquierdo opuesto. Cuando estuvimos sentados, la oscuridad nos cubría. Ahora los sumaranos se quitaron la poca ropa que llevaban puesta, y al ver que evidentemente nos indicaban que hiciéramos lo mismo, Schweiz y yo nos desvestimos, amontonando nuestras vestimentas sobre los bancos, detrás nuestro. A una señal de uno de los jefes, la joven bella se levantó y se acercó al fuego, donde introdujo una rama hasta tener una antorcha; después, acercándose a la sesgada boca del túnel, se introdujo en él con dificultad, los pies primero, sosteniendo en alto la antorcha. Muchacha y antorcha desaparecieron de la vista por completo. Durante un momento pude ver la luz parpadeante del tizón que venía de abajo, pero pronto se apagó, lanzando una bocanada de humo negro hacia arriba. Poco después salió la joven, sin la antorcha. Llevaba en una mano una vasija roja de grueso borde; en la otra, una botella larga de cristal verde. Los dos ancianos - ¿sumos sacerdotes? - abandonaron los bancos y recibieron esos objetos de las manos de la mujer. Iniciaron un cántico disonante, y uno de ellos introdujo la mano en la vasija y sacó de ella un puñado de polvo blanco - ¡la droga! - y lo echó dentro de la botella. El otro sacudió solemnemente la botella de un lado a otro moviéndola como quien mezcla algo. Mientras tanto, la vieja - ¿una sacerdotisa? - se había postrado junto a la boca del túnel, y comenzó a salmodiar en otra entonación, un ritmo irregular y jadeante, mientras los dos hombres jóvenes arrojaban más leña al fuego. El cántico prosiguió durante muchos minutos más. Ahora la joven que había descendido al túnel - una moza delgada, de pechos altos, con largo y sedoso cabello pardo rojizo - recibió la botella de manos del anciano y la trajo a nuestro lado del fuego, donde la muchacha fea, adelantándose, la recibió en actitud reverente con ambas manos. Solemnemente la llevó hasta los tres

caciques sentados y la tendió hacia ellos. Entonces los caciques se unieron al cántico por primera vez. Lo que yo llamé en mi pensamiento el Rito del Ofrecimiento de la Botella siguió y siguió; al principio quedé fascinado, encontrando deleite en la rareza de la ceremonia, pero pronto me aburrí y tuve que entretenerme procurando inventar un contenido espiritual para lo que estaba ocurriendo. Decidí que el túnel simbolizaba el orificio genital del mundo - madre, la ruta hasta el útero, donde podía obtenerse la droga, hecha con una raíz, con algo que crecía bajo tierra. Ideé un complejo esquema metafórico que involucraba un culto materno, el significado simbólico de llevar una antorcha encendida al útero del mundo - madre, el uso de muchachas feas y bellas para representar la universalidad de la condición de mujer, los dos jóvenes guardianes del fuego como custodios de la potencia sexual de los caciques, y mucho más, todo disparejado, pero - según creí - un esquema bastante notable habiendo sido ideado por un burócrata como yo, sin grandes poderes intelectuales. Mi placer por mis propias reflexiones se evaporó bruscamente cuando advertí lo condescendiente que era mi actitud. Estaba tratando a esos sumaranos como a salvajes pintorescos, cuyos cánticos y ritos tenían un leve interés estético, pero que de ningún modo podían tener un contenido serio. ¿Quién era yo para adoptar tan altanera actitud? ¿Acaso no había acudido yo a ellos mendigándoles la droga esclarecedora que mi alma anhelaba? ¿Cuál de nosotros era entonces el ser superior? Me reproché mi esnobismo. Ama. Deja a un lado la sofisticación cortesana. Comparte su rito si puedes, y al menos no muestres desprecio hacia él, no sientas desprecio, no tengas desprecio. Ama. Ahora los caciques bebían, tomando cada uno un sorbo, devolviendo la botella a la joven fea, quien, cuando hubieron bebido los tres, comenzó a recorrer el círculo, llevando la botella primero a los ancianos, luego a la vieja, después a la muchacha bella, luego a los jóvenes custodios del fuego, luego a Schweiz, luego a mí. Al darme la botella, me sonrió. A la luz parpadeante del fuego me pareció súbitamente hermosa. El recipiente contenía un vino caliente y gomoso; casi sentí náuseas al beberlo. Pero bebí. La droga entró en mi estómago, y de allí pasó a mi alma.

43

Todos nos convertimos en uno, los diez lugareños y nosotros dos. Primero tuve las extrañas sensaciones ascendentes, el realce de la percepción, la pérdida de orientación, las visiones de luz celestial, los misteriosos sonidos; después vino el descubrimiento de otros latidos y ritmos corporales a mi alrededor, la duplicación, la superposición de conciencias; después vino la disolución del yo, y los que habíamos sido doce nos transformamos en uno solo. Me vi zambullido en un mar de almas y perecí. Fui arrastrado al Centro de Todas las Cosas. No tenía modo de saber si era Kinnall, el hijo del septarca, o Schweiz, el hombre de la vieja Tierra, o los custodios del fuego, o los jefes, o los sacerdotes, o las jóvenes, o la sacerdotisa, ya que estaban inextricablemente mezclados en mí, y yo en ellos. Y el mar de almas era un mar de amor. ¿Cómo podía ser otra cosa? Éramos cada uno de los demás. El amor por nosotros mismos nos ligaba a cada uno con cada uno, a todos con todos. El amor por uno mismo es el amor por los demás; el amor por los demás es el amor por uno mismo. Y yo amé. Supe con más claridad que nunca por qué Schweiz me había dicho «yo te amo» cuando salíamos del efecto de la droga por primera vez: esa frase extraña, tan obscena en Borthan, tan incongruente, en cualquier caso, cuando un hombre habla a otro. Dije a los diez sumaranos «yo te amo», aunque no en palabras, porque no tenía palabras que ellos entendieran, y aunque les hubiera hablado en mi propia lengua, y ellos hubieran comprendido, les habría ofendido la suciedad de mis palabras, porque entre los míos «yo te amo» es una obscenidad, y no hay modo de evitarlo. Yo te amo. Y fui sincero, y ellos aceptaron el regalo de mi amor. Yo, que era parte de ellos. Yo, que poco tiempo antes los había mirado con condescendencia,

como a divertidos seres primitivos que adoraban fogatas en el bosque. A través de ellos percibí los sonidos de la selva y la palpitación de las mareas; y sí, el amor misericordioso del gran mundo - madre, que suspira y tiembla bajo nuestros pies, y que nos ha otorgado la raíz de la droga para que curemos nuestros yoes divididos. Aprendí qué es ser un sumarano y vivir con sencillez en el sitio donde se juntan dos pequeños ríos. Descubrí cómo se puede carecer de terramóvil y de bancos y aun así pertenecer a la comunidad de la humanidad civilizada. Comprobé en qué clase de almas imperfectas se han convertido las gentes de Velada Borthan en nombre de la santidad, y cuán completo puede llegar a ser uno si sigue el camino de los sumaranos. Nada de esto me llegó en palabras, ni siquiera en imágenes, sino en un torrente de conocimientos que entraron y se hicieron parte de mí de un modo que no puedo describir ni explicar. Te oigo decir ahora que debo estar mintiendo, o que soy un perezoso, al ofrecerte tan pocos detalles específicos de la experiencia. Pero yo contesto que no se puede expresar en palabras lo que nunca estuvo en palabras. Uno puede probar sólo con aproximaciones, y el mejor esfuerzo no puede sino distorsionar la verdad, hacerla más burda. Pues debo transformar percepciones en palabras y anotarlas tal como mis habilidades me lo permiten, y después tú debes recoger mis palabras escritas y traducirlas al sistema de percepciones que tu mente habitualmente usa, y en cada etapa de esta transmisión se diluye un nivel de densidad, hasta que sólo queda la sombra de lo que me sucedió en aquel claro del bosque en Sumara Borthan. ¿Cómo explicarlo, entonces? Nos disolvimos unos en otros. Nos disolvimos en amor. Los que no teníamos ningún lenguaje en común alcanzamos una total comprensión de nuestros distintos yoes. Cuando al fin la droga perdió su dominio sobre nosotros, parte de mí quedó en ellos, y parte de ellos en mí. Si quieres saber más que eso, si quieres tener un vislumbre de lo que es ser liberado de la prisión de tu cráneo, si quieres sentir el gusto del amor por primera vez en tu vida, te digo: No busques explicaciones formuladas en palabras; llévate la botella a los labios. Llévate la botella a los labios.

44

Habíamos pasado la prueba. Nos darían lo que deseábamos. Después del amor compartido vino el regateo. Volvimos al poblado, y por la mañana los cargadores trajeron nuestros cajones de mercancía para el trueque, y los tres caciques sacaron tres rechonchas vasijas de arcilla, dentro de las cuales se veía el polvo blanco. Y amontonamos una alta pila de cuchillos, espejos y varas caloríferas, y ellos vertieron cuidadosamente un poco de polvo de dos de esas vasijas en la tercera. Schweiz hizo casi toda la negociación. El guía que habíamos traído desde la costa sirvió de poco, ya que, si bien sabía hablar el idioma de aquellos caciques, nunca había hablado con sus almas. De hecho, la negociación se invirtió súbitamente Schweiz, contento, agregaba más utensilios al precio, y los jefes respondían agregando más polvo a nuestro recipiente, riendo todos en una especie de histérico buen humor a medida que el certamen de generosidad se hacía más frenético. Al final dimos a los lugareños cuanto teníamos, guardándonos sólo unos pocos artículos para regalar a nuestro guía y a nuestros cargadores, y los lugareños nos dieron droga suficiente como para atraer a miles de mentes.

Cuando llegamos al puerto, el capitán Khrisch nos estaba esperando.

- Uno ve que les ha ido bien - comentó.

- ¿Tan evidente es? - pregunté.

- Cuando fueron a ese sitio, estaban preocupados. Al volver son hombres felices. Sí, es evidente.

La primera noche de nuestro viaje de regreso a Manneran, Schweiz me llamó a su camarote. Había sacado la vasija de polvo blanco y roto el sello. Vi cómo vertía cuidadosamente la droga en pequeños sobres, semejantes a aquél en el cual había venido la primera dosis. Trabajaba en silencio, mirándome apenas, llenando unos setenta

u ochenta sobres. Cuando hubo concluido, contó una docena y los apartó. Señalando los demás, dijo:

- Esos son para ti. Escóndelos bien en tu equipaje, o necesitarás todo tu poder en la Magistratura del Puerto para hacerlos pasar ante los cobradores aduaneros.

- Me has dado cinco veces más de lo que te llevas tú - protesté.

- Tú los necesitas más - me comentó Schweiz.

45

No entendí lo que quiso decir con eso hasta que estuvimos de vuelta en Manneran. Desembarcamos en Hilminor, pagamos al capitán Khrisch, pasamos por un mínimo de formalidades de inspección (¡qué confiados eran los funcionarios de puerto no hace tanto tiempo!), y partimos en nuestro terramóvil hacia la capital. Al entrar en la ciudad de Manneran por el camino de Sumar, pasamos por un atestado distrito de mercados y tiendas al aire libre, donde vi a miles de mannerangueses que se empujaban, regateaban, discutían. Los vi negociar con empeño y sacar formularios contractuales para cerrar trato. Vi sus caras fruncidas, cautelosas, los ojos inexpresivos y fríos. Y pensando en la droga que llevaba conmigo me dije: «Ojalá pudiera cambiar sus heladas almas». Tuve una visión en la que yo mismo andaba entre ellos, interpelando a desconocidos, llevando aparte a éste y a aquél, susurrando suavemente a cada uno: «Yo soy un príncipe de Salla y alto funcionario de la Magistratura del Puerto, que ha dejado de lado esas cosas vacías para traer felicidad al género humano, y quisiera mostrarte cómo encontrar la alegría mediante la exhibición. Confía en mí: Yo te amo». Sin duda, algunos huirían de mí en cuanto empezara a hablar, asustados por la obscenidad inicial de mi «yo soy», y otros quizá me oirían y luego me escupirían a la cara y me llamarían loco, y algunos tal vez buscarían a la policía; pero acaso habría unos pocos que escucharían, y se sentirían tentados, e irían conmigo a una tranquila habitación, cerca del puerto, donde podríamos compartir la droga sumarana. Una por una yo abriría las almas, hasta que en Manneran hubiera diez como yo, veinte, cien, una sociedad secreta de exhibicionistas, que se conocerían unos a otros por el cariño y el amor en los ojos, que irían por la ciudad sin miedo a decir «yo» o «mí» a los demás iniciados, que renunciarían no sólo a la gramática cortés, sino a todas las ponzoñosas negaciones del amor hacia sí mismo que el uso de esa gramática implicaba. Y entonces yo volvería a contratar al capitán Khrisch para un viaje a Sumara Borthan, y regresaría cargado con paquetes de polvo blanco, y seguía recorriendo Manneran, yo y aquellos que ya serían como yo, y nos acercaríamos a éste y a aquél, sonriendo, radiantes, para murmurar: «Quisiera mostrarte cómo encontrar alegría mediante la exhibición. Confía en mí: yo te amo».

En esta visión no había ningún papel para Schweiz. Éste no era su planeta; no le correspondía transformarlo. Lo único que le interesaba era su necesidad espiritual privada, su ansia de alcanzar un sentido de lo divino. Ya había iniciado ese trayecto, y podía contemplarlo por su cuenta, aparte. Schweiz no necesitaba andar a escondidas por la ciudad, seduciendo a desconocidos. Y por eso me había dado la porción más grande de nuestro botín sumarano: yo era el evangelista, yo era el nuevo profeta, yo era el mesías de la apertura, y Schweiz lo advirtió antes que yo. Hasta entonces, él había sido el líder: ganándose mi confianza, logrando que yo probara la droga, atrayéndome hacia Sumara Borthan, utilizando mi poder en la Magistratura del Puerto, manteniéndome a su lado como compañía, tranquilidad y protección. Yo había estado siempre a su sombra. Ahora él dejaría de eclipsarme. Y, con mis pequeños envoltorios, yo iniciaría solo la campaña para cambiar un mundo.

Era un papel que aceptaba con agrado. Toda mi vida un hombre u otro había prevalecido sobre mí, de modo que, pese a toda mi fuerza física y a mi capacidad mental, había llegado a considerarme inferior. Acaso sea un defecto natural por haber nacido

segundo hijo de un septarca. Primero había sido mi padre, a quien nunca pude aspirar a igualar en autoridad, agilidad ni poderío; después Stirron, cuyo reinado no me trajo sino exilio; luego mi patrón en el campamento maderero glinés; más tarde Segvord Helalam, y por último Schweiz. Todos habían sido hombres decididos y prestigiosos, que sabían cuál era su estilo en nuestro mundo y lo conservaban, mientras yo vagaba en frecuente perplejidad. Ahora, en la mitad de mis años, podía emerger por fin. Tenía una misión. Tenía una finalidad. Las tejedoras de la divina trama me habían conducido a ese sitio, habían hecho de mí lo que era, me habían preparado para mi tarea. Acepté el mandato con alegría.

46

Había una mujer joven a quien yo mantenía para mi diversión en un cuarto, en el lado sur de Manneran, en la maraña de viejas calles detrás de la Capilla de Piedra. Afirmaba ser hija bastarda del duque de Kongoroi, engendrada cuando éste cumplía una visita oficial a Manneran en los días en que reinaba mi padre. Tal vez lo que contaba fuera cierto. Ella lo creía, sin duda. Tenía la costumbre de ir dos o tres veces por luna a visitarla para una hora de placer, cada vez que me sentía demasiado asfixiado por la rutina de mi vida, cada vez que sentía la garganta apretada por la mano del aburrimiento. Era simple, pero apasionada: vigorosa, accesible, nada exigente. Yo no le oculté mi identidad, pero no le daba nada de mi yo interior, ni ella esperaba que lo hiciera: hablábamos muy poco, y no era amor lo que había entre nosotros. A cambio de lo que costaba su hospedaje, me dejaba hacer uso ocasional de su cuerpo, y la transacción no era más compleja que eso: un contacto entre pieles, un estornudo de las entrañas. Ella fue la primera a quien di la droga. La mezclé con vino dorado.

- Beberemos esto - le dije, y cuando me preguntó por qué respondí -: Nos acercará más.

Ella preguntó, sin mucha curiosidad, qué nos haría, y yo expliqué:

- Abrirá a uno ante el otro, y hará transparentes todos los muros.

No formuló ninguna protesta; no hubo discursos sobre el Pacto, ni lamentos por la invasión del fuero íntimo, ni sermones con respecto a los males del exhibicionismo. Hizo lo que se le decía, convencida de que yo no le causaría ningún daño. Tomamos la dosis y luego nos tendimos desnudos en el diván, esperando que comenzara el efecto. Yo le acariciaba los frescos muslos, le besaba las puntas de los senos, le mordisqueaba juguetonamente los lóbulos, y pronto empezó la extraña sensación, el zumbido y la ráfaga de aire, y comenzamos a detectarnos mutuamente los latidos y el pulso.

- Oh - exclamó ella -. ¡Oh, qué rara se siente una!

Pero no se asustó. Nuestras almas flotaron juntas a la deriva y se fusionaron en la clara luz blanca que venía del Centro de Todas las Cosas. Y descubrí cómo es tener sólo un tajo entre los muslos, y aprendí cómo es agitar los hombros y hacer que se choquen unos pesados senos, y sentí óvulos que vibraban impacientes en mis ovarios. En el apogeo del viaje unimos nuestros cuerpos. Sentí que mi vara se deslizaba en mi caverna. Sentí que me movía contra mí mismo. Sentí la lenta succión de la marea oceánica del éxtasis que empezaba a elevarse en alguna parte de mi oscuro centro ardiente y húmedo, y sentí la danza del cálido y punzante cosquilleo del éxtasis inminente a lo largo de mi instrumento, y sentí el duro e hirsuto escudo de mi pecho aplastando los tiernos globos de mis senos, y sentí labios sobre mis labios, lengua sobre mi lengua, alma en mi alma. Esta unión de nuestros cuerpos duró horas, o así pareció. Y en ese lapso mi yo estuvo abierto para ella, de modo que pudo ver en él todo lo que quiso: mi adolescencia en Salla, mi fuga a Glin, mi casamiento, mi amor hacia mi hermana vincular, mis debilidades, mis autoengaños, y miré en ella y vi su dulzura, el vértigo, la primera vez que encontró sangre sobre los muslos, la otra sangre de un momento posterior, la imagen de Kinnall Darival tal como ella

la lleva en su mente, los vagos e informes mandamientos del Pacto, y todo el resto de su moblaje mental. Entonces nos arrebataron las tempestades de nuestros sentidos. Sentí su orgasmo y el mío, el mío y el mío, el suyo y el suyo, la doble columna de frenesí que era una sola, el espasmo y el borbotón, el empuje y el empuje, el ascenso y la caída. Yacimos sudorosos, pegajosos y exhaustos, la droga todavía atronando a través de nuestras mentes unidas. Abrí los ojos y vi los suyos, desenfocados, las pupilas dilatadas. Ella me miró con una sonrisa asimétrica.

- Yo... yo... yo... yo... yo - dijo -. ¡Yo! - Tanto la maravilló esto que pareció deslumbrarla -. ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!

Depositó un beso entre sus senos y sentí yo mismo el roce de mis labios.

- Yo te amo - dije.

47

Había en la Magistratura un escribiente llamado Ulman, que tenía la mitad de mis años y evidentemente prometía, a quien yo había llegado a estimar. Conocía mi poder y mi estirpe y no me reverenciaba por eso; su respeto hacia mí se basaba enteramente en mi habilidad para evaluar y tratar los problemas de la Magistratura. Un día le retuve después de hora y le llamé a mi oficina cuando los demás se marcharon.

- Hay una droga en Samara Borthan - le dije - que permite a una mente penetrar libremente en otra.

Sonrió diciendo que había oído hablar de eso, sí, pero tenía entendido que era difícil de conseguir y peligrosa de usar.

- No hay peligro - contesté -. Y en cuanto a la dificultad de obtenerla...

Saqué uno de mis pequeños envoltorios. Su sonrisa no se desvaneció, aunque le asomaron unas manchas de color a las mejillas. Tomamos la droga juntos en mi oficina. Horas más tarde, cuando partimos hacia nuestros hogares, le di un poco para que pudiera tomarla con su mujer.

48

En la Capilla de Piedra me atreví a acercarme a un desconocido, un hombre bajo y robusto, de ropas principescas, posiblemente un miembro de la familia del septarca. Tenía la mirada clara y serena de un hombre de buena fe, y el aplomo de quien ha mirado dentro de sí mismo y no está disgustado por lo que ha visto. Pero cuando le dije mis palabras, me apartó de un empujón y me maldijo con tal furia que su ira se volvió contagiosa; enfurecido por sus palabras, estuve a punto de golpearlo con frenesí ciego. «¡Exhibicionista! ¡Exhibicionista!» El grito despertó ecos en el edificio sagrado, y de los cuartos de meditación salió gente a mirar, extrañada. Fue la peor vergüenza que había sentido en años. Mi exaltada misión entró en otra perspectiva: la vi como sucia, y a mí mismo como algo despreciable, un hombre que se arrastraba furtivamente como un perro, empujado por quién sabe qué compulsión a mostrar su andrajosa alma a desconocidos. Se fue la ira y vino el miedo: me escabullí entre las sombras y salí por una puerta lateral, temiendo ser arrestado. Durante una semana anduve de puntillas, siempre mirando atrás por encima del hombro. Pero nada me persiguió, salvo los remordimientos de conciencia.

49

El momento de inseguridad pasó. Volví a ver intacta mi misión, y reconocí el mérito de lo que me había comprometido a llevar a cabo, y no sentí más que pena por el hombre que en la Capilla de Piedra había desdeñado mi regalo. Y en una sola semana hallé a tres

desconocidos que quisieron compartir la droga conmigo. Me pregunté cómo podía haber dudado de mí mismo. Pero me esperaban otros momentos de duda.

50

Procuré establecer una base teórica para mi uso de la droga, construir una nueva teología de amor y apertura. Estudié el Pacto y muchos de sus comentarios, procurando descubrir por qué los primeros colonizadores de Velada Borthan habían considerado necesario deificar la desconfianza y el ocultamiento. ¿Qué temían? ¿Qué esperaban preservar? Hombres oscuros en una época oscura, por cuyos cráneos merodeaban serpientes mentales. No alcancé a comprenderles verdaderamente. Estaban convencidos de su propia virtud. Habían actuado con la mejor intención. No impondrás la interioridad de tu alma a tu semejante. No examinarás demasiado las necesidades de tu propio yo. Te negarás los placeres fáciles de la conversación íntima. Te presentarás solo ante tus dioses. Y así habíamos vivido cientos de años, sin indagar, obedientes, manteniendo el Pacto. Tal vez ahora nada conserva vivo al Pacto, para la mayoría de nosotros, salvo la simple cortesía: no nos gusta molestar a los demás exhibiéndonos, y así seguimos encerrados, mientras nuestras heridas internas se infectan, y hablamos nuestro lenguaje de cortesía en tercera persona. ¿Era tiempo de crear un nuevo Pacto? ¿Un vínculo de amor, un testamento de comunión? En casa, oculto en mis habitaciones, me esforcé por escribir uno. ¿Qué podía decir que fuera creído? Que nos había ido bastante bien siguiendo los antiguos preceptos, pero a un coste personal atroz. Que las peligrosas condiciones de la primera colonización ya no regían entre nosotros, y ciertas costumbres, al haberse convertido más en impedimentos que en ventajas, podían ser desechadas. Que las sociedades deben evolucionar para no decaer. Que amar es mejor que odiar, y confiar mejor que desconfiar. Pero poco de lo que escribí me convenció siquiera a mí. ¿Por qué atacaba el orden de cosas establecido? ¿Por profunda convicción, o sólo por ansia de placeres impuros? Era un hombre de mi época estaba firmemente plantado en la roca de mi educación, aunque luchaba por convertir esa roca en arena. Atrapado en la tensión entre mis creencias antiguas y mis creencias nuevas, todavía informes, saltaba mil veces al día de uno a otro polo, de la vergüenza a la exaltación. Una tarde, cuando trabajaba en el borrador del preámbulo al nuevo Pacto, mi hermana vincular entró inesperadamente en mi estudio.

- ¿Qué estás escribiendo? - preguntó en tono agradable.

Yo cubrí una hoja con otra hoja. Mi cara debió reflejar mi incomodidad, pues la suya mostró señales de disculpa por la intromisión.

- Informes oficiales - contesté -. Tonterías. Aburridas trivialidades burocráticas.

Esa noche, en un paroxismo de desprecio hacia mí mismo, quemé todo lo que había escrito.

51

En esas semanas emprendí muchos viajes de exploración a tierras desconocidas. Amigos, extraños, conocidos casuales, una amante: compañeros de extraños viajes. Pero en toda la fase inicial de mi tiempo de cambios no dije ni una palabra a Halum sobre la droga. Compartirla con ella había sido mi objetivo original, el que primero había llevado la droga a mis labios. Sin embargo, temía proponérselo. Era cobardía lo que me impedía actuar: ¿qué pasaría si, llegando a conocerme demasiado bien, dejaba de quererme?

52

Varias veces estuve a punto de abordar el tema con ella. Me contuve. No me atrevía a ir hacia ella. Si quieres, puedes medir mi sinceridad por mi vacilación; ¿era de veras tan puro mi nuevo credo de apertura - te preguntarás - si sentía que mi hermana vincular estaría por encima de tal comunión? Pero no pretendo que haya habido entonces coherencia en mi modo de pensar. Mi liberación de los tabúes de la exhibición era un acto de voluntad, no una evolución natural, y constantemente debía luchar contra los antiguos hábitos de nuestra costumbre. Aunque hablaba en «yo» y «mí» con Schweiz y con algunos de los otros que habían compartido conmigo la droga, nunca me sentía cómodo al hacerlo. Vestigios de mis ataduras rotas seguían uniéndose furtivamente para sujetarme. Miraba a Halum y sabía que la amaba, y me decía que el único modo de realizar ese amor era mediante la fusión de su alma y la mía, y en mi mano estaba el polvo que nos uniría. Y no me atrevía. Y no me atrevía.

53

La decimosegunda persona con quien compartí la droga sumarana fue mi hermano vincular Noim. Noim estaba en Manneran pasando una semana como invitado mío. Había llegado el invierno, trayendo nieve a Glin, fuertes lluvias a Salla, y sólo niebla a Manneran, y no hacía falta empujar mucho a los norteños para que fueran a nuestra cálida provincia. No había visto a Noim desde el verano anterior, cuando cazamos juntos en las Huishtor. Ese año pasado nos habíamos alejado un poco; en cierto sentido, Schweiz había llegado a ocupar el sitio de Noim en mi vida, y ya no necesitaba tanto a mi hermano vincular.

Noim era ahora un rico terrateniente en Salla, pues había recibido la herencia de la familia Condorit, y además las tierras de los parientes de su mujer. Al llegar a la edad adulta se había puesto rollizo, aunque no obeso; el ingenio y la sagacidad no estaban muy ocultos debajo de esas nuevas capas de carne. Se le veía elegante y bien cuidado, la oscura piel sin manchas, labios carnosos, complacientes, y redondos ojos sardónicos. Poco era lo que escapaba a su perspectiva. Al llegar a mi casa me observó con gran atención, como si me contara los dientes y las arrugas que rodeaban mis ojos, y después de los formales saludos fraterno - vinculares, después de presentar su regalo y el que traía de Stirron, después de que firmamos el contrato entre anfitrión y huésped, dijo inesperadamente:

- ¿Estás en aprietos, Kinnall?

- ¿Por qué lo preguntas?

- Tienes la cara más afilada. Has adelgazado. La boca... la tienes fija en una sonrisa nerviosa que no anuncia un interior tranquilo. Tus ojos están enrojecidos y no quieren mirar directamente a otros ojos. ¿Pasa algo?

- Estos han sido los meses más felices en la vida de uno - dije, tal vez con vehemencia un poco excesiva.

Noim hizo caso omiso de mis palabras.

- ¿Tienes problemas con Loimel?

- Ella sigue su camino, y uno sigue el suyo.

- ¿Dificultades en el trabajo de la Magistratura, entonces?

- Por favor, Noim, ¿no quieres creer que...?

- Hay cambios grabados en tu rostro - dijo -. ¿Niegas que ha habido cambios en tu vida?

Me encogí de hombros.

- ¿Y si así fuera?

- ¿Cambios para peor?

- Uno no lo cree.

- Te muestras evasivo, Kinnall. Vamos; ¿para qué está un hermano vincular sino para compartir problemas?

- No hay problemas - insistí.

- Está bien.

Y abandonó el tema. Pero esa noche vi que me observaba y de nuevo al día siguiente, durante la comida matinal; me estudiaba, me sondeaba. Nunca había podido ocultarle nada. Sentados con una botella de vino azul, hablamos de la cosecha de Salla, hablamos del nuevo programa de Stirron para reformar la estructura impositiva, hablamos de las renovadas tensiones entre Salla y Glin, las sangrientas incursiones fronterizas que recientemente me habían costado la vida de una hermana. Y, mientras tanto, Noim me observaba. Halum cenó con nosotros, y conversamos sobre nuestra infancia, y Noim me observaba. Flirteó con Loimel, pero sus ojos no se apartaban de mí. La hondura e intensidad de esa preocupación me produjo zozobra. Pronto haría preguntas a otros, procurando obtener alguna idea acerca de lo que podía estar inquietándome, y tal vez así suscitaría en ellos curiosidades molestas. No podía dejarle ignorante de la experiencia central en la vida de su hermano vincular. La segunda noche, tarde, cuando todos los demás se habían acostado, llevé a Noim a mi estudio, abrí el lugar secreto donde almacenaba el polvo blanco, y le pregunté si sabía algo acerca de la droga sumarana. Afirmó no haber oído hablar de ella. Le describí brevemente los efectos. La expresión se le oscureció; pareció retraerse, encerrándose en sí mismo.

- ¿Usas a menudo esta sustancia? - preguntó.

- Hasta ahora once veces.

- Once... ¿Por qué, Kinnall?

- Para conocer la índole del propio yo, mediante la comunión de ese yo con otros.

- ¿Exhibicionismo, Kinnall?

- Uno, al llegar a la madurez, descubre raras aficiones.

- ¿Y con quién has jugado a este juego?

- Los nombres no importan. Con nadie que tú conozcas. Gentes de Manneran, aquellos en cuyas almas hay algo de aventura, aquellos que están dispuestos a correr riesgos.

- ¿Loimel?

Ahora lancé yo el bufido.

- ¡Jamás! No sabe nada de esto.

- ¿Halum, entonces?

Meneé la cabeza.

- Uno quisiera haber tenido el valor de acercarse a Halum. Hasta ahora, uno le ha ocultado todo. Uno teme que sea demasiado virginal, demasiado fácil de escandalizar. Es triste, verdad, Noim, cuando uno tiene que esconder a su hermana vincular algo tan exaltante como esto, tan maravillosamente gratificante.

- También a su hermano vincular - observó con irritación.

- Uno te lo habría dicho tarde o temprano - dije -. Se te habría ofrecido la oportunidad de experimentar la comunión.

Los ojos de Noim relampaguearon.

- ¿Crees que yo aceptaría?

La obscenidad deliberada no me produjo más que una leve sonrisa.

- Uno tiene la esperanza de que su hermano vincular comparta todas sus experiencias.

En este momento, la droga abre una brecha entre nosotros. Uno ha ido varias veces a un sitio que tú nunca has visitado. ¿Entiendes, Noim?

Noim entendía. Se sentía tentado; vacilaba al borde del abismo; se mordisqueaba los labios y se tironeaba los lóbulos, y todo lo que pasaba por su mente era tan transparente para mí como si ya hubiéramos compartido el polvo sumarano. Estaba preocupado por mí; sabía que me había desviado seriamente del Pacto, y que pronto podía verme en graves aprietos espirituales y jurídicos. En cuanto a él, le roía la curiosidad; sabía que exhibirse con el propio hermano vincular no era un gran pecado, y anhelaba de algún modo conocer el tipo de comunión que acaso pudiese lograr conmigo bajo el efecto de la

droga. Además, sus ojos revelaban un resplandor de celos, porque yo me había desnudado ante éste y ése y aquél, desconocidos sin importancia, y no ante él. Te digo que en ese momento comprendí estas cosas, aunque las confirmé más tarde, cuando el alma de Noim se abrió para mí.

Nada nos dijimos sobre estas cuestiones durante varios días. Noim fue conmigo a mi oficina, y presencié admirado cómo yo administraba asuntos de la mayor importancia nacional. Vio las reverencias con que los empleados se acercaban y se retiraban en mi presencia, y también al escribiente Ulman, que había tomado la droga, y cuya tranquila familiaridad conmigo despertó vibraciones suspicaces en las sensibles antenas de Noim. Visitamos a Schweiz, y vaciamos muchas botellas de buen vino, y ebrios discutimos sobre temas religiosos con seriedad y entusiasmo. (Dijo Schweiz: «Toda mi vida ha sido una búsqueda de razones plausibles para creer en lo que sé irracional».) Noim advirtió que Schweiz no siempre acataba las finuras gramaticales. Otra noche cenamos con un grupo de nobles mannerangueses en una voluptuosa casa de las colinas, sobre la ciudad: hombres pequeños que parecían pájaros, nerviosos y engalanados en exceso, y jóvenes esposas, enormes y bellas. A Noim le desagradaron estos duques y barones decadentes, que hablaban de comercio y joyas, pero se exacerbó más aún cuando la charla tocó el tema del rumor según el cual ahora se podía conseguir en la capital una droga llegada del continente sur, una droga que abría la mente. Ante esto, sólo emití unas corteses interjecciones de sorpresa; Noim me miró furioso por tanta hipocresía, y hasta rechazó un plato de suave coñac mannerangués, tan tensos tenía los nervios. Al día siguiente fuimos juntos a la Capilla de Piedra; no para drenarnos, sino simplemente para contemplar las reliquias de épocas tempranas, ya que Noim se interesaba ahora en las antigüedades. El drenador Jidd cruzó casualmente el claustro durante sus devociones y me miró con una sonrisa peculiar: vi que Noim calculaba en seguida si yo habría arrastrado incluso al sacerdote a mis subversiones. Durante esos días se acumulaba en Noim una ardiente tensión, pues era evidente que ansiaba volver al tema de nuestra conversación inicial, pero no llegaba a decidirse. Yo no hice nada por replantear la cuestión. Fue Noim quien tomó finalmente la iniciativa, la víspera de su partida de vuelta a Salla.

- Esa droga tuya... - comenzó con voz ronca.

Según dijo, sentía que no podía considerarse mi verdadero hermano vincular si no la probaba. Le costó mucho pronunciar estas palabras. La agitación le había arrugado las elegantes ropas, y sobre el labio superior tenía una fina hilera de gotas de sudor. Fuimos a una habitación donde nadie podría interrumpirnos, y preparé la poción. Cuando tomó la botella me lanzó brevemente su sonrisa familiar, descarada, socarrona y audaz, pero la mano le temblaba tanto que estuvo a punto de derramar la bebida. La droga nos hizo efecto rápidamente a los dos. Era una noche de espesa humedad, con una densa niebla gris que cubría la ciudad y los suburbios, y me pareció que por la ventana parcialmente abierta penetraban en nuestra habitación jirones de esa niebla; vi hebras de nube, trémulas y vibrantes, que nos buscaban, danzando entre mi hermano vincular y yo. Las sensaciones iniciales de ebriedad inquietaron a Noim, hasta que le expliqué que todo era normal; los dobles latidos del corazón, la cabeza algodonosa, los agudos sonidos quejumbrosos en el aire. Ya estábamos abiertos. Miré dentro de Noim y vi no sólo su yo sino su imagen de su yo, cubierta de vergüenza y desprecio por sí mismo; había en Noim una feroz y ardiente abominación de sus imaginarios defectos, y los defectos eran muchos. Se consideraba culpable de pereza, indisciplina y ambición, irreligiosidad, poca preocupación por las obligaciones elevadas, y debilidades físicas y morales. No pude comprender por qué se veía así, ya que el verdadero Noim estaba allí, junto a la imagen, y el verdadero Noim era un hombre de espíritu tenaz, leal con aquellos a quienes amaba, duro para juzgar la estupidez, lúcido, apasionado, enérgico. El contraste entre el Noim de Noim y el Noim del mundo era sorprendente: parecía capaz de evaluarlo todo correctamente, menos sus propios méritos. Ya había visto antes esa clase de

disparidades en los viajes con la droga; a decir verdad, eran universales en todos menos en Schweiz, que no había sido preparado para la autonegación desde la infancia; sin embargo, eran más marcadas en Noim que en cualquier otro.

También vi, como había visto antes, mi propia imagen refractada a través de la sensibilidad de Noim: un Kinnall Darival mucho más noble que el que yo reconocía. ¡Cómo me idealizaba! Yo era todo lo que él anhelaba ser, un hombre de acción y coraje, que ejercía el poder; un enemigo de todo lo frívolo, que practicaba la más severa devoción y disciplina interior. Sin embargo, esta imagen comenzaba a mostrar señales de deterioro, porque, ¿acaso ahora no era también yo un exhibicionista que violaba el Pacto, que había hecho esto y eso y aquello y lo otro con once desconocidos, y que ahora había seducido a su propio hermano vincular para hacer un experimento criminal? Y también Noim encontró en mí la verdadera hondura de mis sentimientos hacia Halum, y al hacer este descubrimiento, que confirmaba antiguas sospechas, volvió a modificar su imagen de mí, no para mejorarla. Mientras tanto, yo le mostraba a Noim cómo le había visto siempre - rápido, inteligente, capaz - y también le mostré a su propio Noim, así como al Noim objetivo, mientras él me ofrecía una visión de mis yoes que él podía ver ahora junto a ese Kinnall idealizado. Estas exploraciones mutuas continuaron largo rato. Pensé que el intercambio era de un valor inmenso, pues sólo con Noim podía yo alcanzar la hondura de una perspectiva necesaria, el adecuado paralaje de carácter, y él sólo conmigo; teníamos grandes ventajas respecto de dos extraños que se encuentran por primera vez mediante la droga sumarana. Cuando el hechizo de la poción empezó a disiparse, me sentí exhausto por la intensidad de nuestra comunión, y también ennoblecido, exaltado, transformado.

No ocurrió lo mismo con Noim. Se le notaba agotado y frío. Apenas podía levantar los ojos hasta los míos. Tan frígido era su talante que no me atreví a intervenir; permanecí en silencio, aguardando a que se recobrará. Por fin dijo:

- ¿Ya terminó todo?

- Sí.

- Prométeme una cosa, Kinnall. ¿Lo prometerás?

- Di qué es, Noim.

- ¡Que nunca harás esto con Halum! ¿Lo prometes? ¿Lo prometes, Kinnall? Nunca. Nunca. Nunca.

54

Varios días después de la partida de Noim, no sé qué impulso culpable me llevó a la Capilla de Piedra. Para matar el tiempo hasta que Jidd pudiera recibirme, recorrí los pasillos y recovecos del oscuro edificio, deteniéndome ante altares, inclinándome humildemente ante semiciegos eruditos del Pacto que discutían en un patio, rechazando ambiciosos drenadores menores que, al reconocermé, me ofrecían sus servicios. Por todos lados me rodeaban las cosas de los dioses, y no conseguí detectar la divina presencia. Quizá Schweiz hubiera encontrado la divinidad a través de las almas de otros hombres, pero yo, al entregarme a la exhibición, había perdido de algún modo esa otra fe, y no me importaba. Sabía que tarde o temprano hallaría el camino de vuelta a la gracia a través de este nuevo tributo de amor y confianza que esperaba ofrecer. Por eso merodeé en el sagrario de los sagrarios como un simple turista.

Me presenté ante Jidd. No había tenido ningún drenaje desde inmediatamente después de la primera vez que Schweiz me dio la droga sumarana. Así lo hizo notar el hombrecito de nariz ganchuda cuando me entregó el contrato. Presiones de la Magistratura, expliqué, y Jidd meneó la cabeza emitiendo un sonido reprobatorio.

- Debes de estar lleno a rebosar - dijo.

No le respondí: me acomodé ante su espejo para mirar fijamente el rostro enjuto y poco familiar que lo habitaba. Me preguntó qué dios quería, y le contesté que el dios de los inocentes. Entonces me lanzó una mirada extraña. Se encendieron las luces sagradas. Con palabras suaves, Jidd me condujo al semitrance de la confesión. ¿Qué podía decir yo? ¿Que ignorando mi juramento había seguido usando la pócima de la exhibición con todo aquel que la aceptara de mí? Quedé en silencio. Jidd me agujoneó. Hizo algo que, por cuanto yo sabía, nunca había hecho antes un drenador: habló de un drenaje previo, pidiéndome que volviese a hablar de la droga cuyo uso había admitido antes. ¿Había vuelto a usarla? Acerqué la cara al espejo, nublándolo con mi aliento. Sí. Sí. Uno es un miserable pecador y ha sido débil una vez más. Entonces Jidd me preguntó cómo había obtenido esa droga, y yo respondí que la primera vez la había tomado en compañía de uno que la había comprado a un hombre que había estado en Sumara Borthan. Sí, dijo Jidd; y ¿cómo se llamaba ese compañero? Fue una torpeza: inmediatamente me puse en guardia. Me parecía que la pregunta de Jidd iba mucho más allá de las necesidades de un drenaje, y por cierto que no podía tener nada que ver con mi propia situación en ese momento. Por lo tanto me negué a darle el nombre de Schweiz, lo cual impulsó al drenador a preguntarme, con cierta aspereza, si temía que él fuese a transgredir el secreto del ritual.

¿Lo temía? En algunas ocasiones había ocultado cosas a un drenador por vergüenza, pero nunca porque temiera una traición. Yo era ingenuo, y tenía fe en la ética del sagrario. Sólo entonces, repentinamente suspicaz, con esa sospecha que el mismo Jidd había sembrado, desconfié de él y de toda su tribu. ¿Por qué quería saber? ¿Qué información buscaba? ¿Qué podía ganar él, o yo, con revelarle dónde obtenía la droga? Tensamente respondí:

- Uno busca perdón sólo para uno mismo, y ¿cómo puede obtenerlo revelando el nombre de su compañero? Que él haga su propia confesión.

Pero, naturalmente, no había ninguna posibilidad de que Schweiz acudiese a un drenador; así había llegado yo a jugar con las palabras ante Jidd. Su drenaje había perdido todo valor, dejándome con una cáscara vacía.

- Si quieres recibir la paz de los dioses, debes revelar plenamente tu alma - dijo Jidd.

¿Cómo podía hacer tal cosa? ¿Confesar que había seducido a once personas para que se exhibiesen? No necesitaba el perdón de Jidd. No tenía fe en su buena voluntad. Me incorporé bruscamente, un tanto mareado por haber estado arrodillado a oscuras, vacilando un poco, casi tambaleante. El rumor distante de un himno cantado pasó flotando ante mí, junto con un rastro del aroma que despedía el precioso incienso de una planta de las Tierras Bajas Húmedas.

- Hoy uno no está preparado para el drenaje - le dije a Jidd -. Uno debe examinar con más atención su alma.

Y me eché a andar hacia la puerta dando tumbos. Jidd miró perplejo el dinero que yo le había dado.

- ¿Y el dinero? - preguntó.

Le contesté que podía guardárselo.

55

Los días se convirtieron en meras habitaciones vacías que separaban un viaje con la droga del siguiente. Yo flotaba a la deriva entre mis responsabilidades, ocioso e indiferente, sin ver nada de lo que me rodeaba, viviendo solamente para mi próxima comunión. El mundo real se disolvió; perdí interés en el sexo, el vino, la comida, los manejos de la Magistratura del Puerto, la fricción entre provincias contiguas a Velada Borthan, y todas las otras cosas, que para mí ya no eran más que sombras de sombras. Posiblemente estuviese usando la droga con demasiada frecuencia. Adelgazaba y existía

en una perpetua niebla de turbia luz blanca. Tenía dificultades para dormir, y me sorprendía retorciéndome y moviéndome durante horas, sujeto al colchón por una manta de bochornoso aire tropical; insomne, macilento, con los globos oculares doloridos e irritación bajo los párpados. Estaba cansado de día y adormilado de noche. Pocas veces hablaba con Loimel; tampoco la tocaba, y casi nunca tocaba a ninguna otra mujer. Una vez me quedé dormido a mediodía, mientras almorzaba con Halum. Escandalicé al Gran Juez Kalimol contestando a una de sus preguntas con esta frase: «A mí me parece...». El viejo Segvord Helalam me dijo que tenía aspecto de enfermo, y sugirió que fuera a cazar con mis hijos a las Tierras Bajas Abrasadas. No obstante, la droga tenía el poder de hacerme vivir. Busqué a otros para compartirla, y me resultó cada vez más fácil establecer contacto con ellos, pues ahora me eran traídos a menudo por quienes ya habían hecho el viaje interior. Eran un grupo peculiar: dos duques, un marqués, una prostituta, un archivero real, un capitán de navío llegado de Glin, la amante de un septarca, un director del Banco Comercial y Marítimo de Manneran, un poeta, un abogado de Velis que fue a consultar al capitán Khrisch, y muchos más. El círculo de los que nos exhibíamos se ensanchaba. Mi provisión de droga casi se había acabado, pero ahora algunos de mis nuevos amigos hablaban de preparar una nueva expedición a Sumara Borthan. Ya éramos cincuenta. El cambio se estaba volviendo contagioso; había una epidemia en Manneran.

56

A veces, inesperadamente, en el tiempo vacío y muerto entre una comunión y otra, sufría una extraña confusión del yo. Un bloque de experiencia prestada, que yo había almacenado en las oscuras profundidades de mi mente, solía liberarse y subir flotando a los niveles superiores de la conciencia, mezclándose con mi propia identidad. Seguía sabiendo que era Kinnall Darival, hijo del septarca de Salla, y sin embargo aparecía de pronto entre mis recuerdos el segmento del yo de Noim, o de Schweiz, o de uno de los sumaranos, o de algún otro de aquellos con quienes había compartido la droga. Durante ese empalme de yoes - un instante, una hora, medio día - iba de un lado a otro inseguro de mi pasado, sin poder determinar si algo que estaba fresco en mi mente me había sucedido realmente o me había llegado a través de la droga. Esto era inquietante, pero no realmente aterrador, salvo las dos o tres primeras veces. Por último aprendí a distinguir esos recuerdos que no eran míos de aquellos que pertenecían a mi auténtico pasado, mediante la familiarización con las texturas de unos y otros. Comprendí que la droga me había convertido en muchas personas. ¿No era mejor ser muchos que ser algo menos que uno?

57

A principios de la primavera se abatió sobre Manneran un calor lunático, acompañado por lluvias tan frecuentes que toda la vegetación de la ciudad enloqueció, y habría devorado todas las calles si no se la hubiera cortado todos los días. Por todas partes había verde, verde, verde: un halo verde en el cielo, una cascada de lluvia verde, una verde luz solar atravesando a veces las nubes, hojas verdes anchas y lustrosas desenroscándose en cada balcón y en cada parcela ajardinada. Hasta el alma de un hombre puede enmohecerse en ese ambiente. Verdes eran también los toldos de la calle de los mercaderes de especias. Loimel me había dado una larga lista de cosas para comprar, manjares de Threish y Velis y las Tierras Bajas Húmedas, y como un dócil marido fui a buscarlas, pues la calle de las especias distaba poco de la Magistratura. Loimel preparaba un gran banquete para celebrar el Día del Nombre de nuestra hija menor, quien al fin recibiría el nombre adulto que le destinábamos: Loimel. Todos los

personajes de Manneran habían sido invitados a presenciar cómo mi esposa adquiriría una tocaya. Entre los invitados habría varios que habían probado clandestinamente la droga sumarana conmigo, y esto me producía un secreto agrado; sin embargo, Schweiz no había sido invitado, pues a Loimel le parecía grosero, y de todos modos había salido de Manneran para no sé qué viaje de negocios en el preciso momento en que el clima empezaba a enloquecer.

Cruzando el verdor fui hacia el mejor almacén. Acababa de caer un chaparrón, y el cielo era una placa verde y chata apoyada en los tejados. Hasta mí llegaban deliciosas fragancias, dulzuras, olores acres, nubes de aromas que me hacían cosquillas en la lengua. Bruscamente unas negras burbujas me recorrieron el cráneo, y por un momento fui Schweiz regateando en un muelle con un marino que acababa de traer un cargamento de costosos productos desde el golfo de Sumar. Me detuve a disfrutar de este enredo de yoes. Schweiz se esfumó; a través de la mente de Noim percibí el olor a heno recién trillado en las tierras de los Condorit, bajo un delicioso sol de fines del verano, y después, súbita y sorprendentemente, fui el director de banco apretando con la mano el miembro de otro hombre. No puedo transmitirte el impacto de este último rayo de experiencia transferida, breve e incandescente. Había tomado la droga con ese director de banco no hacía mucho, y entonces no había visto en su alma nada de esa inclinación por su propio sexo. Yo no habría pasado por alto una cosa así. Yo había fabricado esa visión gratuitamente o él me había escondido esa parte de su yo, guardando frenéticamente sus predilecciones hasta este instante del descubrimiento. ¿Era posible un ocultamiento parcial como ése? Yo había creído que la mente se abría del todo. No me perturbaba la índole de sus deseos, sino sólo mi imposibilidad de conciliar lo que acababa de experimentar con lo que me había llegado de él cuando compartimos la droga. Pero poco tiempo tuve para reflexionar sobre este problema. Mientras estaba boquiabierto frente a la especiería, una mano flaca se posó en la mía, y una voz cautelosa dijo:

- Debo hablarte en secreto, Kinnall.

Debo. No uno debe. La palabra me arrancó bruscamente de mi ensueño.

A mi lado estaba Androg Mihan, guardián de los archivos del septarca principal de Manneran. Era un hombre pequeño, gris y de rasgos afilados, el último a quien uno creería capaz de buscar placeres ilegales; el Duque de Sumar, una de mis primeras conquistas, le había guiado hasta mí.

- ¿Adónde vamos? - pregunté, y Mihan señaló un sagrario de clase inferior y aspecto despreciable, situado al otro lado de la calle.

Afuera, su drenador procuraba atraer clientes. Aunque no veía cómo podríamos hablar en secreto en un sagrario, seguí de todos modos al archivero; entramos en el sagrario y Mihan dijo al drenador que trajera los formularios contractuales. En cuanto el hombre se fue, Mihan se acercó a mí y dijo:

- La policía va hacia tu casa. Esta tarde, cuando vuelvas serás arrestado y encarcelado en una de las islas del golfo de Sumar.

- ¿Dónde te enteraste?

- El decreto fue confirmado esta mañana, y entregado a mí para su archivo.

- ¿Bajo qué acusación? - pregunté.

- Exhibicionismo - repuso Mihan -. Acusación asentada por agentes de la Capilla de Piedra. También hay una acusación civil: uso y distribución de drogas ilegales. Te tienen atrapado, Kinnall.

- ¿Quién es el delator?

- Un tal Jidd, que afirma ser drenador en la Capilla de Piedra. ¿Te dejaste sonsacar la historia de la droga en drenaje?

- Sí. Mi inocencia. La santidad del sagrario...

- ¡La santidad del estercolero! - exclamó Androg Mihan con vehemencia -. ¡Ahora debes huir! Toda la fuerza del gobierno se ha reunido contra ti.

- ¿Adónde iré?

- El duque de Sumar te alojará esta noche - respondió Mihan -. Después... no sé.

Entonces volvió el drenador, trayendo un juego de contratos. Con una sonrisa posesiva, dijo:

- Bueno, caballeros, ¿cuál de ustedes será el primero?

- Uno ha recordado otra cita - declaró Mihan.

- Uno se siente indispuesto de pronto - dije yo.

Arrojé una valiosa moneda al sorprendido drenador y salimos del sagrario. Afuera, Mihan fingió no conocerme, y fuimos cada uno por nuestro lado sin decir palabra. No dudé ni un momento de la verdad de su advertencia. Tenía que aceptar; Loimel se tendría que comprar ella misma las especias. Llamé a un coche y fui en seguida a la mansión del duque de Sumar.

58

Este duque es uno de los más ricos de Manneran, con extensas propiedades en el golfo y al pie de las Huishtor, y una espléndida residencia en la capital, situada en el centro de un parque digno del palacio de un emperador. Es aduanero hereditario de la Quebrada de Stroin, lo cual explica la opulencia de su familia, pues desde hace siglos se queda con una parte de todo lo que sale de las Tierras Bajas Húmedas para ser comercializado. En persona, este duque es un hombre de suma fealdad o de notable belleza, no estoy seguro: tiene una cabeza grande, chata y triangular, labios finos, poderosa nariz y una extraña cabellera densa y rizada, adherida al cráneo como una alfombra. Aunque su pelo está totalmente blanco, no tiene arrugas en la cara. Sus ojos son enormes, oscuros e intensos. Tiene las mejillas chupadas. Es una cara ascética, que siempre me había parecido alternativamente santa y monstruosa, y a veces ambas cosas a la vez. Había estado cerca de él casi desde mi llegada a Manneran, tantos años antes; él había ayudado a Segvord Helalam a subir al poder, y había oficiado de atador espiritual de Loimel en nuestra ceremonia nupcial. Cuando empecé a usar la droga sumarana, él lo adivinó por telepatía, y en una conversación de maravillosa sutileza se enteró por mí de que yo tenía la droga, e hizo arreglos para tomarla conmigo. Eso había ocurrido hacía cuatro lunas, a fines de invierno.

Al llegar a su casa, me encontré con que allí tenía lugar una tensa conferencia. Estaban presentes la mayoría de los hombres importantes que yo había atraído a mi círculo. El duque de Mannerangu Smor. El marqués de Woyn. El director de banco. El Comisionado de Hacienda y su hermano, el Procurador General de Manneran. El Señor de la Frontera. Y cinco o seis más de similar importancia. El archivero Mihan llegó poco después que yo.

- Ya estamos todos - dijo el duque de Mannerangu Smor -. Podrían barrernos de un solo golpe. ¿Están bien custodiados los alrededores?

- Nadie nos invadirá - respondió el duque de Sumar con cierta frialdad, evidentemente ofendido por la sugerencia de que la policía común pudiera irrumpir en su casa; luego fijó en mí sus ojos enormes y extraños -. Kinnall, ésta será tu última noche en Manneran, es inevitable. Tendrás que ser el chivo expiatorio.

- ¿Por decisión de quién? - pregunté.

- Nuestra no - replicó el duque.

Explicó que ese día se había intentado en Manneran algo parecido a un golpe de estado, que todavía podía triunfar: una rebelión de burócratas menores contra sus amos. La causa, dijo, era que yo había admitido ante el drenador Jidd mi uso de la droga sumarana. (Hubo caras ensombrecidas en toda la habitación. La deducción tácita era que yo había sido un tonto al confiar en un drenador, y ahora debía pagar el precio de mi estupidez. No había sido tan sofisticado como aquellos hombres). Jidd, al parecer, se

había aliado con una secta de funcionarios menores desafectos, ávidos de que llegara su turno en el poder. Dado que era drenador para casi todos los hombres importantes de Manneran, se hallaba en una posición extraordinariamente buena para ayudar a los ambiciosos traicionando los secretos de los poderosos. Aún no se sabía por qué Jidd había decidido contravenir así sus juramentos. El duque de Sumar sospechaba que, en Jidd, la familiaridad había engendrado desprecio, y que después de escuchar durante años las melancólicas efusiones de sus poderosos clientes, había llegado a detestarlos: exasperado por sus confesiones, disfrutaba colaborando en su destrucción. (Esto me dio un nuevo panorama de cómo podía ser el alma de un drenador.) Por lo tanto, hacía ya unos meses que Jidd venía entregando información útil a subordinados rapaces, quienes habían amenazado con esa información a sus amos, a veces con considerable eficacia. Al admitir ante él mi uso de droga me había hecho vulnerable, y Jidd me había vendido a cierta gente de la Magistratura que deseaba desplazarme del cargo.

- ¡Pero eso es absurdo! - exclamé -. ¡La única prueba que hay contra mí está protegida por la santidad del sagrario! ¿Cómo puede Jidd presentar una querrela contra mí basada en lo que he drenado? ¡Le acusaré de violar el contrato!

- Hay otro testimonio - dijo con tristeza el marqués de Woyn.

- ¿Otro?

- Usando lo que oyó de tus propios labios - continuó el marqués -, Jidd pudo guiar a tus enemigos hacia canales de investigación. Han descubierto a una mujer que vive en las casuchas situadas detrás de la Capilla de Piedra, y esa mujer admitió ante ellos que tú le diste una bebida extraña que le abrió la mente para ti...

- Bestias.

- Además - agregó el duque de Sumar -, han podido asociar contigo a varios de nosotros. No a todos, sí a varios. Esta mañana, los propios subordinados nos han presentado a varios de nosotros exigencias de - renunciar a los respectivos cargos o ser descubiertos. Hemos afrontado estas amenazas con firmeza, y sus autores están ahora detenidos, pero quién sabe cuántos aliados tienen en puestos elevados. Es posible que para la próxima salida de la luna todos hayamos sido derrocados, y otros detenten nuestro poder. Pero lo dudo, pues, por cuanto podemos determinar, la única prueba sólida hasta ahora es la confesión de esa mujerzuela, que sólo te ha implicado a ti Kinnall. Las acusaciones hechas por Jidd serán, naturalmente inadmisibles, aunque puedan perjudicarnos de algún modo.

- Podemos destruir la credibilidad de esa mujer - dije -. Afirmaré que no la conozco. Diré...

- Demasiado tarde - intervino el Procurador General -. Su testimonio está registrado. He recibido una copia del Sumo Magistrado. Será legalizado. Estás irremediablemente implicado.

- ¿Qué pasará? - pregunté.

- Aplastaremos las ambiciones de los chantajistas - dijo el duque de Sumar - y los arrojaremos a la pobreza. Arruinaremos el prestigio de Jidd y le expulsaremos de la Capilla de Piedra. Negaremos todas las acusaciones de exhibicionismo que puedan ser usadas contra nosotros. Pero tú debes salir de Manneran.

- ¿Por qué? - Miré al duque, perplejo -. No carezco de influencia. Si vosotros podéis resistir las acusaciones, ¿por qué no yo?

- Tu culpabilidad está asentada - explicó el duque de Mannerangu Smor -. Si huyes, se puede sostener que sólo tú, y esa muchacha a quien corrompiste, estabais involucrados, y que lo demás fue urdido por seres inferiores, ambiciosos, que pretenden derrocar a sus amos. Si te quedas e intentas defender un caso perdido, terminarás por arrastrarnos a todos en tu caída, a medida que se desarrolle el interrogatorio.

Todo estaba claro para mí ahora.

Yo era peligroso para ellos. Podía ser doblegado en el tribunal, y su culpabilidad quedaría así en descubierto. Hasta ese momento yo era el único acusado, y el único vulnerable a los procesos de la justicia manneranguesa. Ellos no eran vulnerables sino a través de mí, y si me marchaba no habría modo de alcanzarlos. La seguridad de la mayoría exigía mi partida. Además: mi ingenua fe en el sagrario, que me había llevado a confesarme temerariamente ante Jidd, había provocado esta tempestad, que de lo contrario se podría haber evitado. Yo había causado todo aquello; era yo quien debía irse.

- Te quedarás con nosotros - dijo el duque de Sumar - hasta las horas oscuras de la noche, y entonces mi terramóvil particular, escoltado por guardaespaldas como si fuera yo quien viaja, te llevará a la finca del marqués de Wyon. Allí te estará esperando una embarcación fluvial. Al amanecer estarás al otro lado del Wyon y en Salla, tu tierra natal; que los dioses viajen contigo.

59

Otra vez refugiado. En un sólo día, todo el poder que había acumulado en quince años en Manneran quedaba perdido. Ni mi elevada cuna ni mis elevados contactos podían salvarme: aunque tuviera lazos de matrimonio o de amor o de política con la mitad de los amos de Manneran, nada podían hacer para ayudarme. Por lo que he dicho, podría parecer que me empujaron al exilio para salvar su propio pellejo, pero no fue así. Mi partida era necesaria, y les apenó tanto como a mí.

No tenía conmigo más que las ropas que llevaba puestas. Debía abandonar en Manneran mi vestuario, mis armas, mis ornamentos, mi riqueza misma. Cuando, siendo un joven príncipe, huí de Salla a Glin, había tenido la prudencia de transferir fondos por adelantado, pero ahora no podía disponer de nada. Mis bienes serían incautados; mis hijos quedarían en la indigencia. No había habido tiempo para preparativos.

Aquí, por fin, mis amigos me fueron útiles. El Procurador General, que era casi de mi estatura, había traído varias mudas de hermosas vestimentas. El Comisionado de Hacienda había obtenido para mí una buena fortuna en moneda sallana. El duque de Mannerangu Smor se quitó dos anillos y un colgante que llevaba puestos, para que yo no fuera a mi provincia natal sin adornos. El marqués de Woyn me hizo aceptar un puñal ceremonial y su vara calorífera, con valiosas joyas incrustadas en la empuñadura. Mihan prometió hablar con Segvord Helalam y contarle los detalles de mi ruina; creía que Segvord sería compasivo y protegería a mis hijos con toda su influencia, evitando además que el procesamiento de su padre les salpicara.

Por último, el duque de Sumar fue a verme a altas horas de la noche, cuando yo, solo y amargado, tomaba la cena, para lo que no había tenido tiempo antes, y me entregó una preciosa cajita de oro brillante, de las que pueden usarse para llevar medicinas.

- Ábrelo con cuidado - me dijo.

Así lo hice, y comprobé que rebosaba de polvo blanco. Asombrado, le pregunté dónde había obtenido aquello; contestó que, recientemente y en secreto, había enviado agentes a Sumara Borthan, y esos agentes habían vuelto con una pequeña provisión de droga. Afirmó tener más, pero creo que me dio todo lo que tenía.

- Partirás dentro de una hora - dijo el duque para detener mi efusión de gratitud.

Pedí que se me permitiera hacer antes una llamada.

- Segvord explicará la situación a tu esposa - dijo el duque.

- Uno no se refería a su esposa. Uno se refería a su hermana vincular. - Hablando de Halum, no podía pasar con facilidad a la áspera gramática que usábamos los que nos habíamos exhibido -. Uno no ha tenido ocasión de despedirse de ella.

El duque comprendió mi angustia, pues había estado dentro de mi alma. Pero no quiso concederme la llamada. Las líneas podían estar intervenidas; no podía arriesgarse a que mi voz saliera de su casa esa noche. Entonces comprendí lo delicado de su propia

situación, y no insistí. Podía llamar a Halum al día siguiente, cuando hubiera cruzado el Woyn y estuviera a salvo en Salla.

Pronto llegó la hora de la partida. Mis amigos ya se habían marchado unas horas antes; sólo el duque me acompañó a la salida. Me esperaba su majestuoso terramóvil y un cuerpo de guardaespaldas en energocicletas individuales. El duque me abrazó. Subí al vehículo y me recliné en los almohadones. El conductor oscureció las ventanillas para ocultarme de las miradas, aunque sin interferir mi propia visión. El coche avanzó silencioso, tomó velocidad y se internó en la noche, con los acompañantes, que eran seis, revoloteando alrededor del terramóvil como insectos. Me pareció que habían transcurrido horas, y ni siquiera habíamos llegado a la entrada principal de la finca del duque. Después salimos a la carretera. Yo iba sentado como una estatua de hielo, casi sin pensar en lo que me había sucedido. Nuestra ruta era hacia el norte, e íbamos a tal velocidad que el sol no había salido aún cuando llegamos al límite de la finca del marqués de Woyn, en la frontera entre Manneran y Salla. Se abrió el portón; lo atravesamos velozmente, el camino cruzaba una densa selva donde la luz lunar me permitió ver siniestros brotes parasitarios que se enlazaban de un árbol a otro como peludas sogas. De pronto irrumpimos en un claro y divisé las riberas del río Woyn. El vehículo se detuvo. Alguien de oscura vestimenta me ayudó a bajar, como si yo fuera un anciano tembloroso, y me acompañó por la esponjosa orilla hasta el muelle largo y estrecho, apenas visible en la densa niebla que subía desde el lecho del río. Había una embarcación amarrada; era más bien pequeña, casi un bote. Sin embargo, cruzó a gran velocidad el ancho y turbulento Woyn. Aún no sentía ninguna reacción interior por mi destierro de Manneran. Mi situación era como la de aquel que, participando en un combate, ha perdido la pierna derecha, cortada desde el muslo por una saeta de fuego, y después yace mirando su muñón con calma y sin sentir dolor. Ya llegaría el dolor a su debido tiempo.

Se acercaba la aurora. Podía distinguir la silueta del lado sallano del río. Nos detuvimos en un muelle que sobresalía en una herbosa ribera, evidentemente el desembarcadero particular de algún noble. Entonces sentí alarma por primera vez. Dentro de un momento habría llegado a Salla. ¿Dónde me encontraría? ¿Cómo llegaría a alguna zona habitada? No era un muchacho para detener camiones y rogar que me llevaran. Pero todo esto me lo habían preparado horas antes. Cuando la embarcación tocó el muelle, una figura surgió de la penumbra y me tendió su mano: Noim. Me atrajo y me ciñó en un estrecho abrazo.

- Sé lo que ha pasado - dijo -. Te quedarás conmigo.

En su emoción, abandonó conmigo el uso cortés por primera vez desde nuestra infancia.

60

A mediodía, desde la finca de Noim, en Salla suroeste, llamé por teléfono al duque de Sumar para confirmarle mi llegada sin tropiezos - era él, por supuesto, quien había tomado medidas para que mi hermano vincular me esperara en la frontera - y después hice una llamada a Halum. Segvord le había explicado pocas horas antes las razones de mi desaparición.

- Qué extraña es esa noticia - dijo ella -. Nunca me has hablado de la droga. Sin embargo, era muy importante para ti, ya que lo arriesgaste todo para usarla. ¿Cómo has podido ocultársela a tu hermana vincular si cumplía un papel tan grande en tu vida?

Contesté que no me había atrevido a revelarle mi obsesión con la droga por temor de verme tentado a ofrecérsela.

- Entonces - dijo Halum -, ¿abrirte a tu hermana vincular es un pecado tan terrible?

61

Noim me trató con toda cortesía, indicando que podía quedarme en su casa tanto como quisiera: semanas, meses, hasta años. Era presumible que mis amigos de Manneran terminaran logrando liberar parte de mis bienes, y yo compraría tierras en Salla e iniciaría la vida de un señor rural; o quizá Segvord, el duque de Sumar y otros hombres influyentes consiguieran anular mi procesamiento, de modo que yo pudiese volver a la provincia sureña. Hasta entonces, me dijo Noim, su hogar era mío. Pero yo detecté una sutil frialdad en su trato, como si la hospitalidad sólo me fuera ofrecida por respeto hacia nuestro vínculo. Sólo al cabo de algunos días salió a la superficie el origen de este distanciamiento. Una noche, tarde, después de cenar en la gran sala de banquetes, hablábamos de nuestros días de infancia - nuestro principal tema de conversación, mucho menos peligroso que cualquier referencia a hechos recientes -, cuando Noim dijo súbitamente:

- ¿Alguna vez esa droga tuya le ha causado pesadillas a alguien?

- Uno no ha oído hablar de tales casos, Noim.

- Aquí tienes a uno, entonces. Uno que se despertó empapado en frío sudor noche tras noche durante semanas, después de compartir la droga en Manneran. Uno creyó que perdería la cabeza.

- ¿Qué clase de sueños? - pregunté.

- Cosas horribles. Monstruos. Dientes. Garras. Una sensación de no saber quién es uno. Trozos de la mente de otros flotando a través de la de uno. - Bebió su vino de un trago -. ¿Buscas placer en esa droga, Kinnall?

- Conocimiento.

- ¿Conocimiento de qué?

- Conocimiento de uno mismo y conocimiento de los demás.

- Uno prefiere la ignorancia, entonces. - Se estremeció -. Kinnall, tú sabes que uno nunca ha sido una persona especialmente reverente. Uno blasfemaba, uno sacaba la lengua a los drenadores, uno se reía de lo que contaban acerca de los dioses, ¿eh? Con esa sustancia casi le has convertido a uno en un hombre de fe. El terror de abrir la mente de uno..., de saber que uno no tiene defensas, que tú puedes introducirte directamente en el alma de uno y lo estás haciendo... es imposible de soportar.

- Imposible para ti - dije -. Otros lo anhelan.

- Uno se inclina por el Pacto - repuso Noim -. El fuero íntimo es sagrado. El alma de uno le pertenece a uno. El placer de exhibirla es un placer sucio.

- No exhibirla. Compartirla.

- ¿Suena mejor así? Muy bien: el placer de compartirla es un placer sucio, Kinnall. Aun cuando seamos hermanos vinculares. La última vez que uno estuvo contigo volvió con la sensación de haber sido mancillado. Con arena y astillas en el alma. ¿Eso es lo que quieres para todos? ¿Hacernos sentir a todos sucios de culpabilidad?

- No tiene por qué haber culpabilidad, Noim. Uno da, uno recibe, uno sale mejor de lo que era...

- Más sucio.

- Mejorado. Engrandecido. Más compasivo. Habla con otros que la hayan probado - dije.

- Por supuesto. A medida que salgan corriendo de Manneran, refugiados, desterrados, uno les interrogará sobre la belleza y la maravilla de exhibir el yo. Perdón: de compartirlo.

Ví el tormento en los ojos de Noim. Todavía quería amarme, pero la droga sumarana le había mostrado cosas - sobre él mismo, quizá sobre mí - que le hacían odiar al que le había dado la droga. Noim era una de esas personas para quien las paredes son necesarias; yo no me había dado cuenta de eso. ¿Qué había hecho para convertir a mi hermano vincular en mi enemigo? Tal vez si pudiéramos tomar la droga por segunda vez yo podría aclararle más las cosas..., pero no, de eso no había esperanzas. La sinceridad

asustaba a Noim. Yo había transformado a mi blasfemo hermano vincular en un hombre del Pacto. Ya nada podía decirle.

Tras un rato de silencio dijo:

- Uno tiene que pedirte algo, Kinnall.

- Lo que quieras.

- Uno vacila en poner límites a un huésped. Pero si has traído contigo algo de esa droga desde Manneran, Kinnall, si la tienes oculta en tus habitaciones... deshazte de ella, ¿entiendes? No debe estar en esta casa. Deshazte de ella, Kinnall.

Jamás en mi vida había mentido a mi hermano vincular. Jamás.

Mientras el estuche enjoyado que el duque de Sumar me había dado ardía contra mi pecho, dije solemnemente a Noim:

- Nada tienes que temer a ese respecto.

62

Algunos días más tarde, la noticia de mi deshonra se hizo pública en Manneran, y rápidamente llegó a Salla. Noim me mostró los informes. Yo era descrito como principal asesor del Gran Juez del Puerto, y abiertamente clasificado como un hombre de la mayor autoridad en Manneran que, por añadidura, tenía lazos de sangre con los primeros septarcas de Salla y Glin... y, sin embargo, pese a estas dotes y dignidades, me había apartado del Pacto para caer en una ilegal autoexhibición. Yo había violado no simplemente el decoro y la etiqueta, sino también las leyes de Manneran, haciendo uso de cierta droga proscrita, procedente de Sumara Borthan, que disuelve las barreras divinas que separan a un alma de otra. Se decía que abusando de mi alto cargo había logrado hacer un viaje secreto al continente sur (¡pobre capitán Khrisch! ¿Habría sido arrestado también?), del que había regresado con gran cantidad de la droga, cuyo uso había impuesto diabólicamente a una mujer plebeya a quien mantenía; también había hecho circular esa detestable sustancia entre ciertos miembros prominentes de la nobleza, cuyos nombres no eran revelados debido a su cabal arrepentimiento. La víspera de mi arresto, yo había escapado de Salla, y mejor para mí: si intentaba regresar a Manneran sería inmediatamente detenido. Mientras tanto, sería juzgado in absentia, y según el Sumo Magistrado poca duda podía haber en cuanto al veredicto. A modo de compensación al estado por el gran perjuicio que yo había causado al edificio de la estabilidad social, se me obligaría a entregar todas mis tierras y propiedades, con la única excepción de una parte que se reservaría para la manutención de mi esposa e hijos, inocentes. (Entonces Segvord Halalam había logrado al menos eso.) Para impedir que mis amigos de la nobleza me transfirieran mis bienes a Salla antes del juicio, todo lo que yo poseía había sido ya confiscado antes del decreto de culpabilidad del Sumo Magistrado. Así hablaba la ley. ¡Ay de los que se convirtiesen en monstruos exhibicionistas!

63

No mantuve en secreto mi paradero en Salla, ya que ahora no tenía motivo para temer los celos de mi real hermano. Cuando era un muchacho recién instalado en el trono, Stirron podía haber llegado a eliminarme como rival en potencia, pero no el Stirron que gobernaba desde hacía más de diecisiete años. Ya era una institución en Salla, bien querido y parte integrante de la existencia de cada uno, mientras que yo era un extraño, apenas recordado por la gente mayor y desconocido para los más jóvenes, que hablaba con acento mannerangués y había sido públicamente marcado con la vergüenza de la autoexhibición. Aunque quisiera derrocar a Stirron, ¿dónde podría encontrar seguidores?

A decir verdad, anhelaba ver a mi hermano. En tiempos de borrasca, uno se vuelve hacia sus primeros camaradas; y con Noim alejado de mí y Halum al otro lado del Woyñ, sólo me quedaba Stirron. Nunca le había guardado rencor por haberme obligado a huir de Salla, pues sabía que si hubiera tenido su edad, y él la mía, le habría hecho escapar de igual manera. Si nuestra relación se había vuelto fría desde mi fuga, esta frialdad era obra suya, pues nacía de su conciencia culpable. Ahora habían pasado algunos años desde mi última visita a Ciudad de Salla: tal vez mis adversidades le abriesen el corazón. Escribí a Stirron una carta desde la casa de Noim, implorándole formalmente asilo en mi país. Bajo la ley sallana, tenían que acogerme, pues era súbdito de Stirron y no había cometido ningún delito en suelo sallano: sin embargo, me pareció mejor preguntar. Admití que las acusaciones planteadas contra mí por el Sumo Magistrado de Manneran eran fundadas, pero ofrecí a Stirron una justificación concisa y (creo) elocuente de mi desviación del Pacto. Concluía la carta con expresiones de mi constante amor hacia él, y con algunas reminiscencias de los tiempos felices que habíamos vivido antes de que recayeran sobre él las cargas de la septarquía.

Esperaba que Stirron, en respuesta, me invitara a visitarlo en la capital, para así poder oír de mis propios labios una explicación de las extrañas cosas que yo había hecho en Manneran. Seguramente se imponía una reunión fraterna. Pero no llegó ninguna citación desde Ciudad de Salla. Cada vez que tintineaba el teléfono me precipitaba a él, pensando que podía ser Stirron quien llamaba. No llamó. Transcurrieron varias semanas de tensión y tristeza; yo cazaba, nadaba, leía, procuraba redactar mi nuevo Pacto de amor. Noim seguía distante. Su única experiencia de comunión espiritual le había causado una turbación tan profunda que apenas se atrevía a mirarme a los ojos, porque yo conocía ahora toda su intimidad y eso había pasado a ser una culpa que nos separaba.

Por fin llegó un sobre con el imponente sello del septarca. Contenía una carta firmada por Stirron, pero ruego porque haya sido algún férreo ministro, y no mi hermano, quien compuso aquel duro mensaje. En menos líneas que dedos tengo, el septarca me decía que el asilo pedido por mí en la provincia de Salla era otorgado, pero sólo a condición de que yo abjurara de los vicios que había aprendido en el sur. Si una sola vez era sorprendido difundiendo en Salla el uso de drogas autoexhibidoras, sería detenido y llevado al exilio. Eso era todo lo que mi hermano tenía que decirme. Ni una sílaba de bondad. Ni una pizca de simpatía. Ni un átomo de afecto.

64

En pleno verano, Halum fue inesperadamente a visitarnos. El día de su llegada yo había salido a cabalgar por las tierras de Noim, siguiendo el rastro de un trueno blindado macho que había escapado de su corral. Una maldita vanidad había llevado a Noim a adquirir una camada de esos sangrientos mamíferos de valiosa piel, aunque no son nativos de Salla y no prosperan mucho allí: tenía veinte o treinta - todo garras y dientes y coléricos ojos amarillos -, y esperaba que se reprodujesen y se convirtiesen en una provechosa manada. Perseguí al macho fugitivo por bosques y llanuras, toda la mañana y el mediodía, odiándolo más a cada hora que pasaba, pues dejaba como rastro los cuerpos mutilados de inofensivos animales de pastoreo. Estos truenos blindados matan por el puro placer de matar, y arrancan a sus víctimas apenas uno o dos bocados de carne y abandonan el resto a los animales y aves de rapiña. Finalmente lo arrinconé en un oscuro cañón sin salida. «Atóntalo y tráelo intacto», me había aconsejado Noim, consciente del valor del animal; pero, al verse atrapado, éste arremetió contra mí con tal ferocidad que le disparé todo el rayo y lo maté de buena gana. Por Noim, me tomé el trabajo de quitarle la valiosa piel. Después, cansado y deprimido, cabalgué de vuelta a la mansión sin detenerme. En el exterior se hallaba estacionado un extraño terramóvil, y junto a él estaba Halum.

- Ya conoces los veranos de Manneran - explicó -. Una planeaba ir a la isla, como de costumbre, pero después una pensó que sería bueno tomarse unas vacaciones en Salla, con Noim y Kinnall.

Halum ya había entrado en su trigésimo año. Nuestras mujeres se casan entre los catorce y los dieciséis, han dejado de parir hijos hacia los veintidós o veinticuatro, y a los treinta han empezado a deslizarse en la madurez, pero el tiempo había dejado intacta a Halum. No habiendo conocido las tempestades del matrimonio y los dolores de la maternidad, no habiendo gastado sus energías en los forcejeos de la cama conyugal o en las laceraciones del parto, tenía el cuerpo flexible y elástico de una muchacha: ninguna protuberancia carnosa, ningún pliegue colgante, ninguna vena reventada, ningún engrosamiento de la figura. Había cambiado en su solo aspecto: en los últimos años su pelo oscuro se había vuelto plateado. Sin embargo, esto no hacía más que realzar su aspecto; su pelo resplandecía con un brillo deslumbrante, y ofrecía un agradable contraste con el tostado profundo de su rostro juvenil.

En el equipaje me traía un fajo de cartas de Manneran: mensajes del duque, de Segvord, de mis hijos Noim, Stirron y Kinnall, de mis hijas Halum y Loimel, del archivero Mihan y de varios otros. Los que escribían lo hacían en un estilo tenso, poco natural. Eran las cartas que uno podía escribir a un muerto si se sintiera culpable por haberle sobrevivido. No obstante, me hacía bien oír estas palabras que venían de mi vida anterior. Lamenté no encontrar una carta de Schweiz; Halum me dijo que no había sabido nada de él desde antes de mi procesamiento y creía muy posible que hubiera abandonado nuestro planeta. Tampoco había noticia alguna de mi mujer.

- ¿Loimel está demasiado ocupada para escribir una o dos líneas? - pregunté, y Halum, mostrando su turbación, dijo con suavidad que Loimel ya nunca hablaba de mí.

- Parece haber olvidado que estuvo casada - dijo.

Halum me había traído también abundantes regalos que me enviaban mis amigos desde el otro lado del Woyn. Eran de una opulencia asombrosa: enormes racimos de metales preciosos, complicadas cadenas de joyas poco comunes. «Pruebas de amor», dijo Halum, pero no me dejé engañar. Con ese montón de tesoros uno podía comprar grandes propiedades. Los que me amaban no querían humillarme transfiriendo efectivo a mi cuenta en Salla, pero podían obsequiarme espléndidamente a la manera amistosa común, dejándome en libertad para disponer de ellos según mis necesidades.

- Este desarraigo, ¿ha sido muy triste para ti? - preguntó Halum -. Esta súbita marcha al exilio.

- El exilio no le es desconocido a uno - le contesté -. Y uno todavía tiene amor vincular y camaradería en Noim.

- Sabiendo que te costaría lo que te costó - continuó Halum -, ¿volverías a jugar otra vez con la droga si pudieras hacer retroceder el tiempo un año?

- Sin duda alguna.

- ¿Valió la pérdida de hogar, familia y amigos?

- Valdría la pérdida de la vida misma - repliqué -, si uno pudiera estar seguro de que todo Velada Borthan llegaría a probar la droga.

Esa respuesta pareció asustarla: se apartó, se llevó las puntas de los dedos a los labios, acaso percibiendo por primera vez la intensidad de la locura de su hermano vincular. Al pronunciar estas palabras yo no estaba profiriendo una mera exageración retórica, y algo de mi convicción debió llegar a Halum. Vio que yo creía, y al advertir la hondura de mi compromiso, temió por mí.

Noim pasó muchos de los días subsiguientes lejos de sus tierras, viajando a Ciudad de Salla por algún asunto familiar y a la Llanura de Nand para inspeccionar una propiedad que pensaba comprar. En su ausencia yo era amo de la finca, ya que los criados, pensarán lo que pudiesen pensar sobre mi vida privada, no se atrevían a cuestionar mi autoridad abiertamente. Cada día iba a dirigir a los trabajadores en los campos de Noim, y

Halum me acompañaba. En realidad, poco era lo que tenía que dirigir, ya que estábamos a mitad de temporada entre la siembra y la cosecha, y los cereales se cuidaban solos. Íbamos sobre todo por placer, deteniéndonos aquí a nadar, allí a merendar en la linde del bosque. Le mostré los corrales de truenos blindados, que no le gustaron, y la llevé a ver los animales de los campos de pastoreo, más mansos, que se acercaban y la tocaban amistosamente con el hocico.

Cada día estos largos paseos nos daban a los dos horas para hablar. No había pasado tanto tiempo con Halum desde la infancia, y llegamos a intimar maravillosamente. Al principio éramos cautelosos uno con otro, pues no deseábamos llegar demasiado a fondo con nuestras preguntas, pero pronto hablamos como se debe hablar entre parientes vinculares. Le pregunté por qué no se había casado, y ella me contestó simplemente:

- Nunca encontré un hombre adecuado.

¿Lamentaba haberse quedado sin marido ni hijos? Dijo que no, que no lamentaba nada, ya que su vida había sido tranquila y plena; sin embargo, en su tono hubo melancolía. No podía insistirle más. Por su parte, me interrogó acerca de la droga sumarana, tratando de averiguar qué méritos tenía para haberme llevado a correr semejantes riesgos. Me divirtió su modo de plantear las preguntas: trataba de parecer sincera, comprensiva y objetiva, pero no podía ocultar su horror por lo que yo había hecho. Era como si su hermano vincular hubiera enloquecido y matado a veinte personas en un mercado, y ahora ella quisiera desvelar, con un interrogatorio paciente y afable, cuál era la base filosófica que le había llevado a cometer un asesinato en masa. Yo también procuré mantener un tono discreto y desapasionado, para no endurecerla con mi intensidad como lo había hecho en aquella primera conversación. Evité todo proselitismo, y con toda la calma y sobriedad que pude, le expliqué los efectos de la droga, los beneficios que yo obtenía de ella, y mis razones para rechazar el pétreo aislamiento del yo que nos impone el Pacto. No tardó en producirse una curiosa metamorfosis, tanto en su actitud como en la mía. Ella pasó a ser menos la dama de alto linaje que, con bien intencionado afecto, se esfuerza por entender al criminal, y más la discípula que procura entender los misterios revelados por un maestro iniciado. Yo fui menos el cronista descriptivo y más el profeta de una nueva religión. Me dejé llevar por el lirismo, hablé del éxtasis de la comunión de las almas; le hablé de la extraña maravilla de las primeras sensaciones, cuando uno empieza a abrirse, y del ardiente momento de unión con otra conciencia humana; describí la experiencia como algo mucho más íntimo que cualquier encuentro de almas que pudiera darse con un pariente vincular o con cualquier visita a un drenador. Nuestras conversaciones se transformaron en monólogos. Me perdí en éxtasis verbales, y al descender a veces de esos éxtasis veía a Halum eternamente joven, el pelo plateado y los labios abiertos en total fascinación. El desenlace era inevitable. Una tarde abrasadora, mientras caminábamos lentamente por los senderos de un campo de cereal que le llegaba al pecho, Halum dijo sin previo aviso:

- Si dispones aquí de la droga, ¿puede compartirla contigo tu hermana vincular?
La había convertido.

65

Esa noche disolví un poco del polvo en dos vasos de vino. Halum se mostró indecisa cuando le ofrecí uno, y su indecisión repercutió en mí, de modo que vacilé en seguir con nuestro plan; pero entonces ella me lanzó una mágica sonrisa de ternura y vació su vaso.

- No tiene sabor - dijo mientras yo bebía.

Nos quedamos sentados, conversando en la sala de trofeos de Noim, engalanada con lanzas de aves-punzón y adornada con pieles de truenos blindados, y cuando la droga empezó a hacer efecto Halum se echó a temblar; yo retiré de la pared una gruesa piel

negra, le cubrí con ella los hombros y la estreché contra mí hasta que se le pasó el escalofrío.

¿Saldría bien aquello? Pese a toda mi propaganda, estaba asustado. En la vida de cada hombre hay siempre un impulso para hacer algo, un algo que le aguijonea en el centro del alma mientras no lo hace; sin embargo, cuando está a punto de hacerlo siente miedo, ya que tal vez colmar esa obsesión le cause más dolor que placer. Lo mismo me ocurría a mí con Halum y la droga sumarana. Pero al hacer efecto la droga mi temor menguó. Halum sonreía. Halum sonreía.

El muro que separaba nuestras almas se transformó en una membrana a través de la cual podíamos deslizarnos voluntariamente. Halum fue la primera en atravesarla. Yo me contuve, paralizado por los escrúpulos, pensando aun entonces que si entraba en la mente de mi hermana vincular sería como forzar su virginidad, y sería además una violación del mandamiento que prohíbe las intimidades corporales entre parientes vinculares. Por eso, durante algunos momentos después de caídas las barreras, quedé suspendido en esa absurda trampa de contradicciones, demasiado inhibido para practicar mi propio credo; mientras tanto Halum, comprendiendo al fin que nada se lo impedía, se introdujo en mi espíritu sin vacilar. Mi reacción instantánea fue tratar de protegerme: no quería que descubriera esto, eso, ni aquello, y especialmente que se enterara de mi deseo físico hacia ella. Pero tras un momento de avergonzada agitación, dejé de ocultar mi alma con hojas de parra, y fui al encuentro de Halum, permitiendo que empezara la verdadera comunión, el inextricable entrelazamiento de yoes.

Me encontré - sería más exacto decir me perdí - en corredores de suelo vítreo y paredes plateadas, a través de los cuales jugaba una luz fresca y chispeante, como el brillo cristalino reflejado en el fondo blanco y arenoso de una ensenada tropical. Ésta era la interioridad virginal de Halum. A lo largo de esos corredores, pulcramente exhibidos en cajas, estaban los factores que conformaban su vida: recuerdos, imágenes, aromas, sabores, visiones, fantasías, desengaños, deleites. Una invariable pureza lo gobernaba todo. No vi rastros de éxtasis sexuales, nada de pasiones carnales. No sé decirte si Halum, por pudor, se cuidó de amparar de mis sondeos la zona de su sexualidad, o si la había arrojado tan lejos de su propia conciencia que yo no pude detectarla. Se encontró conmigo sin temor, y se unió a mí con alegría.

De eso no tengo dudas. Cuando nuestras almas se mezclaron, fue una unión completa, sin reservas, sin condiciones. Nadé en sus resplandecientes profundidades, y la suciedad de mi alma me abandonó: ella me curaba, ella me depuraba. ¿La estaba manchando yo mientras ella me refinaba y purificaba? No sé decirlo. No sé decirlo. Nos rodeamos y nos inundamos el uno al otro, y nos sostuvimos el uno al otro, e interpenetramos el uno en el otro; y allí mezclándose conmigo, estaba el yo de Halum, que toda mi vida había sido mi apoyo y mi coraje, mi ideal y mi meta, esta serena, incorruptible, perfecta encarnación de la belleza; y tal vez, al tiempo que el corruptible yo mío hacía suya la incorruptión, brotó la primera plaga corrosiva sobre la brillante incorruptibilidad de Halum. No sé decirlo. Yo fui hacia ella y ella vino hacia mí. En un punto de nuestro viaje uno a través del otro, hallé una zona extraña, donde parecía haber algo enroscado y anudado: y recordé aquel momento de mi juventud, cuando yo partía de Ciudad de Salla huyendo hacia Glin, cuando Halum me había abrazado en casa de Noim, y yo había creído detectar en su abrazo un temblor de pasión apenas contenida, un destello del ansia corporal. Por mí. Por mí. Y creí haber encontrado de nuevo esa zona de pasión; sólo que cuando la miré con más atención ya no estaba, y vi la pura superficie metálica y reluciente de su alma. Quizá tanto la primera vez como la segunda fuera algo que yo fabriqué y proyecté sobre ella a partir de mis propios y fervientes deseos. No sé decirlo. Nuestras almas eran gemelas; no podía saber dónde terminaba yo y dónde empezaba Halum.

Salimos del trance. Había transcurrido la mitad de la noche. Pestañeamos, sacudimos nuestras confusas cabezas, sonreímos con inquietud. Siempre existe ese momento, al

salir de la intimidad espiritual que trae la droga, cuando uno se siente azorado, uno cree haber revelado demasiado y quiere retractarse de lo que ha dado. Afortunadamente, ese momento suele ser breve. Miré a Halum y sentí que mi cuerpo ardía de santo amor, un amor que en nada era camal, y empecé a decirle, como Schweiz me había dicho una vez, «yo te amo». Pero me atraganté con esa palabra. El «yo» quedó atrapado entre mis dientes como un pez en una red. Yo. Yo. Yo. Yo te amo, Halum. Yo. Si tan sólo pudiera decirlo. Yo. No quería salir. Estaba allí, pero no podía cruzar mis labios. Tomé sus manos entre las mías, y ella sonrió con una serena sonrisa lunar, y habría sido tan fácil entonces arrojar afuera las palabras, de no ser porque algo las aprisionaba. Yo. Yo. ¿Cómo podía hablar de amor a Halum, y expresar ese amor con la sintaxis de los bajos fondos? Pensé entonces que ella no comprendería, que mi obscenidad lo destrozaría todo. Qué estupidez: nuestras almas habían sido una, ¿cómo entonces podía alterar nada un mero ordenamiento de las palabras? ¡Dilo de una vez! Balbuceante, dije:

- Hay en uno... tanto amor... por ti... tanto amor, Halum...

Halum asintió con la cabeza, como diciendo: «No hables, tus torpes palabras quiebran el hechizo». Como para decir: «Sí, hay en una tanto amor por ti también, Kinnall». Como para decir: «Yo te amo, Kinnall». Ágilmente se puso en pie y se acercó a la ventana: fresca luna estival en el formal jardín de la casona, inmóviles arbustos y árboles blancos. Me acerqué a ella por detrás y le toqué muy suavemente los hombros. Halum hizo un movimiento serpenteante y emitió un leve ronroneo. Creí que todo iba bien para ella. Tuve la certeza de que todo iba bien para ella.

No hicimos la autopsia de lo que había tenido lugar entre nosotros esa noche. También eso parecía amenazar con destruir la atmósfera. Ya podríamos discutir la experiencia al día siguiente y todos los demás días. Volví con ella a su habitación sobre el pasillo, no lejos de la mía, y la besé tímidamente en la mejilla, y recibí de ella un beso de hermana; volvió a sonreír y cerró la puerta a sus espaldas. En mi cuarto, permanecí un rato despierto, reviviéndolo todo. El fervor misionero se encendió de nuevo en mí. Juré que volvería a convertirme en un activo mesías, que recorrería de una a otra punta esa tierra de Salla, difundiendo el credo del amor; no seguiría ocultándome allí, en casa de mi hermano vincular, vencido y sin rumbo, exiliado sin esperanzas en mi propio país. La advertencia de Stirron nada significaba para mí. ¿Cómo podría expulsarme de Salla? Yo conseguiría cien conversos en una semana. Mil, diez mil. ¡Daría la droga al mismo Stirron, y dejaría que el septarca proclamara la nueva ley desde su propio trono! Halum me había inspirado. Por la mañana partiría en busca de discípulos.

Oí un ruido en el patio. Al mirar hacia fuera vi un terramóvil: Noim había vuelto de su viaje de negocios. Entró en la casa; le oí pasar frente a mi cuarto por el pasillo; después oí llamar a una puerta. Me asomé al corredor. Junto a la puerta de Halum, Noim hablaba con ella. No alcancé a verla. ¿Qué era eso, por qué iba a ver a Halum, que no era más que una amiga para él, y omitía saludar a su propio hermano vincular? Sentí que en mí despertaban unas sospechas indignas, acusaciones irreales. Las deseché. La conversación terminó; la puerta de Halum se cerró; Noim, sin verme, siguió hacia su propio dormitorio.

Me fue imposible dormir. Escribí unas cuantas páginas, pero no tenían ningún valor, y al alba salí a pasear entre la niebla gris. Me pareció oír un grito distante. Algún animal que buscaba a su hembra, pensé. Alguna bestia perdida que vagaba al amanecer.

Estuve solo durante el desayuno. Esto era poco habitual, pero no sorprendente: Noim, llegado a casa en plena noche después de un largo viaje, habría querido seguir durmiendo, y sin duda la droga había dejado exhausta a Halum. Tenía mucho apetito y comí por los tres, mientras tramaba planes para disolver el Pacto. Estaba tomando el té

cuando uno de los caballerizos de Noim irrumpió frenéticamente en el comedor. Le ardían las mejillas y tenía dilatadas las ventanas de la nariz, como si hubiera corrido mucho y estuviera al borde del colapso.

- Venga - gritó jadeante -. Los truenos blindados...

Y me tiró del brazo, arrastrándome casi fuera del asiento. Yo me precipité tras él, que ya se alejaba por el sendero de tierra que conducía a los corrales de los truenos blindados. Le seguí, preguntándome si las fieras habrían escapado por la noche, preguntándome si de nuevo pasaría el día persiguiendo monstruos. Al acercarme a los corrales no vi señales de fuga, huellas de garras ni cercos rotos. El caballerizo asió los barrotes del corral más grande, que encerraba a nueve o diez truenos blindados. Miré dentro. Con las fauces y la piel ensangrentadas, los animales se apiñaban alrededor de alguna presa despedazada y jugosa. Gruñían disputándose los últimos trozos de carne; pude ver rastros del festín esparcidos por el suelo. ¿Algún desdichado animal doméstico se habría extraviado en la oscuridad entre esas fieras asesinas? ¿Cómo podía haber ocurrido tal cosa? Y ¿por qué el caballerizo había creído conveniente arrancarme de mi desayuno para mostrármelo? Sujetándole por un brazo, le pregunté qué tenía de extraño el espectáculo de los truenos blindados devorando a una víctima.

Entonces él volvió hacia mí una cara terrible y barbotó con voz estrangulada:

- La señora..., la señora...

67

Noim fue brutal conmigo.

- Mentiste - dijo -. Negaste que tuvieras contigo la droga, pero mentías. Y se la diste anoche. ¿No? ¿No? ¿No? No ocultes nada ahora, Kinnall. ¡Se la diste!

- Tú hablaste con ella - dije; apenas podía hablar -. ¿Qué te dijo?

- Uno se detuvo en su puerta porque creyó oír sollozos - respondió Noim -. Uno le preguntó si se sentía bien. Halum salió: tenía una cara extraña, llena de sueños, los ojos tan inexpresivos como trozos de metal pulido, y sí, sí, había estado llorando. Y uno le preguntó qué pasaba, si había ocurrido algo malo aquí. No, dijo ella, todo estaba bien. Dijo que tú y ella habíais estado conversando toda la tarde. ¿Por qué lloraba entonces? Se encogió de hombros y dijo que era una cuestión femenina, algo sin importancia; las mujeres lloran a menudo, dijo, y no tienen por qué dar explicaciones. Y volvió a sonreír y cerró la puerta. Pero esa expresión en los ojos... ¡Era la droga, Kinnall! ¡Contra tus promesas, se la diste! Y ahora..., y ahora...

- Por favor - dije con suavidad.

Pero Noim siguió gritando, abrumándome de acusaciones, y yo no podía contestarle.

Los caballerizos lo habían reconstruido todo. Habían encontrado el rastro de los pies de Halum en el sendero arenoso, húmedo de rocío. Habían encontrado entreabierta la puerta de la casa que da acceso a los corrales de los truenos blindados. Habían descubierto marcas en la puerta interior que conduce a la compuerta por donde se introduce el alimento. Halum había salido, había abierto cuidadosamente la compuerta, cerrándola después con igual cuidado para no dejar fieras sueltas en la finca dormida; luego se había ofrecido a las ávidas garras. Todo esto entre la oscuridad y el alba, quizá incluso mientras yo paseaba por otro lado. Ese grito salido de la niebla... ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

68

A primera hora de la tarde ya tenía hecho el equipaje con mis escasas pertenencias. Pedí a Noim que me prestara un terramóvil, y él me lo concedió con un brusco movimiento de los

dedos. Ya no era posible seguir allí por más tiempo. No sólo resonaban ecos de Halum por todas partes, sino que además yo tenía que aislarme en algún sitio donde pudiera pensar tranquilo, y examinar todo lo que había hecho y lo que esperaba hacer. Tampoco deseaba estar allí cuando la policía regional investigara la muerte de Halum.

¿Era que Halum no había podido enfrentarse de nuevo conmigo la mañana después de haber entregado su alma? Había entrado con alegría en la comunión de yoes, pero luego, en esa violenta reevaluación culpable que sigue con frecuencia a la primera abertura, es posible que haya sentido otra cosa: el fortalecimiento de viejos hábitos de reticencia; una súbita sensación de horror por todo lo que había revelado. Y la decisión rápida e irreversible, el corto paseo con la cara rígida hasta los corrales de truenos blindados, el irreflexivo paso por la última puerta, el momento de arrepentimiento dentro del arrepentimiento, cuando los animales se abalanzaron sobre ella y advirtió que había llevado demasiado lejos su expiación. ¿Era eso? No se me ocurría ninguna otra explicación para esa caída a plomo de la serenidad a la desesperación, salvo que hubiera sido un reflejo de la sacudida de la droga lo que la arrastró al desastre. Y yo me había quedado sin hermana vincular, y había perdido también a mi hermano vincular, pues Noim me miraba con ojos despiadados. ¿Era eso lo que yo quería cuando soñaba con abrir almas?

- ¿Adónde irás? - preguntó Noim -. En Manneran te encarcelarán. Si das un paso en Glin con tu droga serás desollado vivo. Stirron te echará de Salla. ¿A dónde entonces, Kinnall? ¿Threish? ¿Velis? O tal vez Umbis, ¿eh? ¿Dabis? ¡No! Por los dioses, será Sumara Borthan, ¿verdad? Sí. Entre tus salvajes tendrás todo el exhibicionismo que necesitas, ¿no? ¿No?

Sin levantar la voz respondí:

- Olvidas las Tierras Bajas Abrasadas, Noim. Una cabaña en el desierto..., un sitio donde pensar, un sitio de paz... Es tanto lo que uno tiene que tratar de comprender ahora...

- ¿Las Tierras Bajas Abrasadas? Sí, eso está bien, Kinnall. Las Tierras Bajas Abrasadas en pleno verano. Una ardiente purga para tu alma. Ve allá, sí. Vete.

69

Solo, me dirigí hacia el norte flanqueando las Huishtor, y luego hacia el oeste, por el camino que conduce a la Kongoroi y a la Puerta de Salla. Más de una vez pensé en desviar el vehículo y enviarlo dando tumbos fuera de la carretera, poniendo así fin a todo. Más de una vez, cuando la primera luz del día tocaba mis párpados en algún lugar apartado, pensé en Halum y tuve que obligarme a salir de la cama, porque parecía mucho más fácil seguir durmiendo. Día y noche, noche y día, y unos pocos días más, y me había internado en Salla Occidental, con la intención de subir las montañas y atravesar la puerta. Una noche, mientras descansaba en un pueblo situado a medio camino de las tierras altas, descubrí que en Salla se había difundido una orden de arresto contra mí. Kinnall Darival, hijo del septarca, un hombre de treinta años, de tal estatura y tales rasgos, hermano de lord Stirron, era buscado por monstruosos crímenes: exhibicionismo y uso de una peligrosa droga que, contra las órdenes explícitas del septarca, estaba ofreciendo a los incautos. Con esta droga, Darival había empujado a la demencia a su propia hermana vincular, que en su locura había

perdido de manera horrible. Por lo tanto, se ordenaba a todos los ciudadanos de Salla capturar al malhechor, por quien se pagaría una cuantiosa recompensa.

Si Stirron sabía por qué había muerto Halum, entonces Noim se lo había contado todo. Estaba perdido. Cuando llegara a la Puerta de Salla me estarían esperando agentes de la comisaría de la Salla Occidental, ya que se sabía a dónde me dirigía. En tal caso, sin embargo, ¿por qué en el aviso no se informaba a la población de que yo iba hacia las

Tierras Bajas Abrasadas? Quizá Noim hubiese ocultado algo de lo que sabía para permitirme escapar.

No me quedaba otra alternativa que seguir adelante. Tardaría días en llegar a la costa, y cuando llegara encontraría todos los puertos de Salla dispuestos para recibirme, aunque consiguiese subir a bordo de algún barco, ¿adónde iría? ¿A Glin? ¿A Manneran? Era igualmente inútil pensar en cruzar de algún modo el Huish o el Woyn para llegar a las provincias aledañas: ya estaba proscrito en Manneran, y en Glin encontraría sin duda un helado recibimiento. Tendrían que ser entonces las Tierras Bajas Abrasadas. Allí permanecería algún tiempo, y después tal vez intentaría salir por algún paso de las Threishtor, para iniciar una nueva vida en la costa occidental. Tal vez.

Compré provisiones en el pueblo, en un sitio donde se abastecen los cazadores que entran en las Tierras Bajas: alimentos secos, algunas armas y agua condensada, en cantidad suficiente para que me alcanzara, disolviéndola cuidadosamente, durante varias lunas. Mientras hacía las compras me pareció que los lugareños me miraban de una manera extraña. ¿Me reconocían como el príncipe depravado a quien buscaba el septarca? Nadie se movió para detenerme. Quizá supieran que la Puerta de Salla estaba rodeada, y no quisieron arriesgarse con semejante bruto, cuando había policías de sobra para capturarme en lo alto de la Kongoroi. Cualquiera que fuese el motivo, salí del pueblo sin ser molestado, y emprendí el último tramo de la carretera. Antes había ido por allí solamente en invierno, cuando la nieve estaba alta; aun ahora había parches de sucia blancura en rincones sombreados y, a medida que el camino subía, la nieve se hacía más espesa, hasta que cerca de la doble cima de la Kongoroi su manto lo cubría todo. Calculando cuidadosamente el ascenso, logré llegar al gran paso mucho después de la puesta del sol, con la esperanza de que la oscuridad me protegería si el camino estaba bloqueado. Pero la puerta no estaba custodiada. Con las luces del coche apagadas, recorrí el último trecho - casi convencido de que caería al precipicio - y después del habitual viraje hacia la izquierda, llegué a la Puerta de Salla, donde no vi a nadie. Stirron no había tenido tiempo de cerrar la frontera occidental, o bien no me creía tan loco como para huir por allí. Avancé, atravesé el paso y bajé lentamente por la ruta en zigzag de la vertiente occidental de la Kongoroi, y cuando el alba me alcanzó ya estaba en las Tierras Bajas Abrasadas, ahogándome de calor pero a salvo.

70

Cerca del lugar donde anidan las aves-punzón encontré esta cabaña, más o menos donde la recordaba. No tenía instalación sanitaria, ni siquiera las paredes estaban enteras; sin embargo, bastaría. Bastaría. El espantoso calor que reina aquí sería mi castigo. Me dediqué a los quehaceres domésticos; acomodé mis cosas, desenvolví el papel que había comprado en el pueblo para este registro de mi vida y mis actos, instalé en un rincón el estuche enjoyado con el resto de la droga, amontoné mi ropa encima, barrí la arena roja. Dedicué todo mi primer día de residencia aquí a camuflar el terramóvil, para que no delatara mi presencia cuando llegaran a buscarme: lo llevé a una hondonada poco profunda, de modo que su parte superior apenas sobresaliera del suelo, y junté plantas leñosas para cubrirlo, y eché arena sobre los tallos entrelazados. Cuando terminé, sólo unos ojos penetrantes podrían haber visto el coche. Tomé cuidadosa nota del sitio, para poder encontrarlo yo mismo cuando me dispusiera a partir.

Durante algunos días anduve simplemente por el desierto, pensando. Fui al paraje donde el ave-punzón mató a mi padre, y no temí a los pájaros de afilado pico que rondaban: también a ellos me entregaba. Reexaminé lo que había sucedido en mi tiempo de cambios, preguntándome: «¿Es esto lo que querías, es esto lo que esperabas lograr, te satisface esto?». Reviví cada una de mis muchas comuniones espirituales, desde la que tuve con Schweiz hasta la que tuve con Halum, preguntando: «¿Ha sido bueno? ¿Ha

habido errores que podían evitarse? ¿Has ganado o has perdido con lo que has hecho?». Y concluí que había ganado más de lo que había perdido, aunque mis pérdidas habían sido terribles. Lo único que lamentaba era la pobreza de las tácticas, no los defectos de los principios. Si me hubiera quedado con Halum hasta que se le hubieran disipado las incertidumbres, tal vez ella no habría cedido ante la vergüenza que la destruyó. Si yo hubiera sido más abierto con Noim..., si hubiera permanecido en Manneran para enfrentarme a mis enemigos..., si..., si... si..., y, sin embargo, no tenía remordimientos por haber cambiado, sino por haber malogrado mi revolución espiritual. Porque estaba convencido del error del Pacto y de nuestro modo de vida. Tu modo de vida. Que Halum hubiera juzgado necesario matarse después de experimentar el amor humano durante dos horas era la más severa acusación posible contra el Pacto.

Y finalmente - no hace muchos días - empecé a escribir lo que has estado leyendo. Mi fluidez me sorprendió; quizá he llegado casi a la locuacidad, aunque al principio me resultó difícil utilizar la gramática que me impuse. «Yo soy Kinnall Darival y me propongo contarte todo acerca de mí.» Así empecé mis memorias. ¿He sido fiel a ese propósito? ¿He ocultado algo? Día tras día, mi pluma ha arañado el papel, y me he mostrado entero a ti, sin maquillaje alguno. En esta cabaña que más bien parece una sauna, me he desnudado. Entretanto, no he tenido contacto con el mundo exterior, salvo ocasionales indicios, quizá irracionales, de que los agentes de Stirron están rastrillando las Tierras Bajas Abrasadas, buscándome. Creo que hay guardias apostados en las salidas hacia Salla, Glin y Manneran, y probablemente también en los pasos occidentales, así como en la Quebrada de Stroin, por si acaso intento llegar al golfo de Sumar atravesando las Tierras Bajas Húmedas. La suerte me ha acompañado hasta ahora, pero pronto me encontrarán. ¿Les esperaré? ¿O me marcharé, confiando en la buena suerte, con la esperanza de hallar una salida que no esté vigilada? Tengo este grueso manuscrito. Ahora lo valoro más que a mi vida misma. Si tú pudieras leerlo, si pudieras ver cómo he avanzado, tropezando y tambaleando, hacia mi propio conocimiento, si pudieras recibir de él las vibraciones de mi mente... Creo haberlo anotado todo en esta autobiografía, en este registro de mí mismo, en este documento único en la historia de Velada Borthan. Si soy capturado aquí, mi libro será capturado conmigo, y Stirron lo hará quemar. Debo marcharme, entonces. Pero...

¿Un ruido? ¿Motores?

Un terramóvil que se acerca velozmente a mi cabaña por la tierra roja y lisa. Me han descubierto. Ya está. Por lo menos he podido escribir hasta aquí.

71

Han pasado cinco días desde la última anotación, y aún estoy aquí. El terramóvil era de Noim. No venía a arrestarme, sino a rescatarme. Cautelosamente, como pensando que abriría fuego contra él, se acercó a mi cabaña, llamándome:

- ¿Kinnall? ¿Kinnall?

Salí. Trató de sonreír, pero estaba demasiado tenso.

- Uno pensó que estarías por aquí - dijo -. El paraje de las aves-punzón aún te obsesiona, eh?

- ¿Qué quieres?

- Las patrullas de Stirron te están buscando, Kinnall. Tus huellas fueron rastreadas hasta la Puerta de Salla. Saben que estás en las Tierras Bajas Abrasadas. Si Stirron te conociera tan bien como tu hermano vincular, vendría directamente aquí con sus tropas. En cambio, te están buscando hacia el sur, basándose en la teoría de que te propones internarte en las Tierras Bajas Húmedas hasta el golfo de Sumar y tomar un barco hacia Sumara Borthan. Pero es inevitable que empiecen a buscarte por esta región cuando descubran que no has ido hacia allí.

- ¿Y entonces?

- Serás arrestado. Juzgado. Condenado. Encarcelado o ejecutado. Stirron piensa que eres el hombre más peligroso de toda Velada Borthan.

- Lo soy - dije.

Noim señaló el coche con un ademán.

- Sube. Nos escurriremos a través del cerco. Llegaremos de algún modo a Salla Occidental y bajaremos hasta el Woyn. El duque de Sumar te recibirá y te conducirá a bordo de algún barco; podrás estar en Sumara Borthan para la próxima luna.

- ¿Por qué me ayudas, Noim? ¿Qué motivo tienes para molestarme? Vi odio en tus ojos cuando me separé de ti.

- ¿Odio? ¿Odio? No, Kinnall, odio no, solamente pesar. Uno sigue siendo tu... - Se interrumpió, y con un esfuerzo dijo -: Yo sigo siendo tu hermano vincular. He jurado protegerte. ¿Cómo puedo permitir que Stirron te cace como a una fiera? Ven. Ven. Te sacaré de aquí sano y salvo.

- No.

- ¿No?

- Nos atraparán con toda seguridad. Stirron te castigará también a ti por ayudar a un fugitivo. Confiscará tus tierras. Te degradará. No te sacrifiques por mí, Noim.

- Vine hasta las Tierras Bajas Abrasadas a buscarte. Si piensas que volveré sin...

- No riñamos por esto - dije -. Aunque logre escapar, ¿qué me queda? ¿Pasar el resto de mi vida oculto en las junglas de Sumara Borthan, entre gentes cuyo idioma no puedo hablar y cuyas costumbres me son ajenas? No. No. Estoy cansado del exilio. Que me lleve Stirron.

No me costó poco trabajo convencer a Noim de que me dejara aquí. De pie en el fuego del mediodía discutimos con vehemencia durante minutos eternos. Noim estaba resuelto a efectuar ese heroico rescate, pese a la casi segura probabilidad de que ambos seríamos detenidos. Lo hacía por sentido del deber, no por amor, pues noté que seguía culpándome por la muerte de Halum. Yo no quería ser también responsable de su deshonor, y así se lo dije: había actuado noblemente al hacer este viaje, pero no podía ir con él. Finalmente comenzó a ceder, pero sólo cuando juré que al menos intentaría salvarme. Prometí que partiría hacia las montañas occidentales, en vez de esperar sentado allí, donde Stirron me encontraría con certeza. Si llegaba a Velis o a Threish sano y salvo se lo notificaría de algún modo para que dejara de temer por mi suerte. Y después dije:

- Hay algo que puedes hacer por mí.

Saqué el manuscrito de la cabaña; un gran montón de papel, garabatos rojos sobre ásperas hojas grises. Ahí, le dije, encontraría la historia completa: todo mi yo resumido, y todos los sucesos que me habían llevado a las Tierras Bajas Abrasadas. Le pedí que lo leyera y que no me juzgara hasta el final.

- Aquí encontrarás cosas que te horrorizarán y te asquearán - le previne -. Pero creo que también mucho de lo que encontrarás te abrirá los ojos y el alma. Léelo, Noim. Léelo con cuidado. Piensa en mis palabras.

Y le pedí una última promesa, por nuestro juramento vincular: que conservase mi libro, aunque le viniese la tentación de quemarlo.

- En estas páginas está mi alma - le dije -. Destruye estos papeles y me destruirás a mí. Si detestas lo que lees, oculta el libro, pero no lo rompas. Lo que ahora te escandaliza puede no escandalizarte dentro de unos años. Y algún día tal vez quieras mostrar mi libro a otros, para poder explicar qué clase de hombre era tu hermano vincular, y por qué hizo lo que hizo.

«Y para que puedas cambiarles como espero que mi libro te cambie a ti», dije en silencio. Noim lo prometió. Recibió mi fajo de papeles y los guardó en la cabina de su terramóvil. Nos abrazamos; volvió a pedirme que me fuera con él, de nuevo me negué;

una vez más le hice decir que leería mi libro y lo conservaría; una vez más juró que lo haría; después entró en el terramóvil y partió lentamente hacia el este. Yo entré en la cabaña. El sitio donde antes guardaba mi manuscrito estaba vacío, y de pronto sentí un hueco en mi cuerpo, algo muy parecido, supongo, a lo que siente una mujer que ha llevado un hijo en su seno durante las siete lunas y luego vuelve a encontrar el vientre plano. Yo me había volcado completamente en esas páginas. Ahora no era nada, y el libro lo era todo. ¿Lo leería Noim? Yo creía que sí. ¿Y lo conservaría? Era muy probable que lo hiciera, aunque acaso lo ocultara en el rincón más oscuro de la casa. ¿Y algún día lo mostraría a otros? Eso no lo sé. Pero si has leído lo que escribí, es por bondad de Noim Condorit; y si él lo ha dejado leer, he triunfado en su alma, después de todo, como tengo la esperanza de triunfar en la tuya.

72

Había dicho a Noim que no me quedaría en la cabaña sino que partiría hacia el oeste para tratar de salvarme. Sin embargo, noté que me resistía a marcharme. La sofocante casucha había llegado a ser mi hogar. Me quedé un día, y otro día, y un tercero, sin hacer nada, vagando por la ardiente soledad de las Tierras Bajas Abrasadas, mirando cómo rondaban las aves-punzón. Al quinto día, como quizá puedas ver, caí de nuevo en la costumbre de la autobiografía, y me senté en el sitio donde últimamente había pasado tantas horas, y escribí unas cuantas páginas más para describir la visita que me hizo Noim. Luego dejé pasar tres días más, diciéndome que al cuarto desenterraría mi terramóvil de la arena roja y saldría rumbo al oeste. Pero en la mañana de ese cuarto día, Stirron y sus hombres descubrieron mi escondite, y ahora es el anochecer de ese día, y me quedan una hora o dos más para escribir, por gracia de lord Stirron. Y cuando haya terminado esto, no escribiré más.

73

Llegaron en seis terramóviles bien armados, y rodearon mi cabaña, y me gritaron con altavoces que me rindiera. No tenía ninguna esperanza de resistir, ni deseo alguno de intentarlo. Con calma - porque ¿para qué serviría el miedo? - me mostré con los brazos en alto en la puerta de la cabaña. Bajaron de los coches, y me asombró descubrir que Stirron en persona estaba entre ellos, atraído desde su palacio a las Tierras Bajas para una partida de caza fuera de temporada con el hermano como presa. Tenía puestos todos los adornos de su cargo. Lentamente se acercó a mí. Hacía algunos años que no le veía, y me espantaron los signos de vejez que mostraba: hombros caídos, cabeza echada hacia adelante, pero ralo, profundas arrugas en el rostro, ojos amarillentos y apagados. El resultado de media vida de poder supremo. Traté de hallar en él a aquel muchacho, mi compañero de juegos, mi hermano mayor, a quien había amado y perdido hacía tanto tiempo, y sólo vi a un viejo ceñudo de labios temblorosos. Un septarca está entrenado para disfrazar sus sentimientos interiores; pero Stirron no pudo guardar ningún secreto ante mí, ni mantener una apariencia constante: en su cara una expresión sustituía a otra, signos de furia imperial, perplejidad, pena, desprecio, y algo que interpreté como una especie de amor reprimido. Al fin yo hablé primero, invitándolo a conferenciar en mi cabaña. Vaciló, pensando acaso que me proponía asesinarlo, pero al cabo de un momento aceptó de un modo adecuadamente señorial, haciendo señas a sus guardaespaldas para que le esperaran fuera. Cuando estuvimos solos, hubo otro instante de silencio, que esta vez rompió él diciendo:

- Uno nunca sintió tanto dolor, Kinnall. Uno apenas puede creer lo que ha oído acerca de ti. Que hayas podido manchar la memoria de nuestro padre...

- ¿Es una mancha tan grande, Stirron?

- ¿Pisotear el Pacto, Kinnall? ¿Corromper a inocentes... tu hermana vincular entre las víctimas? ¿Qué has estado haciendo, Kinnall? ¿Qué has estado haciendo?

Una terrible fatiga me dominó y cerré los ojos, pues casi no sabía por dónde empezar a explicarme. Transcurrido un momento encontré fuerzas. Tendí la mano hacia él, sonriendo,

tomé la suya y dije:

- Yo te amo, Stirron.

- ¡Qué enfermo estás!

- ¿Por hablar de amor? ¡Pero si salimos del mismo vientre! ¿No debo amarte?

- ¿Es así como hablas ahora, sólo con obscenidades?

- Hablo como mi corazón me lo ordena.

- No sólo estás enfermo, sino que resultas repugnante - dijo Stirron, volviéndose para escupir en el suelo arenoso.

Me parecía una remota figura medieval, atrapada detrás de su austero rostro de rey, aprisionado en sus joyas ceremoniales y sus vestiduras oficiales, hablando en un tono brusco y distante. ¿Cómo podía llegar a él?

- Stirron - dije -, toma la droga sumarana conmigo. Me queda un poco. La mezclaré para nosotros, y beberemos juntos, y dentro de una hora o dos nuestras almas serán una, y comprenderás. Juro que comprenderás. ¿Lo harás? Mátame después, si todavía lo quieres, pero antes toma la droga.

Comencé a preparar la poción. Stirron me agarró por la muñeca y me detuvo. Sacudió la cabeza con el gesto lento y pesado de quien siente una tristeza infinita.

- No - dijo -. Imposible.

- ¿Por qué?

- No enturbiarás la mente del primer septarca.

- ¡Lo que me interesa es llegar a la mente de mi hermano Stirron!

- Como hermano tuyo, uno sólo desea que puedas curarte. Como primer septarca, uno debe evitarse daños, pues pertenece a su pueblo.

- La droga es inofensiva, Stirron.

- ¿Fue inofensiva para Halum Halalam?

- ¿Acaso tú eres una virgen asustada? - pregunté -. He dado la droga a decenas de personas. Halum es la única que reaccionó mal... También Noim, supongo, pero él se repuso. Y...

- Las dos personas más próximas a ti en el mundo - dijo Stirron -, y la droga les hizo daño a las dos. ¿Y ahora la ofreces a tu hermano?

Era inútil. Volví a pedirle varias veces que se arriesgara a experimentar con la droga, pero, por supuesto, no quiso tocarla. Y, si lo hubiera hecho, ¿me habría servido de algo? En su alma no habría encontrado más que hierro.

- ¿Qué me sucederá ahora? - pregunté.

- Un juicio imparcial, seguido por una sentencia justa.

- ¿Que será qué? ¿Ejecución? ¿Cadena perpetua? ¿Exilio?

Stirron se encogió de hombros.

- Eso lo decidirá el tribunal. ¿Le tomas a uno por un tirano?

- Stirron, ¿por qué te asusta tanto la droga? ¿Sabes qué hace? ¿Puedo hacerte ver que sólo trae amor y comprensión? No tenemos por qué vivir como extraños, con las almas envueltas en mantas. Podemos expresarnos. Podemos ofrecernos. Podemos decir «yo», Stirron, y dejar de disculparnos por poseer un yo. Yo. Yo. Yo. Podemos decirnos unos a otros qué nos causa dolor, y ayudarnos mutuamente a evitar ese dolor.

Se le oscureció el rostro; creo que en ese momento tuvo la certeza de que yo estaba loco. Pasando frente a él, fui al sitio donde había dejado la droga, la mezclé con rapidez y le ofrecí su parte. Sacudió la cabeza. Yo bebí, tragándomela impulsivamente, y volví a ofrecérsela.

- Vamos - le dije -. Bebe. ¡Bebe! Tardará un poco en empezar. Tómala ahora, así nos abriremos al mismo tiempo. ¡Por favor, Stirron!
- Podría matarte yo mismo - dijo -, sin esperar a que actúe el tribunal.
- ¡Sí! ¡Dilo, Stirron! ¡Yo mismo! ¡Dilo de nuevo!
- Miserable exhibicionista. ¡El hijo de mi padre! Si te hablo en «yo», Kinnall, es porque no mereces más que inmundicias.
- No tiene por qué ser una inmundicia. Bebe y entiende.
- Jamás.
- ¿Por qué lo rechazas, Stirron? ¿Qué te asusta?
- El Pacto es sagrado - dijo -. Cuestionar el Pacto es cuestionar todo el orden social. Si esparces esa droga por el país, toda razón se derrumbará, toda estabilidad se perderá. ¿Crees que nuestros antepasados eran malvados? ¿Crees que eran tontos? Kinnall, ellos comprendieron cómo crear una sociedad duradera. ¿Dónde están las ciudades de Sumara Borthan? ¿Por qué viven todavía en chozas en la jungla, mientras nosotros construimos lo que hemos construido? Tú pretendes que sigamos ese camino, Kinnall. Quieres destruir las distinciones entre el bien y el mal, de modo que en poco tiempo la ley misma desaparezca, y cada hombre levante la mano contra su semejante, y ¿dónde quedarán entonces tu amor y tu comprensión universales? No, Kinnall. Guárdate tu droga. Uno todavía prefiere el Pacto.
- Stirron.
- Basta. El calor es intolerable. Quedas arrestado; vámonos ya.

74

Porque la droga estaba en mí, Stirron accedió a dejarme algunas horas solo antes de volver a Salla, para que no tuviera que viajar mientras mi alma era vulnerable a las sensaciones externas. Una pequeña merced del septarca: apostó dos guardias junto a la puerta de mi cabaña y se fue con los demás a cazar aves-punzón hasta la hora del crepúsculo.

Nunca había tomado la droga sin que alguien la compartiera conmigo. Así, cuando me dominó esa sensación peculiar estaba solo con ellos, sintiendo las vibraciones y los gemidos y las ráfagas, y después, cuando cayeron los muros de mi alma, no tuve a nadie en quien entrar, ni a nadie que entrara en mí. Sin embargo, pude detectar las almas de mis guardias - duras, cerradas, metálicas - y sentí que, con algún esfuerzo, podía introducirme en ellas. Pero no lo hice, pues mientras estaba allí sentado y solo me vi lanzado en un viaje milagroso, en el que mi yo se expandió y se elevó hasta que abarqué todo nuestro planeta, y todas las almas del género humano se fundieron en la mía. Y se me presentó una visión maravillosa. Vi a mi hermano vincular Noim haciendo copias de mis memorias y distribuyéndolas entre aquellos en quienes podía confiar, y de esas copias se hacían otras, para llegar a circular por todas las provincias de Velada Borthan. Y de las tierras del sur llegaban después cargamentos del polvo blanco, buscado no sólo por una elite, no sólo por el duque de Sumar y marqués de Woyn, sino por miles de simples ciudadanos, por gente hambrienta de amor, por aquellos que descubrían que el Pacto se estaba convirtiendo en cenizas, aquellos que deseaban llegar al alma del otro. Y aunque los guardianes del antiguo orden hacían cuanto podían por impedir el movimiento, no les era posible detenerlo, porque el viejo Pacto había cumplido su ciclo, y ahora era evidente que el amor y la alegría ya no podían ser reprimidos. Hasta que por fin existió una red de comunicación, brillantes filamentos de percepción sensorial que ligaban a uno con uno con uno con todos. Hasta que por fin incluso los septarcas y los magistrados fueron arrastrados por la marea de la liberación, y todo el mundo se unió en jubilosa comunión, cada uno de nosotros abierto a todos, y el tiempo de cambios se completó; fue establecido el nuevo Pacto. Vi todo esto desde mi pobre cabaña en las Tierras Bajas

Abrasadas. Vi que el luminoso esplendor envolvía el mundo, brillaba, llameaba, cobraba potencia, se hacía más vivo. Vi murallas que caían. Vi caras nuevas, cambiadas y exultantes. Manos que tocaban otras manos. Yoes que tocaban otros yoes. La visión ardió en mi alma durante medio día, colmándome de una alegría que nunca había conocido, y mi espíritu se elevó y recorrió ámbitos de sueño. Y sólo cuando el efecto de la droga comenzó a menguar en mí comprendí que no era sino una fantasía.

Tal vez no siempre sea una fantasía. Tal vez Noim encuentre lectores para lo que he escrito, y tal vez otros sean persuadidos para seguir mi camino, hasta que haya bastantes como yo, y los cambios se hagan irreversibles y universales. Ya ha sucedido otras veces. Yo desapareceré, yo el precursor, yo el anticipador, yo el profeta mártir. Pero lo que he escrito vivirá, y a través de mí tú serás cambiado. Es posible que esto no sea un sueño ocioso.

Esta última página ha sido escrita mientras llega el crepúsculo. El sol corre hacia las Huishtor. Me llevaré escondido este pequeño manuscrito, y si tengo suerte hallaré algún modo de dárselo a Noim, para que lo pueda unir a las páginas que ya recibió de mí. No sé si lo conseguiré, ni qué será de mí y de mi libro. Y tú, que lees estas páginas, me eres desconocido. Pero puedo decir esto: si las dos partes se han unido, y si tú me lees completo, puedes estar seguro de que he comenzado a triunfar. De esa unión sólo pueden salir cambios para Velada Borthan, cambios para todos vosotros. Si has leído hasta aquí, tu alma debe estar conmigo. Por esto te digo, mi desconocido lector, que yo te amo y tiendo mi mano hacia ti, yo que fui Kinnall Darival, yo que abrí el camino, yo que prometí contártelo todo sobre mí, y que ahora puedo afirmar que esa promesa se ha cumplido. Ve y busca. Ve y toca. Ve y ama. Ve y ábrete. Ve y cúrate.

FIN